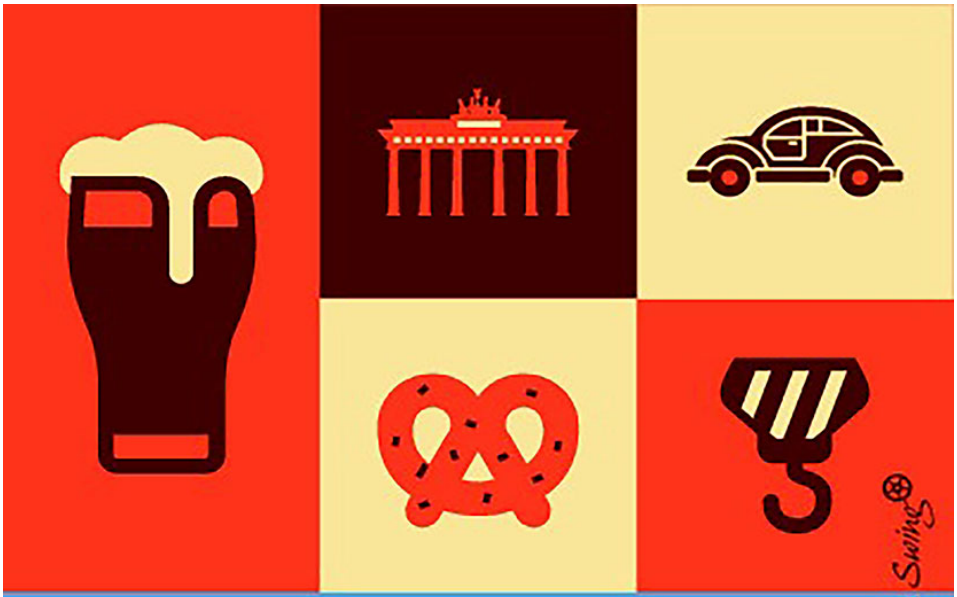


Capitán Swing

POR QUÉ LOS ALEMANES LO HACEN MEJOR

NOTAS SOBRE LA PRIMERA ECONOMÍA EUROPEA

JOHN KAMPFNER

POR QUÉ LOS ALEMANES LO HACEN MEJOR

Notas sobre la primera economía europea

JOHN KAMPFNER

Traducción de

Mireia Bofill Abelló

Capitán Swing

Prefacio a la edición de bolsillo

Cuando se publicó la primera edición de este libro, en agosto de 2020, tenía la esperanza de que pudiera impulsar un nuevo diálogo sobre Alemania, en el Reino Unido y también allende sus fronteras. A la vez también esperaba que pudiera animar a los alemanes a verse bajo una luz distinta, con mayor confianza en sí mismos. No habría osado imaginar que encontraría eco en tanta gente. Pero algo debió de ocurrir que contribuyó a que mis consideraciones tuvieran mayor resonancia. Y sospecho que fue la llegada del COVID-19.

La pandemia reveló muchas cosas sobre la organización de la sociedad y las capacidades del Estado. Angela Merkel figuró invariablemente entre las figuras ejemplares citadas, junto a Jacinda Ardern, de Nueva Zelanda, y las mandatarias de Taiwán, Finlandia y otros lugares. Es posible que el hecho de que todas fueran mujeres influyera en ello. Cada cual tiene su opinión personal al respecto. Pero en el caso de Merkel pesó mucho más su formación científica y su carácter. Es una persona que antepone la realidad de los hechos a los grandes discursos.

Durante todo el año 2020, la respuesta del Reino Unido a la pandemia fue un tratado sobre el fracaso. Cada nuevo paso fue aplaudido por Boris Johnson como un «triunfo incomparable», para luego acabar haciendo agua. El contraste con el éxito relativo de Alemania aumentaba la desazón de los británicos, que a menudo temen contemplar su propio país bajo una lente diáfana. Decir esto es exponerse al riesgo de ser acusado de decadentismo. Por mi parte, argumentaría que es todo lo contrario. Solo si es capaz de mirarse detenida y fríamente en el espejo podrá estar preparado un pueblo para afrontar el futuro. En cambio, en *die Insel*, la isla,

como se han aficionado a llamarnos los alemanes, muchos viven inmersos en el autoengaño, aferrados a las glorias pasadas como bálsamo. Tras leer una crítica del comentarista conservador Simon Heffer en mi antiguo periódico, el *Telegraph*, donde despotricaba contra la más ligera sugerencia de que la gran nación británica necesitara algún cambio, quedé más convencido que nunca de lo acertado de la finalidad más amplia de este libro.

Paralelamente al debate público, me llegaron muchos mensajes privados. Jóvenes y viejos, alemanes y británicos, con una memoria más larga o más corta, se mostraban deseosos de compartir sus ideas sobre la mutua relación. En comparación con Estados Unidos o incluso con Francia, Alemania recibe mucha menos cobertura en Gran Bretaña. Ojalá la atención que ha recibido este libro sea un indicador de que las cosas están cambiando.

Mientras el Reino Unido se precipitaba hacia un futuro incierto con un endeblísimo acuerdo para el *brexit*, el comercio sufría, comenzaban a escasear algunos productos y a aumentar su precio, y el servicio de salud sufría los efectos del éxodo de su personal europeo, Johnson y sus ministros hicieron piña al amparo de la bandera. Aunque hablaban de iniciar una nueva «relación especial» con la Unión Europea, la primera reacción instintiva de los ministros fue buscar brega con esos supuestos nuevos amigos. Cuando le preguntaron en una entrevista por qué los británicos fueron los primeros en tener acceso a las vacunas contra el COVID-19 (unas semanas antes que Francia, Bélgica, Estados Unidos y otros países), el ministro de Educación, Gavin Williamson, tuvo una respuesta ingeniosa. En vez de decir que los reguladores habían acelerado el proceso de aprobación, declaró: «No me sorprende en absoluto que haya sido así porque tenemos un país muy superior, que los aventaja a todos, ¿no creen?». Gran Bretaña ya no desconcierta y ni siquiera decepciona a los alemanes. Tras la salida del Reino Unido de la Unión Europea, no tardaron mucho en dar por saldado el tema y seguir su camino. Las bufonadas del primer ministro y el alboroto de fondo en torno al *brexit* dejaron de llamarles la atención. Una estudiada indiferencia pasó a ser su *modus operandi*.

Pese a todos los comentarios hirientes y chistes fallidos, los departamentos de Asuntos Exteriores de ambos países están trabajando de manera concertada para redescubrir qué tienen en común Alemania y el Reino Unido, que es mucho. Es un empeño encomiable que merece ser apoyado. No obstante, es preciso reconocer que en estos momentos a Alemania le preocupa mucho más el futuro de la Unión Europea y su relación bilateral con Francia, en particular, además de la gestión de las múltiples amenazas que plantean China y Rusia. Si bien el primer lugar en la lista de prioridades lo ocupa su relación con el país del que

dependió la Alemania de postguerra: Estados Unidos.

Poco antes de las elecciones presidenciales estadounidenses, la televisión pública alemana, ARD, difundió un documental en horario de máxima audiencia titulado *Frenesí. Una catástrofe norteamericana*. Se iniciaba con una serie de dramáticas imágenes de enconadas batallas callejeras, policías apaleando a manifestantes de color y miembros de los *Proud Boys* jurando devolver su grandeza a América. ¿Qué había sido del país de los libres?, se preguntaba el narrador. El programa buscaba causar impacto, pero solo mostraba un preludio de lo que ocurriría dos meses después.

Visto en retrospectiva, el ataque de enero de 2021 a la colina del Capitolio, la ciudadela de la democracia como les gusta considerarla a los estadounidenses (y a muchos europeos), no fue una sorpresa. Era el colofón lógico de la era de Trump, de la manipulación de los agravios y de la verdad. Pero aun así resultó profundamente chocante. La toma de posesión socialmente distanciada de Joe Biden, dos semanas después, fue acogida con enorme alivio, pero los alemanes, en particular, no estaban dispuestos a dejarse adormecer por una falsa sensación de seguridad. Más allá del histrionismo de Donald Trump y su resistencia a reconocer su derrota, el aspecto más desconcertante de esas elecciones fue lo ajustado de su veredicto. Es cierto que Biden obtuvo un número récord de sufragios —la participación fue muy superior a la de anteriores elecciones—, pero Trump también obtuvo un buen resultado a pesar de todo: del lenguaje corrosivo, del fomento de las divisiones y de la espantosa gestión de la pandemia. Imagínense —se decían los alemanes— cuál sería el estado del mundo si a partir de 2024 Estados Unidos tuviese al frente del Gobierno un presidente tan extremista como Trump, pero mucho más inteligente. Nunca habían sido tan conscientes de la fragilidad de la democracia.

Los alemanes comenzaron el año 2021 con inquietud, confinados, como prácticamente todo el mundo en Europa. El consenso relativo sobre el abordaje de la pandemia se resquebrajó. Los negacionistas del COVID y contrarios a las vacunas organizaron manifestaciones ruidosas, aunque fueran reducidas. El Gobierno respondió con menos precisión que en los primeros momentos de la crisis. Algunos estados federados se volvieron más díscolos. No se acataron las normas con todo el rigor necesario.

Poco antes de acabar de redactar este prefacio, la Comisión Europea había iniciado un fuerte contencioso con las compañías farmacéuticas, con la queja de que las vacunas estaban llegando a los Estados miembros con mucha mayor lentitud que al Reino Unido. La Comisión intentaba desviar así la responsabilidad por su propio error de no encargar más vacunas. El Reino Unido, Israel e incluso

Estados Unidos habían sido más rápidos y más listos. Fue la primera muestra de una actuación adecuada del Gobierno de Johnson durante la pandemia.

Muchos alemanes estaban furiosos con la Comisión y su presidenta (alemana) Ursula von der Leyen. Al fin y al cabo, el resultado exitoso de los ensayos de la primera vacuna, la de Pfizer-BioNTech, había sido anunciado el noviembre anterior como un triunfo muy alemán. El giro de los acontecimientos los dejó desconcertados. Buena parte de los medios de comunicación británicos entraron instantáneamente en modo «ya lo decía yo» a propósito del *brexit*. ¿Quién necesita solidaridad si puede ser más hábil? ¿Johnson acabaría siendo el «vencedor»?, se preguntaban algunos. Al fin y al cabo, ¿no había conseguido marcar su equipo el gol de la victoria en el minuto final del partido?

La política reducida a una contienda deportiva o un juego. Una manera muy británica de ver las cosas.

Durante el invierno de 2020 y la primavera de 2021 los británicos recibieron la vacuna a un ritmo impresionantemente rápido. Fue un enorme logro. Sin embargo, el veredicto sobre la respuesta de los distintos países a la crisis del COVID tardará todavía varios años en ser definitivo. ¿Serán eficaces los pinchazos contra todas las diferentes mutaciones? ¿Cuán rápida será la recuperación una vez se hayan suavizado los confinamientos? Solo tres días antes del conflicto sobre las vacunas, vi anunciar a Johnson el triste récord de cien mil muertes en el Reino Unido. Sería «difícil hacer un cálculo del dolor contenido en ese negro dato estadístico», dijo con la cabeza gacha. No pudo responder por qué la tasa de mortalidad británica había sido tan superior a la de cualquier país equivalente y el doble de la alemana.

Fue una rara y poco convincente muestra de humildad. Y no duró mucho. Me pregunto si incluso una vez superada la pandemia Gran Bretaña llegará a tener algún día la grandeza suficiente para aprender de otros. Como intentan hacer los alemanes.

JOHN KAMPFNER,
febrero de 2021

POR QUÉ LOS ALEMANES LO HACEN MEJOR

Notas sobre la primera economía europea

A mis padres, Betty y Fred, ya fallecidos,
que durante la guerra pudieron ver,
desde diferentes perspectivas,
el peor rostro de Alemania.

Introducción

Ellos y nosotros

En enero de 2021, Alemania cumplió ciento cincuenta años, pero sus ciudadanos apenas conmemoraron ese aniversario. Desde los tiempos de Bismarck hasta los de Hitler, Alemania es sinónimo de militarismo, guerra, el holocausto y división. Ningún país ha causado tanto daño en tan poco tiempo.

Y sin embargo otras dos conmemoraciones muy próximas revelan una historia distinta. En noviembre de 2019 millones de personas celebraron el trigésimo aniversario de la caída del Muro de Berlín. En octubre de 2020 se cumplieron tres décadas de la reunificación. Media vida de la Alemania moderna ha sido una historia de horrores, guerras y dictaduras. La otra media corresponde a una historia destacable de reparación, estabilidad y madurez. Ningún país ha conseguido tan buenos resultados en tan poco tiempo.

Mientras buena parte del mundo contemporáneo sucumbe al autoritarismo y la democracia se ve socavada de raíz por un presidente estadounidense descontrolado, una China poderosa y una Rusia vengativa, un país —Alemania— se mantiene firme como bastión del decoro y la estabilidad.

Es la otra Alemania. Y esta es la historia que quiero contar.

La idea de Alemania como un modelo ético y político resulta difícil de aceptar para quienes cuentan con una larga memoria. Mi propósito es comparar todas las facetas de esa sociedad con las de otras, en particular la británica, que es la mía. Esto incomodará a quienes siguen obsesionados con la figura de Churchill y el espíritu del *blitz*. La constitución alemana es sólida; el debate

político es allí más maduro; su trayectoria económica durante la mayor parte del periodo posterior a la guerra no tiene parangón.

¿Qué otro país podría haber absorbido a un pariente pobre con tan poco trauma? ¿Qué otro país habría dado entrada a más de un millón de personas entre las más desposeídas del mundo?

Alemania se enfrenta a un gran número de problemas. La afluencia de personas refugiadas ha exacerbado la fractura cultural. La confianza en los partidos políticos consolidados está menguando. Mucha gente, sobre todo en el Este, ha vuelto la mirada hacia los eslóganes simples de los extremos. La economía ha perdido fuelle bajo el lastre de una dependencia excesiva de las exportaciones, sobre todo a China, de una población cada vez más envejecida y del deterioro de las infraestructuras. En un momento en que Europa y el mundo democrático necesitan desesperadamente un liderazgo, Alemania se ha mostrado reacia a asumir sus responsabilidades en el ámbito de la política exterior.

Y en esta tesitura, otra crisis golpeó al país. A principios de 2020 llegó a Europa el COVID-19, una pandemia que causó centenares de miles de muertes, sacudió las economías y destrozó la vida y los medios de subsistencia de millones de personas. Y también obligó a la gente del mundo entero —confinada en sus viviendas, cualesquiera que fuesen— a revisar sus prioridades y reconsiderar el papel del Estado y de la sociedad. La vida acabaría recuperando la normalidad, pero llegó a ser inevitable preguntarse: ¿qué es lo normal?

Visto lo cual, ¿cómo se explica la confianza, la seguridad? La medida de un país —o de una institución o una persona, llegado el caso— no la dan las dificultades con que se enfrentan, sino cómo actúan para superarlas. Según este criterio, la Alemania contemporánea es un país digno de envidia. Ha adquirido una madurez que muy pocos pueden equiparar. Y no lo ha conseguido gracias a una predisposición previa, sino por la vía dura.

El coronavirus sometió a una prueba definitiva la capacidad de liderazgo. Angela Merkel, con una trayectoria de quince años en el cargo, estuvo a la altura del desafío. Empática, obstinada, explicó a la ciudadanía alemana con detallada precisión los sacrificios que tendrían que hacer y las normas excepcionales que su Gobierno tendría que imponer, algo sumamente delicado dada la historia del país. Comunicó a la población lo que ella y sus ministros y los científicos sabían y lo que no sabían. No engañó a los ciudadanos en ningún momento ni tampoco alardeó. La mayor parte de las decisiones que se vio obligada a adoptar iban en contra de todo lo que simbolizaba la Alemania moderna. El cierre de fronteras puso de manifiesto con cuánta facilidad podía malograrse el sueño de la libre circulación por todo el continente. Se pidió a una población temerosa de ceder su

información personal al Estado que aceptara ser rastreada y localizada. Pero Merkel sabía que no tenía alternativa.

El Reino Unido, en cambio, ofreció un ejemplo digno de estudio de cómo no se debe afrontar una crisis. La grandilocuencia del primer ministro recién elegido resultó ser inversamente proporcional a la competencia de su Gobierno. Boris Johnson tardó en comprender la gravedad del problema y, a pesar de que una pandemia figuraba en uno de los lugares prioritarios de la lista de riesgos potenciales en la Revisión de la Estrategia Nacional de Defensa y Seguridad aprobada en 2015 por el Gobierno, no se había hecho casi ningún preparativo. Con una mezcla de libertarismo y apelaciones a la excepcionalidad inglesa, el primer ministro declaró que Gran Bretaña saldría adelante dando muestras de su reconocido coraje. No obstante, a pesar de tener a la vista la trágica propagación del virus en Italia, tardaron mucho en introducirse restricciones en la interacción social. La población británica también se enfrentó a una crisis en el suministro de test de diagnóstico y de equipos de protección personal (EPP). En resumidas cuentas, el Reino Unido no podría haber dado con un dirigente menos capacitado para lidiar con una situación que requería una atención minuciosa a los detalles. Johnson había orquestado su ascenso al poder apoyándose en las fanfarronadas y en una relación flexible con la verdad.

Fue sumamente triste pero nada sorprendente que muriera tanta gente. Las residencias para personas dependientes se convirtieron en trampas mortales. En mayo de 2020, Gran Bretaña se vio en la ignominiosa posición de ser el país que había registrado la mayor tasa de mortalidad de toda Europa y una de las más altas del mundo. Este lamentable dato se mantuvo invariable a lo largo de todos los meses de la pandemia. Mientras tanto, la economía se contraía a un ritmo mucho más rápido que otras.

Esa tragedia británica no fue un suceso aislado. Algunos de los errores cometidos guardaban relación directa con decisiones adoptadas en el ámbito sanitario, pero el grueso del problema tenía raíces más profundas en el tejido mismo del gobierno. Los alemanes contemplaron horrorizados cómo un país al que admiraban por su pragmatismo y sangre fría se abandonaba a un autoengaño seudochurchiliano. La mayoría de las personas con quienes hablé contemplaban con tristeza y simpatía las actuales dificultades británicas. Muchísimas conversaciones empezaban invariablemente con la misma pregunta: «¿Qué les ha pasado, amigos?». Guardan la esperanza de que algún día recuperemos la sensatez.

La República Federal de Alemania nacida después de la guerra solo ha tenido ocho dirigentes máximos, la mayoría de considerable talla. Konrad Adenauer

enraizó la democracia y ancló a Alemania occidental en la alianza transatlántica; Willy Brandt contribuyó a articular una distensión en pleno auge de la Guerra Fría; Helmut Kohl pilotó la reunificación con determinación y destreza; Gerhard Schröder introdujo reformas económicas radicales, aunque con un elevado coste para su partido. En 2005 le sustituyó Angela Merkel, la mujer en torno a la cual ha pivotado gran parte de la trayectoria contemporánea de Alemania. Ya ha superado a Adenauer en duración de permanencia en el cargo. Si se mantiene hasta diciembre de 2021,[1] también habrá superado a Kohl y se convertirá en la canciller con más años de ejercicio de la época moderna. La conocí cuando era una discreta asesora del hombre que acabaría siendo el primer y único dirigente democráticamente elegido de la Alemania oriental, Lothar de Maizière. Compartimos un café en el Palast der Republik, la sede parlamentaria en Berlín oriental que solía ser un lugar de encuentro popular. Me impresionó su aplomo, su actitud circunspecta y su serenidad en un momento en que a su alrededor reinaba el caos. Si entonces hubiera sabido…

Cuatro años clave han definido a Alemania tras el fin de la Segunda Guerra Mundial: 1949, 1968, 1989 y 2015. Me propongo examinar los efectos de esos momentos significativos en todos los ámbitos de la vida, siguiendo un orden temático más que cronológico. Cada uno de esos periodos ha dejado una profunda huella en la sociedad y ha contribuido a hacer de Alemania lo que ahora es. Entre 1945 y 1949, fue preciso reconstruir un país devastado y ocupado. Casi todas las ciudades y poblaciones de un cierto tamaño habían sufrido daños y muchas habían quedado totalmente destruidas, con millones de personas desplazadas. El trauma de la derrota absoluta dominaba la conciencia nacional. Los aliados, sobre todo Estados Unidos, hicieron posible la recuperación del país. El pivote central de toda la vida pública en Alemania es el *Grundgesetz*, la Ley Fundamental, aprobada en 1945. Un documento extraordinario que constituye uno de los mayores logros de su reconstrucción y rehabilitación tras la guerra. Una norma que ha demostrado ser sólida y a la vez capaz de evolucionar con el tiempo. Se ha enmendado en más de sesenta ocasiones (para lo cual se requiere una mayoría de dos tercios en ambas cámaras legislativas) sin poner en entredicho los principios que la sustentan. Comparada con las alternativas que vemos en otros lugares, ha sido una obra maestra. La Constitución de Estados Unidos está lastrada por disposiciones que podían ser adecuadas en el siglo XVIII (como la Segunda Enmienda, que consagra el derecho a portar armas); en Francia, la Cuarta República, proclamada coincidiendo aproximadamente con la adopción de la Ley Fundamental alemana, duró apenas veinte años; en España, la Constitución postfranquista de 1978 se está agrietando bajo la presión del

conflicto entre el Gobierno central y Cataluña. Italia y Bélgica tienen dificultades para elegir Gobiernos operativos. El Reino Unido va improvisando sobre la marcha, sin perder la fe en su capacidad para salir del paso.

La creación de la arquitectura política de la Alemania occidental después de la guerra constituye uno de los mayores triunfos de la democracia liberal. El Reino Unido también contribuyó a ello. Con su ayuda se diseñó una Constitución tan exitosa que los alemanes la citan como su mayor motivo de orgullo.

¿Por qué no se nos ocurrió crear algo parecido en nuestro propio país en vez de seguir lidiando con nuestras estructuras políticas embarazosamente atrofiadas?

Alemania reconstruyó su economía con resultados asombrosos pero la redención, el ajuste de cuentas con la historia, no tuvo lugar en la inmediata postguerra. Tuvo que esperar hasta las protestas de 1968, el segundo acontecimiento clave, cuando la generación más joven interpeló a sus padres sobre el pasado. Los jóvenes ya no estaban dispuestos a aceptar el silencio, medias verdades o falsedades. Querían respuestas sobre el horror en el que sabían que muchos de los mayores habían tomado parte o que habían fingido ignorar. Pocos años después, el espíritu de 1968 adquiriría un feo matiz violento con el terrorismo del grupo Baader-Meinhof. El país volvía a estar en peligro. Alemania se encontró al borde de otro abismo y lo superó con su democracia fortalecida.

El tercer momento fue, obviamente, la caída del Muro y la reunificación. Poco antes de esos excitantes acontecimientos, Kohl había recibido con honores militares en Bonn al máximo dirigente de la Alemania oriental, Erich Honecker. La República Democrática Alemana (RDA) acababa de obtener finalmente el anhelado reconocimiento. Sin embargo, su Estado militarizado empezaba a desmoronarse. Tuve ocasión de vivir esos años dramáticos, 1989 y 1990, como corresponsal del *Telegraph* en la Alemania oriental. Recuerdo las ocasiones en que me encontré rodeado de activistas de la sociedad civil y miembros de congregaciones religiosas que reclamaban reformas en Leipzig y en Berlín, conscientes de que unidades de la policía y el ejército permanecían destacadas afuera, dispuestas a disparar contra ellos. Las protestas tuvieron lugar poco después de la masacre de la plaza de Tiananmén. Lo que sucedió a continuación no era inevitable. Podía no haber acabado pacíficamente. La reunificación no estaba predestinada a ocurrir.

Alemania se convertiría por primera vez en la historia en un Estado estable con fronteras indiscutidas.

A lo largo de los años transcurridos desde entonces, muchos han dado vueltas a los errores que se cometieron. ¿Se podría haber conservado una mayor

proporción de la economía de la Alemania oriental? ¿Se procedió con excesiva precipitación? ¿Actuaron los *Wessis*, los alemanes occidentales, con arrogancia y desconsideración? ¿Por qué no se integraron en el nuevo país los pocos aspectos más favorables de la vida en la zona oriental, entre ellos y no en último lugar la posición emancipada que ocupaban las mujeres en la sociedad? Es legítimo hacerse estas preguntas, pero reto a cualquiera a que me diga qué otro país podría haber logrado hacer lo que hizo Alemania con tan pocos daños colaterales.

La cuarta y última sacudida fue la crisis de los refugiados de 2015. Los servicios de seguridad, las ONG y las fuerzas armadas venían anunciando que la oleada de inmigrantes procedentes de Oriente Medio y el norte de África que recalaban en los puertos del sur de la Unión Europea empezaba a ser insostenible. Merkel, preocupada en aquel momento por la crisis de endeudamiento griega, tardó un poco en hacerse cargo de lo que estaba ocurriendo, pero cuando finalmente reaccionó, su respuesta fue extraordinaria. Ante la consternación de sus vecinos, Alemania abrió sus puertas a un flujo humano nunca visto en Europa desde el fin de la guerra. Pagó por ello un alto precio político. Antiguas heridas sociales volvieron a abrirse. El movimiento de extrema derecha, contrario a la inmigración, Alternativa por Alemania (*Alternative für Deutschland*), experimentó un enorme crecimiento. Alemania todavía no se ha recuperado de su asombro, pero fue una decisión justa y adecuada. ¿Qué otra cosa podía hacer Alemania?, replicó la canciller ante las crecientes críticas. ¿Construir campos de concentración?

Ahora, cuando la era de Merkel comienza a llegar a su fin, Alemania se enfrenta a una prueba más exigente que cualquier otro país en circunstancias equivalentes. ¿Por qué? Como señala Thomas Bagger, asesor del actual presidente del país Frank-Walter Steinmeier, la identidad, estabilidad y amor propio del país dependen totalmente del pacto liberal democrático alcanzado después de la guerra y la prevalencia del Estado de derecho. El año 1945 marcó la hora cero, *Stunde Null*, un nuevo punto de partida para Alemania. A diferencia de Rusia y Francia, con sus símbolos militares, de Estados Unidos con sus padres fundadores o del Reino Unido con su historia de dominio imperial de los mares consagrada en el himno *Rule Britannia* y las obsesiones bélicas sintetizadas en la serie televisiva *Dad's Army* (*El pelotón rechazado*), Alemania no tiene ningún otro recurso del que echar mano. Esto explica su apasionada preocupación por el procedimiento, por hacer bien las cosas, por evitar precipitarse y fracasar. Alemania tiene escasos puntos de referencia históricos positivos. Por esto se niega a mirar atrás. Por esto percibe cualquier desafío contra la democracia como una amenaza existencial. Por esto yo mismo, como muchas otras personas que tienen

una relación complicada con el país, admiro de manera tan incondicional la seriedad con que se ha puesto manos a la obra desde 1945. El tema principal es el poder de la memoria.

Mi recorrido se inicia indirectamente en la década de 1930. Mi padre judío, Fred, huyó de Bratislava, su ciudad natal, mientras el ejército de Hitler avanzaba en dirección contraria adentrándose en Checoslovaquia. Su padre y su madre cruzaron Alemania clandestinamente con él, ocultos en diversos vagones de tren y otros vehículos hasta abandonar el país. Estuvieron a punto de ser detenidos en varias ocasiones, pero lograron escapar *in extremis* gracias a la intervención individual de personas compasivas. Muchos miembros de su familia extensa murieron en los campos de concentración. Él construyó su vida en Inglaterra después de pagar el peaje de quince años destacado en Singapur, donde conoció a mi madre —una enfermera de Kent de familia obrera con sólidas raíces cristianas— en una sala del hospital militar británico.

Mi infancia en Londres en los años sesenta y setenta incluyó la dosis habitual de canciones de guerra, chistes y espectáculos televisivos con chanzas a expensas de los *krauts*: «*The dirty Germans crossed the Rhine, parlez vous*»; «*Hitler only had one ball, the other was in the Albert Hall*».[2] Jugaba en el refugio antiaéreo del jardín de mi abuela en el norte de Oxford. Leí a Le Carré y Forsyth, vi *Colditz* y *The Dam Busters* (*Los destructores de diques*), y unos años después me reí a carcajadas con *Fawlty Towers* y la repetida admonición: «No mencionéis la guerra».[3] De vez en cuando, se rompía el cliché. *Auf Wiedersehen, Pet*, un drama televisivo sobre un grupo de albañiles del noreste de Inglaterra que buscaban trabajo eventual en el norte de Alemania, mostraba una cara más humana y compleja de la relación con dicho país. Pero en general la cultura popular no iba más allá de los insultos y chistes de la prensa amarilla sobre la invasión alemana de toallas de baño y tumbonas en las playas.

En 1966 era un poco demasiado joven para entender el comentario de Vincent Mulchrone en el *Daily Mail* publicado la mañana de la final de la Copa del Mundo: «Alemania occidental podría vencernos hoy en nuestro deporte nacional, pero no dejaría de ser una justa compensación. Nosotros les hemos derrotado ya dos veces en el suyo».[4] Como es bien sabido, Inglaterra ganó por 4-2, cortesía de un gol polémico. Nació un nuevo estribillo: dos guerras mundiales y una Copa del Mundo. Incluso en 1996, cuando confiábamos en que el fútbol volviera a darnos una alegría tras treinta años de decepciones, y la Gran Bretaña guay empezaba a asomar la cabeza en los albores de la era Blair, no pudimos contenernos. «¡*Achtung*, rendición! —proclamaba el *Daily Mirror* en

portada—. El campeonato europeo se ha acabado para ti, Fritz».[5] Los chistes fueron acogidos con regocijo… por algunos. En 2002, la revista *Der Spiegel* escribió: «Para muchos ingleses, la Segunda Guerra Mundial no acabará nunca. Zaherir a los alemanes es una gran diversión».[6]

En mi caso, esa mirada cambió a los quince años. Empecé a estudiar la lengua alemana y quedé prendado. Recibí la influencia de Goethe, Brecht, Max Frisch y… Nina Hagen. Con veintipocos años no dejé escapar la oportunidad de trabajar en Alemania como reportero bisoño destacado en Bonn, el *Bundesdorf*, la aldea federal, como se lo solía llamar. En abril de 1986, casi cincuenta años después de su huida, mi padre me visitó allí. No había vuelto después de su extraordinario viaje a través de todo el país en busca de la libertad. Por teléfono, sonaba aprehensivo antes de partir. Encontrarse a su llegada con que Lufthansa había extraviado su equipaje no contribuyó a calmar sus nervios. Parece que, al fin y al cabo, los alemanes no son tan eficientes como dicen, bromeó. Su impresión predominante, incluida la experiencia de un viaje hasta Berlín occidental por la autopista de enlace protegida, fue la de un país relajado y capaz de acoger cortésmente sin problemas a un hombre que casi de inmediato recuperó su alemán, aunque con un acento vienés anclado en los años treinta.

Aparte de la visita de papá, raras veces me sentí inducido a pensar sobre la guerra durante el tiempo que pasé en el plácido Bonn. Mis amigos de la oficina y los diversos estudiantes que había conocido en la universidad no parecían diferenciarse mucho de mis pares en mi país. El pasado no me incomodaba, pero sí que me agobiaban, en cambio, el presente y la obsesión alemana con las normas. Recuerdo una comida en el balcón un domingo soleado, acompañados por la música *rock* de una emisora de radio local. Cuando sonó la sintonía que anunciaba las noticias, mi novia alemana de aquel entonces apagó la radio. Cuando le pedí que volviera a encenderla, se negó. ¿Acaso no sabía que era la «hora del silencio»? Durante ese rato uno debe ser considerado con sus vecinos mayores. Eso me enfureció. No es necesario establecer normas para eso, exclamé. Oh, claro que son necesarias, replicó ella. Me dejé arrastrar por el estereotipo de la mentalidad de rebaño que conduce, ejem, a muchos males además de los bienes. Ella me acusó de ser un thatcherista egoísta que solo pensaba en mí mismo. A menudo recuerdo esa conversación y me pregunto cuál de los dos estaba equivocado y quién tenía razón.

Algunas de las incomodidades de la vida cotidiana en Alemania eran clichés, pero no dejaban de ser reales. Una vez un policía me multó por atravesar un cruce con el semáforo en rojo a las cuatro de la madrugada. Cuando le comenté que era muy poco probable que otro coche pasase por esa tranquila travesía en

muchas horas, solo conseguí empeorar las cosas. Las normas son las normas. Es preciso respetar la burocracia aunque la lógica nos indique otra cosa. En otra ocasión encontré un sobre con un bonito logotipo repujado bajo el limpiaparabrisas de mi coche. «Querido vecino —decía la nota—, le agradeceremos que tenga la bondad de limpiar su coche; su estado afecta al prestigio de nuestra calle». Desde entonces, algunas de esas normas se han relajado con el paso de los años; en otros casos, simplemente las han sustituido otras nuevas. Ay del peatón que se adentre brevemente en el carril bici. ¿Cuál es el límite a partir del cual la puntualidad comienza a ser exagerada? Una amiga me acompañó hace poco a almorzar a una casa situada en las afueras de Berlín. Cuando llegamos a nuestro destino faltaban siete minutos para la una. «Ahora podremos relajarnos y charlar un rato», anunció muy satisfecha ella. Luego, a la una en punto, declaró: «Ya podemos entrar».

Muchos alemanes comprenden la frustración que esto genera e intentan ofrecer diversas explicaciones o excusas. La primera es: «Cada país tiene sus peculiaridades». La segunda refleja las secuelas de la guerra: «Necesitamos normas para no desmandarnos». La tercera es la más desconcertante. La sociedad alemana está basada en un sentido de compromiso mutuo, de un objetivo compartido, y en la confianza en el carácter benigno de un orden basado en el cumplimiento de unas normas. Un antiguo punk ya mayor a quien conocí en Leipzig y que en su tiempo había frecuentado el entorno de Malcolm McLaren y los Sex Pistols en Londres me explicó que un *rechtsfreier Raum*, un espacio sin normas, es lo que más temen todos. En un espacio así los poderosos explotan a los débiles. Señaló hacia lo que se divisaba a través de su ventana. No debería estar permitido ampliar edificios que tapen la luz a los vecinos. La gente no debería hacer ruido a partir de cierta hora porque las personas mayores estarán intentando conciliar el sueño. Así se expresó un antiguo músico punk. Y se mostró intransigente. En una sociedad democrática —insistió— el papel del Estado debería ser ayudar a los débiles a plantar cara a los fuertes; restablecer el equilibrio entre ricos y pobres.

La cultura belicista de los últimos cinco años y el doble sobresalto de la elección de Trump y el *brexit* conmocionaron profundamente a Alemania. También resultaron impactantes las protestas a menudo violentas de los *gilets jaunes*, los chalecos amarillos, en Francia. Sobre todo, los alemanes contemplaron con incrédula estupefacción los cuatro años del tormentoso proceso del *brexit* en Gran Bretaña. No podían comprender cómo la cuna del parlamentarismo, un país que era sinónimo de estabilidad y predictibilidad, podía haber caído en semejante

caos. El resultado del referéndum les desconcertó; eran conscientes del escepticismo británico con respecto al proyecto europeo (que incluso algunos alemanes comparten), pero no podían imaginar que daría lugar a una espantada colectiva. *Infantil* e *improvisada* fueron dos de las expresiones más empleadas para describir la política británica durante aquel periodo.

Les desconcertaba la ausencia de normas. ¿Qué tenía primacía, un referéndum excepcional o la democracia representativa? No estaba claro, balbuceaba yo. ¿Cómo podéis tener un sistema cuyo portavoz y primer ministro va improvisando sobre la marcha? Yo respondía con un encogimiento de hombros al verme en la tesitura de tener que explicar las insuficiencias de mi país a sabiendas de que no tenían ninguna explicación plausible. Compensaban su consternación con el recurso muy alemán al humor, incluidas en un lugar destacado las imitaciones al presidente de la Cámara de los Comunes, John Bercow, gritando: «¡Orden! ¡Orden!». Una berlinesa me comentó muy seria que había cancelado su suscripción a Netflix porque ya le bastaba con el canal del Parlamento británico como fuente de entretenimiento.

En diciembre de 2018, cuando el intento de acuerdo alcanzado por Theresa May sufrió su primer contratiempo, el *Heute Show* (el equivalente alemán del *Daily Show* estadounidense) otorgó al Reino Unido su premio anual al «idiota de oro» (*goldener Vollpfosten*)… junto con Donald Trump y el príncipe heredero de Arabia Saudita Mohamed bin Salmán. Ante unas imágenes de Merkel aguardando incómoda frente a la cancillería mientras la puerta de la limusina de la primera ministra británica se resistía a abrirse, el presentador Oliver Welke se burló de May, incapaz de «salir de la Unión Europea ¡y ni siquiera de su maldito coche!». A continuación, mostró unos dibujos animados donde se veía a un *gentleman* británico con bombín y traje a rayas que se quemaba la mano al posarla sobre un fogón encendido y luego se clavaba un tenedor en el ojo. El público se desternillaba de risa. «*Brexit* duro, *brexit* blando, *brexit* líquido, ¡lárguense ya de una vez!», exclamó Welke. Un espectáculo doloroso: Gran Bretaña convertida en el hazmerreír del mundo entero. Sin embargo, como manifestó el primer ministro del estado federado de Brandemburgo, Dietmar Woidke, en un simposio de responsables políticos: «El *brexit* no es un espectáculo cómico, sino un drama real en muchos actos».[7]

La victoria de Johnson en las elecciones generales de diciembre de 2019 abrió una nueva brecha. En vez de respirar aliviada por no tener que seguir lidiando con las incertidumbres del *brexit*, Alemania se vio obligada a habérselas con un populismo recién estrenado frente a su propia puerta, inspirado en el «amigo» de Johnson, Donald Trump. ¿Cómo podían haber elegido los británicos a

un hombre famoso por sus crónicas inventadas sobre la Unión Europea cuando era corresponsal en Bruselas y aficionado a hacer el payaso? Para muchos alemanes, Johnson es la antítesis de lo que debería representar un político.

El *brexit* no es la causa del psicodrama británico, sino un síntoma. Estamos atrapados en un sistema político moribundo y somos prisioneros de falsas ilusiones de grandeza. Cuando el secretario de Estado estadounidense Dean Acheson señaló en 1962 que Gran Bretaña había perdido un imperio y aún no había encontrado una función, jamás se le habría ocurrido pensar que al cabo de sesenta años seguiríamos caminando a tientas. Todavía no hemos superado el hecho de haber ganado la guerra. Acudimos en tropel a ver películas como *Dunkerque* y *Darkest Hour* (*El instante más oscuro*); continuamos vinculando nuestros parámetros culturales e históricos a sucesos ocurridos hace setenta y cinco años. La mayoría de nuestros medios de comunicación se han pasado décadas presentando la integración europea como un complot urdido por Alemania y Francia para socavar los valores ingleses. Su lenguaje habla de victoria y rendición, colaboracionismo y traición.

Inmediatamente después de acabar la guerra, el Reino Unido no tenía el poder económico o militar de que gozaba Estados Unidos. Nosotros no diseñamos el Plan Marshall. Pero nuestro papel fue fundamental para la libertad de Berlín y la seguridad de Alemania gracias a la presencia del ejército británico a orillas del Rin, y contribuimos al desarrollo de unos medios de comunicación autónomos y unas instituciones políticas respetadas. Y los alemanes siguen agradeciéndonoslo enormemente.

El Reino Unido nunca se ha sentido cómodo con la Unión Europea. Cuando se celebró el primer referéndum, en 1975, quienes hacían campaña contra la permanencia en la Comunidad Económica Europea comparaban el Tratado de Adhesión con el Acuerdo de Múnich y la política de apaciguamiento de Chamberlain. En 1974, mientras preparaba su intervención ante el congreso del Partido Laborista, Helmut Schmidt preguntó a sus ministros qué podría decir en su discurso que contribuyera a inclinar a los votantes a favor de la permanencia en la CEE. Uno de ellos, que acababa de reunirse con su homóloga británica, Barbara Castle, le dijo: «La única manera de retener al Reino Unido dentro de la Comunidad Europea es no recordarles que ya forman parte de ella».[8]

El citado memorándum formó parte de la exposición presentada en 2019 en la Casa de la Historia de Bonn y titulada *Very British. Un punto de vista alemán*, la cual fue una de las más populares del museo, como me hizo notar su comisario, Peter Hoffmann. Diseñada antes del referéndum sobre el *brexit*, su contenido se modificó con la adición de una sala dedicada a este. Hoffmann reconocía que la

fijación de los alemanes con las dificultades del Reino Unido había contribuido a hacer crecer las cifras de visitantes. Es una exposición amena, informativa y también triste. El tema de fondo es un afecto no correspondido.

Los alemanes han devorado la subcultura británica, la música pop, los programas de televisión (a ellos también les divertía *Fawlty Towers*, visto desde una perspectiva autocrítica), el glamur de Emma Peel y los Vengadores, y siguen consumiéndola. Muchos evocan sus vacaciones en autocaravana en Cornualles, en Escocia y en el Parque Nacional del Distrito de los Lagos. No se pierden ningún partido de la Premier League. Les obsesiona la familia real (alemana, de Hanover, como les gusta señalar). Adoran las tradiciones inglesas, incluso las que ellos mismos inventan. Cada fin de año, el país entero, jóvenes y viejos, ve una película hablada en inglés titulada *Dinner for One* (Cena para uno). En blanco y negro y de solo veinte minutos de duración, se emitió por primera vez en 1963. Es el programa de televisión con más reemisiones de la historia: recrea la cena de celebración del nonagésimo cumpleaños de *miss* Sophie, una enjoyada aristócrata inglesa que cada año invita a cuatro caballeros, siempre los mismos. El problema es que entre tanto todos han muerto. Sin dejarse arredrar por ello, el mayordomo pone la mesa y va cumpliendo con todo el ritual, una cena de cuatro platos, incluida una sopa al *curry*, acompañada de jerez seco, vino y champán. Los alemanes se saben de memoria todos los gags. Se desternillan de risa cuando el mayordomo le pregunta a *miss* Sophie: «¿Todo igual que el año pasado?».

La caída del Muro de Berlín podría y debería haber sido una gran ocasión para celebrar el papel del Reino Unido en el renacimiento de la Alemania democrática. Se estaba desmantelando con extraordinario éxito un sistema comunista opresivo. Margaret Thatcher estaba llamada a desempeñar un papel importante en el proceso, al lado de Ronald Reagan y Mijaíl Gorbachov. Sin embargo, ella solo lo veía como una amenaza. Un mes después de las increíbles imágenes que pudieron verse en Berlín, Thatcher declaró ante los dirigentes europeos durante una cena celebrada en Estrasburgo: «Derrotamos en dos ocasiones a los alemanes. Y ya vuelven a empezar». Exhibió unos mapas de Silesia, Pomerania y Prusia oriental que llevaba en el bolso y le anunció al presidente francés François Mitterrand: «Se apropiarán de todo esto, y de Checoslovaquia también».[9]

Unas semanas después el Grupo de Brujas, de orientación thatcherista, escuchó lo siguiente en boca de Kenneth Minogue, uno de los economistas preferidos de Thatcher: «Las instituciones europeas han estado intentando crear una Unión Europea, siguiendo la tradición de los papas medievales, Carlomagno, Napoleón, el Kaiser y Adolf Hitler».[10] Es famoso el comentario de uno de sus

ministros de mayor confianza, Nicholas Ridley, a la revista *Spectator*, según el cual el mecanismo europeo de tipos de cambio (precursor del euro) no era más que «un chanchullo alemán para apropiarse de toda Europa […] No estoy en contra de ceder soberanía por principio, pero no a esa gente. Francamente, sería como regalársela a Adolf Hitler».[11] Se vio obligado a dimitir, pero solo había dicho lo que pensaban muchísimos británicos, de un cierto tipo.

Thatcher consideraba que su misión era presionar en contra, hasta que comprendió que nadie la apoyaba. Intentó persuadir a Gorbachov en privado. El dirigente soviético jamás había sospechado que sus reformas políticas pudieran conducir al desplome del comunismo en todo el bloque. Ocupaba la posición más central y, sin embargo, no solo aceptó la reunificación de Alemania, sino también una Alemania prooccidental adherida a la OTAN y el retroceso de la frontera militar soviética. Las súplicas de Thatcher llegaron a oídos sordos. Mitterrand también tenía reservas con respecto al nuevo proyecto alemán. Los franceses tenían muchos motivos históricos para temer a una Alemania más fuerte y unificada. Una Alemania debilitada y dividida les había venido muy bien. Como comentó con sorna en 1952 el autor y figura destacada de la resistencia francesa François Mauriac: «Amo tanto a Alemania que me alegro de que haya dos».[12] Pero Mitterrand sabía que no podía oponerse al curso de la historia.

El proceso de negociación del Tratado 2 + 4 ofreció a los periodistas la posibilidad de contemplar la dinámica desde primera fila, mientras Kohl, Reagan, Thatcher, Mitterrand y Gorbachov ultimaban un tratado que crearía una sola Alemania y una nueva arquitectura europea. El teóricamente máximo dirigente de la Alemania oriental, De Maizière, tenía reservada una breve aparición. Thatcher no disimuló en ningún momento su animadversión contra Kohl, una reacción enraizada en la psicología de guerra, no en planteamientos políticos. Kohl tenía un busto de Churchill en su despacho de la cancillería y era un anglófilo declarado que consideraba beneficiosa la influencia del Reino Unido en Europa. Y, sin embargo, pese a todos sus esfuerzos, no consiguió ganarse su favor. En marzo de 1990, ambos habían acordado asistir a la cuadragésima edición del Königswinter, un congreso angloalemán, que se celebró en Cambridge. Los organizadores decidieron que era demasiado arriesgado sentarlos juntos. Esa noche, durante la cena, Thatcher compartió sus cavilaciones con su compañero de mesa, un veterano diplomático alemán. Tendrían que transcurrir «al menos otros cuarenta años antes de que los británicos puedan volver a confiar en los alemanes», le dijo.[13]

Luego, solo tres años más tarde, tuvo el mérito de reconocer en sus memorias que se había equivocado: «Si hay un caso en que la política exterior que impulsé

fue un rotundo fracaso, este fue el de la reunificación alemana».[14]

Todavía ahora, el Reino Unido no parece saber exactamente cómo desea que actúe Alemania. Cuando su economía sufre dificultades, como ocurrió a mediados de los años ochenta y de nuevo en los noventa, es zaherida como el «enfermo de Europa», sobrerregulado y demasiado rígido. Cuando Deutschland AG (Alemania S. A.) monopoliza los mercados globales, se la tacha de arrogante y rapaz. Ahora que su economía vuelve a perder fuelle, ha recomenzado el regodeo. Los británicos no quieren que Alemania imponga su autoridad en el mundo, pero al mismo tiempo quieren que arrime el hombro.

El cambio de siglo y la década de 2000, cuando Tony Blair y Gerhard Schröder hablaban de un hogar común europeo, aportaron un breve interludio. Con el *brexit* todo se fue al garete. La llegada de Johnson al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores en 2016 inauguró una nueva era de trato grosero con Alemania. Su lenguaje tenía desesperados a sus funcionarios. Salir de la Unión Europea sería una *libération*, declaró Johnson en la Conferencia de Múnich, pronunciando la palabra en francés ante la consternación de quienes le escuchaban. El aspirante a historiador y posteriormente primer ministro que intenta imitar a Churchill ha adoptado buena parte del léxico de Thatcher. Esta retórica siempre ha tenido buena acogida en el núcleo duro del Partido Conservador y sigue teniéndola. Un ministro que ejerció su cargo durante el mandato de Theresa May recuerda que un incondicional del partido farfulló hace poco en una reunión con los electores: «No ganamos la guerra para que los alemanes vengan a decirnos qué tenemos que hacer». Recibió una fuerte ovación.

Tal vez el Reino Unido sea el campeón mundial en materia de obsesión con la guerra, pero no es el único. Alemania sigue teniendo la impresión de que nunca consigue acertar. Cuando impuso duras medidas a Grecia durante la crisis de endeudamiento (examinaré sus aciertos y errores en otro capítulo del libro), en Atenas aparecieron carteles con el retrato de Merkel con un bigote hitleriano pintado.

Afortunadamente, es posible escribir otro relato sobre Alemania. La experiencia directa, en el campo de los negocios, de la tecnología y de las artes, la ha desmitificado a los ojos de una nueva generación de británicos. Su capital «pobre pero *sexy*» (expresión que empleó su alcalde en 2003) se ha convertido en un polo de atracción turística. Noctámbulos adolescentes y veinteañeros acuden en tropel a pasar un fin de semana en Berlín, Hamburgo o Leipzig. Alemania cuenta ahora con el cuarto contingente más numeroso de residentes británicos en Europa, después de España, Francia e Irlanda. Según un estudio conjunto de la

organización Oxford in Berlin y el Centro de Ciencias Sociales de Berlín (WZB),[15] el número de británicos que han obtenido la ciudadanía alemana se ha multiplicado por diez en los tres años transcurridos desde el referéndum del *brexit*, y las predicciones indican que la cifra podría seguir creciendo en los próximos años. Para muchos jóvenes británicos, Alemania es fuente de esperanza y oportunidades.

En el último par de décadas, los alemanes han empezado a elogiar a su país con menos reparos. Algunos lo atribuyen a la popularidad conseguida como país anfitrión del Mundial de Fútbol de 2006. Otros insisten en que no ha sido un cambio súbito, sino una evolución gradual con el transcurso del tiempo. Pero siguen siendo prudentes. En 2019 se celebró discretamente el septuagésimo aniversario de la Ley Fundamental, con exposiciones, documentales televisivos y tenderetes conmemorativos en el centro de las ciudades. Coincidiendo aproximadamente con esta celebración, la Open Society Foundation realizó un estudio de opinión detallado sobre el patriotismo, un tema difícil para los alemanes. Los resultados indicaron que la Ley Fundamental había sido de manera continuada el motivo más importante de orgullo nacional durante decenios. La única forma de patriotismo que muchos alemanes profesan es el constitucionalista. Su orgullo nacional no es del tipo insular que enarbola banderas. En cambio, aspiran a ofrecer un buen ejemplo al mundo con la aplicación de un claro compendio de normas democráticas.

Yo anhelaba tener la oportunidad de constatarlo personalmente, aunque solo fuese de modo anecdótico. Por encargo de Cari y Januscz, dos amigos que dirigen Easy German, una escuela dedicada a impartir cursos de alemán, un día del verano de 2019 realicé una serie de videoentrevistas en Prenzlauer Berg, la nueva zona de moda en Berlín este, donde treinta años antes había presenciado las protestas en una iglesia contra el régimen comunista. Me habían pedido que preguntara a todo el mundo: «¿Qué hacen bien los alemanes?». La mayoría de los transeúntes quedaban desconcertados al oírlo y tenían dificultades para dar una respuesta. Algunos en serio, otros irónicamente, me ofrecieron las siguientes: puntualidad, formalidad, meticulosidad. Uno se aventuró a decir: «Somos duros pero sinceros y directos. Cumplimos nuestra palabra». Muchos buscaban refugio en el «pan» o la «cerveza».

Esta experiencia me llevó, sin embargo, a preguntarme qué hacen en verdad mejor los alemanes y qué pueden enseñarnos o, más bien, qué han aprendido. Planteo estas preguntas con la esperanza de espolear un debate distinto sobre ese país no con ánimo de sugerir ningún tipo de superioridad, sino con el fin de ponderar su historia reciente. Echen un vistazo en su librería local, en cualquier

país, y ¿cuántos libros sobre Alemania encontrarán que *no* versen sobre las dos guerras mundiales? En los últimos años se han publicado algunos admirables, pero escasos y espaciados en el tiempo.

¿Qué me induce a escribir este libro ahora? Alemania está dejando atrás un periodo de crecimiento económico sostenido y se adentra en unos tiempos de elevada incertidumbre. El año que he dedicado a recorrer el país por carretera y la serie de entrevistas realizadas no me han dejado deslumbrado ni ciego a sus defectos. Los incluyo todos aquí. Los alemanes a quienes entrevisté para esta obra, desde políticos destacados y directores de empresas multinacionales hasta artistas, pasando por personas que realizan tareas voluntarias de apoyo a los refugiados, antiguos compañeros y personas corrientes conocidas al azar, todos se mostraron reticentes al conocer los postulados y el título del libro. Todos, sin excepción alguna. «No puede decir eso», exclamaban espantados o con una risita incómoda. Después comenzaban a recitar una larga lista de problemas que tendrá que afrontar el país y las muchas cosas que hace mal. Dondequiera que dirijan la mirada, los alemanes encuentran motivos de preocupación y ven amenazado todo lo que más aprecian. Ven un mundo donde populistas y personajes autoritarios —desde Donald Trump hasta Vladímir Putin, desde Tayyip Erdoğan en Turquía hasta Jair Bolsonaro en Brasil— se mofan de la democracia. Y en su país, observan la omnipresencia de la AfD (Alternativa para Alemania) y las dificultades de los políticos convencionales para dar respuesta a los problemas. Como todo el mundo, son conscientes del clima de emergencia que tienen delante.

¿Cabría encontrar un momento más idóneo para comprobar la resiliencia del país? La mayoría de los alemanes —y por descontado también los extranjeros— solo ven un futuro oscuro para su país. Por mi parte, discrepo vehementemente, aunque es cierto que les aguardan muchos problemas. Sus dudas, su casi mórbida realimentación de la memoria, avivan mis esperanzas. Los alemanes no se atreven a elogiar a su país. Esta resistencia a ver el lado bueno está profundamente enraizada. Y, no obstante, en comparación con las alternativas que se ofrecen en Europa y más allá, tienen muchos motivos de orgullo. Como escribió el comentarista estadounidense George Will a principios de 2019: «La Alemania actual es la mejor que ha conocido el mundo».[16] Otros países más pagados de sí, como el mío, harían bien en aprender de ella.

---

[1] Como así ocurrió efectivamente. (*N. de la T.*).

[2] «Los sucios alemanes cruzaron el Rin, vaya por Dios»; «Hitler tenía un solo cojón,

el otro estaba en el Albert Hall». (*N. de la T.*).

[3] *La fuga de Colditz* es una serie de 1972. Narra la historia de unos prisioneros de guerra, en su mayoría británicos, y sus intentos de escapar de Colditz, un campo de reclusión para oficiales prisioneros que ya habían escapado de otros campos.

The Dam Busters es una película ambientada en la Segunda Guerra Mundial que recrea un hecho real ocurrido en 1943: un ataque de un escuadrón de la Real Fuerza Aérea para destruir una presa en Alemania.

Fawlty Towers es una comedia de situación producida por la BBC y emitida por primera vez en 1975. La acción se desarrolla en un hotel del mismo nombre, situado en Torquay, en la llamada Riviera inglesa, y el tema central de todos los episodios son los esfuerzos fallidos del dueño, Basil Fawlty, para dar un aire refinado a su hotel. En el sexto episodio, titulado «Los alemanes», Basil ofende continuamente a algunos de sus huéspedes alemanes cuando, pese a haber advertido a su personal que no deben mencionar la guerra, él mismo no para de evocarla. Sus insultos culminan con una imitación de Hitler desfilando al paso de la oca. (*N. de la T.*).

[4] Citado en G. Wheatcroft, «England Have Won Wars Against Argentina and Germany. Football Matches, Not So Much», *New Republic*, 12 de julio de 2014, newrepublic.com/article/118673/2014-world-cup-england-have-won-wars-against-bothargentina-germany (consultado el 10 de septiembre de 2019).

[5] P. Morgan, «Mirror declares football war on Germany», *Daily Mirror*, 24 de junio de 1996.

[6] M. Sontheimer,«Gefangene der Geschichte», *Spiegel*, 16 de diciembre de 2002, spiegel.de/spiegel/print/d-25940368.html (consultado el 25 de septiembre de 2019).

[7] D. Woidke, intervención en un simposio de Chatham House, Berlín, 7 de noviembre de 2019.

[8] P. Oltermann, «Beach towels and Brexit: how Germans really see the Brits», *Guardian*, 30 de septiembre de 2019, theguardian.com/world/2019/sep/30/beach-towels-and-brexit-how-germans-really-see-the-brits (consultado el 30 de septiembre de 2019).

[9] S. Schama y S. Kuper, «Margaret Thatcher 1925-2013», *Financial Times*, 12 de abril de 2013, ft.com/content/536e095c-a23e-11e2-8971-00144feabdc0 (consultado el 5 de octubre de 2019).

[10] F. O'Toole, «The paranoid fantasy behind Brexit», *Guardian*, 16 de noviembre de 2018, theguardian.com/politics/2018/nov/16/brexit-paranoid-fantasy-fintan-otoole (consultado el 20 de noviembre de 2019).

[11] Nicholas Ridley, en una entrevista con Dominic Lawson, director del *Spectator* en aquel momento. Véase J. Jones, «From the archives: Ridley was right», *Spectator*, 22 de septiembre de 2011, spectator.co.uk/article/from-the-archives-ridley-was-right (consultado el 28 de octubre de 2019).

[12] Citado en A. Hyde-Price, «Germany and European Security before 1990», en K.

Larres (ed.), *Germany since Unification: The Development of the Berlin Republic*, Basingstoke: Palgrave, 2001, p. 206.

[13] H. Young, *This Blessed Plot: Britain and Europe from Churchill to Blair*, Londres: Macmillan, 1998, p. 359.

[14] M. Thatcher, *The Downing Street Years*, Londres: Harper Collins, 1993, p. 813.

[15] D. Auer, D. Tetlow, «Guest Blog: More Britons willing to leave UK to escape Brexit uncertainty», 28 de octubre de 2019, https://www.compas.ox.ac.uk/2019/brexituncertainty-motivates-risk-taking-by-brits-who-decide-to-leave-the-uk-and-theresusually-no-turning-back/#_ftn1 (consultado el 1 de noviembre de 2019).

[16] G. Will, «Today's Germany is the best Germany the world has seen», *Washington Post*, 4 de enero de 2019, washingtonpost.com/opinions/global-opinions/todays-germany-is-the-best-germany-the-world-has-seen/2019/01/04/abe0b138-0f8f-11e9-84fc-d58c33d6c8c7_story.html (consultado el 5 de octubre de 2019).

01

Reconstrucción y memoria

Los sufrimientos de la postguerra

Weimar es la ciudad de Goethe y Schiller, de Bach y Liszt, del pintor renacentista Cranach el Viejo. Allí se enamoró de la cultura alemana la intelectual y *salonière* Madame de Staël y allí nació la escuela de arte Bauhaus.

Frente a mi hotel hay una parada del autobús número 6 que permite recorrer la corta distancia desde la plaza Goethe hasta el campo de concentración de Buchenwald. En Alemania, no hace falta ir muy lejos para verse enfrentado a su terrible historia. En Múnich, se tarda veinte minutos en cubrir el trayecto de la línea 2 del metro desde la estación central hasta la última parada, Dachau. En Berlín es un poco más complicado llegar hasta Sachsenhausen en transporte público, pero el recorrido en coche en dirección norte requiere poco más de una hora.

Alemania lleva el último medio siglo dedicada a una tarea de expiación que ha dominado todos los aspectos de la vida, con una permanente referencia a la época nazi. El intenso estado de alerta moral en que viven los alemanes, incluso después de tantos años, sigue dictando gran parte de sus actos. El historiador Fritz Stern habla de su «deseo de creer en Hitler», «en su elección voluntaria del nazismo».[17] Stern dedicó su larga carrera a responder a la pregunta: «¿Por qué y cómo llegó a traducirse a la práctica en Alemania el potencial humano universal para hacer el mal?».[18] O, como argumentó el historiador británico A. J. P. Taylor en un texto escrito en los meses finales de la guerra: «La historia de los alemanes

es una historia de extremos. Contiene de todo salvo moderación y en el curso de un milenio han vivido toda clase de experiencias excepto la normalidad».[19]

Se ha acuñado toda una fraseología en torno a la necesidad de recordar: *Vergangenheitsbewältigung* (asumir el pasado); *Vergangenheitsaufarbeitung* (procesar el pasado); *Erinnerungskultur* (cultura de la memoria); y la expresión más controvertida, *Kollektivschuld* (culpa colectiva).

Toda la historia alemana, incluida la anterior al siglo XX, se contempla bajo esta lente. A diferencia de Francia o Gran Bretaña o muchos otros países de todo el mundo, Alemania no conmemora con grandes celebraciones un día nacional, aunque ahora empieza a celebrarse tímidamente el Día de la Unidad Alemana (el 3 de octubre), recién establecido. No se honora a los muertos en actos de servicio militar a su país. Los únicos desfiles que se celebran son de carácter folclórico y cultural. La pompa es escasa; lo cual tal vez explique la obsesión alemana con la realeza y las celebridades de otros países.

¿Qué otro país construiría un monumento a su propia infamia y, además, junto a sus dos puntos de referencia más famosos? El monumento a los judíos de Europa asesinados se encuentra muy cerca de la puerta de Brandemburgo y del Reichstag, el edificio del Parlamento, en el corazón de Berlín. Inaugurado en 2005, consta de 2.711 losas rectangulares de hormigón que evocan la forma de un ataúd. Grupos de escolares llegados de todos los puntos del país acuden a visitarlo con la advertencia de que deben guardar silencio en todo momento. Contemplar sus caras al salir es una experiencia instructiva. Algunos arquitectos e historiadores lo han criticado por ser demasiado abstracto, incluso frío. A mí me parece escalofriante, en el sentido adecuado. Actualmente es el memorial del holocausto más famoso erigido en la Alemania moderna y en todo el territorio del antiguo Tercer Reich, pero es solo uno de los muchos que hay.

El artista Gunter Demnig propuso la idea en 1992, y tres décadas después más de setenta mil *stolpersteine* o piedras de la memoria con inscripciones en veinte lenguas se han instalado en las calles de ciento veinte ciudades y pueblos de veinticuatro países de Europa. Se trata de pequeñas losas simétricas, su nombre significa literalmente «piedra que obliga a tropezar», de diez por diez centímetros, con los nombres de personas exterminadas en los campos de concentración y otras víctimas del nacionalsocialismo inscritos sobre placas de bronce. Están situadas frente al último lugar de residencia conocido de las víctimas, principalmente personas judías, pero no solo. También hay gitanos, homosexuales o personas discapacitadas. La inscripción comienza diciendo: «Aquí vivió», seguido del nombre de la víctima, su fecha de nacimiento y cuál fue su destino: internamiento, suicidio, exilio o, en la inmensa mayoría de los casos,

deportación y asesinato. La mayor parte se encuentran en Alemania.[20]

Estos actos de memoria no fueron fáciles ni inmediatos. De hecho, tuvieron que transcurrir casi dos décadas desde el final de la guerra para que los alemanes empezaran a contemplar realmente de cara la realidad no edulcorada del holocausto y otros horrores. Desde mediados de los años cuarenta, el estado de ánimo predominante había sido de desconcertada humillación. Es posible que la táctica aliada de atacar las ciudades con bombas incendiarias hasta dejarlas arrasadas con el fin de minar la moral de la población acelerara el final de la guerra, pero también favoreció que arraigase un cierto victimismo, en general silencioso, la percepción de una equivalencia moral entre los crímenes nazis y los excesos de los aliados.

En un primer momento, el proceso de reconstrucción fue solo físico. La imagen de las *Trümmerfrauen*, las acarreadoras de escombros, ha quedado profundamente grabada en la psique alemana. Inmediatamente después de la rendición nazi, los aliados reclutaron a todas las mujeres físicamente capacitadas, de edades comprendidas entre los quince y los cincuenta años, para desescombrar ladrillo a ladrillo los edificios derruidos empuñando mazos y picos. Muchas de esas mujeres estaban traumatizadas por la guerra, pero se las consideró capaces de realizar ese trabajo manual durante nueve horas diarias a cambio de unas pocas monedas y una cartilla de racionamiento. Muchos hombres habían quedado lisiados o estaban recluidos en campos de prisioneros de guerra. Ocho millones de personas, más de un 10 por ciento de la población, habían muerto o desaparecido. Unas ciento cincuenta ciudades de diferente tamaño habían quedado derruidas. Casi la mitad de las carreteras, líneas de ferrocarril, conducciones de gas, electricidad y agua estaban destruidas. George Orwell describió lo que vio en Colonia en marzo de 1945: «Por doquier podía verse a los miembros de la raza superior abriéndose paso entre los montones de escombros montados en sus bicicletas o corriendo al encuentro del carro del agua acarreando jarras y baldes».[21] Su ira cáustica es característica del momento.

En palabras de Neil MacGregor: «El patetismo que evoca la imagen del carretón arrastrado a mano es potente y muy real».[22] Un país ya empobrecido se vio obligado a albergar y alimentar a doce millones de personas expulsadas de los territorios orientales por el avance ruso, que se sumaron a su población. Posiblemente se trata del mayor desplazamiento forzado de población de la historia. Mucha gente no tenía dónde ir, ningún lugar donde refugiarse del frío, mientras arrastraban sus pocas pertenencias harapientas. El invierno de 1946-1947 fue especialmente crudo. El dinero no valía nada. El trueque era el modo de intercambio preferido. Los cigarrillos y el chocolate eran los artículos

más buscados. La ración de alimentos asignada era de apenas entre mil y mil quinientas calorías diarias. Los suministros estadounidenses —equivalentes a una sexta parte de la producción total de alimentos de Alemania en aquel momento— salvaron de la inanición a decenas de miles de personas.

Todavía hoy siguen siendo pocas las familias que no tienen a algún miembro o no conocen a alguien que conserve las cicatrices del colapso de la postguerra. Este ha sido un aspecto de la historia alemana muy poco conmemorado y poco estudiado durante mucho tiempo. MacGregor se pregunta si el motivo «podría ser que los alemanes consideran esos sucesos como una justa retribución por las malas acciones cometidas. Cuando un Estado ha causado tanto daño, ¿cómo debemos responder ante las penurias que sufren sus ciudadanos como resultado? Aun constatando una responsabilidad colectiva, ¿podemos abogar no obstante por la compasión a escala individual?».[23]

En un libro titulado *Kalte Heimat* (La patria fría), publicado en 2008, el historiador Andreas Kossert examina el trato dispensado a esa gente desposeída procedente del este. Sus compatriotas no los recibieron con los brazos abiertos, una actitud que siempre ha sido, y sigue siendo, un tema incómodo que es preciso abordar con cuidado. «Setenta años después de acabar la guerra, casi cada familia alemana se ha visto afectada por lo ocurrido —escribe Kossert—. Pero esto solo se ha empezado a abordar muy lentamente como parte de la memoria colectiva porque hasta hace muy poco mencionarlo se asociaba a una posición revisionista de extrema derecha. […] Muchas familias guardaban total silencio al respecto y jamás hablaban de la pérdida y el duelo de los padres o los abuelos».[24]

Las fuerzas de ocupación fomentaron la idea de que la desnazificación, la desmilitarización y la reconstrucción permitirían poner el contador a cero. La idea se incorporó al lenguaje cotidiano. La película de Roberto Rossellini *Alemania, año cero*, filmada en 1947 en el lugar de los hechos y proyectada el año siguiente en versión alemana e inglesa, contribuyó posiblemente a difundir el uso de esa expresión. Empezar de *cero*, borrar todo lo ocurrido, era un buen recurso. La mayoría de los alemanes de la época optaron por verse como víctimas o como participantes involuntarios. Se tardaría dos décadas en empezar a plantearse un debate realmente sincero sobre el carácter de la participación y la culpa. Como escribió con sorna la reportera de guerra Martha Gellhorn en el curso de sus viajes por los territorios derrotados: «Nadie es nazi. Nadie lo ha sido nunca. Puede que hubiera alguno en el pueblo vecino… No había muchos judíos en este barrio… No tenemos nada contra los judíos, siempre nos llevamos bien con ellos…». Y al final añadía: «Habría que ponerle música».[25]

Desde el punto de vista de los aliados, era preciso abordar la situación con pragmatismo. Ante la creciente amenaza soviética, necesitaban desesperadamente que Alemania volviera a levantar cabeza para plantarle cara. Necesitaban un país estable. El primer indicio de abandono del punitivismo se pudo apreciar durante la visita del secretario de Estado estadounidense James Byrnes en septiembre de 1946. Byrnes visitó varias ciudades derruidas en la zona americana y pronunció en Stuttgart un discurso titulado «Ratificación de nuestra política» («Restatement of Policy»), que fue todo menos eso. Con él se inauguraron dos procesos: la aportación de ayuda económica y la decisión de centrar la atención sobre todo en los riesgos del comunismo más que en los crímenes del fascismo. «El Gobierno de Estados Unidos —declaró Byrnes— ha apoyado y seguirá apoyando las medidas necesarias para desnazificar y desmilitarizar Alemania, pero esto no significa que grandes ejércitos de soldados extranjeros o funcionarios venidos de fuera, aun estando muy motivados y siendo muy disciplinados, sean a largo plazo los guardianes óptimos de la democracia en otro país. Estados Unidos no puede aliviar a Alemania del sufrimiento causado por la guerra que comenzaron sus gobernantes. Pero tampoco desea aumentar ese sufrimiento ni negar al pueblo alemán la oportunidad de superarlos con su trabajo, con la condición de que respeten la libertad humana y no se aparten del camino de la paz».[26]

El presidente Harry Truman llegó a la conclusión de que Europa no lograría recuperarse sin una inyección masiva. Su secretario de Estado George Marshall (sucesor de Byrnes) lo expresó así: «Es lógico que Estados Unidos haga cuanto esté en sus manos para contribuir a restituir al mundo un estado normal de salud económica, sin la cual no puede haber estabilidad política ni está garantizada la paz».[27] El Programa de Recuperación Europea, o Plan Marshall, aportó 12.000 millones de dólares a 18 países europeos (el equivalente a más de 100.000 millones ajustados a los precios actuales). El Reino Unido y Francia recibieron la mayor aportación, seguidos de Alemania. La URSS rehusó recibir nada directamente ni tampoco para los nuevos países de Europa del Este que habían quedado bajo su égida.

Muchos nazis de rango medio —e incluso alguno de alto rango— fueron restituidos en sus cargos. Era fácil obtener un certificado de desnazificación, apodados *Persilscheine*, «carnés Persil». La sospecha de complicidad con los nazis se podía eliminar con ayuda de algún detergente histórico. Un certificado de buena conducta permitía exonerar a los sospechosos de delitos nazis. La gente hablaba de la posibilidad de quedar limpio o entrar con una camisa parda y salir con una blanca. Al cabo de unos años, el nuevo Bundestag aprobó el artículo 131 que formalizaba el procedimiento. Esto permitió la restitución automática de los

funcionarios públicos, incluidos políticos, jueces, mandos militares, profesores y médicos, que superasen las pruebas de desnazificación. Se restablecieron las pensiones de jubilación. Numerosos directivos pudieron recuperar sus puestos al frente de empresas que habían sido cómplices.

El recuerdo de la culpa por lo ocurrido durante la guerra no se ha ido desvaneciendo con el tiempo. Siempre me asombra el gran número de alemanes, sobre todo jóvenes o de media edad, que lo sacan espontáneamente a colación. Más que para rememorar el pasado, aunque esto también es importante, lo hacen sobre todo para verificar que se ha aprendido la lección. En estos tiempos de expansión del autoritarismo, el nacionalismo y la incivilidad en Europa y en todo el mundo, en Alemania se habla más que nunca de los crímenes del Tercer Reich. En Múnich tuve ocasión de entrevistarme con Matthias Mühling, director de la Lenbachhaus, una de las galerías de arte más importantes de la ciudad. Mientras contemplábamos desde el museo el esplendor de la Königsplatz, la plaza que fue la sede central del poder nazi, me señaló el edificio del Instituto Central de Historia del Arte. Poco después de la guerra, los estadounidenses destacaron allí a un equipo encargado de investigar el destino de los miles de obras de arte expoliadas. Este episodio fue el tema de una película de Hollywood, rodada en 2014: *The Monuments Men*, un éxito de taquilla protagonizado por George Clooney. A medida que Mühling iba narrándome el caso, su tono se fue haciendo cada vez más vehemente. Le parecía indignante la facilidad con que muchos antiguos nazis volvieron a ocupar puestos destacados en el sector de la cultura, y en otros ámbitos de la sociedad. «Todo el mundo tiene un abuelo y posiblemente un padre que fueron nazis, y siguen yéndose de rositas», comentó. Y destacó que la Lenbachhaus, a diferencia de casi todos sus rivales, no formó parte de la claque de Hitler. Para intentar localizar las obras desaparecidas, las fuerzas estadounidenses contrataron la ayuda de muchos directores de museo que habían acatado con entusiasmo las instrucciones de deshacerse del arte «judío degenerado». «Por una razón obvia, supongo —apostilló Mühling—. Ellos sabían adónde habían ido a parar». ¿Qué pesa más? ¿Que muchas personas que ocuparon puestos de responsabilidad se fueran de rositas? ¿O la indignación que eso todavía suscita en muchos miembros de la generación actualmente activa en la vida pública?

Desde mediados de los años cuarenta hasta finales de esa década, fuera de los criminales de guerra más destacados, hubo escaso interés en perseguir a los peces pequeños. Solo veinticuatro miembros de la cúpula nazi fueron juzgados en el Palacio de Justicia de Núremberg. Doce fueron condenados a muerte y diez de ellos fueron ahorcados ese mismo día, 16 de octubre de 1946, en el gimnasio del

edificio. Fue una asunción pública de culpabilidad, pero al mismo tiempo se inscribía en un relato según el cual con ello quedaba cerrado el capítulo de la guerra. Varias instituciones se vieron obligadas a retractarse. Una de las primeras fue la Iglesia protestante, que reconoció su colaboración con los nazis en octubre de 1945 en lo que se conoce como la Confesión de Stuttgart. «A través de nosotros se causó infinito daño a muchas personas y países —rezaba esta—. Lo que a menudo hemos expresado ante nuestros feligreses queremos manifestarlo ahora en nombre de toda la Iglesia: hemos luchado durante largos años en nombre de Jesucristo contra la mentalidad que encontró una espantosa expresión en el régimen de violencia nacional socialista; pero nos acusamos de no haber defendido con mayor coraje nuestras convicciones, de no haber rezado con más fe, de no haber confiado más gozosamente en nuestra fe y de no haber amado con mayor pasión».[28] En aquel momento muchos consideraron excesivo incluso ese acto de contrición a medias.

Ya había caído el telón de acero. Los soviéticos comenzaban a imponer cada vez con mayor firmeza su dominio sobre su sector ocupado. Estados Unidos y el Reino Unido decidieron fusionar los suyos, en el aspecto económico como mínimo. Tras unos comienzos difíciles, la bizona resultó un éxito (Francia tardaría dos años en sumarse a ella para constituir una trizona durante un breve tiempo) y acabó siendo el núcleo de la futura Alemania occidental. Entre febrero y junio de 1948, los tres aliados, junto con los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo, se reunieron en Londres para debatir el camino que seguir para devolver el autogobierno al país vencido. Anhelaban librarse de la tarea de gobernar las tierras alemanas mientras se enfrentaban al doble reto de reconstruir sus propios países y responder al rápido crecimiento de la amenaza comunista.

Los primeros Gobiernos alemanes centraron toda su atención en la tarea económica más inmediata. Theodor Heuss, el primer presidente de Alemania occidental de la postguerra, declaró: «Podemos hacer prácticamente solo una cosa, que es trabajar». Dos políticos tuvieron un papel fundamental en la rápida recuperación del país y contribuyeron a sentar las bases del *Wirtschaftswunder*, el milagro económico. En 1948, Ludwig Erhard, en su calidad de director económico de la bizona estadounidense y británica, abolió de la noche a la mañana la moneda vigente. Diez *Reichsmarken* equivaldrían a uno de los nuevos *Deutschmarken*. Un 90 por ciento de la deuda pública quedó anulada de un plumazo (al igual que cualquier ahorro privado en *Reichsmarken*). Y en un gesto todavía más osado, una semana después Erhard suprimía el racionamiento y el control de precios introducidos por los nazis, junto con las limitaciones a la

producción impuestas por los aliados. Erhard era un personaje fuera de lo común para su época, un pensador original y optimista. Sus ensayos sobre las finanzas públicas habían llegado a manos de los servicios secretos estadounidenses hacia el final de la guerra y las fuerzas de ocupación lo localizaron. Cuando Alemania se rindió, fue nombrado de inmediato ministro de Hacienda de Baviera, antes de asumir la misma responsabilidad para toda la mitad occidental de la Alemania ocupada. En principio seguía estando obligado a rendir cuentas ante los aliados y asumió un enorme riesgo al implantar sus reformas sin obtener previamente el visto bueno de los ocupantes. El comandante en jefe, el general estadounidense Lucius Clay, lo llamó a su despacho y le echó un rapapolvo. Sus asesores le habían informado —le dijo— de que las nuevas medidas serían un terrible error. La respuesta de Erhard se hizo famosa: «No les haga caso, *herr* general, los míos me dicen lo mismo», Finalmente, los aliados no le pusieron trabas. Ya estaban preparando la restitución de la soberanía y les complacía ver asumir responsabilidades a los funcionarios y políticos alemanes. Los trabajos de redacción de la nueva Constitución estaban ya bien avanzados.

El estatus de Berlín era, no obstante, cada vez más precario. El 24 de junio de 1948, las tropas soviéticas clausuraron todos los enlaces por carretera y ferrocarril con los sectores occidentales. Pocos días después, se interrumpió la navegación por los ríos Spree y Havel, se suspendió el suministro eléctrico que Berlín occidental recibía de plantas situadas en la zona soviética y la ciudad se encontró de improviso sin alimentos frescos procedentes de las zonas rurales circundantes. El estatus de la capital acordado por las potencias aliadas vencedoras, que la dividía entre las cuatro, no incluía ninguna disposición relativa a la circulación a través de la zona soviética para acceder a la ciudad y salir de ella, si bien establecía tres corredores aéreos desde las zonas occidentales. Las tres potencias occidentales actuaron con celeridad y organizaron un puente aéreo de dimensiones sin precedentes para abastecer a los dos millones y medio de habitantes de los sectores occidentales de Berlín de todo lo necesario para su supervivencia. Se desplegaron unos doscientos treinta aviones estadounidenses y ciento cincuenta británicos y se llegaron a fletar hasta diez mil toneladas diarias de suministros, incluidos carbón y otros combustibles para alimentar la calefacción durante el invierno. En total, unos 275.000 vuelos consiguieron mantener con vida a los habitantes de Berlín occidental durante casi un año.

El bloqueo soviético indujo a los aliados a concretar sus planes. Sus dos mayores preocupaciones eran garantizar que Alemania (o por lo menos los tres sectores ocupados por ellos) no pudiera volver a caer nunca en manos de una dictadura e impulsar la inserción estratégica del país dentro del bloque

occidental. En julio de 1948, entregaron a nueve primeros ministros y dos alcaldes de las zonas de ocupación occidentales varios documentos con una serie de recomendaciones, que luego serían conocidos como los Documentos de Fráncfort.

Bonn, la ciudad natal de Beethoven a orillas del Rin, fue elegida como sede del Gobierno, de preferencia a Fráncfort. Con la elección de esta ciudad relativamente pequeña, los nuevos dirigentes se proponían subrayar el carácter provisional de las disposiciones adoptadas y la importancia de una descentralización del poder. Berlín siguió siendo la capital nominal. Con el tiempo, los parlamentarios y demás personas de su entorno se acabaron habituando al ambiente sereno y ordenado, y a la alta calidad de vida que ofrecía la nueva capital. La república de Bonn adquirió personalidad propia, modelada a imagen de la ciudad.

En mayo de 1949 se aprobó la Ley Fundamental «transitoria», y dos semanas después entró en vigor. Con ella nacía una nueva Alemania. Su texto constituye uno de los mayores logros constitucionales alcanzados por cualquier país en cualquier zona del mundo. Abogados británicos y estadounidenses tuvieron una intervención destacada en la redacción de sus disposiciones. El documento incorporaba aspectos de otras constituciones, incluida la de la República de Weimar, aunque en todos los casos, como condición previa, se examinó su durabilidad. Los primeros diecinueve artículos consignan los derechos humanos. El artículo 20 deja claro que la República Federal de Alemania «es un Estado federal democrático y social. Toda la autoridad del Estado emana del pueblo». Otras secciones definen la relación entre el Gobierno federal y las regiones, o *Länder*, entre las dos cámaras del Parlamento y entre el poder legislativo y el ejecutivo. Un Tribunal Constitucional, con sede en la ciudad de Karlsruhe, cuyo nombre no figura en el texto, es el encargado de dirimir los posibles conflictos de cualquier índole. Los jueces son figuras que merecen considerable respeto. No reciben presiones ni nadie les ha denunciado nunca como «enemigos del pueblo», como ha ocurrido con sus homónimos en el Reino Unido; una costumbre que ahora están imitando impunemente regímenes autoritarios en Hungría, Polonia y por doquier.

La Constitución alemana de postguerra definió los parámetros del compromiso político. Se crearon nuevos partidos, con responsabilidades legalmente definidas. El artículo 21 estipulaba que los partidos debían «colaborar entre sí para promover la conciencia política y fortalecer la democracia» y definía un marco de condiciones destinado a evitar cualquier actividad anticonstitucional y promover la cooperación en el desarrollo de las tareas parlamentarias y de

gobierno. Se identificaron tres corrientes políticas: una agrupación de centroderecha bajo la égida democratacristiana, la izquierda socialdemócrata y una tradición liberal representada por los liberales demócratas. Estas tres agrupaciones fueron designadas como *Volksparteien*, partidos del pueblo, con un ideario suficientemente amplio para poder integrar a la mayor proporción posible de la población. Un umbral del 5 por ciento de los votos emitidos para obtener representación en el Parlamento federal y en los Parlamentos de los estados federados permitiría excluir a las fuerzas extremistas. El sistema electoral (una combinación de elección directa de representantes de distrito complementada con un mecanismo proporcional de compensación) garantizaría que los Gobiernos de coalición fuesen la norma y a la vez también la estabilidad de los mismos.

La democracia cristiana cosechó de inmediato un gran éxito en toda Europa después de la guerra. La Unión Demócrata Cristiana (CDU) ha sido el primer partido durante los últimos setenta y cinco años, excepto en diez de ellos, y ha ocupado la cancillería durante cincuenta y cinco. Las clases medias europeas, que habían apoyado o aceptado en gran número a los movimientos autoritarios y fascistas, convergieron en torno a las nuevas fuerzas de centroderecha que acataban los principios del Estado de derecho y aceptaban las estructuras parlamentarias. La CDU y su formación hermana bávara, la Unión Socialcristiana (CSU), estaban inspiradas en planteamientos comunitarios y una concepción tradicional de la familia. Las creencias religiosas también fueron un elemento central. Los arquitectos del partido consideraban que las divisiones entre católicos y protestantes habían sido en parte la causa del ascenso de Hitler y creyeron necesario que ambas denominaciones tuviesen una representación paritaria. Estas convicciones fundacionales iban acompañadas de una concepción particular del capitalismo, con la insistencia en que las necesidades de la sociedad debían modular los mecanismos del mercado. Hans Schlange-Schöningen, uno de los fundadores de la CDU (y posteriormente embajador alemán en Londres), declaró en 1946: «Lo que [ahora] nos inspira como cristianos significa una gran declaración de guerra contra el materialismo».[29]

La única formación con raíces anteriores a la guerra fue el Partido Socialdemócrata (SDP), el más antiguo de esta orientación en la Europa continental. Fundado en 1863, el SDP logró sobrevivir a varios káiseres y al nacionalsocialismo. Un socialdemócrata, Friedrich Ebert, fue el primer jefe de Estado alemán elegido democráticamente. A finales de los años cincuenta, el SDP renunció a la influencia marxista y aceptó la economía de mercado.

Cuando se invita a los alemanes a señalar cuál ha sido su dirigente político más

importante desde el fin de la guerra, Konrad Adenauer ocupa invariablemente el primer lugar. Sus credenciales bajo el Tercer Reich fueron tan favorables como es posible esperar tratándose de un funcionario público. Adenauer, un católico conservador de la región del Rin, profundamente receloso de la jactancia bávara y prusiana, era alcalde de Colonia en la época en que Hitler intentaba acceder al poder. En calidad de tal, se negó a recibirle y tampoco autorizó la exhibición de pancartas nacionalsocialistas en la ciudad. Cuando los nazis ocuparon el poder, huyó rápidamente y pasó la mayor parte de los diez años siguientes en la clandestinidad. Al acabar la guerra, fue reinstaurado en su antiguo cargo, pero solo para ser destituido poco después por los británicos. Los modales de un alemán de más de setenta años que sabía lo que quería no fueron del agrado de los jóvenes oficiales a cargo de esa ciudad extranjera. Sin arredrarse, Adenauer se concentró en la tarea de transformar el Partido Demócrata Cristiano en una fuerza política de primer orden. Para los aliados, era un candidato fiable para ocupar el puesto de primer canciller de la postguerra. Sin embargo, ese firme opositor de Hitler estaba decidido a no hurgar demasiado en el pasado reciente de su país.

El filósofo Hermann Lübbe se preguntó en su día si la reconstrucción de una Alemania devastada habría sido posible sin lo que él designó como un «silencio comunicativo».[30] La tendencia predominante era intentar ocultar el legado del Tercer Reich, sin defenderlo. El historiador francoisraelí Saul Friedländer lo describe como «un constante vaivén entre el recuerdo y el olvido».[31] El acoso a los exiliados es un hecho significativo. Marlene Dietrich, que había rechazado las lisonjas nazis y había renunciado a la ciudadanía alemana en 1939, se convirtió en un ídolo de los soldados aliados y fue una de las primeras figuras públicas que promocionaron los bonos de guerra. Realizó más de quinientas actuaciones ante las tropas aliadas. Cuando regresó a Alemania en 1960, actuó ante auditorios repletos, pero también fue abucheada y acosada, y le lanzaron bombas fétidas y escupitajos. «*Marlene, Go Home*» llegó a ser una divisa popular. En algunos lugares, la prensa reaccionó con animosidad. Un periódico la acusó de «traidora» por «vestir el uniforme del enemigo». No regresó nunca más y sus sentimientos fueron siempre ambivalentes. «Cuando muera —declaró en una ocasión—, me gustaría ser enterrada en París. A Inglaterra le dejaré mi corazón y a Alemania, nada».[32] En otro momento, reconoció: «América me acogió en su seno cuando ya no tenía un país natal digno de tal nombre, pero soy alemana de corazón; mi alma es alemana». Tras su fallecimiento, en 1992, sus restos fueron inhumados en un humilde sepulcro cerca de su hogar berlinés original en el barrio de Schöneberg. En 2001, en el centenario de su nacimiento, la ciudad de Berlín se

disculpó formalmente con ella.

Los aliados establecieron prohibiciones que no tardaron en quedar incorporadas al derecho alemán. La exhibición de símbolos nazis y la difusión de literatura afín quedaron prohibidas y el código penal incorporó la negación del holocausto como delito. Eran medidas que colisionaban con el derecho a la libertad de expresión y el Tribunal Constitucional demostró ser muy eficaz para dirimir este tipo de conflictos. Inmediatamente después de acabar la guerra, los aliados otorgaron al estado federado de Baviera el control sobre los derechos de autor de *Mein Kampf*. Su publicación quedó ilegalizada, y los ejemplares destinados a la investigación, sujetos a un rigurosísimo control. La interdicción legal se impuso por un periodo de setenta años y debía prescribir en enero de 2016. A medida que se acercaba el momento, fue creciendo la inquietud entre políticos, académicos y demás personas sobre cómo convenía proceder. La opinión predominante se inclinaba por la no injerencia. Alemania podía asumir el reto. El Instituto de Historia Contemporánea de Múnich (IfZ) editó tres mil nuevos ejemplares destinados a la venta. El interés por adquirirlos fue tan grande que acabaron realizando seis reimpresiones y el primer año se vendieron 85.000 ejemplares. «El temor a que la publicación promoviera la ideología hitleriana o cuando menos la hiciera socialmente aceptable, otorgando a los neonazis una nueva plataforma propagandística, resultó totalmente infundado —manifestó Andreas Wirsching, director del IfZ—. Al contrario, el debate sobre la concepción del mundo de Hitler y su manera de enfocar la propaganda brindó una oportunidad para examinar las causas y las consecuencias de las ideologías totalitarias, en un momento en que las ideas políticas autoritarias y los eslóganes de derechas están ganando terreno».[33]

Bien entrada la década de 1960, la investigación académica sobre los crímenes de guerra era aún vacilante. El primer estudio exhaustivo del genocidio nazi, *La destrucción de los judíos europeos*, fue obra del historiador austrojudío Raul Hilberg, que en 1939 huyó de Viena y acabó recalando en Brooklyn. En 1944, mientras estaba destinado en el sur de Alemania en las filas del Ejército estadounidense, alarmado por la información que iba llegando sobre los campos de exterminio, solicitó el traslado a una unidad encargada de tareas de documentación en cuanto acabara la guerra. Terminó de escribir el libro en 1961, pero tardó dos años en encontrar editor, una pequeña editorial de Chicago, después de recibir un montón de rechazos. En Alemania, las reticencias fueron aún mayores y la versión alemana no se publicó hasta 1982, editada por una pequeña editorial de Berlín, Olle & Wolter. A partir de aquel momento, Hilberg pasó a ser una figura popular en el circuito académico alemán y en 2006 fue

galardonado con la Cruz de Comendador de la Orden al Mérito, la máxima distinción otorgada a los ciudadanos extranjeros.

Uno de los nazis más destacados que lograron eludir la acción de la justicia en la inmediata postguerra fue Adolf Eichmann, uno de los artífices y supervisores de la solución final. Su huida de un centro de detención estadounidense y su captura quince años más tarde, en Argentina, por los servicios secretos israelíes constituye uno de los episodios simbólicos de la persecución de los crímenes nazis. Varios supervivientes del holocausto, incluido el cazador de nazis judío Simon Wiesenthal, se habían dedicado a buscarlo. Durante el juicio, Eichmann no negó el holocausto ni su participación en la organización del mismo. Esgrimió en su defensa el argumento habitual del *Führerprinzip*: él, como otros, se había limitado a obedecer órdenes transmitidas a través de una estructura militar vertical. Fue declarado culpable de todos los cargos y el 1 de junio de 1962 fue ahorcado.

El juicio fue uno de los primeros grandes acontecimientos televisados a escala mundial. La información y los análisis sobre el desarrollo del proceso se retransmitieron a treinta y ocho países. Dado que en aquel momento todavía no existía ninguna emisora de televisión en Israel, el Gobierno contrató a una compañía estadounidense independiente para que se encargara de ofrecer las imágenes. Audiencias del mundo entero siguieron atentamente el desarrollo del juicio pegadas a sus pantallas y a través de la prensa escrita. Una crónica —de la historiadora Hannah Arendt— suscitó especial controversia. La revista *New Yorker* había encargado a esta autora, una celebridad en aquel momento, la cobertura del juicio celebrado en Jerusalén. En su artículo, publicado en 1963, Arendt afirmaba: «El problema con Eichmann es precisamente que hubo muchísimos como él y que la mayoría no eran pervertidos ni sádicos sino terriblemente normales, y lo siguen siendo».[34] Eichmann —decía Arendt— solo había actuado como lo había hecho para promocionarse, sin ser consciente de lo que hacía debido a un distanciamiento cognitivo de sus víctimas. «La banalidad del mal» se acabó convirtiendo en un *leitmotiv* del debate. Muchos de sus pares acusaron a Arendt de «psicologizar» lo que eran claramente decisiones éticas.

El caso Eichmann siguió dando que hablar durante décadas. Algunos documentos de la CIA desclasificados en 2006 causaron desconcierto y bochorno en Estados Unidos y Alemania. Revelaban que los servicios secretos estadounidenses y alemanes ya tenían localizado a Eichmann por lo menos dos años antes de ser capturado por los israelíes. Lo habían mantenido en secreto para no desestabilizar a un aliado clave en un momento de creciente tensión con Moscú. Fue la época en que se construyó el Muro de Berlín y tuvo lugar la crisis

de la bahía de Cochinos en Cuba. Los documentos describían el temor de Adenauer a que las declaraciones de Eichmann incriminasen a figuras relevantes de su Gobierno. Tenía un motivo especial de preocupación: su jefe de gabinete durante diez años, el hombre que hacía funcionar los engranajes de la cancillería, un tal Hans Globke, había sido el encargado de redactar las disposiciones legales de las famosas leyes raciales de Núremberg. Una de estas era la Ley de Protección de la Sangre y el Honor Germanos, que prohibía el matrimonio y las relaciones extramatrimoniales entre personas judías y alemanas y el empleo de mujeres alemanas menores de cuarenta y cinco años en los hogares judíos. Globke también se había encargado de redactar el borrador de la Ley de Ciudadanía del Reich, que establecía que solo las personas de sangre alemana tenían derecho a la ciudadanía alemana. Pese a ello, había accedido al núcleo del nuevo gobierno de postguerra.

La preocupación del Gobierno de la Alemania occidental era tal que encargó al BND, el servicio de inteligencia exterior, la obtención secreta de información sobre las pruebas que se podrían llegar a presentar en el juicio contra Eichmann. El entonces ministro de Defensa, Franz Josef Strauss, que había negociado personalmente con David Ben-Gurion varias operaciones de venta de tanques y submarinos, advirtió a los israelíes de la posible suspensión de la venta de armamento si no protegían los intereses alemanes. Las palabras de Strauss eran reveladoras: «Les he dicho a mis contactos que, si la República Federal apoya la seguridad de Israel, no se la ha de considerar colectivamente responsable, moral, política o periodísticamente, de los crímenes cometidos por una generación anterior, en el contexto del juicio contra Eichmann».[35] En el juicio no se incriminó a Globke y unos meses más tarde Adenauer aprobaba una nueva partida de ayuda militar.

En aquel tiempo, Alemania occidental seguía siendo conservadora y rígida, pero empezaba a recuperarse. Se habían reconstruido las ciudades y las familias volvían a gozar de las comodidades básicas. El marco alemán se había convertido en una moneda fiable. La producción de automóviles estaba en auge. Algunos habían empezado a pasar sus primeras vacaciones en Italia y España. Cuando viajaban al extranjero, muchos alemanes solo se relacionaban entre ellos o fingían ser escandinavos, dispuestos a lo que fuere con tal de evitar miradas hostiles.

A medida que la generación de la guerra fue envejeciendo, sus hijos empezaron a hacer preguntas a sus padres y a la sociedad en general. En todo el mundo occidental, los años sesenta estuvieron marcados por la influencia de la

música, la liberación sexual y el radicalismo político. Algunos de sus rasgos, como la antipatía contra Estados Unidos y la guerra de Vietnam, fueron compartidos más allá de las fronteras continentales. Los campus universitarios fueron a menudo el foco inicial de manifestaciones contra el capitalismo, el consumismo y el imperialismo. En París, la rebelión estudiantil obligó a Charles de Gaulle a abandonar por un breve tiempo el palacio del Elíseo. En Alemania, las protestas, guiadas por una pasión política análoga, incluían además un matiz personal, un elemento de indignación contra una elite que, en opinión de muchos de quienes acababan de acceder a la mayoría de edad, ni siquiera había empezado a cuestionar el pasado y mucho menos a repararlo. La elección de Kurt Georg Kiesinger como canciller se consideró una provocación. Kiesinger había estado al frente del Departamento de Radio del Ministerio de Propaganda de Joseph Goebbels (aunque después de la guerra fue absuelto de cualquier posible delito). Dondequiera que se posara la mirada aparecía alguien en un puesto de responsabilidad que había estado implicado en algo.

Las protestas continuaron durante dos años. El momento de mayor tensión ocurrió en abril de 1968 cuando un joven pintor y decorador anticomunista disparó un tiro a la cabeza del dirigente *de facto* del movimiento estudiantil, Rudi Dutschke, y le dejó malherido. Los activistas acusaron al grupo de comunicación Springer de haber alentado el intento de asesinato. El *Bild*, el principal periódico de la prensa amarilla, había organizado una campaña contra Dutschke y en algún momento había llegado a animar a sus lectores a «eliminar a los agitadores». Como respuesta al atentado contra la vida de Dutschke, miles de estudiantes marcharon en manifestación desde la Universidad Libre de Berlín hasta la sede del grupo Springer, junto al Muro de todavía reciente construcción, e intentaron ocupar el edificio. Dutschke, que había quedado gravemente lesionado, recibió una invitación de la Universidad de Cambridge para acabar sus estudios allí y recuperarse en el Reino Unido. Más adelante —tras ser expulsado en 1971 por el Gobierno conservador de Edward Heath, que temía que fomentase la organización de disturbios—, se trasladó a Dinamarca y posteriormente regresó a Alemania, pero nunca llegó a recuperarse del todo de las lesiones sufridas y falleció en 1979, a los treinta y nueve años.

El desafío inmediato del movimiento estudiantil acabó quedando atrás. El Gobierno adoptó normas de emergencia destinadas a reforzar las medidas de seguridad. Pero la influencia de la Achtundsechziger Bewegung, el movimiento del 68, sigue siendo importante sobre todo en Alemania, más que en ningún otro país. De repente, acababa de nacer una sociedad más inquisitiva y menos obediente. El desafío generacional tuvo dos caras: esta primera, positiva y no

violenta, y otra mucho más oscura, terrorista. Ambas vertientes compartían el mismo análisis sobre el estado de la sociedad alemana, pero sus métodos eran muy distintos.

La violencia terrorista sacudió Alemania entre 1970 y 1977. La banda Baader-Meinhof (denominada oficialmente Facción del Ejército Rojo) organizó una serie de ataques con bombas, secuestros, asesinatos y robos. Y la masacre que tuvo lugar durante las Olimpiadas de 1972 en Múnich, con el secuestro y asesinato de once atletas israelíes por parte del grupo palestino Septiembre Negro, asestó un terrible golpe a los intentos de rehabilitación alemanes. Las Olimpiadas debían ser el antídoto frente al recuerdo de las organizadas por los nazis en 1936 con fines propagandísticos. En cambio, se convirtieron en sinónimo de tragedia, pusieron de manifiesto unas pobres medidas de seguridad y dieron pie a incontables teorías conspirativas. Un artículo publicado en 2012 en *Der Spiegel* hablaba de un posible encubrimiento y afirmaba que los sucesivos Gobiernos habían mantenido en secreto casi cuatro mil expedientes que detallaban los errores cometidos por diversos funcionarios durante la crisis de los rehenes. La revista también decía que las autoridades alemanas habían recibido tres semanas antes de la masacre un aviso de que algunos palestinos tenían previsto provocar un «incidente» durante las Olimpiadas sin que se adoptasen las medidas de seguridad necesarias. Unas circunstancias que los documentos oficiales omitían.

En total, treinta y cuatro personas, incluidas varias personalidades públicas destacadas, fueron asesinadas en tres oleadas de atentados de la Facción del Ejército Rojo, que culminaron en 1977, en el conocido como «otoño alemán». Una de ellas fue el secuestro de un avión de Lufthansa, desviado a Mogadiscio, en Somalia, donde fuerzas especiales alemanas lo tomaron por asalto. El mismo día tuvo lugar el asesinato de Hanns Martin Schleyer, un miembro prototípico del *establishment*, personificación de cuanto los radicales detestaban. Schleyer, como muchos dirigentes empresariales de la época, cargaba una mochila: en los años treinta, cuando estudiaba en la Universidad de Heidelberg, había acusado a sus compañeros de insuficiente adhesión al espíritu nacionalsocialista. Nazi ambicioso, había llegado a ocupar un puesto de asesor económico de la Administración alemana de la región ocupada de Bohemia (en Checoslovaquia). Había permanecido recluido durante tres años en un campo de prisioneros de guerra, donde había declarado un rango inferior al alcanzado dentro de las SS. En 1948, ya había conseguido su «carné Persil» y al cabo de un año estaba al frente de la Cámara de Comercio de Baden-Baden. Luego había llegado a ser presidente de la BDI, la Federación de Industrias Alemanas. Personificación del milagro

económico y apologista de la guerra, era un blanco propicio para la Facción del Ejército Rojo y sus seguidores. En septiembre de 1977, detuvieron su coche en una emboscada en Colonia, en la que mataron a cuatro de sus guardias de seguridad. El Gobierno se negó a negociar su liberación. Sus secuestradores acabaron asesinándolo y dejaron su cuerpo dentro de un coche abandonado en el este de Francia. Como parte de la batalla por el apoyo de la opinión pública, sus captores de la Facción del Ejército Rojo lo sometieron a juicio en una «cárcel del pueblo». Pero no tenían idea de qué podían preguntarle sobre la guerra. Igual que el resto de sus amigos estudiantes, desconocían los detalles, que nadie les había explicado en la escuela.

A finales de 1977, todos los principales miembros del grupo Baader-Meinhof habían sido detenidos o habían caído muertos. Se construyó un nuevo pabellón de alta seguridad en la cárcel de Stammheim, en Stuttgart, vigilado por fuerzas del GSG 9, una unidad de operaciones especiales y contraterrorismo de la policía federal. La violencia de aquel periodo ha sido posteriormente objeto de intensos debates y abundantes análisis. El director de *Der Spiegel*, Stefan Aust, escribió la crónica posiblemente más completa y definitiva. Su libro *Der Baader-Meinhof-Complex*, publicado en 1985 y adaptado luego para el cine, cita estas palabras de uno de los miembros del grupo: «Formábamos parte de la primera generación de la postguerra e interrogábamos a nuestros padres. Debido al pasado nazi, todo lo malo se comparaba con el Tercer Reich. Ante una noticia de brutalidad policial, declarábamos que actuaban igual que las SS. En cuanto uno empieza a ver a su país como la continuación de un Estado fascista, se siente autorizado a hacer casi cualquier cosa para combatirlo. Concibes tus acciones como la resistencia que no opusieron tus padres».[36]

Si se pregunta ahora a cualquier alemán o alemana de esa generación, personas que actualmente rondan la sesentena, qué transformó su interpretación sobre la guerra, es muy posible que citen alguno de los tres sucesos siguientes. El primero es el *Kniefall*, el momento en que Willy Brandt cayó de rodillas ante el monumento al levantamiento del gueto de Varsovia. En diciembre de 1970, el primer canciller socialdemócrata de la postguerra realizó una visita oficial a Polonia para sellar el inicio de una nueva era en las relaciones entre ambos países. Alemania acababa de fijar de manera definitiva e innegociable su frontera con Polonia en la línea Oder-Neisse, renunciando a cualquier futura reclamación. En 1945, Alemania ya había perdido extensas franjas de terreno en Pomerania y Silesia, equivalentes a aproximadamente una cuarta parte del territorio pre-Weimar. En 1950, la República Democrática Alemana había ratificado esa frontera bajo presión soviética. Adenauer se había negado a hacerlo, insistiendo

en que esos territorios se encontraban de manera transitoria bajo la administración de Polonia y la URSS. Entrada la década de 1960 algunos mapas aún seguían representándolos como alemanes.

El dramático gesto de desagravio de Brandt dividió a la opinión pública. Los conservadores abominaron de él. Brandt afirmó insistentemente que había sido una decisión espontánea, al tomar consciencia de que no bastaba con depositar una corona. «Abrumado por el peso del asesinato de millones de víctimas, hice lo que hacemos los humanos cuando nos quedamos sin habla»,[37] declaró. Merece la pena visionar las imágenes de Brandt, un exiliado de guerra y opositor de Hitler, haciendo el gesto que hasta aquel momento muchos alemanes jamás habrían soñado hacer, poniéndose de rodillas para pedir perdón.

El segundo momento está relacionado con el visionado de *Holocausto*, la miniserie en cuatro partes protagonizada por Meryl Streep, estrenada por la NBC en Estados Unidos en abril de 1978. Su argumento, centrado en la experiencia dramatizada de dos familias berlinesas, una judía y la otra cristiana, introdujo la Shoá en millones de hogares del mundo entero. La cadena alemana WDR la emitió un año después, doblada al alemán, pese a los intentos de la extrema derecha para impedirlo. Dos torres de telecomunicaciones fueron atacadas con explosivos. Casi la mitad de los hogares alemanes que disponían de un televisor, más de veinte millones de personas, siguieron la serie. Aunque sensiblera y edulcorada, su emisión causó un gran impacto televisivo y social y amplió de manera extraordinaria el debate en torno a la culpabilidad, extendiéndolo más allá de la cúpula nazi hasta abarcar todos los hogares. La serie presentaba con desapasionado detalle la Conferencia de Wannsee, donde se planificó la solución final, y mostraba imágenes de las deportaciones y el exterminio en los campos de concentración. Su visionado provocó rupturas familiares. Papá, ¿tú qué hiciste exactamente durante la guerra? Decenas de miles de espectadores llamaron a la WDR para manifestar su espanto y su vergüenza.

En los años setenta, la historia alemana que se enseñaba en las escuelas ya trataba el periodo nazi con mayor sinceridad, pero su presentación seguía siendo en gran parte distante y estadística. Esa serie de televisión tuvo por sí sola un efecto transformador. Los colegios solicitaron copias y adquirieron proyectores para presentarla en las aulas. Se empezó a elaborar y redactar un nuevo catálogo de obras comerciales y textos escolares sobre el holocausto. El Bundestag, que había ampliado cautelarmente el plazo para la exigencia de responsabilidades penales, abolió de inmediato la prescripción de esos delitos allanando el camino para futuros enjuiciamientos.

«Ya basta de hablar de ello» dio paso a «Nunca se hablará bastante». A

principios de 2019 se volvió a emitir *Holocausto* en horario de máxima audiencia para conmemorar el cuadragésimo aniversario de su estreno. Las cifras de audiencia fueron buenas, pero no extraordinarias. Alemania había recorrido entre tanto un largo camino.

El tercer momento significativo fue el más solemne. En 1985, en una intervención ante el Parlamento con motivo del cuadragésimo aniversario de la rendición nazi, el presidente Richard von Weizsäcker (que llevaba solo un año en el cargo) ofreció el que luego se ha llegado a considerar como el análisis definitivo de la culpabilidad nazi por parte de un político alemán. La presidencia tiene un carácter ceremonial, pero la persona que la ejerce es la encargada de mantener el rumbo moral del país. Von Weizsäcker se refirió al día final de la guerra con estas palabras: «El 8 de mayo fue un día de liberación». Una frase inicial asombrosa: Alemania no había sido derrotada, sino liberada. «Nos liberó de la inhumanidad y la tiranía del régimen nacionalsocialista». Luego se refirió a la naturaleza de la culpa. Las generaciones más jóvenes «no pueden asumir personalmente la culpa por unos delitos que no cometieron —expuso ante los parlamentarios—. Ninguna persona razonable puede esperar que vistan el hábito de penitentes por el mero hecho de ser alemanes. Pero, no obstante, sus antecesores les han dejado un grave legado. Todos nosotros, seamos o no culpables, jóvenes o viejos, tenemos que aceptar el pasado. Sus consecuencias nos afectan a todos y todos debemos responder por él. Las generaciones jóvenes y las más viejas deben y pueden ayudarse mutuamente a comprender por qué es vital mantener viva la memoria». Luego hizo una pausa para subrayar el impacto y continuó: «No se trata de saldar cuentas con el pasado. Eso es imposible. No podemos modificarlo retrospectivamente ni deshacer lo hecho. Sin embargo, cualquiera que cierre los ojos al pasado será ciego para apreciar el presente. Cualquiera que se niegue a recordar la inhumanidad está expuesto al riesgo de una nueva infección».[38]

El embajador de Israel ante Alemania describió la alocución de Weizsäcker como «un momento de gloria».[39] Se distribuyeron un cuarto de millón de copias en los centros escolares de toda Alemania. Fue un discurso importante no solo por lo que en él se decía, sino por quién lo había dicho. La familia del presidente había estado inmersa en el Tercer Reich. Su padre, Ernst, diplomático de carrera, fue secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno nazi y en 1946 fue juzgado en Núremberg, acusado de colaboración en la deportación de judíos franceses a Auschwitz. Declarado culpable, fue condenado a siete años de cárcel. Falleció de un ictus dos años después de recibir la sentencia. Tras sendos periodos de estudios en Oxford y en Grenoble, Richard fue llamado a

cumplir el servicio militar en la Wehrmacht y en 1938 regresó a Alemania. Su regimiento, en el cual también combatió su hermano Heinrich, fue uno de los que invadieron Polonia. Su otro hermano, Carl Friedrich, un físico nuclear de primera línea, intentó producir armas nucleares para los nazis. Después de la guerra, Richard reanudó sus estudios y completó la carrera de Derecho en la Universidad de Gotinga. Participó en la defensa de su padre. En 1954 se afilió a la CDU y fue diputado en el Bundestag durante doce años antes de ser elegido para ocupar la jefatura del Estado.

Con su discurso, Weizsäcker se adentró deliberadamente en un terreno sensible. Ese aniversario llegaba en un momento en que el país empezaba a preguntarse en qué medida podía contribuir el paso del tiempo a la superación de la historia. Con Helmut Kohl, el país tuvo su primer dirigente que no había combatido en la guerra, aunque también para él el recuerdo seguía vivo. En el momento de estallar el conflicto tenía nueve años y a los trece se encontró desenterrando los cuerpos carbonizados de sus vecinos sepultados bajo los escombros en su ciudad renana natal de Ludwigshafen, blanco frecuente de los bombardeos aliados. Su hermano mayor murió durante un ataque aéreo en Normandía.

Satirizado en los medios de comunicación como un palurdo campesino, con un acento curioso y una predilección por el *Saumagen*, estómago de cerdo relleno de carne y verduras (que se deleitaba en servir a los asqueados dirigentes mundiales, como Boris Yeltsin o Margaret Thatcher), Kohl fue sin embargo una de las personalidades más importantes del periodo posterior a la guerra. «Durante treinta años he conseguido llevar una muy buena vida gracias a ser infravalorado», comentó en cierta ocasión.[40] Las palabras elegidas para expresarlo no fueron tal vez las más adecuadas, pero lo cierto es que Kohl logró representar muy bien a la Alemania de su tiempo —humilde pero decidida— ante el mundo exterior. En 1984, durante una visita de Estado a Israel, después de visitar Yad Vashem, el centro oficial de conmemoración del holocausto, Kohl suscitó polémica al presentarse ante los diputados de la Knéset como miembro de una generación de alemanes que tenía la fortuna de no compartir esa responsabilidad. Invocando su austera ascendencia católica, declaró: «Me dirijo a ustedes desde la perspectiva de alguien que no pudo ser culpable bajo el nazismo porque fue bendecido con un nacimiento tardío y la buena fortuna de pertenecer a una familia con unos antecedentes particulares».[41]

Esas palabras fueron una minucia comparada con lo que seguiría luego. Como parte de su contribución a la conmemoración del cuadragésimo aniversario del fin de la guerra, Kohl había decidido invitar a Ronald Reagan a visitar un

cementerio de guerra con él. Para ello eligió el de Bitburg, en la frontera con Luxemburgo, que, junto con las tumbas de centenares de soldados alemanes corrientes, albergaba los restos de cincuenta miembros de las Waffen-SS. Las relaciones con Estados Unidos eran especialmente sólidas en aquel momento y Reagan aceptó la invitación. Quería manifestar su agradecimiento a Kohl y a su predecesor, Helmut Schmidt, por haber aceptado el despliegue de misiles nucleares Pershing II en 1979, frente a insistentes protestas. La consternación en su país abarcó todos los sectores, desde la apelación por carta que le dirigieron cincuenta senadores hasta el llamamiento público del superviviente del holocausto Elie Wiesel instándole a modificar su decisión, así como las canciones de denuncia de los Ramones y Frank Zappa. Un grupo judío estadounidense describió el gesto como una «ofensa cruel». Finalmente, Reagan pasó un total de ocho minutos en el cementerio y combinó esa parte del viaje con una visita de homenaje a Bergen-Belsen. Pero depositó una corona allí. Un gesto por el que algunas personas en Alemania pudieron deducir que su historia ya había quedado «normalizada».

Aunque el proceder de Kohl fue poco sutil, como era habitual en él, su motivación era más compleja y meditada. Una de las fotografías más icónicas de aquella época es la imagen del canciller alemán y el presidente francés François Mitterrand cogidos de la mano en Verdún en el septuagésimo aniversario del inicio de la Primera Guerra Mundial. Ese momento de reconciliación bellamente coreografiado tuvo lugar entre sus accidentadas visitas a Israel y a Bitburg. Kohl estaba actuando como muchos otros alemanes: intentando capear dolorosamente el pasado, negándose a ocultarlo bajo la alfombra, intentando definir la memoria sin dejarse definir por esta. En aquel momento, yo mismo acababa de llegar a Bonn para trabajar como periodista. Cuarenta años después de la guerra, algunos periódicos parecían no saber hablar de otra cosa. Fue la época del *Historikerstreit*, la disputa entre historiadores que, si bien se desarrolló entre un grupo reducido de intelectuales que escribían en el *Feuilleton*, las selectas páginas de opinión del *Frankfurter Allgemeine* y *Die Zeit*, sin embargo marcó el inicio de la batalla por la esencia de la Alemania moderna.

En un cierto plano, esta adoptó la forma de un enfrentamiento directo entre la derecha y la izquierda. Tres historiadores conservadores iniciaron la disputa al proclamar que Alemania no debía asumir ninguna responsabilidad especial por la solución final. La izquierda liberal denunció su argumentación como peligrosa, revisionista y apologista. Las hostilidades se iniciaron en junio de 1986, cuando Ernst Nolte, profesor emérito de Historia Moderna, nada menos que en la Universidad Libre de Berlín (sede central de las protestas radicales de los años

sesenta y setenta), publicó un artículo de opinión en el que instaba a dar por cerrado el tema del pasado alemán. La exigencia de recordar el periodo nazi seguía «pendiendo sobre el presente cual espada de Damocles».[42] El autor subrayaba que publicaba ese artículo —titulado «El pasado que se resiste a desaparecer. Un discurso que pude redactar, pero no pronunciar»— en sustitución del discurso que esperaba pronunciar en un encuentro mundial de académicos antes de que cancelaran su invitación. Uno de los organizadores, el historiador británico Richard Evans, uno de los críticos más explícitos de Nolte, replicó que no le habían vetado, sino que había sido él quien simplemente no se había presentado con objeto de provocar un escándalo. Nolte se autodefinía como un provocador intelectual dispuesto a lo que fuese para irritar a los miembros biempensantes de la academia europea. En un libro publicado al año siguiente empezó a coquetear con la negación del holocausto insinuando que algunos judíos habían sido los causantes de su desgracia por simpatizar con el comunismo. Era objeto frecuente de amenazas, que contribuyeron a alejarle todavía más de la corriente aceptable. En 2000, en medio de grandes protestas públicas, fue galardonado con el Premio Konrad Adenauer, con el que se suele distinguir a personalidades influyentes del centroderecha. La nueva dirigente de la CDU, Angela Merkel, declinó la invitación a presentar el acto, dejando claro que tenía «dificultades personales» con Nolte.

Otros dos historiadores, Michael Stürmer y Andreas Hillgruber, quedaron alineados dentro del mismo grupo. Stürmer, que también actuaba como asesor informal de Kohl, escribió en abril de 1986 un ensayo para el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* titulado «Un país sin historia», donde contrastaba el patriotismo existente en Estados Unidos y otros países occidentales con el bajo nivel de orgullo nacional alemán. E instaba al Gobierno, los medios de comunicación y los historiadores a iniciar una campaña con el fin de generar una «noción positiva» de la historia alemana menos centrada en los doce años del Tercer Reich y con mayor atención al panorama más amplio. Esta «pérdida de coordenadas» —escribía— estaba impidiendo que Alemania occidental pudiera consolidar su papel en un momento en que empezaba a ser «de nuevo un foco de la guerra civil global desencadenada por la Unión Soviética contra la democracia».[43] En un seminario internacional celebrado posteriormente, fue más lejos y argumentó que los alemanes «no podemos vivir con nuestro pasado […] convertido en fuente permanente de interminables sentimientos de culpa».[44] Se llegó a acuñar una expresión peyorativa: *Schuldkult*, culto a la culpabilidad.

El tercer miembro de la troica, Hillgruber, fue tal vez el caso más sorprendente. Este historiador de Colonia gozaba hasta entonces de reconocido

prestigio internacional por su obra sobre el periodo nazi. Sin embargo, en su libro *Zweierlei Untergang: Die Zerschlagung des Deutschen Reiches und das Ende des europäischen Judentum* (Dos naufragios. La fragmentación del imperio alemán y el fin de la comunidad judía europea), publicado en 1986, argumentaba que el holocausto, por horrible que fuera, no había sido un suceso aislado, sino que formaba parte y era una respuesta a un *continuum* de atrocidades, como el terror estalinista entre otras. También insistía en que éticamente no había diferencias entre el genocidio y los bombardeos de saturación aliados.

Quedó trazada una línea divisoria filosófica —y política— entre aquellos para quienes la Shoá era un acontecimiento único en la historia y específico de Alemania y quienes no lo veían así. La teoría del *Sonderweg* (la infame trayectoria singular de Alemania) había gozado de aceptación desde la derrota de Hitler, sobre todo fuera del país. Uno de sus defensores más destacados fue un periodista estadounidense, William L. Shirer. Su libro *Auge y caída del Tercer Reich*, publicado en 1960, trazaba una línea continua que iba desde Lutero hasta Hitler. Los alemanes manifestaban una predisposición a la obediencia y el servilismo. El texto fue vilipendiado por lo burdo de su planteamiento. En los años ochenta ya se había desarrollado un enfoque más matizado, pero igualmente apasionado, sobre la culpabilidad por la guerra.

El crítico más reputado de los autores que se situaban en la línea de Nolte y Stürmer fue Jürgen Habermas, uno de los gigantes de la filosofía moderna. Habermas acudió a las páginas del periódico *Die Zeit* para denunciar la glorificación de la resistencia de la Wehrmacht frente al Ejército Rojo en el frente oriental. Cuanto más tiempo lograran resistir, más podría durar el holocausto. En un artículo titulado «Una forma de control de daños. Tendencias apologistas en los textos historiográficos alemanes», Habermas arremetió contra el nuevo nacionalismo de la derecha. Describió Auschwitz como la gran divisoria de la historia alemana. El futuro se tenía que construir sobre nuevos cimientos. El editor de *Der Spiegel*, Rudolf Augstein, tachó a Hillgruber de «nazi constitucional» y abogó por la destitución de su puesto académico. El historiador Hans Mommsen se sumó a la refriega con su descripción de la guerra fría como un recurso conveniente para facilitar que la elite alemana eludiera el castigo. El debate alemán se extendió a escala global. El Instituto Yad Vashem de Jerusalén dedicó un número completo de su revista al *Historikerstreit*. Se celebró en Londres una conferencia dedicada a esta cuestión, con la participación de historiadores destacados e intelectuales con una proyección pública, como Ralf Dahrendorf, Isaiah Berlin, George Weidenfeld y Fritz Stern.

Separar lo político de lo personal a menudo resultaba difícil para los grandes

hombres que ocupaban la escena pública alemana (en aquella época, había poquísimas mujeres en la misma posición). Uno de los ejemplos más lamentables de memoria y olvido fue el del escritor Günter Grass. Voz de izquierdas dentro de la socialdemocracia alemana, Grass combinó su tarea literaria con una presencia destacada en la vida política e intelectual. Se opuso fervientemente a la reunificación con el argumento de que los campos de concentración constituían un obstáculo moral para la unificación y la paz en Europa dependía de la división permanente de Alemania. Cuando fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1999, la notificación del jurado decía que la publicación de su novela *El tambor de hojalata* había supuesto para la literatura alemana «una regeneración tras décadas de destrucción lingüística y moral».[45] Siete años más tarde, Grass reconoció haber formado parte de las Waffen-SS. Él, que había sido uno de los que con mayor vehemencia habían criticado la visita de Kohl y Reagan a Bitburg. Sus críticos le atacaron en tropel. Joachim Fest, un biógrafo de Hitler cuyos padres le impidieron unirse a las fuerzas hitlerianas de elite, declaró: «Esta confesión cuando ya han pasado sesenta años llega un poco demasiado tarde. Me resulta incomprensible que alguien que durante decenios se ha erigido en autoridad moral, bastante engreída por cierto, haya podido proceder así».[46]

El paso del tiempo, el distanciamiento con que las personas individuales podían contemplar la actuación de sus familias durante la guerra, no ha atenuado los dilemas. ¿Cómo podían investigar los historiadores o explorar los artistas el tema de los alemanes como víctimas de la guerra?

Durante los primeros seis meses de 1945, más de cien mil mujeres de entre diez y ochenta años fueron violadas por soldados soviéticos en Berlín y más de un millón y medio en otros lugares de Alemania, en muchos casos en grupo y de manera continuada.[47] Luego no hablaron de ello. Ninguna recibió apoyo psicológico. Siguieron adelante como buenamente pudieron. Se sacudieron la ropa y continuaron con la tarea de reconstruir el país. Además, nadie en el extranjero habría tenido ningún interés en escucharlas. Los alemanes, botín de guerra, solo estaban recibiendo su merecido, ¿o acaso no era así?

En 1954 se publicó en Estados Unidos, en inglés, un libro que describía con desgarrador detalle esas atrocidades. *Una mujer en Berlín* era el relato anónimo de una mujer que se presentaba como una joven de treinta y dos años que trabajaba en el sector editorial. El texto ofrecía la crónica de sus esfuerzos por sobrevivir a lo largo de dos meses. Tenía la suerte de saber hablar ruso y había optado por «adoptar» a un oficial más instruido y convertirse en su cortesana, con la esperanza de que la protegiera de las violaciones en grupo y otros actos de violencia que tenían lugar continuamente a su alrededor. El libro se tradujo a

varias lenguas, pero inicialmente no al alemán. Cuando por fin consiguió encontrar un editor alemán, en 1959, *Eine Frau in Berlin* fue acogido con hostilidad. Se acusó a su autora de ser una mujer fría y calculadora. Sobre todo le reprocharon haber mancillado la dignidad de las mujeres alemanas. Ella se negó luego a autorizar nuevas reediciones alemanas del texto.

Pasado casi medio siglo, en 2003, una agente literaria reveló que la autora era una periodista llamada Marta Hillers, fallecida en 2001. El libro se reeditó de inmediato y en esa ocasión fue aplaudido por la crítica. Una nueva edición de 2005 con una introducción del historiador británico Anthony Beevor figuró durante meses en la lista de libros más vendidos. Beevor lo describió como «la crónica personal más potente surgida de la Segunda Guerra Mundial».[48]

En 2002 salió otro libro que también obtuvo muchísima publicidad. *Der Brand* (*El incendio*) describía el bombardeo sistemático de las ciudades alemanas por parte de los aliados, con especial atención a la destrucción de Dresde por obra de los británicos. El autor, Jörg Friedrich, ya estaba habituado a ser objeto de polémica. Activista contra la guerra de Vietnam y la guerra contra Irak que acababa de emprender la coalición de Bush y Blair, Friedrich quería rescatar el tema del sufrimiento alemán de manos de los nacionalistas de derechas. Sin embargo, el medio elegido para la edición por capítulos del texto, el tabloide *Bild* de gran tirada, difícilmente se podría considerar una elección lógica para un activista de izquierdas. Sin embargo, dio resultado. El libro escaló hasta los primeros puestos en las listas de títulos más vendidos. Sus escritos anteriores sobre los horrores nazis blindaron en cierta medida al autor frente a las críticas. Pero el uso de expresiones como *Vernichtung* (aniquilación) para referirse a los efectos de las bombas incendiarias dieron pie a acusaciones de relativismo moral.

El libro que más contribuyó a romper el molde fue seguramente *Sobre la historia natural de la destrucción*, de W. G. Sebald, publicado en alemán y en inglés justo antes y justo después del cambio de siglo. El autor e historiador nacido en Baviera y residente en Gran Bretaña pasaba revista en el texto al controvertido tema de la superación del pasado (*Vergangenheitsbewältigung*) a través de una serie de ensayos sobre diversos autores. El capítulo más rotundo era el dedicado a los bombardeos aliados que arrasaron gran cantidad de ciudades durante el último año de la guerra. Pocos años antes, la reina madre había descubierto en el centro de Londres una estatua dedicada a Arthur Harris (conocido en Inglaterra como «el Bombardero»), el hombre que dirigió el bombardeo de saturación de las ciudades alemanas. Sebald recordaba a sus lectores los datos estadísticos: un total de hasta 700.000 civiles, incluidos alrededor de 75.000 niños, muertos por asfixia o quemados, 1 millón de toneladas de bombas arrojadas sobre 131 ciudades y

poblaciones de menor tamaño, 31 metros cúbicos de escombros por cada habitante de Colonia, 6.865 cadáveres incinerados en hogueras por las SS en Dresde, llamaradas que se alzaban hasta 2.000 metros de altura sobre la ciudad de Hamburgo. Interpretaba la amnesia de los años de Adenauer no como un afán de no involucrarse, sino como expresión de un trauma diferido. «La sensación de millones [de alemanes] de haber recibido una humillación nacional sin paralelo en los últimos años de la guerra nunca se había expresado verdaderamente con palabras, y que los directamente afectados no la habían compartido entre sí, ni transmitido a los que nacieron luego».[49] En una recensión del libro, el autor irlandés John Banville lo describió como «una protesta expresada con palabras suaves pero contundentes contra la mendacidad y el escaqueo moral de nuestro tiempo».[50]

Alemania ya podía hablar abiertamente de su propio sufrimiento no para exculparse, sino porque a partir de los años ochenta, desde la reunificación, pero incluso antes, le era posible hablar sin trabas de su propia culpa. En las escuelas se inculcaba el valor civil (*Zivilcourage*), el valor de defender las propias convicciones. Hay que obedecer las leyes, pero ¿qué hacer si estas conducen al país en una dirección equivocada? Se animaba al alumnado a pensar por su cuenta, a decir no, a oponer resistencia cuando fuera necesario.

Resulta instructivo detenerse a considerar cómo se ha visto la guerra desde la perspectiva de Alemania. Ello permite apreciar cómo, con el paso de cada década, la valoración —en las escuelas, la academia, los medios de comunicación y el mundo político— se ha vuelto más detallada, más dolorosa pero también más matizada. Revela un país que se va reconciliando progresivamente con su pasado, como no lo ha hecho ningún otro perpetrador de una guerra, ni los japoneses, ni los austriacos ni los italianos. Compárese y considérese el contraste con el caso de España y la resistencia durante decenios a plantearse la posibilidad de retirar los restos del general Franco del Valle de los Caídos. Finalmente, el traslado se efectuó en 2019, pero solo con una fuerte oposición, no de un extremo reducido, sino de un grupo considerable de votantes, que exhibieron muy satisfechos a la vista de todo el mundo su adoración por el dictador fascista.

En Alemania abundan los museos y monumentos dedicados a la maltrecha historia del país. En algunos sitios son vistosos; en otros, están escondidos. En una calle tranquila de Leipzig, Doris Lehniger, una voluntaria, me esperaba frente a la puerta de uno de ellos un sábado por la mañana temprano. Se había desplazado especialmente para acompañarme en una visita privada al Museo de la Escuela. No reciben muchas visitas y las que tienen suelen ser para asistir a

clases concertadas previamente. Antes el edificio albergaba una escuela, pero esta se trasladó tras los daños sufridos en 2003 por el desbordamiento del río cercano, y un grupo de historiadores bienintencionados decidió transformar las aulas en una serie de instalaciones que representan la evolución de la vida escolar a lo largo del tiempo. Lehniger me condujo primero hasta el último piso, el aula del káiser, donde los colegiales reciben información sobre el Reich, la guerra y la obediencia. En la planta situada inmediatamente debajo se encuentra el aula de la República de Weimar, que destaca lo revolucionario de aquel periodo. En vez de memorizar las lecciones con un maestro que los castigaba golpeándolos con una regla o una vara, niños y niñas se sentaban todos juntos en pequeños grupos. Incluso se los invitaba a participar y a escribir en la pizarra. Me recordó a los años setenta. A continuación, nos dirigimos al aula de la República Democrática Alemana, con sendos modelos de tamaño natural de un chico y una chica, jóvenes pioneros de la Juventud Alemana Libre y retratos del presidente Walter Ulbricht y su sucesor, Honecker, junto a inscripciones con eslóganes sobre la paz y el socialismo. En una vitrina se exhiben cartas dirigidas a amigos o amigas epistolares de «Estados fraternales», como Tanzania y Mozambique. También se muestran recuerdos de los campamentos de defensa civil que se organizaban en el campo y a los que tenían que asistir todos los niños y niñas una vez al año. Como también era obligatoria la participación en la jornada de producción (UTP), una actividad laboral característica de la era soviética, cuando niños y niñas acudían una vez al mes a las fábricas para recibir instrucción sobre la producción socialista.

La única aula que no intenta recrear a escala natural una clase de la época correspondiente es el aula nazi; la parafernalia relativa a Hitler está prohibida en toda Alemania. Ese espacio es más didáctico, más descriptivo. Las instalaciones muestran lo ocurrido con más de doscientas personas discapacitadas, recluidas en un «sanatorio» próximo donde en 1940 fueron gaseadas de manera sistemática a lo largo de todo un mes. También cuentan la historia de las siete mil familias judías de la ciudad y explican cómo se separaba a los niños según su ascendencia racial. Primero se separó a los judíos dentro de la escuela, luego se les asignaron escuelas separadas y luego desaparecieron. Todo esto se explica por escrito; no abundan las notas de color y detalles personales que se ven en las otras aulas. «Este es todavía un terreno muy sensible», me explicó Lehniger. Ese minimuseo no es una atracción turística. Su objetivo no es causar impacto. Tengo la impresión de que más bien está asociado a la idea de un deber cívico, de la obligación personal de recordar y transmitir esa memoria a otros.

La reunificación y la sensación de empezar de nuevo han ofrecido a los

alemanes tiempo y espacio para procesar mejor los numerosos traumas infligidos por su país, y también los que ha sufrido. Han tenido que reconsiderar la historia por partida doble, dos dictaduras, ambas terribles, aunque no comparables. Es una tarea todavía en curso. Tal vez siempre lo seguirá siendo. Pero sin ningún intento de olvidar jamás.

---

[17] F. Stern, *Five Germanys I Have Known*, Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2006, p. 425.

[18] *Ibid.*, p. 4.

[19] A. J. P. Taylor, *The Course of German History: A Survey of the Development of Germany since 1815*, Londres: Hamish Hamilton, 1945, p. 13.

[20] E. Apperly, «'Stumbling stones': a different vision of Holocaust remembrance», 18 de febrero de 2019, theguardian.com/cities/2019/feb/18/stumbling-stones-adifferent-vision-of-holocaust-remembrance.

[21] G. Orwell, «Creating Order out of Cologne Chaos», *Observer*, 25 de marzo de 1945.

[22] N. MacGregor, *Germany: Memories of a Nation*, Londres: Allen Lane, 2014, p. 484.

[23] *Ibid.*

[24] Citado en *ibid.*, p. 484.

[25] Citada en S. Crawshaw, *Easier Fatherland: Germany and the Twenty-First Century*, Londres: Continuum, 2004, pp. 23-24.

[26] J. F. Byrnes, «Restatement of Policy on Germany», Stuttgart, 6 de septiembre de 1946, usa.usembassy.de/etexts/ga4-460906.htm (consultado el 15 de octubre de 2019).

[27] G. C. Marshall, «The Marshall Plan Speech», Universidad de Harvard, Cambridge (Massachusetts), 5 de junio de 1947, https://www.marshallfoundation.org/the-marshall-plan/speech/ (consultado el 1 de noviembre de 2019).

[28] T. Wurm, H. C. Asmussen, H. Meiser *et al.*, «Stuttgarter Schulderklärung», Iglesia Evangélica de Alemania, 19 de octubre de 1945, ekd.de/Stuttgarter-Schulderklarung-11298.htm (consultado el 1 de noviembre de 2019).

[29] U. Greenberg, «Can Christian Democracy Save Us?», *Boston Review*, 22 de octubre de 2019, bostonreview.net/philosophy-religion/udi-greenberg-christian-democracy (consultado el 30 de noviembre de 2019).

[30] H. Lübbe, «Der Nationalsozialismus im Bewustsein der deutschen Gegenwart», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 24 de enero de 1983.

[31] S. Friedländer, *Memory, History and the Extermination of the Jews of Europe*, Bloomington e Indianápolis: Indiana University Press, 1993, p. 8.

[32] Véase K. Kuiper, *The 100 Most Influential Women of All Time*, Nueva York: Britannica Educational Publishing, 2009, p. 277; S. Kinzer, «Dietrich Buried in Berlin, and Sentiment Is Mixed», *New York Times*, 17 de mayo de 1992, nytimes.com/1992/05/17/world/dietrich-buried-in-berlin-and-sentiment-is-mixed.html

(consultado el 20 de noviembre de 2019).

[33] R. Gramer, «Sales of Hitler's 'Mein Kampf' Skyrocketing in Germany – But It's Not Why You Think», *Foreign Policy*, 3 de enero de 2017, foreignpolicy.com/2017/01/03/sales-of-hitlers-mein-kampf-skyrocketing-in-germany-but-its-not-why-you-think (consultado el 19 de noviembre de 2019).

[34] H. Arendt, «Eichmann in Jerusalem – V», *New Yorker*, 16 de marzo de 1963.

[35] K. Wiegrefe, «The Holocaust in the Dock: West Germany's Efforts to Influence the Eichmann Trial», *Spiegel*, 15 de abril de 2011, https://www.spiegel.de/international/world/the-holocaust-in-the-dock-west-germany-s-efforts-to-influence-the-eichmann-trial-a-756915.html (consultado el 20 de noviembre de 2019).

[36] F. Kaplan, «A Match That Burned the Germans», *New York Times*, 12 de agosto de 2009, nytimes.com/2009/08/16/movies/16kapl.html (consultado el 20 de noviembre de 2019).

[37] W. Brandt, *Erinnerungen*, Fráncfort del Meno: Propylaen-Verlag, 1989, p. 214.

[38] R. von Weizsäcker, intervención durante la ceremonia de conmemoración del cuadragésimo aniversario del fin de la guerra en Europa y de la tiranía del nacionalsocialismo, Bonn, 8 de mayo de 1985.

[39] J. M. Markham, «Facing Up to Germany's Past», *New York Times*, 23 de junio de 1985, nytimes.com/1985/06/23/magazine/facing-up-to-germany-s-past.html (consultado el 20 de noviembre de 2019).

[40] «Hausbacken, aber erfolgreich», *Spiegel*, 19 de noviembre de 1990.

[41] H. Kohl, discurso ante la Knéset, Jerusalén, 24 de enero de 1984.

[42] E. Nolte, «Vergangenheit, die nicht vergehen will: Eine Rede, die geschrieben, aber nicht mehr gehalten werden konnte», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 6 de junio de 1986.

[43] M. Stürmer, «Geschichte in einem geschichtslosen Land», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 25 de abril de 1986.

[44] Citado en R. J. Evans, *In Hitler's Shadow: West German Historians and the Attempt to Escape from the Nazi Past*, Nueva York: Pantheon Books, 1989, pp. 103-104.

[45] H. Engdahl, secretario permanente de la Academia Sueca, «Günter Grass», Nobel Prize for Literature 1999, 30 de septiembre de 1999, nobelprize.org/prizes/literature/1999/press-release (consultado el 10 de noviembre de 2019).

[46] «Zeitgeschichte: 'Ein bisschen Spät'», *Spiegel*, 14 de agosto de 2006.

[47] P. Lever, *Berlin Rules: Europe and the German Way*, Londres: I.B.Tauris, 2017, p. 45.

[48] A. Beevor, «Letter to the Editor: A Woman in Berlin», *New York Times*, 25 de septiembre de 2005.

[49] W. G. Sebald, *Sobre la historia natural de la destrucción*, Barcelona: Anagrama, 2003, trad. de Miguel Sáenz, p. 8.

[50] J. Banville, «Amnesia about the Allied bombing», *Guardian*, 6 de marzo de 2003.

02

En los cálidos brazos de mamá

Angela Merkel y la herencia del Este

Por más que algunos se empeñen, no es fácil demonizar a un país que desde hace diez años tiene al frente a una recia científica procedente de una pequeña y anodina ciudad.

El ascenso de Angela Merkel y el papel que ha desempeñado en la definición de la Alemania contemporánea es una de las historias políticas más improbables de los inicios del siglo XXI. Difícilmente cabría imaginar una persona en apariencia menos idónea para ocupar ese puesto: mujer, protestante, titulada en Ciencias Físicas y divorciada. La noche que cayó derribado el Muro de Berlín, la camarada Merkel, que entonces tenía treinta y cinco años, no se unió a sus amigos para celebrarlo con champán en las calles desconocidas de la zona occidental. Le habían llegado algunos rumores y quiso advertir a su madre, Herlind. «Ten cuidado, mamá; hoy se prepara algo»,[51] le dijo por teléfono. Era jueves y se dispuso a seguir su plan de todos los jueves: fue con una amiga a la sauna pública próxima a su apartamento de dos habitaciones en Prenzlauer Berg. «En realidad no entendí el significado de lo que había oído[52] —recordaría luego —. Deduje que si el Muro se había abierto, difícilmente se volvería a cerrar el paso, de modo que decidí esperar».[53]

Al salir de la sauna y ver tanta gente en la calle, decidió sumarse a la multitud en el punto de control próximo, en la calle Bornholmer. «Jamás olvidaré ese momento; debían de ser las diez y media o las once, o quizás aún más tarde. Estaba sola, pero seguí a la riada de gente y de improviso nos encontramos en la zona occidental de Berlín».[54] Allí se unió a un grupo de desconocidos que la

invitaron a entrar. «Abrimos unas cuantas latas de cerveza; estábamos tan contentos».[55] Después, como muchos otros alemanes orientales, regresó a su casa. La mañana siguiente tenía que trabajar. Durante esos excitantes primeros días el Gobierno germano occidental ofreció a todos los alemanes orientales cien marcos alemanes como «regalo de bienvenida». En vez de gastarlos en comida o bebidas de lujo, o en algún recuerdo para una persona querida, Merkel optó por lo práctico. «Necesitabas dinero para ir al baño o tomar una taza de té; estábamos en noviembre y hacía frío».[56]

Hacía tiempo que tenía el proyecto de cruzar al otro lado, *nach drüben*, pero solo una vez cumplidos los sesenta, cuando las personas jubiladas estaban autorizadas a salir de Alemania oriental para trasladarse al oeste (una vez superada la edad en la que eran económicamente útiles). Ya había elaborado su plan para cuando llegase el día. Acudiría a una comisaría de policía, intercambiaría su pasaporte de la RDA por uno de la Alemania occidental y después viajaría a Estados Unidos, que soñaba poder cruzar de costa a costa por carretera. «Quería ver las montañas Rocosas, viajar en coche escuchando a Bruce Springsteen mientras conducía. Ese era mi sueño»,[57] rememoraría luego. Antes de partir iría a comer ostras con su madre en el hotel Kempinski de Berlín oeste. (No tuvo ocasión de hacerlo nunca antes de morir su madre, que falleció a los noventa años, en 2019).

Toda una generación de alemanes solo ha conocido a *Mutti* (Mamá) como canciller. Ella ha sido la personificación del profundo anhelo de estabilidad del país. En todos esos años, raras veces ha hablado de cuestiones personales. Incluso cuando la revista *Time* la nombró Persona del Año, rehusó una entrevista. No le gusta hablar de su género ni de sus orígenes. Esta reticencia se ha convertido en su sello distintivo. Un antiguo asistente me confió que Merkel raras veces manifestaba emociones intensas ante las personas próximas; no —insistió— porque sea una persona fría, sino debido a la educación recibida. «Se socializó dentro del sistema de la RDA. Era plenamente consciente de que la gente traiciona a sus amigos. Raras veces se lleva un desengaño, pues espera poco de los demás». Otras personas que han trabajado con ella dicen que su interés por la cultura fue su sostén. Ulrich Wilhelm, portavoz del Gobierno desde 2005 hasta 2010, recuerda que en los largos viajes de ida y vuelta en avión para asistir a las reuniones internacionales de máximo nivel no hablaban solo de estrategia política, sino también de literatura y arte.

En 1990, el año de *die Wende* (el cambio, como se denominó popularmente el proceso de unificación), que también fue cuando tuve mi primer contacto con ella, parecía haber salido de la nada. Los partidos occidentales consolidados

buscaban políticos del Este no contaminados por el pasado y capaces de encajar en sus filas, y de pronto se encontraron con esa asesora de carácter constante donde las haya. En las primeras elecciones al Bundestag ampliado, celebradas en el mes de diciembre, Merkel concurrió como candidata por la Unión Demócrata Cristiana —el partido en el Gobierno— en el *Land* oriental de Mecklemburgo-Pomerania Occidental. Helmut Kohl de inmediato la tomó bajo su protección. La nombró ministra de su gabinete a cargo del ministerio de segundo rango dedicado a las mujeres y la juventud. La llamaba *das Mädchen*, la jovencita. A ella no le gustaba, pero se guardó su opinión. Seguía atentamente las conversaciones y los actos oficiales. «Tenía que ser prudente —recuerda Wilhelm—. No podía hacer otra cosa. Todos dudaban que tuviera suficientes arrestos. Ella es muy lista y les siguió el juego».

Solo un año después de la caída del Muro, Merkel ya era ministra en un sistema político que desconocía por completo. Hasta la fecha, sigue siendo uno de los pocos políticos de la Alemania oriental que ha llegado hasta la cúspide en el Oeste. Kohl confiaba en ella y recabó su consejo sobre la mentalidad de los *Ossis* (los alemanes del Este). Ella sentía, a su vez, idéntica curiosidad por los *Wessis*.

Más adelante comentaría que pensaba que los alemanes occidentales serían más dinámicos. Enseguida rectificó y se abstuvo de tomar decisiones arriesgadas. Una de sus biógrafas, Mariam Lau, de *Die Zeit*, dice que Merkel no tardó en ver a los votantes como personas temerosas y con aversión al riesgo. Siempre conservó esa impresión.

En 1994, Kohl recompensó a su protegida con la cartera de Medio Ambiente. El nombramiento tuvo lugar durante la presidencia alemana de la Unión Europea. De inmediato, Merkel se encontró presidiendo las reuniones de sus homónimos europeos. Uno de ellos era John Gummer, del Reino Unido. «Acababa de acceder al cargo —recuerda Gummer— y yo formé parte de un triunvirato encargado de prestarle apoyo. Su actuación fue brillante. Recuerdo que telefoneé a mi esposa y le dije que la nueva ministra era extraordinaria». Gummer invitó a Merkel a visitar su distrito electoral de Suffolk. Ella acudió acompañada de su marido, que en aquel momento estaba evaluando a un estudiante de doctorado en Cambridge. Se hospedaron en casa de los Gummer y pasaron la mayor parte del tiempo charlando frente a la chimenea. El viernes por la tarde, Gummer la llevó a visitar la sede de la sección local del Partido Conservador. Los sentimientos antieuropeos allí expresados y las constantes referencias a la guerra la dejaron estupefacta. «Ahora comprendo cuán difícil es su tarea», le dijo luego a su anfitrión. No olvidaría esa lección sobre los ingleses, o un cierto tipo de ingleses.

Dondequiera que fuese, Merkel se mostraba siempre diplomática y discreta. Kohl la invitó a acompañarlo en varias visitas oficiales, de rango muy superior a su posición dentro del Gobierno; a Merkel le hizo especial ilusión poder conocer a Ronald Reagan, su héroe durante la Guerra Fría, cuya firmeza frente a la URSS la había cautivado. Mientras tanto, su proyección pública había aumentado, aunque no de manera espectacular. A mediados de los noventa, Alemania estaba pasando por una de sus periódicas crisis de inseguridad, con una economía estancada mientras se iba disipando el entusiasmo generado por la unificación. En todo el mundo occidental empezaba a emerger una nueva generación de políticos más jóvenes, con Bill Clinton y Tony Blair a la cabeza. En Alemania, la Unión Demócrata Cristiana había sufrido varios reveses en las elecciones regionales y Kohl se consideraba ya amortizado. En las elecciones de 1998 le derrotó el nuevo y carismático dirigente del Partido Socialdemócrata, Gerhard Schröder.

En la CDU, había varios aspirantes a tomar el relevo de Kohl al frente de la organización. Todos eran hombres de pelo uniformemente gris que habían ido ascendiendo en el escalafón en el ámbito regional. Merkel se arriesgó a enfrentarse a su mentor y sus aliados, pero fue un riesgo calculado. Kohl y el hombre a quien había elegido como sucesor, Wolfgang Schäuble, se habían visto implicados en un escándalo relacionado con la financiación del partido y algunos militantes de base abogaban por un cambio radical. En diciembre de 1999, Merkel publicó un artículo de opinión en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* donde declaraba que había llegado el momento de iniciar un cambio generacional. El mundo político quedó anonadado. Una mujer considerada como la personificación de la prudencia demostraba tener también una faceta despiadada. Estaban ante un parricidio. Merkel se las ingenió para escalar rápidamente hasta el puesto de máxima autoridad del partido. Los hombres de traje y corbata estaban desconcertados. Dieron por sentado que duraría poco. Se tranquilizaron diciéndose que no tenía «olor a establo», expresión empleada para referirse a la experiencia adquirida durante años de fumar puros en los salones reservados del partido. Consiguieron una breve victoria cuando lograron desplazarla para presentar como candidato a las elecciones de 2002 a Edmund Stoiber, primer ministro de Baviera y máximo dirigente de la Unión Social Cristiana (CSU), el partido hermano conservador. Esta maniobra se volvió contra ellos con efectos catastróficos. Stoiber consiguió convertir en derrota una gran ventaja en los sondeos. Schröder basó su campaña en la oposición a la guerra en Irak y salió reelegido con un resultado contundente.

La derrota de Stoiber abrió las puertas a Merkel. Kohl quedó desplazado. Merkel y el nuevo equipo al frente de la CDU le consideraron un motivo tal de

bochorno que una celebración prevista para celebrar su septuagésimo cumpleaños quedó cancelada de improviso. Cada vez más amargado, nunca perdonó a Merkel. En 2014, *Der Spiegel* difundió el contenido de varias grabaciones de sus conversaciones con el autor en la sombra de su autobiografía donde expresaba su indignación por esa traición. «La señora Merkel ni siquiera sabía utilizar correctamente los cubiertos. No daba pie con bola en las comidas oficiales y a menudo tenía que corregirla».[58] Ella soportó en silencio sus mofas, consciente de haber ganado la partida. Pero fue un final muy triste para ese gigante de la política (en todos los sentidos).

La era de Merkel se inició en noviembre de 2005. La coalición de Schröder empezó a tener dificultades tras la introducción de una serie de reformas económicas. En un último intento por salvar la situación, Schröder convocó elecciones anticipadas. La campaña de Merkel resultó deslucida y ella cometió varios errores en el contacto directo con los votantes. Su fuerte apoyo a Estados Unidos en Irak —en contra de la opinión pública— fue su flanco débil. La CDU ganó las elecciones por un margen muy ajustado y Merkel solo pudo acceder a la cancillería a cambio de ceder ocho de las dieciséis carteras ministeriales al SPD. Ese sería el primero de sus cuatro mandatos sucesivos, tres de ellos con las llamadas grandes coaliciones (*GroKo*) con la socialdemocracia. Un reparto del poder que en muchos países sería imposible o de breve duración. Sin embargo, esa primera gran coalición fue un modelo de estabilidad y muchos la consideran uno de los Gobiernos más exitosos que ha tenido Alemania. Merkel negoció acuerdos, dentro y fuera del país, y al cabo de un par de años se había convertido en la estadista con mayor prestigio de Europa. Consiguió esa estabilidad y reconocimiento, a escala nacional e internacional, gracias a la renuncia a los grandes gestos.

Merkel es la antítesis de la ostentación. Ha conservado su pequeña casita de campo cerca de Templin, su ciudad natal, sigue yendo a su peluquería habitual en Berlín y de vez en cuando es posible verla haciendo la compra. Es una ávida consumidora de arte. A veces telefonea directamente al director de alguno de sus museos preferidos para preguntarle si podría mantener abiertas las instalaciones un rato más para poder ver con tranquilidad alguna exposición concreta.

En la escena internacional, respeta a los interlocutores que han trabajado previamente los asuntos y no salen con sorpresas inesperadas. Le encanta viajar a Estados Unidos de vacaciones, pero ha tenido dificultades con los dos presidentes más recientes. Sus relaciones con Trump son desastrosas. Ella desprecia su vulgaridad visceral y él le corresponde insultándola en público. Resulta más sorprendente que tampoco se llevara bien con Barack Obama, por lo menos al

principio. Recelaba de su retórica. En 2008, cuando él aspiraba a la nominación como candidato demócrata, su equipo de campaña inquirió a las autoridades alemanas si Obama podría pronunciar un discurso en Berlín. Solicitaron poder hacerlo ante la puerta de Brandemburgo como telón de fondo. Temerosa de que fuera una repetición del «*Ich bin ein Berliner*» de John F. Kennedy y el «señor Gorbachov, derribe ese muro» de Reagan, Merkel se manifestó contraria a la propuesta. «No se pueden resolver las tareas [de gobierno] a fuerza de carisma», [59] ha declarado posteriormente a su biógrafo.

A medida que se iba prolongando su permanencia en el cargo, mayor era también su confianza en los méritos de la prudencia, de proceder siempre paso a paso y considerar todas las eventualidades: «Para mí, siempre ha sido importante repasar todas las posibles alternativas ante una decisión».[60] Es una asidua escritora de mensajes de texto dirigidos a sus amistades y asesores, incluso durante las sesiones parlamentarias, donde consulta las respuestas en tiempo real. Esto le ha valido el apodo de *Handy-Kanzler*, la «canciller del móvil». En 2015 el diccionario Langenscheidt eligió como palabra del año *merkeln*, como sinónimo de «no definirse o titubear».

Durante los primeros dos decenios del presente siglo, la fiabilidad y la prudencia, personificadas en la figura de Merkel, han sido dos de las características dominantes de la vida en la Alemania actual. Para bien y para mal, la cultura política alemana está concebida para que funcione como un amortiguador. Cuando Merkel asumió el mando, el país estaba pidiendo estabilidad a gritos. Las reformas liberalizadoras de Schröder habían activado la economía, pero a costa de dividir el país. La guerra de Irak había hecho trizas los compromisos alemanes en materia de política exterior. Quince años después de la caída del Muro, la euforia se había desinflado.

La clave para entender ese anhelo de estabilidad es comprender lo que supuso la situación contraria. Todavía me asombro al recordar los impetuosos sucesos de 1989. Cualquier cosa o incluso todo podría haber salido mal. Es mérito de los participantes que eso no ocurriera.

A principios del verano de 1989, ya me había instalado de manera permanente en Berlín oriental y trabajaba desde allí; todavía conservo mi carné de prensa de la RDA con el símbolo del compás en la cara anterior. Vivía en un monótono edificio de pisos de hormigón en la que entonces era —y todavía sigue siendo— la calle más fea de Berlín: Leipziger Strasse. Cualquiera que haya visto la película *La vida de los otros* podrá visualizar perfectamente el panorama: hombres en descoloridos trajes grises con zapatos de color beis compartiendo, con la mirada

fija en el suelo, el ascensor que los traslada hasta la última planta —a la que no tienen acceso los vecinos corrientes—, donde se dedicarán a escuchar las conversaciones. Yo era uno de los poquísimos extranjeros residentes en ese edificio. Las calles próximas eran oscuras y reinaba un silencio casi absoluto. Estábamos en el recinto fronterizo, a un tiro de piedra del *checkpoint* Charlie. Al otro lado del Muro, el rascacielos de Axel Springer —el grupo editorial conservador y acérrimamente anticomunista— dominaba el panorama.

En mi calidad de ocupante aliado, estaba autorizado a cruzar libremente de la zona oriental a la occidental. A los pocos meses tuve que renovar mi pasaporte porque ya no me cabían más sellos (había llegado a conocer a algunos de los policías del puesto de control). Procuraba no comentarlo con los alemanes orientales con quienes había hecho amistad. Habría sido un recordatorio doloroso. Nadie podía sospechar entonces que pocos meses después se abrirían los barrotes de su jaula. Incluso cuando el dique de contención empezó a resquebrajarse —tras la apertura de la frontera con Austria por parte de las autoridades húngaras— nadie, ni el más avispado agente de inteligencia, podría haber predicho lo que ocurriría ese mes de noviembre. Aunque la legislación siempre había contemplado la reunificación, y la constitución del país dividido era supuestamente provisional, pocos pensaban que realmente llegaría a producirse. Incluso a finales de 1987, en el momento culminante de las reformas de Gorbachov, menos de una décima parte de la población alemana occidental creía que las dos Alemanias pudieran llegar a ser una sola antes de acabar el siglo.

Las primeras protestas organizadas se iniciaron en el mes de mayo, tras unas elecciones con el mágico resultado de un 98,85 por ciento a favor del Partido de Unidad Socialista (SED) ya en el poder. Un resultado descabellado, incluso para el bloque soviético. Grupos de activistas vinculados a las iglesias y grupos ecologistas empezaron a manifestarse en Alexanderplatz —una monstruosidad arquitectónica de cemento armado que se había convertido en la plaza central de Berlín oriental— y en Leipzig. Habían tenido noticia de que en la vecina Polonia se estaban celebrando conversaciones con la participación del sindicato Solidaridad y otros. Visto lo cual, ¿por qué no reclamar lo mismo en Alemania oriental?

Un mes más tarde, el 7 de junio, el Gobierno húngaro reformista abría la frontera con Austria en presencia de los medios de comunicación internacionales. Fue la primera brecha física en el telón de acero. Hungría y en particular las playas del lago Balatón eran un destino vacacional popular entre los ciudadanos de Estados «hermanos» como la Alemania del Este. Los alemanes orientales tenían

que hacer un largo viaje para llegar hasta allí después de cruzar Checoslovaquia en sus traqueteantes «Trabis» o en tren. El 19 de agosto, los habitantes de la población húngara de Sopron pidieron autorización para celebrar una comida campestre «de amistad» con los austriacos al otro lado de la frontera. Aunque el Gobierno accedió, los turistas alemanes orientales tardaron un poco en caer en la cuenta de lo que eso significaba. El primer día solo novecientos cruzaron la frontera, y se quedaron al otro lado. El pequeño flujo no tardaría en convertirse en una riada. Mientras tanto, en Berlín, muchos activistas reaccionaron con frustración al ver la cantidad de compatriotas que estaban abandonando el país. Por sorprendente que pueda parecer al recordarlo ahora, esos idealistas querían transformar la RDA, no acabar con ella.

Dos iglesias fueron los núcleos principales de la revolución pacífica: la Nikolaikirche en Leipzig y la Gethsemanekirche en Berlín Este. La inminente visita de Mijaíl Gorbachov el 7 de octubre, irónicamente para celebrar el cuadragésimo aniversario de la RDA, dio alas a la oposición. Recuerdo que me uní a la multitud que había acudido a darle la bienvenida a su paso por la avenida principal, Unter den Linden. El SED contemplaba horrorizado la popularidad del secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, un hombre que supuestamente debía ser su protector. La marcha con antorchas de los miembros de las Juventudes Libres Alemanas estaba concebida como un desfile regimentado y sombrío. Sin embargo, por todos lados oía gritar «¡Gorbi, Gorbi!» a la gente reunida en la calle, ante la consternación de los agentes de la Stasi de paisano arremolinados a su alrededor. Esa visita dio lugar a dos de las frases más famosas de los últimos días del comunismo. Gorbachov recuerda en sus memorias que en cierto momento le dijo a Honecker: «La vida castiga a quienes llegan tarde». La respuesta de Honecker fue desafiante y rotunda: «Quienes son dados por muertos suelen vivir muchos años». También declaró: «Todo se vendrá abajo si cedemos un milímetro».[61] No acertó en lo primero, pero sí en lo segundo.

La multitud se reagrupó en Alexanderplatz para luego continuar en manifestación hasta la iglesia de Getsemaní, donde unos días antes se había iniciado una vigilia. Allí conocí a un hombre con quien desde entonces he mantenido amistad. Uwe Fechner era un ingeniero que aún no había cumplido los treinta años, empleado en unas instalaciones de la televisión estatal. Vivía justo al lado de la iglesia. En aquel tiempo, Prenzlauer Berg no se parecía nada a lo que ahora es. Pegado al Muro, era un barrio oscuro y silencioso. Muchas de las casas estaban deshabitadas. Fechner, como varios otros amigos suyos, vivía en un piso ocupado. No se consideraba una persona politizada, si bien solía frecuentar

la librería ecologista, un punto de encuentro de disidentes cercano. Cuando comenzó la vigilia, se ofreció para ayudar. Primero acudió al médico para pedir una baja. Dijo que temía la gripe y se la dieron por un mes sin hacer preguntas. De inmediato regresó a la iglesia, donde el párroco le sugirió que podía encargarse de las relaciones con la prensa. Fechner no tenía idea de en qué consistía esa tarea, pero decidió intentarlo. La iglesia de Getsemaní tenía algo con lo que no contaban muchos edificios: un teléfono que, además, funcionaba. Esto la convirtió en uno de los puntos de contacto fundamentales para la oposición. Los periodistas occidentales empezaron a tener noticia de la vigilia y a informar sobre lo que estaba ocurriendo en la iglesia. Les era más fácil llegarse hasta allí que trasladarse a Leipzig; los extranjeros necesitaban un permiso especial para viajar fuera de la capital.

Ese fin de semana marcó el punto de inflexión. Dentro de la iglesia, la gente cantaba himnos y recitaba oraciones con los brazos enlazados. El domingo ya había centenares de personas acampadas allí. Las autoridades anunciaron que se disponían a desalojarlas. Desde dentro —entre tanto ya me había unido a ellos— se veía la luz de los reflectores a través de los cristales y se oían los ladridos de los perros policía. «Dios mío, ya llega la solución china», exclamó una mujer a mi lado. Una delegación de alto nivel del SED había visitado Pekín pocas semanas antes. El presunto heredero de Honecker, Egon Krenz, había agradecido al Gobierno chino su actuación en la plaza de Tiananmén ese mes de junio para reprimir al movimiento estudiantil. Los medios de comunicación estatales de la Alemania oriental difundieron ampliamente su discurso, como una advertencia para quienes protestaban en su país. Al acabar el servicio religioso, el pastor, un héroe anónimo llamado Bernd Albani, nos invitó a salir en silencio. No teníamos idea de con qué nos encontraríamos. Pude contar hasta cincuenta camiones del Ejército. A través de un altavoz nos indicaron que avanzásemos con las manos en la nuca. Muchas personas recibieron fuertes palizas esa noche. Centenares fueron arrestadas, arrastradas por los pelos o golpeadas con las porras mientras gritaban a coro «no a la violencia», para luego llevárselas hacinadas en los furgones. Sin embargo, no hubo muertos, y esto fue crucial. Visto lo ocurrido en otros momentos, el Estado comunista parecía estar flaqueando a la vista de todos.

Durante la noche siguiente en Leipzig la situación fue aún más dramática. Gran número de policías antidisturbios, miembros de la Milicia Popular transportados hasta allí en vehículos militares, esperaban a los manifestantes, listos para disparar. Sin embargo, como confirmaron declaraciones posteriores de algunos mandos policiales, los agentes desobedecieron las órdenes recibidas y no abrieron fuego. La Nikolaikirche es ahora una atracción turística popular, donde

los guías explican lo ocurrido. «Los sajones no disparan contra sajones», afirman. Yo no estaría tan seguro de que su procedencia regional tuviera mucho que ver con ello, pero la gente del lugar insiste en afirmarlo. Quién sabe lo que podría haber ocurrido si las autoridades de cualquiera de las dos ciudades hubieran respondido con fuego real. La RDA era una de las sociedades más eficientemente vigiladas y una de las zonas más militarizadas del mundo, y dada la desesperación de las autoridades en aquel momento, es extraordinario que no llegase a producirse una escalada violenta. A mediados de octubre, Krenz sustituyó a un Honecker achacoso y designó como primer ministro a Hans Modrow, un político moderado de Dresde, pero Krenz estaba muy lejos de ser un reformista. Varios años después fue encarcelado y todavía lamenta la caída del Muro.

Aun así, al cabo de un mes, el desventurado portavoz del Comité Central, Günter Schabowski, anunciaba la abolición inmediata, sin dilaciones —*sofort, unverzüglich*—, de las restricciones a los desplazamientos de los ciudadanos de la Alemania del Este. ¿De verdad creían las autoridades que la gente iba a hacer cola pacientemente en los puntos de control y esperar a que les sellaran el pasaporte para hacer unas compras en la zona occidental, regresar a sus casas a la hora de la cena y continuar sirviendo a la RDA como habían hecho siempre?

Retrospectivamente, es posible concluir que el Estado alemán oriental había dejado de ser viable. Por la misma razón que el éxodo de dos millones de personas a finales de los años cuarenta y a lo largo de los cincuenta había motivado la construcción del Muro en 1961, en cuanto este cayó derribado, el sistema ya no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir. Cabría argumentar que desde su punto de vista el Muro funcionó. La «muralla de protección antifascista» está formada por dos muros paralelos con un corredor mortal sembrado de explosivos camuflados entre ambos, con perros policía, trincheras, torres de vigilancia y patrullas móviles. Se extendía a lo largo de 156 kilómetros alrededor de la ciudad. Cincuenta mil soldados armados vigilaban los 1.934 kilómetros de la frontera que separaba las dos Alemanias. En el transcurso del medio siglo que la RDA se mantuvo en pie, 75.000 personas fueron interceptadas y 140 murieron acribilladas cuando intentaban huir. Solo cinco mil consiguieron salir sin autorización.

En Alemania, el 9 de noviembre recibe el nombre de *Schicksalstag*, día del destino, por ser una fecha en la que han coincidido varios acontecimientos significativos de la historia del país: el aplastamiento de la revolución de 1848, la declaración de Karl Liebknecht por la que proclamaba la constitución de un estado comunista en 1918 y el fallido *putsch* hitleriano de la cervecería en 1923

en Múnich. Más satisfactoria fue la concesión en ese día del Premio Nobel a Albert Einstein en 1922. Sobre todo, esa fecha ha llegado a ser casi sinónimo de la *Kristallnacht*, la «Noche de los Cristales Rotos», cuando los nazis atacaron, en 1938, las sinagogas y las viviendas y otras propiedades judías mientras la mayoría de los alemanes miraban hacia otro lado. Por ese siniestro antecedente, se optó por celebrar el Día de la Unidad Alemana el 3 de octubre, que es festivo en todo el país. Aun así, desde 1989 también se han conmemorado ampliamente los aniversarios más destacados de la caída del Muro y todos ellos han sido ocasión para reflexionar sobre el sentido de la democracia, la libertad y la reunificación. El trigésimo aniversario, en 2019, fue objeto de mayor ponderación, reflejo de la creciente preocupación por el estado de la sociedad alemana.

Siempre que visito Berlín, repaso mentalmente el trazado del Muro. Tanto si me desplazo en metro (*U-Bahn*) o en el suburbano (*S-Bahn*), en coche o a pie, siempre soy consciente del momento en que «cruzo al otro lado». En la mayoría de los casos sigue siendo relativamente fácil identificar el lugar donde se alzaba la muralla de separación. Mi amigo Fechner es ahora asistente social y trabaja con personas discapacitadas. Su hijo y su hija adolescentes dicen que procuran comprender cómo era la vida en los viejos tiempos. Saben algunas cosas sobre la RDA, indirectamente, a través de las vivencias de su padre, dicen.

El día del pasado aniversario quedé con Fechner frente a la iglesia de Getsemaní. Él ha seguido viviendo durante treinta años en el mismo piso, que entre tanto han reformado; antes no tenía calefacción central ni agua caliente. Ahora el edificio es uno de los más codiciados de la ciudad. Fechner paga un alquiler garantizado —aproximadamente un 10 por ciento de la tarifa de mercado— que permite que una persona empleada en el sector asistencial con un salario bajo tenga la seguridad de que no será desahuciada. Y yo me pregunto: ¿en qué otro lugar del mundo encontraríamos algo parecido?

Sobre la fachada de ladrillo de la iglesia se proyectaba un vídeo en torno a esas transcendentales jornadas. Dentro pudimos seguir un intenso debate sobre los treinta años del Muro (*#Mauer30*); después despejaron la zona del altar para dar paso a la actuación de un grupo de folk de la zona oriental ya maduro, llamado Engerling. Al salir dejamos atrás las tiendas de moda de diseño y los bares de copas para dirigirnos al Bösebrücke en la Bornholmer Strasse. Ese puente fue el primer punto en que quedó abierto el paso a través de la frontera. Fechner y sus amigos corrieron hacia allí esa noche. Una conocida película de 2014, que también lleva el nombre de la calle, *Calle Bornholmer*, refleja magníficamente el caos reinante. Lo primero que alertó a los guardias fue el paso

de un perro que cruzó corriendo el punto de control siniestramente silencioso. Cuando vieron que empezaba a agruparse una multitud, no tenían idea de qué podía estar pasando. Habían escuchado las declaraciones de Schabowski a la prensa, pero eso no los había preparado para lo que ocurriría luego. Ninguna autoridad se había hecho cargo de la situación y tampoco habían recibido instrucciones claras. A las once y media de la noche el oficial al mando, contra la opinión de su jefe político (que intentaba controlar los nervios con ayuda de una botella de *schnapps* en su despacho), ordenó levantar la barrera.

Los primeros alemanes orientales comenzaron a desfilar frente a los guardias franceses apostados al otro lado, pero allí solo encontraron más oscuridad y desolación. No era así como se suponía que debía ser el Oeste. Esa zona, como la mayor parte de las inmediaciones del Muro en el lado occidental, estaba despoblada. En aquella calle solo había unos cuantos huertos descuidados. Los *Ossis* tardaron un rato en llegar hasta una gasolinera, mientras en la zona occidental empezaba a correr la noticia de que algo espectacular estaba ocurriendo. Las celebraciones que se prolongaron hasta la madrugada en Kurfürstendamm, la principal avenida comercial de Berlín, donde la multitud fue acogida con champán, cerveza, apretones de mano y abrazos, tardaron un poco en materializarse. Fechner, como muchos de sus compatriotas, pasó toda la noche de fiesta, pero (igual que Merkel) también volvió a cruzar la frontera al amanecer para reincorporarse al trabajo. Y era un disidente. En su lugar de trabajo, muchos de sus compañeros ignoraban que hubiera ocurrido nada. Me contó todo esto de pie en el lugar exacto de la calle Bornholmer donde los peatones y los conductores tenían que presentar su documentación a los guardias. Ahora es el local de un supermercado Lidl. Después de la revolución, una aparente normalidad.

Incluso antes de la caída del Muro, las cosas ya habían empezado a moverse. Cuando las protestas se ampliaron más allá de los activistas y estudiantes para abarcar a trabajadores corrientes, el anticomunismo se trocó en reivindicación de la unificación. La consigna original a favor de la libertad, *Wir sind das Volk* (Somos el pueblo), se transformó en un grito a favor de la reunificación, *Wir sind ein Volk* (Somos un [solo] pueblo). Durante los últimos meses de 1989, más de la mitad de la población de la República Democrática Alemana cruzó a la zona occidental para ver de primera mano cómo era la vida allí. Muchos decidieron quedarse, sobre todo los jóvenes, más ambiciosos, con mayores posibilidades de encontrar empleo, y especialmente las mujeres, en busca de perspectivas laborales dignas.

Un día después de caer el Muro, Willy Brandt, el excanciller que había guiado al país a través de los años más tensos de la Guerra Fría, declaró: «Ahora crecerá unido lo que debe estar unido» (*Jetzt wächst zusammen, was zusammen gehört*).[62] La gran figura de la izquierda, de la distensión, indicaba así que ya no era un peligro que los alemanes se considerasen un solo pueblo. Nadie sabía cómo sería la nueva normalidad. Kohl declaró ante la multitud exultante, reunida frente al edificio del ayuntamiento de Berlín en Schöneberg, que era importante «ir definiendo con cuidado el camino futuro, paso a paso, pues lo que está en juego es nuestro futuro común».[63] Quince días más tarde presentaba un plan de convergencia de diez puntos para avanzar hacia una confederación. Pensaba que podría tardar diez años en completarse.

El periodo hasta la reunificación estuvo jalonado de otros momentos impactantes: las primeras elecciones democráticas en marzo de 1990, la unificación de la moneda en julio y las decisiones que culminaron con la disolución formal de la República Democrática Alemana. Muy pronto quedó claro que lo que estaba en curso no era la unión de dos Estados, sino la incorporación de uno de ellos al otro. La República Federal se amplió con la integración de la zona oriental, bajo la forma de cinco estados federados reconstituidos. De la RDA no se conservó nada.

Los políticos del Este practicaron con gusto su recién estrenada democracia. Durante sus siete meses de vida con un Parlamento como es debido, en las treinta y ocho sesiones celebradas entre las elecciones de marzo y la reunificación, la Volkskammer debatió meticulosamente y aprobó la asombrosa cifra de 261 leyes, incluida la que ponía fin a la existencia del país. Políticos no manchados por actuaciones pasadas (un pequeño grupo) y activistas de la sociedad civil constituyeron el Consejo de Ministros. Todos prometieron hacer una política distinta, no solo de la del antiguo régimen, sino también de la habitual en la parte occidental. Un sacerdote disidente y antiguo objetor de conciencia llamado Rainer Eppelmann ocupó el nuevo Ministerio de Desarme y de Defensa (él había estipulado ese nombre).

Pero el grueso de la acción se desarrollaba lejos de allí. Lothar de Maizière estaba al frente de la República Democrática Alemana, pero quien dirigía el proceso era Helmut Kohl desde el Oeste. Muchos alemanes orientales aceptaron gustosos que Kohl se hiciese cargo de la tarea. De Maizière, un antiguo abogado con gafas y barba (defensor de disidentes) y en otro tiempo violista profesional, procedía de una familia bien relacionada de hugonotes huidos de Francia. Él y Kohl eran polos opuestos, tanto por su físico como por sus modales. No se llevaban bien. El pesimismo de De Maizière irritaba a Kohl. El historiador Fritz

Stern, una figura clave en el campo de la historiografía alemana contemporánea, recuerda una conversación del mes de junio de 1990: «Le comenté a De Maizière que, en mi opinión, los problemas económicos de la unificación, aun siendo enormes, se podrían solventar, pero los problemas éticos y psicológicos serían mucho mayores y su resolución requeriría mucho más tiempo. Estuvo de acuerdo y añadió: "No quiero incorporar diecisiete millones de inadaptados psicológicos a la nueva Alemania"».[64] Cuando se llevó a cabo la reunificación, en octubre de ese año, De Maizière fue uno de los cinco alemanes del Este que Kohl incorporó a su gabinete, como ministro de Asuntos Especiales sin ningún cometido concreto. Pasados dos meses fue destituido, acusado de haber sido informador de la Stasi. Estas acusaciones quedaron desmentidas luego, pero el daño ya estaba hecho.

El 1 de julio, el Este y el Oeste quedaron vinculados económicamente tras la abolición del *Ostmark*, la moneda de la RDA. Kohl y sus ministros optaron por una conversión paritaria 1:1 sin relación alguna con su valor real. Fue una bendición para los ahorradores de la Alemania oriental y una muestra de confianza de valor psicológico. Sin embargo, la medida tuvo efectos desastrosos para la industria del Este, al sobrevalorar sus activos y hacerla aún menos competitiva de lo que ya era. La ocasión fue motivo de nuevas celebraciones en el Este, pero esta vez la euforia iba acompañada de una dosis equivalente de ironía. Asistí a uno de esos encuentros en unos almacenes de Adlershof, que albergaban un centro de investigación y habían sido la antigua sede de un regimiento de la Stasi, y que más adelante se transformarían en un parque de empresas tecnológicas. Allí gastamos nuestros últimos *Ostmarken* en cócteles germano orientales acompañados de salchichas también del Este, mientras escuchábamos música de la zona. La *Ostalgie,* la nostalgia del Este*,* ya empezaba a impregnar los ánimos.

En un discurso televisado dirigido a ambos países (o más bien al que pronto sería un solo país), Kohl prometió una vida mejor para todos. «Acabamos de dar un paso crucial en el camino hacia la unidad de nuestra patria, hoy es un gran día para la historia de la nación alemana». Instó a los ciudadanos del Este a mirar con confianza al futuro y a los occidentales a hacer sacrificios en pro del bien común. «Con la suma de nuestros esfuerzos —declaró sin reservas— pronto habremos conseguido transformar Mecklemburgo-Pomerania Occidental, Sajonia-Anhalt, Brandemburgo, Sajonia y Turingia en paisajes florecientes, donde será magnífico vivir y trabajar».[65] Esa referencia a unos paisajes florecientes sería objeto de incesantes burlas.

Kohl estaba decidido a completar la tarea, apartando del camino a los indecisos. El Tratado de Unificación de 1990 autorizaba a los cinco nuevos

estados federados orientales recién creados, junto con la ciudad-estado de Berlín unificado (un estatuto que también se reconocía a las ciudades de Hamburgo y Bremen), a integrarse en la República Federal apelando simplemente al artículo 23 de la Ley Fundamental. No era lo que habían previsto los padres fundadores. Estos habían imaginado que, si algún día llegaba a tener lugar la unificación, la Ley Fundamental sería derogada en aplicación de otro de sus artículos, para sustituirla por una norma más permanente. En cambio, simplemente se transformó en permanente lo que antes se consideraba transitorio. Visto que la Ley Fundamental había llegado a ser tan popular y estaba tan consolidada, ¿por qué no aplicarla también sin más trámites al territorio ampliado?

El año siguiente, el Bundestag aprobó por un estrecho margen que la sede del Gobierno volviera a trasladarse a Berlín. Había varios motivos para preferir que continuase en Bonn. La comodidad personal era uno; Berlín se consideraba un lugar sórdido. Las otras razones eran menos frívolas. La proximidad de Bonn a la frontera neerlandesa y la belga indicaba una orientación hacia Occidente. La ciudad estaba libre de las asociaciones de Berlín con la pasada historia alemana (y prusiana). Aun así, prevaleció la opinión de los partidarios de Berlín. Alemania ya había adquirido la madurez suficiente para encararse con su pasado.

Se aprobó un ingente programa de obras para erigir las instalaciones de una nueva sede gubernamental. Una gran parte se edificaron en la zona próxima al Muro, algunas en la tierra de nadie por donde solían campar los conejos, los zorros y los perros de los guardias fronterizos de la RDA. La cúpula acristalada del Reichstag rediseñado por Norman Foster plasmó físicamente con un toque magistral el espíritu de la nueva Alemania. Los visitantes pueden pasear por su interior y contemplar desde lo alto a sus representantes elegidos. Como en la mayoría de los parlamentos modernos, la sala de sesiones está diseñada en forma de hemiciclo. Una distribución pensada para favorecer el consenso en vez de la confrontación. El prestigio se adquiere en las comisiones y a través del trabajo desarrollado en los respectivos distritos electorales, no con florituras retóricas. El antiguo Parlamento imperial con todas sus connotaciones negativas, donde Hitler peroraba sin parar, fue objeto de una asombrosa remodelación, y su artífice fue un británico. Desde que en 1999 volvió a abrir sus puertas, el edificio ha sido muy elogiado tanto por los parlamentarios como por el público en general.

Los edificios contribuyen a definir los comportamientos. Los parlamentos definen el prestigio de las naciones. La reunificación se aprovechó como una oportunidad para mejorar el país dotándolo de una nueva arquitectura política orientada hacia la estabilidad y la transparencia. Merkel, la mujer fiable llegada del Este que había hecho carrera en el Oeste, encarnó esa aspiración. En una

entrevista para el *Bild*, el semanario de mayor tirada, en noviembre de 2004, poco antes de ser elegida canciller, a la pregunta de qué sentía cuando pensaba en Alemania, respondió: «Pienso en ventanas herméticas. Ningún otro país fabrica unas ventanas tan herméticas y tan bonitas».[66] El comentario no se refería solo a los materiales de construcción. Era una metáfora sobre la construcción de un país, de una sociedad, donde la fiabilidad es el valor más preciado.

Me contó esta anécdota Stefanie Bolzen, corresponsal de *Die Welt* en el Reino Unido, casada con un británico y atenta observadora de la política de ambos países. Nos reímos con el comentario, pero acto seguido Bolzen declaró que estaba de acuerdo con Merkel. Cuando había querido reemplazar las ventanas de su piso de Londres por otras al estilo de las *Kippfenster* alemanas, que se pueden abrir horizontal o verticalmente haciendo girar la manilla hacia uno u otro lado, no había conseguido encontrar operarios británicos capaces de ofrecer la calidad que ella deseaba y había acabado importándolas. Con la política, a los alemanes les ocurre como con las viviendas, les desconcierta la cultura política británica caballerosamente *amateur*, que se conforma con ir tirando a base de remiendos. Comparan el Reino Unido con una gran mansión señorial. Jardines invadidos por la maleza, entarimados que crujen al pisarlos, vigas combadas y ventanas de guillotina que nunca acaban de cerrar bien, con bonitos rincones pero un diseño extravagante. El semanario *Die Zeit* incluso sacó a colación el tema para lanzar una inusitada pulla contra una británica que todos ellos parecen adorar: «Hasta a la reina le convendría reducir la factura eléctrica. El palacio de Buckingham gasta 3,6 millones de libras esterlinas anuales en calefacción; es el edificio con el consumo de energía menos eficiente de todo Londres. En este aspecto, Su Majestad no se diferencia de la mayoría de los propietarios ingleses: no tienen dinero para reparaciones, sus casas están en mal estado y el calor que les insuflan las calderas se escapa a través de las viejas paredes y las ventanas de guillotina con cristales de una sola hoja».[67]

El edificio del Parlamento británico, con sus filtraciones de agua, lavabos victorianos, riesgo de incendios y suelos infestados de ratas, da pena. Se han gastado millones de libras esterlinas en intentos de rehabilitación y se seguirán gastando. Con sus absurdas extravagancias y sus lacayos con ridículos uniformes, aleja a los parlamentarios de la experiencia cotidiana de los votantes y antepone la tradición al pragmatismo. Lamentablemente, refleja mejor la pantomima de recelos y abucheos que acompaña las intervenciones estereotipadas en la sala de sesiones que el trabajo serio y más colaborativo con el que desearían verse asociados la mayoría de los diputados.

Los Gobiernos alemanes procuran conseguir el máximo apoyo posible para todas sus políticas de gran calado. Los aspectos controvertidos se derivan con frecuencia a una comisión especial, con el encargo de volver a plantearlos cuando pueda ofrecer una propuesta aceptable para todos. A medida que ha ido disminuyendo la proporción de votos obtenidos por los partidos mayoritarios se han tenido que ampliar las coaliciones, simplemente para que puedan ser viables. Curiosamente, se las designa por el color de las banderas de otros países. Jamaica (negro, amarillo y verde) representa la conjunción de la Unión Demócrata Cristiana (CDU) con el Partido Liberal Demócrata (FDP) y Los Verdes; Kenia (negro, rojo y verde) corresponde a la CDU, el Partido Socialdemócrata (SPD) y Los Verdes. En estos momentos, en algunos estados federados, se habla de una posible coalición Zimbabue (negro, rojo, amarillo y verde). Estas combinaciones se ensayan en los Gobiernos regionales y sirven como prototipos que ofrecen a los partidos la oportunidad de colaborar en diferentes combinaciones antes de aventurarse a establecer acuerdos a escala nacional. Este mosaico de coaliciones es extraordinariamente potente y fuente de estabilidad.

Con su incorporación a una serie de grandes coaliciones, el SPD ha proporcionado a Merkel los votos necesarios para gobernar desde el centro, sin tener una idea exacta de cuál debía ser su papel dentro del Gobierno. El SPD se enfrenta ahora[68] potencialmente al riesgo de desaparecer o de quedar relegado a una posición marginal, como mínimo. En palabras de *Der Spiegel*, el SPD estuvo en la cresta de la ola por última vez cuando Nokia fabricaba teléfonos móviles. Su declive coincide con una tendencia europea más amplia, pero es uno de los más acusados y significativos. Durante sus tiempos de máximo esplendor, con Willy Brandt y Helmut Schmidt al frente, podía contar con la fidelidad de una amplia base de votantes, pero desde entonces ha tenido dificultades para adaptarse a los cambios demográficos. Según el Instituto de Estudios Económicos, el porcentaje de votantes que se autodefinen como de clase obrera se redujo del 37 al 19 por ciento entre 2000 y 2016. El SPD tiene dificultades para decidir cómo puede representar a quienes temen la aceleración de los cambios o, por otro lado, a la clase digital emergente, y si opta por concentrar la atención en los votantes urbanos o en los semirrurales. Su electorado ha envejecido y está muriendo. Su carácter de institución nacional y el compromiso de Alemania con la estructura de partidos de la postguerra son tales que la canciller Merkel asistió a los actos de celebración del 150 aniversario del SPD, aun siendo su adversario político. Un gesto que sería casi impensable en cualquier otro país.

El tercer partido, el FPD, liberal, solía cosechar entre un 5 y un 10 por ciento de los votos, lo cual le permitió actuar como bisagra en la mayoría de coaliciones

del periodo de postguerra. Ahora está desconcertado, sin saber a quiénes representa, mientras lucha por superar el umbral requerido para obtener representación.

El sistema político alemán posee una asombrosa capacidad para absorber a los insurgentes. La transformación más notable ha sido la de Los Verdes (*Die Grünen*). Este partido, surgido del movimiento pacifista y las protestas de 1968, estuvo fuertemente dividido durante sus primeros años. El ala *fundi* —fundamentalista— abominaba de la política convencional, mientras que los *realos* —realistas— argumentaban que solo sería posible articular un cambio trabajando a partir de las estructuras existentes. Los segundos lograron imponerse y en 1983 ocuparon sus escaños los primeros diputados verdes elegidos para formar parte del Bundestag. De inmediato causaron revuelo dentro y fuera del parlamento, incluida su participación en una protesta con disidentes en el centro de Berlín oriental. Su grupo parlamentario incluía algunas de las figuras políticas más singulares. La más conocida entre el gran público era Petra Kelly, con una larga trayectoria como activista antinuclear. Otto Schily había participado como abogado en la defensa del grupo terrorista Facción del Ejército Rojo. Posteriormente, Schily dejaría a Los Verdes para incorporarse al Partido Socialdemócrata, fue un duro ministro de Interior en el gobierno de Schröder y luego pasó a trabajar con grupos de presión empresariales.

El más famoso de Los Verdes fue Joschka Fischer. Activista estudiantil en 1968, entabló relación con grupos terroristas marginales y estuvo al frente de un grupúsculo llamado Unión Proletaria para el Terror y la Destrucción, que en los años setenta se dedicaba a agredir a la policía. En el Parlamento se caracterizó por sus exabruptos. En una ocasión, le espetó al vicepresidente de la cámara: «Con la venia, señor presidente, usted es gilipollas».[69] En 1985, fue el primer ministro ecologista del mundo al recibir la cartera de Medio Ambiente en el estado federado de Hesse. En la Casa de la Historia de la República Federal Alemana de Bonn se conservan las zapatillas deportivas blancas con las que juró el cargo. En 1998, Los Verdes se incorporaron por primera vez al Gobierno federal, bajo la presidencia del SPD. Fischer fue vicepresidente y ministro de Asuntos Exteriores, un extraordinario y radical cambio de rumbo. Cuando la coalición fue derrotada en 2005, había llegado a ser el ministro de Asuntos Exteriores alemán de la postguerra con el segundo periodo de permanencia más prolongada en el cargo. Las encuestas de opinión le situaban invariablemente en primer lugar en la lista de popularidad de los miembros del Gobierno.

Los Verdes han desempeñado un papel importante desde que empezaron a participar en la política convencional. Durante la primera década de este siglo,

compitieron con el FDP por el tercer lugar en las elecciones a escala nacional, a la vez que tenían un papel cada vez más destacado en el Gobierno federal. En el último par de años han adquirido un peso aún más relevante, en parte causa y efecto del declive del SPD, en parte debido a la emergencia climática y en parte como reacción frente a la amenaza nacionalista-populista presente en toda Europa. En la línea de los grandes partidos originales de la postguerra, Los Verdes se han convertido en una amplia congregación y gozan de reconocimiento constitucional. Lo más destacable es que han conseguido ampliar su reclamo más allá de los reductos urbanos *hippies* y *hipsters* y llegar a las pequeñas ciudades y pueblos de toda Alemania. En los estados federados conservadores de Baviera y Baden-Wurtemberg se puede ver a los candidatos verdes vestidos con los tradicionales *Lederhosen* (pantalones de cuero con tirantes) y *Dirndl* (vestido compuesto de falda y delantal, blusa y corsé) en los actos de campaña. Este mensaje centrado en la tierra natal (*Heimat*) hace hincapié en la necesidad de preservar la belleza natural del territorio, plasmada en poemas sentimentales como «Die blaue Blume» (La flor azul), de Joseph von Eichendorff, escrito hace doscientos años. En algunos aspectos, Los Verdes también se han vuelto formales. En estos tiempos de incertidumbre en todo el mundo democrático, el éxito de Los Verdes alemanes es fuente de considerables esperanzas. También pone de manifiesto la gravedad de los problemas con que se enfrentan los partidos tradicionales.

En los años setenta, los dos principales partidos solían acumular hasta el 90 por ciento de los votos. Ahora han caído por debajo del 50 por ciento. En estos momentos, los tres partidos más populares se enfrentan a una seria amenaza de otras fuerzas insurgentes. Según dos experimentados observadores, Jens Fischer (antiguo asistente de Helmut Schmidt) y Heinz Schulte (comentarista experto con una larga trayectoria), los votantes alemanes se dividen actualmente en tres categorías: la «elite urbana», que tiende a apoyar a Los Verdes; los «votantes enfadados», que optan por la AfD o por Die Linke (el partido de izquierdas formado por los descendientes de los gobernantes comunistas de la Alemania oriental); y el «valle de los románticos», principalmente votantes urbanos y suburbanos de la zona occidental ya mayores que se siguen aferrando a los partidos consolidados.

Los políticos convencionales tienen que competir con los inconformistas. En mayo de 2019, en el momento de máximo apogeo de la campaña de las elecciones al Parlamento Europeo, se hizo viral un vídeo difundido a través de YouTube (la plataforma más popular en Alemania con mucha diferencia) donde el músico y bloguero Rezo, de veintiséis años, hijo de un pastor luterano de

Aquisgrán, disertaba durante una hora sobre el estado de la política. Con una mezcla de improperios, doscientas cincuenta citas y cuadros de datos intercalados, de pie frente a su tabla de mezclas, Rezo acusaba a la CDU y al SPD de «destruir nuestras vidas y nuestro futuro». Pasaba revista, detalladamente, a las medidas para hacer frente al cambio climático, en relación con la distribución de la riqueza y en el ámbito de la política exterior. Describía la política de la Unión Europea como «mortalmente aburrida», pero aun así animaba a los jóvenes a votar. Su «diatriba personal» concluía con una advertencia a los dirigentes del país: «Continuamente repiten que los jóvenes deberían interesarse por la política; si es así, tendrían que hacerse a la idea de que ellos piensan que su política es una mierda».[70] Rezo se ha convertido en un símbolo de una generación más joven (del Este y del Oeste) que busca nuevas maneras de hacerse oír. En menos de quince días, su conferencia política había recibido quince millones de «me gusta», un récord para una publicación no musical en Alemania.

La acción de Rezo no tendría que haber causado especial impacto. ¿Qué tenía de raro que un joven bloguero diese rienda suelta a su indignación contra el *establishment*? Sin embargo, la reacción de varios políticos y tertulianos destacados fue casi de pánico. ¿Qué demonios estaba fallando?, se preguntaban. La autoflagelación es el máximo defecto de los medios de comunicación y los políticos alemanes. Puede resultar tediosa, pero es infinitamente preferible a las décadas de autobombo de los Gobiernos británicos de la postguerra, espoleados por los magnates de la prensa, unos y otros presos del mismo autoengaño.

Los preparativos para la celebración del trigésimo aniversario de la caída del Muro, en noviembre de 2019, dieron pie a otro episodio de febril autocrítica. Se deconstruyeron y reconstruyeron repetidamente las grandes decisiones. ¿Se podría haber hecho un mayor esfuerzo para preservar aquellas partes de la economía de la RDA susceptibles de ser remodeladas y hacerlas operativas? La respuesta era sin duda afirmativa. La producción industrial de la zona oriental se redujo a la mitad entre julio de 1990 y abril de 1991. Cada semana, decenas de miles de personas perdían su empleo. Al cabo de un año, una tercera parte de la fuerza de trabajo estaba en el paro o trabajando a jornada reducida. Todas las valoraciones sobre ese periodo responsabilizan invariablemente de ese fracaso a una organización concreta: la Treuhandanstalt, la institución fiduciaria creada por el Parlamento de la RDA en junio de 1990 (bajo la presión de Bonn). Su misión era asumir el control de las más de ocho mil empresas estatales, con un total de cuatro millones de trabajadores, y decidir en cada caso si debían ser privatizadas o liquidadas. No se tardó mucho en constatar que muy pocas podían

ser ni siquiera remotamente competitivas en un mercado alemán y menos aún a escala mundial. La mujer que había estado al frente de la institución durante cuatro de sus cinco años de existencia, Birgit Breuel, aprovechó la celebración del trigésimo aniversario de la caída del Muro para ofrecer una serie de entrevistas sobre ese periodo. Breuel se había convertido desde entonces en una figura odiada y la Treuhand había sido acusada de exceso de celo y de actuar con criterios burocráticos y despiadados. Cumplidos ya los ochenta años, Breuel reconoció que la organización no había sabido tener en cuenta las particularidades de cada comunidad y no había hecho lo suficiente para ayudar a las empresas con algún potencial a salvar la brecha y hacer el tránsito de un sistema a otro. «Exigimos demasiado a la gente»,[71] admitió.

En agosto de 2019, una noche estuve viendo uno de los numerosos programas políticos de calidad de la televisión alemana, conducido por Markus Lanz. Programas de debate como este siguen siendo el principal vehículo de participación pública. Entre los invitados había dos figuras importantes, que al inicio del programa expresaron puntos de vista marcadamente divergentes. Bernhard Vogel es un hombre con una gran fortuna, formado en las universidades de Gotinga y Heidelberg, con más de ochenta años cumplidos; es la única persona que ha dirigido un estado federal occidental y uno oriental: Renania-Palatinado en la RFA desde mediados de los setenta hasta mediados de los ochenta, y posteriormente Turingia, en el Este. Frente a él tenía a Jana Hensel, una periodista y escritora de cuarenta y pocos años que vivió la caída del Muro en la adolescencia y cuya obra *Zonenkinder* (Los niños de la zona), de 2002, refleja magníficamente las tribulaciones y los escollos que tuvo que superar una generación de antiguos ciudadanos de la RDA. De entrada, ambos cumplieron con su papel —él se quejó de la *Jammerei*, los perpetuos lamentos de los *Ossis*; ella deploró la arrogancia de los *Wessis*— y al final acabaron reconociendo que los dos tenían razón «Para la gente del Oeste, ahí [con la reunificación] se acababa la historia —señaló Hensel—. Para nosotros, apenas acababa de comenzar».

Una expresión de uso común describe bien ese estado de ánimo de las generaciones de más edad, personas que habían pasado la mayor parte de su vida en la RDA: el muro mental.

Reiner Kneifel-Haverkamp, un funcionario que estuvo entre los primeros alemanes occidentales que se trasladaron a trabajar en el Este, tuvo ocasión de observarlo directamente. Nacido en las proximidades de Dortmund, tenía un buen empleo en Bonn, en el departamento jurídico del Ministerio de Asuntos Exteriores. En agosto de 1991 aceptó la propuesta de trasladarse a la zona oriental para prestar apoyo al Gobierno de Brandemburgo recién constituido en

la puesta en marcha de un Ministerio de Justicia. Recuerda que cuando llegó a Potsdam, la ciudad histórica que iba a ser la sede del nuevo ministerio, fue como aterrizar en otro mundo. El primer ministro de Justicia del estado federado, Hans Otto Bräutigam, tenía un teléfono de grandes dimensiones sobre su mesa de despacho y durante las primeras semanas esa fue la única línea de comunicación directa con el Oeste. Él y los demás funcionarios tenían que pedir permiso al ministro para usarlo. Los ingresos ordinarios de Kneifel-Haverkamp eran considerablemente superiores a los de su homónimo del Este y los alemanes occidentales percibían, además, una bonificación como incentivo por coger los bártulos y arrimar el hombro. Este estipendio recibía coloquialmente el nombre de *Buschzulage*, complemento por trasladarse a la selva, un término procedente del pasado colonial alemán, cuando designaba la remuneración de los oficiales destacados en territorios lejanos e inhóspitos en tiempos del káiser.

Kneifel-Haverkamp identificó dos fuentes de tensiones: entre los alemanes orientales, que se preguntaban quién podía haber delatado a quién, y entre *Ossis* y *Wessis*. «Al principio muchos de mis colegas tenían un trato distante conmigo, lo cual me pareció comprensible. Luego, a medida que se fue rompiendo el hielo, algunas personas empezaron a confiarme cosas que no habrían dicho a otros. Una vez superado un cierto umbral, algunos colegas me dijeron cosas que en la Alemania occidental jamás se habrían comentado en un entorno laboral, a no ser que mediase una relación de amistad realmente muy estrecha».

A menudo se describe con sorna a los «implantes» occidentales en el Este como *Di-Mi-Dos*,[72] personas que se desplazan para trabajar de martes a jueves y luego regresan para pasar un largo fin de semana con su familia en Hamburgo o Múnich, por ejemplo. Kneifel-Haverkamp intentó apartarse de la norma e integrarse convirtiéndose en un *Ossi* de adopción, aunque no ocultaba que seguía viviendo en la zona occidental de Berlín. Explica que intentó comprender una identidad que es en parte regional y en parte producto de la historia (sin ser en modo alguno favorable a esa historia), y en la que sobre todo interviene una cuestión de amor propio. Cuando asiste a alguna reunión social en el Oeste, le molestan las bromas a expensas de los «primos pobres» y los periodistas y políticos que echan mano de estereotipos.

¿Cómo es exactamente un alemán del Este en la actualidad? En octubre de 2019, *Der Spiegel* se planteaba sin rodeos en su artículo de fondo: «Así es un *Ossi*» (*So is' er, der Ossi*). Y el subtítulo añadía: «Qué motiva al Este y por qué vota distinto». Aquel otoño todo el mundo daba vueltas a esas preguntas. En el teatro Volksbühne de Berlín se celebraron una serie de sesiones dedicadas a la identidad de las zonas Este y Oeste. El diario *Tagesspiegel* publicó un suplemento especial de

cuarenta y ocho páginas dedicado al mismo tema.

Bettina Leetz ha sido jueza del Juzgado de Familia de Potsdam desde 1982. Después de la reunificación me explicó, mientras compartíamos un helado en una de las plazas remozadas de la ciudad, que la mitad de los jueces habían sido destituidos; cuanto más importante era el juzgado, mayores eran las probabilidades de perder el puesto, dada la estrecha relación mantenida con el sistema político anterior. En el Tribunal Supremo solo había quedado un juez. Algunos se habían reciclado como abogados o asesores empresariales, o trabajaban para empresas de seguridad. Otros se habían jubilado. En los viejos tiempos, poca cosa se podía hacer. Si el Estado quería castigar a alguien, el proceso era rápido. Los divorcios no eran complicados, pues pocas personas tenían bienes que pudieran disputarse y el Estado se hacía cargo en mucho mayor medida de los niños y niñas. Ahora que la gente tiene dinero, los litigios han aumentado muchísimo y la abogacía es una profesión floreciente. Antes había seiscientos jueces para toda la RDA. Ahora, me indicó, solo en el estado de Brandemburgo hay al menos ese número. Leetz es una de las que se han adaptado y valora cómo ha mejorado su vida. Luego añadió algo que al principio me desconcertó, hasta que se lo oí decir a tanta gente que llegó a ser un tema recurrente. Al principio —me dijo— todo el mundo hizo un esfuerzo para salvar las diferencias, pero en el último par de años estas se han vuelto a acentuar. Su hija, de veintipocos años, ahora siente que congenia menos con sus amistades oriundas del Oeste que cuando era más joven.

¿Cómo se distingue a unas personas de otras? La diferencia ya no la marca la ropa o los coches. Los alemanes orientales se fijan en cómo camina la gente (con paso más seguro en el Oeste) o cómo habla («Ya me cansan un poco las Maldivas; creo que voy a tener que cambiar mi Audi»). Algunas conversaciones —viajes al extranjero, inversiones, herencias— son delatoras. Y también es revelador el afán de discutir. En el Este, la gente procuraba no meterse en líos. Y los usos sociales también eran distintos. Leetz era jueza y estaba casada con un fontanero. Poco después de *die Wende* se divorciaron. Le pregunté discretamente si había sido una decisión puramente personal o si las turbulencias políticas habían tenido alguna influencia. Respondió que le era imposible separar lo uno de lo otro, pero también comentó que en el Este una pareja como la suya no llamaba la atención. Cuando empezó a relacionarse con gente del Oeste, les costaba entender una diferencia tan grande de posición social en un matrimonio. «Hay que reconocer que la absorción se llevó a cabo de manera eficiente, pero se dejaron de lado muchas cuestiones».

Helmut Haas dirige una empresa que fabrica productos protésicos en Leipzig

con una plantilla de cien trabajadores. Se casó con una mujer nacida allí y hace veinticinco años que reside en la ciudad. También ha trabajado en Estados Unidos y en Austria. Al igual que Kneifel-Haverkamp, ha procurado integrarse, pero es profundamente consciente de las diferencias. ¿Se siente en su casa allí? «Todos estamos intentando definir nuestra identidad —responde, y luego añade con pesar—: Las cosas han empeorado claramente en el último par de años. Espero que sea algo pasajero». El tránsito de unas expectativas exageradas al resentimiento se ha acabado deteniendo en un punto intermedio.

Dirk Burghardt es director ejecutivo de las Colecciones Nacionales de Arte de Dresde, que gestionan quince museos situados en diversos puntos de la ciudad. Reunidos en su despacho en el castillo de Dresde, con vistas sobre el palacio Zwinger, estuvimos charlando sobre arte y política. El museo de arte moderno de Dresde, el Albertinum, está siendo objeto de polémica tras las críticas de políticos locales que se quejan de que haya vuelto la espalda a las obras de la RDA. Burghardt, oriundo de la Alemania occidental, me dijo que se está manifestando una cierta hostilidad de baja intensidad, pero es algo reciente. Me contó que pocos meses antes había asistido a un concierto de *rock* y un hombre que estaba de pie a su lado le había interpelado dándole un codazo: «Eh, tú, ¿de dónde eres?». El cambio es todavía muy reciente, también para él. Después de ocupar su puesto, Burghardt formó parte del grupo de responsables culturales encargados de comprobar las vinculaciones del personal de los ministerios con la Stasi. Apenas tenía treinta años y era un extraño llegado de fuera. «Debía examinar unos ocho o diez casos diarios. Algunas personas rompían a llorar. Otras me clavaban una mirada glacial».

«Los alemanes occidentales fueron los primeros extranjeros que nos decepcionaron». Antje Hermenau es una iconoclasta política. Fue una de las primeras representantes políticas de Los Verdes en la RDA en el momento del cambio y participó en la mesa de negociaciones en Leipzig (la única mujer entre los diecisiete participantes). Entre 1990 y 1994 fue diputada en el Parlamento regional de Sajonia con una actuación destacada, y luego diputada en el Bundestag desde 1994 hasta 2004. Orgullosamente independiente y sin pelos en la lengua, estuvo casada durante un breve tiempo con un ciudadano estadounidense (algo muy poco frecuente en la RDA) y encajaría en el estereotipo de una disidente de centro izquierda. Mientras paseábamos por el casco antiguo de Leipzig me señaló el piso donde antes vivía, con vistas sobre la Nikolaikirche. Pudo contemplar la revolución pacífica desde un asiento de primera fila.

Ahora lo ve todo distinto. En 2014, dejó Los Verdes después de veinticinco años ante el convencimiento de que los partidos convencionales (incluye a Los

Verdes en la misma categoría que el resto) han fallado a la gente, sobre todo a *su* gente: los alemanes del Este y sus amados sajones. Su región —subraya— fue el puntal de la RDA, donde aportaba el 50 por ciento de la producción industrial pese a representar solo el 20 por ciento de la población. Hermenau acaba de publicar un libro titulado *Ansichten aus der Mitte Europas* (La perspectiva desde Centroeuropa), donde argumenta que Centroeuropa (*Mitteleuropa*), que a grandes rasgos incluiría Sajonia, Turingia y algunas zonas alemanas próximas, es culturalmente afín a Polonia, Hungría, la República Checa y Austria. Todos esos lugares comparten unas tradiciones más antiguas. En otras palabras, no forman parte de Europa occidental. Destaca que cuando militaba en Los Verdes ya decía lo mismo. En un discurso pronunciado en 2005 alegó: «Seguiremos nuestro propio camino».

Ella así lo hizo en las elecciones regionales de Sajonia de 2019, para las cuales constituyó una agrupación de electores bajo el nombre de Electores Libres. Me llevó a visitar la pequeña población de Zwenkau, a unos quince kilómetros al sur de Leipzig, donde, a primera vista, las cosas parecen estar mejorando. Una antigua mina de lignito a cielo abierto que restaba atractivo a la zona se ha transformado en un depósito de agua con un lago recreativo. Fuera de eso, no hay gran cosa que ver, pero las casas están en buen estado y bien cuidadas. Nos habíamos desplazado hasta allí para reunirnos con el candidato local, Heike Oehlert, un personaje popular, activo en la política local. Viudo reciente, trabaja como fisioterapeuta autónomo en la atención domiciliaria de personas mayores. Oyéndolos hablar, mi reacción oscilaba entre la simpatía y la consternación. Los Electores Libres tienen como objetivo dar la palabra a aquellas personas que de lo contrario optarían por dar su voto a los candidatos de extrema derecha de la AfD. Una expresión muy utilizada en esas zonas es *abgehängt*, el equivalente alemán de «los rezagados». «Les gusta presentar a la gente de Sajonia y de la RDA como animales salvajes; dicen que somos unos palurdos, aunque somos más cultos que ellos. Nosotros nos quedamos aquí mientras otros se marchaban. Tuvimos que construirlo todo desde cero, pero no se nos ha valorado», decía Hermenau. Pasó varias horas conmigo, servicial en extremo, intentando que la entendiera. «Nos sentimos doblemente insultados. Nos sentimos amenazados y cuando nos quejamos, nos llaman racistas», añadió. Le pregunté por sus hijos. Su hijo es profesor de Política en la ciudad. «Es multicultural a tope —reconoció su madre —. No entiende las inquietudes de nuestra generación».

Intenté comprender por qué sienten lo que sienten, pero cuando pasaron al tema de la inmigración, me costó un esfuerzo. Me explicaron cuán insultante les parece entrar en una tienda en Berlín y encontrarse con que quienes trabajan allí

no saben hablar alemán. Y los medios de comunicación están controlados por los dos grandes partidos y sus amigos forrados. Ellos no han olvidado el pasado: «Todos estamos habituados a leer entre líneas y a no dar crédito a lo que vemos escrito». En todo el Este existe un sentimiento de agravio muy arraigado. Expresiones como *Anschluss*, que antaño designaba la anexión de Austria por Hitler en 1938 pero ahora se aplica a la «absorción» del Este por el Oeste tal como ellos la perciben, y *Besserwessi* (el alemán occidental sabelotodo) pasaron muy pronto a ser de uso habitual.

Quizás el mayor error de la reunificación fue no haber sabido encontrar a más personas del Este capaces de ocupar puestos de responsabilidad y sentar ejemplo. Desde luego habría sido impensable no destituir a los altos mandos del Partido Comunista y a las figuras más destacadas en el campo de la industria, la abogacía y otras profesiones, pero todavía hoy, no solo en el conjunto de Alemania sino en los seis estados federados del Este, casi todos los puestos de mayor responsabilidad están ocupados por *Wessis*. Pasados treinta años, solo un 1,7 por ciento de los alemanes orientales ocupan posiciones de máximo nivel en la política, los tribunales, las fuerzas armadas y el mundo empresarial, a pesar de que el Este cuenta con un 17 por ciento de la población total. En toda Alemania no hay ninguna universidad que tenga como rector a un *Ossi*. Y en el mundo empresarial, apenas un 7 por ciento de las quinientas empresas alemanas de mayor tamaño tienen su sede en el Este y entre estas, ninguna de las incluidas en el índice DAX 30.

Frank Richter acuñó la expresión «trastorno de resentimiento»[73] para designar la respuesta retardada de los alemanes orientales al choque emocional. El «cambio», *die Wende*, no supuso solo el fin de un Estado sino también el desmantelamiento de toda una manera de pensar. El resentimiento tiene escasa relación con los factores económicos.

Según un sondeo de opinión reciente, un 75 por ciento de los ciudadanos de Sajonia describen su situación económica como buena o muy buena. Sin embargo, una proporción casi idéntica declaran sentirse tratados como ciudadanos de segunda.

Los seis estados federados orientales tienen actualmente un PIB per cápita muy superior al de cualquier otro país del antiguo bloque comunista y también superior al de muchos países del sur de Europa. Sin embargo, el ritmo de desarrollo no ha sido uniforme. Leipzig está tan de moda y es tan popular entre los inversores que se la ha apodado *Hypezig*. Muchos jóvenes la consideran más atractiva que Berlín: cerveza más barata, mejor música y alquileres más asequibles. Personalmente, la ciudad que me incomoda, aunque su trayectoria

económica es razonablemente buena, es Dresde. La historia ha dejado allí su huella. El Gobierno de la RDA derribó gran parte de lo que quedó en pie en el centro tras los bombardeos y lo reconstruyó con sus característicos edificios lisos de hormigón, el llamado *Plattenbau*. Tras la reunificación, se restauró el centro histórico para devolverle su antiguo esplendor, pero todo él resulta artificial. El edificio más llamativo es seguramente el Palacio de la Cultura, un cubo de cemento construido en 1962 y decorado con un gigantesco mural a la manera del realismo socialista titulado «El camino de la bandera roja». El Kulti, como se lo llamaba entonces, estaba concebido como el elemento central de «un centro urbano socialista». A diferencia del Palacio de la República de Berlín, los planes para derribarlo no se llevaron a cabo y se optó por vaciarlo por dentro para transformarlo en la sede de la Orquesta Filarmónica de Dresde.

Cuanto más remota es una población y más reducido el número de habitantes, mayores son las dificultades. Unos cuantos pueblos y ciudades de menor tamaño han quedado desprovistos de todo. Las tiendas, el consultorio médico y la taberna han desaparecido. Y ha aumentado la proporción de personas mayores, más dependientes de los servicios públicos. En una estación de ferrocarril tras otra, los antes suntuosos vestíbulos están tapiados y el único punto de contacto para los usuarios es una máquina expendedora de billetes instalada en el andén.

En medio de la euforia que siguió a la caída del Muro no se gestionaron adecuadamente las expectativas. Los expertos que a principios de los años noventa señalaban que la tarea sería larga y predecían que las economías del Este y el Oeste tardarían décadas en equipararse fueron criticados y tachados de pesimistas. En estos momentos, alcanzar la convergencia en 2030 parece una meta que se ajusta bastante a la realidad, como señala el Instituto de Estudios Económicos de Dresde. Actualmente, el nivel de vida en el Este se sitúa ligeramente por debajo del 80 por ciento del que se disfruta en el Oeste. Gracias a las transferencias, otros subsidios y los precios más bajos de algunos productos, se va equiparando progresivamente, pero aún tardará algunos años en alcanzar la paridad. Si bien, en comparación con las zonas más pobres de Alemania occidental, ya es más favorable. Las tasas de desempleo en la antigua RDA son más bajas que en las regiones postindustriales del Ruhr o del Sarre, fronterizas con Francia. Las empresas del Oeste, aunque no hayan situado a muchos autóctonos en puestos de responsabilidad, por lo menos están invirtiendo allí y se ha promovido e incentivado a las grandes y medianas empresas para que abran instalaciones industriales en el Este.

Volkswagen adquirió y remodeló rápidamente la antigua planta donde se

fabricaba el Trabant en Zwickau. Opel se instaló en Eisenach. Porsche y BMW están presentes en Leipzig. Se han modernizado las líneas férreas y el material rodante y se ha construido una nueva red de autopistas. Todo ello en un momento en que las infraestructuras de las regiones occidentales se han deteriorado por falta de inversiones.

El montante total invertido en los últimos treinta años es asombroso. La operación Aufbau Ost, como se designa el conjunto de medidas político-económicas destinadas a impulsar la reconstrucción del Este, ha aportado una inyección de dos billones de euros en proyectos de infraestructura. Ningún otro país ha registrado una transferencia comparable de fondos y recursos a largo plazo, un equivalente moderno del Plan Marshall. Y es justo que así sea teniendo en cuenta que sus homólogos occidentales se beneficiaron de la generosidad estadounidense inmediatamente después de la guerra. Alrededor de una quinta parte del montante total se ha dedicado a la recuperación medioambiental del Este, con el cierre de centrales nucleares inseguras y la reducción de la dependencia del lignito. Cualquiera que haya vivido en el Este recordará las tuberías sobre el nivel del suelo que desfiguraban sus ciudades y la niebla tóxica que las envolvía. Sus habitantes limpiaban con trapos húmedos el hollín depositado en el alféizar de las ventanas. Ahora el aire es muchísimo más limpio. La esperanza de vida, un indicador fiable de las diferencias económicas, ha acortado distancias. Todo esto se ha tenido que pagar. ¿Qué otro país habría introducido un impuesto de solidaridad —el *Soli*, que grava a los contribuyentes con un 5,5 por ciento adicional para la reconstrucción del Este—, que se suma al impuesto sobre la renta, y encima con tan pocas quejas? Todavía sigue en vigor, aunque está prevista su abolición en 2021 salvo para el 10 por ciento de contribuyentes con las rentas más altas.

Es una hoja de resultados impresionante, aunque si cualquier alemán occidental osara jactarse de ello, sus compatriotas lo tacharían de engreído y autocomplaciente. La atmósfera está más limpia que antes. Se han reformado buena parte de las infraestructuras. Se han renovado las grandes ciudades. La economía avanza hacia la convergencia con el Oeste. Pese a todos sus errores, a todos los agravios —reales o imaginados—, Alemania llevó a cabo lo que otros no habrían sido capaces de hacer. Y lo hizo sola, al mismo tiempo que era contribuyente neto de la Unión Europea. Y consiguió capear una recesión y una crisis financiera.

Entonces, ¿qué hay detrás del trastorno de resentimiento? No contribuye a mitigarlo el hecho de que no se haya pedido a la población del Este que saldara cuentas con su pasado, durante el periodo nazi o en el comunista. Tampoco se ha

invitado a la población del Oeste a considerar qué habría hecho si se hubiese encontrado en el lado equivocado de la frontera interior alemana. *Täter oder Opfer*, culpables o víctimas, esta contraposición binaria ignora la complejidad, las terribles decisiones inmediatas y las zonas grises en las vidas de la gente corriente.

Un pequeño número de dirigentes del Partido Comunista y de la Stasi fueron juzgados por delitos concretos tras la reunificación. Muchas personas que habían ocupado lugares destacados en otros ámbitos del sistema fueron despedidas. En la mayoría de los casos, la cuestión de la culpabilidad y su grado se dirimió en el seno de las familias y las comunidades. Todo el mundo sabía de alguien. La Stasi tenía 85.000 agentes con plena dedicación, 500.000 confidentes y expedientes sobre 6 millones de personas (prácticamente toda la porción adulta de una población de 18 millones). Con un número tan ingente de personas que habían trabajado en el lado oscuro del sistema, se habría requerido una inmensa operación burocrática para determinar los grados de complicidad. Abundaron las críticas justicieras desde fuera. No obstante, hubo una pregunta que los alemanes occidentales —y tampoco los extranjeros, todo sea dicho— raras veces se hicieron: ¿cómo habría actuado uno si se hubiese visto obligado a vivir bajo ese sistema? Se ha convertido en un lugar común decir que la población del Este sufrió doblemente, bajo dos dictaduras sucesivas. Expresarlo de esta manera resulta, no obstante, problemático, pues apela a los conceptos de inocencia y pasividad y sugiere una equivalencia moral entre el Tercer Reich y la RDA. Un planteamiento que ha originado un interesantísimo debate sobre el lugar que ocupa la dictadura de la RDA dentro del contexto más amplio de la historia alemana del siglo XX.

¿Y cómo ha quedado el tema de la desnazificación? La Alemania del Este no aceptó ninguna culpabilidad por el Tercer Reich. En su calidad de Estado antifascista bajo la dictadura del proletariado consideraba que había roto con el pasado para emprender un nuevo camino. El fascismo era el corolario natural del capitalismo rampante y el capitalismo seguía vivo en el Oeste, aunque bajo distinta forma. La interpretación más habitual entre los alemanes occidentales es que, si bien su Estado tuvo dificultades para llevar adelante el proceso, sobre todo durante los primeros veinte años, por lo menos intentaron perseguir a los peores criminales, mientras que la RDA no lo hizo. ¿Dónde está su proceso de Núremberg?

Susan Neiman, una filósofa estadounidense residente en Berlín, ha cuestionado esta tesis. Neiman es directora del Foro Einstein de Potsdam, una fundación creada por el Gobierno regional de Brandemburgo y dedicada a la

generación de ideas. Un planteamiento central de su reciente libro, *Learning from the Germans: Race and the Memory of Evil* (Aprendiendo de los alemanes. La raza y la memoria del mal), es la percepción favorable de los intentos alemanes de reparación por el holocausto comparados con la expiación, en el mejor de los casos parcial, de Estados Unidos por el esclavismo. Las partes más polémicas son las relativas a las diferencias entre la zona oriental y la zona occidental de Alemania en su manera de abordar la memoria de la guerra. Neiman argumenta que «la forma en que se abordó la memoria del pasado en la Alemania oriental ha quedado relegada en gran parte al olvido. Lo más amable que un alemán occidental dirá al respecto es que en la Alemania del Este se impuso el "antifascismo por decreto". Estos comentarios hacen reír a los alemanes orientales en sus días buenos y provocan airadas reacciones de incomprensión en otras ocasiones».[74] Y cita estas palabras del escritor Ingo Schulze: «El antifascismo fue una política oficial y con razón».[75]

Neiman es una pensadora fascinante en el campo de la ética y una interlocutora interesante, pero no puedo evitar pensar que exculpa a la RDA con demasiada facilidad. Comoquiera que fuere, está impulsando, junto con otros autores contemporáneos, una escuela de pensamiento que va más allá de las comparaciones simplistas entre lo bueno y lo malo, la libertad y la opresión. Otro autor con una percepción benigna pero también interesante es Uwe-Karsten Heye. Antiguo portavoz del Gobierno durante el mandato de Gerhard Schröder, en 2014 publicó un libro sobre la vida y la familia de Walter Benjamin, un filósofo judeoalemán y antifascista comprometido. Las ideas políticas de Benjamin pervivieron reconocidamente, y más bien infaustamente, tras su muerte por intermedio de su cuñada Hilde Benjamin, conocida como la Guillotina Roja y como Hilde la Sanguinaria, por el número de juicios que presidió y la cantidad de sentencias de muerte que dictó en su calidad de vicepresidenta del Tribunal Supremo de la RDA. En 1953 fue nombrada ministra de Justicia, pero el máximo dirigente de la Alemania oriental, Walter Ulbricht, la destituyó en 1967. Su fanatismo político, su comunismo voraz, habían llegado a ser excesivos incluso para ese régimen.

La persona que seguramente ejemplifica mejor que nadie los traumas y contradicciones de la RDA es Christa Wolf. Su historia podría ser la historia de la Alemania de postguerra. Alistada en el equivalente femenino de las Juventudes Hitlerianas de niña, tenía diez años cuando vio desfilar a las SS por su ciudad, camino de Polonia. Al acabar la guerra, fue expulsada de Polonia a la zona oriental de Alemania junto con su familia. No tardó en afiliarse al Partido Comunista y llegó a ser una joven miembro del Comité Central. Sus novelas,

como *El cielo partido* y *Noticias sobre Christa T.*, describen relaciones amorosas y también las relaciones entre los individuos y el Estado. Como muchos alemanes del Este, Wolf fue una ferviente partidaria del proyecto comunista hasta que llegó la decepción. La rebelión de 1953, cuando los tanques soviéticos reprimieron las protestas de alrededor de un millón de personas en varias ciudades, marcó ese momento para muchos. El apoyo se fue trocando gradualmente en acatamiento, una vida pragmática y escéptica en la sombra, en la que las amistades privadas adquirieron enorme importancia.

Wolf pasó de ser tolerada por el régimen o incluso ocasionalmente elogiada a ser vista con recelo. Pese a su desilusión con el Estado, siempre se opuso a la unificación. Sus libros eran devorados ávidamente, e inquietas audiencias se congregaban en las iglesias para oírla leer en voz alta. En 1993, salió a la luz que había sido confidente de la Stasi. La revelación de que había espiado a otros autores, aunque solo fuera durante tres años, desencadenó un torrente de acusaciones. Cuando ese hecho se hizo público, Wolf se quedó anonadada y alegó que debía de haber reprimido ese recuerdo. Su caso generó un debate público, similar al debate entre los historiadores de unas décadas antes. Wolf ya había sido criticada con anterioridad por retrasar la publicación de una de sus últimas obras, *Lo que queda*. El libro, que describe en primera persona la vida de una autora (presumiblemente ella misma) bajo la represión de la Stasi, se publicó pocos meses después del colapso del sistema comunista. La protagonista aparecía representada como una persona que había sufrido a manos del Estado. ¿Realmente había sido así? Varias personalidades literarias salieron en defensa de Wolf, entre ellas y no en último lugar un magullado Günter Grass. «Fue como una ejecución pública»,[76] escribió Grass. ¿Qué habrían hecho otros en la misma situación?

Tras la reunificación, una nueva cohorte de escritores, artistas y cineastas han reconsiderado con nuevos ojos el legado fascista y comunista recibido como herencia. Algunos se atreven a hacerlo con humor. En la película de 2003 *Good Bye, Lenin!*, una madre entra en coma la víspera de la caída del Muro. Cuando vuelve en sí, su hijo intenta protegerla del sobresalto que supondría descubrir que toda su arquitectura vital se ha venido abajo.

En su libro *Zonenkinder* (Los niños de la zona), Jana Hensel, que tenía trece años cuando cayó el Muro, describe a sus padres como la generación perdida, a caballo entre la de quienes son demasiado jóvenes para recordar y los que ya son demasiado mayores para iniciar una nueva vida. Otra obra conmovedora en la misma línea es *Haltet euer Herz bereit: Eine ostdeutsche Familiengeschichte* (Preparad vuestros corazones. Historia de una familia alemana del Este),

traducida al inglés como *Red Love* (Amor rojo). El autor recuerda las ideas políticas contrapuestas de sus padres y sus abuelos en la RDA: los que colaboraron con el sistema y los que intentaron rebelarse. Cuando el régimen se empezó a desintegrar en 1988 y 1989, y la gente comenzó a huir a Hungría y otros lugares, «los que se quedan —escribe Leo— se sienten fracasados. Los estúpidos residuos, así se describía a la RDA en aquel momento».[77] Su madre, que se había enfrentado al sistema con la esperanza de reformarlo, no podía soportar la visión de «todas esas caras de felicidad. Intuía que algo estaba a punto de acabar, aunque en realidad nada había empezado a moverse aún».[78] La película que más a menudo se asocia con esa época es *La vida de los otros*, un docudrama muy premiado que cuenta las historias de un grupo de grises agentes de la Stasi dedicados a escuchar durante horas seguidas las conversaciones de la gente. En palabras de su director, Florian Henckel von Donnersmarck: «De pronto me vino a la cabeza la imagen de una persona sentada en un cuarto sórdido con unos auriculares sobre las orejas, escuchando a hurtadillas lo que dice alguien a quien tiene por enemigo del Estado y enemigo de sus ideas. Y lo que en realidad oye es una hermosa música que lo conmueve».[79]

En una tranquila calle arbolada del barrio de Karlshorst, en la parte oriental de Berlín, hay una joya escondida: el Museo Ruso-Alemán, anteriormente Museo Central de las Fuerzas Armadas, el lugar donde se firmó la capitulación nazi. En la planta baja se ha conservado el grandioso, aunque sobrio, vestíbulo que en otro tiempo fue el comedor de los oficiales de un cuerpo de ingenieros. Los cuatro aliados victoriosos escogieron ese lugar discreto en lo que entonces era la zona soviética para firmar los documentos que ratificaban la rendición incondicional de los nazis. Una larga, austera mesa de madera oscura, cubierta con un tapete verde, con las cuatro banderas detrás, fue el decorado del acontecimiento. La ceremonia, filmada en blanco y negro, se reproduce de manera continuada en la pantalla de un pequeño televisor. El edificio se transformó en 1967 en museo, dedicado a celebrar el heroísmo de las fuerzas soviéticas y recordar los males del fascismo. Cuando los rusos abandonaron Berlín fue cedido a la ciudad. La conservadora Margot Blank me acompañó en mi visita. Estuve allí varias horas, mucho más de lo que había previsto, cautivado por todo lo que se exhibe en sus salas, desde las rutinas cotidianas de los soldados hasta folletos de propaganda lanzados desde el aire por los nazis mientras avanzaban a través de Bielorrusia y el oeste de Rusia, el asesinato de los judíos soviéticos y los sitios de Stalingrado y Leningrado. La historia de esos terribles acontecimientos aparece narrada con candorosa sinceridad.

Desde Karlshorst enfilé directamente hacia el Cementerio Central de

Friedrichsfelde, no lejos de allí. Junto a la entrada principal hay una zona separada de las demás sepulturas, un panteón dedicado a los héroes del pasado. En este caso, los héroes de la causa comunista. El diseño original del monumento fue obra de Mies van der Rohe, una de las grandes figuras de la arquitectura de principios del siglo XX y el último director de la Bauhaus. Su Monumento a la Revolución duró solo nueve años antes de ser derribado por los nazis en 1935. En 1951, el Gobierno de la RDA construyó uno nuevo, el Memorial a los Socialistas. En el espacio central hay diez sepulturas. Fotografié con el móvil las tumbas de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. Junto a ellos yace Ulbricht. Sentí que se me revolvía el estómago. Por lo menos, los responsables del cementerio tuvieron el buen sentido de enterrar al jefe de la Stasi, Erich Mielke, en una zona más apartada. El obelisco central del monumento lleva la inscripción: «*Die Toten mahnen uns*». «Los difuntos nos instan a recordar». En efecto, así es.

Esa gente y su régimen ya no existen. Cuando los alemanes del Este se quejan de su suerte, conviene recordarles la vida que llevaban antes, enjaulados, con sus ciudades sucias de hollín, todos sus movimientos controlados por confidentes de la policía. ¿Por qué no celebran un poco más ese cambio? Hasta la canciller parece ver únicamente el vaso medio lleno. «Todos tenemos que empezar a entender por qué para muchas personas de los estados federados del Este la unidad alemana no es únicamente una experiencia positiva»,[80] dijo Merkel en 2019 en su discurso con motivo de la fiesta nacional. Sin embargo, también se puede considerar de otro modo. En vez de preguntarse por los errores cometidos, habría que plantear otra pregunta distinta: ¿qué otro país podría haber capeado una situación como esa con tan pocos altibajos? La tarea habría arruinado a otros Estados y el trauma social habría sido mucho mayor. Pese a todos los problemas pasados y futuros, esto constituye una herencia extraordinaria para Merkel y para su país. Ella se lamenta de vez en cuando. En cambio, nunca alardea. Sin embargo, su permanencia en el cargo ha superado la de todos sus homólogos europeos y occidentales. Y ocupará un lugar en la historia mucho más destacado que la mayoría de ellos.

---

[51] «Mitschrift Pressekonferenz: Podiumsdiskussion mit Bundeskanzlerin Merkel an der Prälat-Diehl-Schule», Gros-Gerau, 30 de septiembre de 2014, www.bundesregierung.de/breg-de/aktuelles/pressekonferenzen/podiumsdiskussion-mit-bundeskanzlerin-merkel-an-der-praelat-diehlschule-845834 (consultado el 28 de abril de 2020).

[52] *Ibid.*

[53] K. Connolly, «Angela Merkel: I took a sauna while Berlin Wall fell», *Guardian*, 5 de noviembre de 2009, theguardian.com/world/2009/nov/05/merkel-berlin-wall-sauna-1989 (consultado el 24 de noviembre de 2019).

[54] «Sauna and oysters: Merkel remembers Berlin Wall fall», The Local (AFP), 8 de noviembre de 2019, thelocal.de/20191108/sauna-and-oysters-merkel-recalls-berlin-wall-fall (consultado el 28 de abril de 2020).

[55] Connolly, «Angela Merkel: I took a sauna while Berlin Wall fell».

[56] *Ibid*.

[57] M. Amann y F. Gathmann, «Angela Merkel on the Fall of the Wall: 'I Wanted to See the Rockies and Listen to Springsteen'», *Spiegel*, 7 de noviembre de 2019, spiegel.de/international/europe/interview-with-angela-merkel-on-the-fall-of-the-berlin-walla-1295241.html (consultado el 20 de noviembre de 2019).

[58] R. Pfister, «The Reckoning: Kohl Tapes Reveal a Man Full of Anger», *Spiegel*, 14 de octubre de 2014, spiegel.de/international/germany/helmut-kohl-tapes-reveal-disdain-for-merkel-and-deep-sense-of-betrayal-a-997035.html (consultado el 5 de noviembre de 2019).

[59] M. Orth, «Angela's Assets», *Vanity Fair*, enero de 2015.

[60] *Ibid*.

[61] Véase C. Drösser, «Gorbis Warnung», *Zeit*, 13 de octubre de 1999, zeit.de/stimmts/1999/199941_stimmts_gorbatsc (consultado el 25 de noviembre de 2019); «Die Geduld ist zu Ende», *Spiegel*, 9 de octubre de 1989, spiegel.de/spiegel/print/d-13497043.html (consultado el 25 de noviembre de 2019).

[62] C. Drösser, «Geflügeltes Wort», *Zeit*, 5 de noviembre de 2009, zeit.de/2009/46/Stimmts-Brandt-Zitat (consultado el 26 de noviembre de 2019).

[63] H. A. Winkler, *Germany: The Long Road West, Volume 2: 1933-1990*, Oxford: Oxford University Press, 2007, trad. de A. J. Sager, p. 468.

[64] F. Stern, *Five Germanys I Have Known*, Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 2006, p. 470.

[65] H. Kohl, «Der entscheidende Schritt auf dem Weg in die gemeinsame Zukunft der Deutschen», Presse- und Informationsamt der Bundesregierung, boletín n.º 86, pp. 741-742, 3 de julio de 1990, www.bundesregierung.de/breg-de/service/bulletin/der-entscheidende-schritt-auf-dem-weg-in-die-gemeinsame-zukunft-der-deutschen-fernsehansprache-des-bundeskanzlers-zum-inkrafttreten-der-waehrungsunion-am-1-juli-1990-788446 (consultado el 26 de noviembre de 2019).

[66] Entrevista con Angela Merkel, *Bild*, 29 de noviembre. Véase M. Ottenschlaeger, «Sind wir noch ganz dicht?», *Zeit*, 9 de diciembre de 2004, zeit.de/2004/51/Sind_wir_noch_ganz_dicht_ (consultado el 27 de abril de 2020).

[67] C. Rietz, «Grossbritannien: Fürs Heizen zu arm», *Zeit*, 28 de noviembre de 2013, zeit.de/2013/49/grossbritannien-heizungsarmut-boiler-energie (consultado el 17 de noviembre de 2019).

[68] A principios de 2021. (*N. de la T.*).

[69] C. Kohrs y C. Lipkowski, «40 Jahre Grüne: Von der Protestpartei in die Mitte der Gesellschaft», *Süddeutsche Zeitung*, 11 de enero de 2020, sueddeutsche.de/politik/gruene-buendnis-90-parteigeschichte-1.4750533 (consultado el 15 de enero de 2020).

[70] Rezo, «Die Zerstörung der CDU», YouTube, 18 de mayo de 2019, youtube.com/watch?v=4Y1lZQsyuSQ&t=830s (consultado el 20 de septiembre de 2019).

[71] «Birgit Breuel: Frühere Treuhandchefin raumt Fehler ein», *Zeit*, 21 de julio de 2019, zeit.de/politik/deutschland/2019-07/birgit-breuel-treuhand-chefin-fehler-privatisierung-ddr-betriebe (consultado el 30 de julio de 2019).

[72] De *Dienstag-Mittwoch-Donnerstag*, «martes-miércoles-jueves» en alemán. (*N. de la T.*).

[73] T. Buck, «Lingering divide: why east and west Germany are drifting apart», *Financial Times*, 29 de agosto de 2019, ft.com/content/a22d04b2-c4b0-11e9-a8e9-296ca66511c9 (consultado el 29 de agosto de 2019).

[74] S. Neiman, *Learning from the Germans: Race and the Memory of Evil*, Londres: Allen Lane, 2019, p. 82.

[75] *Ibid*.

[76] G. Grass, «On Christa Wolf», trad. de D. Dollenmayer, *New York Review of Books*, 17 de enero de 2012, nybooks.com/daily/2012/01/17/gunter-grass-christa-wolf-what-remains (consultado el 10 de noviembre de 2019).

[77] M. Leo, *Red Love: The Story of an East German Family*, Londres: Pushkin Press, 2003, trad. de S. Whiteside, p. 230.

[78] *Ibid*.

[79] A. Riding, «Behind the Berlin Wall, Listening to Life», *New York Times*, 7 de enero de 2007, nytimes.com/2007/01/07/movies/awardsseason/07ridi.html (consultado el 30 de octubre de 2019).

[80] «Germans still don't agree on what reunification meant», *Economist*, 31 de octubre de 2019.

03

Multikulti

Inmigración e identidad

En agosto de 2015, en Heidenau, una pequeña población de las afueras de Dresde, una multitud de unas seiscientas personas atacó a un grupo de inmigrantes durante su traslado a un refugio temporal instalado en una fábrica en desuso. Cuando alguien llamó a la policía, ya entrada la noche de aquel viernes, fue recibida a botellazos y pedradas. Treinta agentes resultaron heridos, uno de ellos de gravedad. La policía respondió lanzando gases lacrimógenos y espray irritante para dejar libre el acceso al refugio. Pasados unos días, cuando la violencia ya se había calmado, Angela Merkel visitó el lugar. «No puede haber tolerancia para quienes ponen en entredicho la dignidad de otras personas; no puede haber tolerancia para quienes no están dispuestos a ayudar a aquellos que necesitan asistencia jurídica y humanitaria», declaró con su solemnidad característica. Alguien entre la multitud replicó: «*Die schaut uns nicht mal mit dem Arsch an*». «Esta no nos mira ni siquiera con el ojo del culo».

Otro caso ocurrido ese mismo año, en Berlín: una pareja de mediana edad quiso dedicar un edificio abandonado a fines parecidos. Hardy Schmitz y Barbara Burckhardt tuvieron noticia de que el Senado (el Gobierno de la ciudad) se había hecho cargo de una antigua clínica psiquiátrica próxima a su casa con la intención de transformarla en un albergue para cuatrocientos refugiados sirios y de otros lugares. En vez de quejarse, Schmitz, Burckhardt y un grupo de vecinos y vecinas activos crearon una asociación, organizaron la recogida de fondos y obtuvieron autorización para ocupar la primera planta de una bonita mansión que llevaba quince años desocupada, con la intención de convertirla en un lugar

de encuentro para los recién llegados, con un taller y una biblioteca. El proyecto económico estaba bien diseñado. Sus credenciales —empresario exitoso, él; crítica teatral reconocida, ella— eran impecables. El único problema lo plantearon los vecinos. Los distinguidos ciudadanos de esa parte acomodada de Charlottenburg distribuyeron una octavilla en la que se quejaban de la propuesta. Piensen en el prestigio de su calle. Piensen en la seguridad de sus hijas. No podrán regresar andando a casa por la noche. Por no hablar de la cotización de sus viviendas…

Amenazaron con acudir a los tribunales, una amenaza no desdeñable. Pocos meses antes, los denunciantes de una zona acomodada de Hamburgo habían ganado un caso parecido. Burckhardt creó un grupo para intentar neutralizarlos. «Enviamos octavillas de réplica donde decíamos: "Si nosotros no podemos asumirlo, ¿quién podrá?"», me explicó mientras tomábamos el té en el salón de la mansión. Siguiendo la táctica del palo y la zanahoria, también buscó la colaboración de figuras destacadas de la escena cultural berlinesa y pidió a actores, empresarios teatrales y autores que acudiesen a dar charlas o a presentar películas o veladas musicales. E invitó a esos mismos vecinos a participar en las actividades junto con los refugiados. La oportunidad de codearse con celebridades culturales era demasiado tentadora para dejarla escapar y la resistencia comenzó a ceder. La asociación se amplió rápidamente. Algunos socios se ofrecieron para organizar tertulias donde poder practicar el idioma, una bolsa de trabajo, asistencia jurídica. Muchas de las personas voluntarias eran señoras ya mayores que compartían las tareas con hombres veinteañeros, en su mayoría árabes. Al principio se plantearon algunos problemas de adaptación intercultural. ¿Era adecuado servir bebidas alcohólicas en las veladas? Las sirvieron. También hubo alguna situación embarazosa cuando resultó que la película programada contenía escenas de contenido sexual. A partir de entonces, Burckhardt las seleccionó con mayor cuidado. Cuando el ambiente se fue distendiendo y aumentó la confianza, organizaron sesiones dedicadas a propiciar el encuentro entre artistas sirios y alemanes. Durante el día, Schmitz y otros voluntarios organizan cursos de formación para la búsqueda de empleo, en sus locales y también fuera, e intentan conseguir puestos de aprendizaje o de trabajo en prácticas para los inmigrantes. Visitan las oficinas de empleo para hablar con los funcionarios que tienen dificultades para atender a esos nuevos solicitantes. Trabajan incesantemente para recaudar fondos solicitando donativos tanto a personas con altos ingresos y a grandes empresas como mediante una hucha instalada en el local.

La aceptación entre el vecindario no es general, pero algunas personas están

arrimando el hombro. Unos cuantos vecinos han acogido en su casa a refugiados a título individual. Burckhardt y Schmitz tuvieron alojado a un joven llamado Mohammed, que ha estado compaginando los estudios con un trabajo a tiempo parcial para Oxfam. Cuando se topa con actitudes racistas u hostiles (algo que no ocurre a diario, pero sí con suficiente frecuencia como para llegar a formar parte de su experiencia vital), Mohammed intenta quitarle importancia. «*Alles unter Kontrolle*» (todo controlado), dice. En diciembre de 2016, un tunecino a quien habían denegado el asilo irrumpió al volante de un camión en uno de los mercados navideños más populares de Berlín causando la muerte a doce personas y lesiones a más de cincuenta. Mohammed y sus amigos se quedaron petrificados, temiendo una posible venganza. «Acudió a nosotros preguntándose qué podían hacer —recuerda Schmitz—. Se organizaron a través de Facebook y decidieron acudir al hospital de la Charité para donar sangre como un gesto de solidaridad».

Conocí a Burckhardt y Schmitz a través de su hija, que trabaja en la puesta en marcha de empresas tecnológicas. Son unas personas extraordinarias. Cuando les pregunté si creían que la situación estaba mejorando o iba a peor, Burckhardt respondió que lo uno y lo otro. «Tenemos grandes altibajos».

Hago el ejercicio mental de comparar la hostilidad de la gente de Heidenau con la reacción de los vecinos de Charlottenburg. Un grupo está irritado, enfadado, se siente menospreciado, su reacción es violenta. La única actividad viable en esa población de Sajonia, próxima a la frontera checa, es una fábrica de neumáticos. Es un ejemplo típico de lugar donde la extrema derecha confluye con una situación económica convulsa que genera resentimiento sumada a la llegada de extranjeros con una tonalidad de piel distinta. En el segundo caso, en el arbolado extremo occidental de Berlín, la llegada de solicitantes de asilo alteró momentáneamente la tranquilidad de un vecindario acomodado. Su respuesta fue legalista, pasivo-agresiva. ¿Qué es peor? Yo diría que unos y otros son tal para cual.

Uno de los numerosos ejemplos estimulantes de iniciativas empresariales con fines sociales es un restaurante llamado Lawrence. Se encuentra en mi zona preferida de Berlín, el Scheunenviertel, el barrio de las cocheras, donde se concentran galerías de arte, cafeterías y cooperativas. El restaurante está en una esquina frente a la sinagoga principal de la ciudad, uno de sus edificios más dolorosamente evocadores (y más fuertemente vigilados). Lo abrió Frank Alva Buecheler, un director teatral que a lo largo de sus cuarenta años de carrera ha trabajado en diversos lugares del mundo con algunas de las figuras más destacadas del panorama escénico. En 2015, tuvo una experiencia de esas que marcan un punto de inflexión en la vida. Una organización de ayuda humanitaria

lo invitó a visitar un campo de refugiados en el norte del Líbano. «Ese viaje me cambió la vida. Estaba cerca de la frontera con Siria. Podía oír los bombardeos y las ráfagas de ametralladora. Tenía cincuenta y ocho años y era la primera vez que veía directamente una guerra». Sus padres y sus abuelos no tuvieron una vida tan protegida.

El Gobierno de Berlín había abierto otro albergue para refugiados en un hospital en desuso cerca de la sinagoga. Buecheler acababa de regresar de su viaje cuando tuvo noticia de que iban a renovar el hospital para destinarlo a otros fines. Los refugiados quedarían dispersos, redistribuidos en diversos lugares de la ciudad. Necesitaban un sitio donde poder reunirse y él encontró el local donde estábamos sentados en aquel momento, una antigua farmacia y barbería. «Había cuarenta aspirantes a ocupar este espacio, entre ellos Starbucks». El ayuntamiento se lo otorgó a él, impresionado por su proyecto de abrir una galería y un foro cultural en la segunda planta, que se financiarían en parte con los ingresos de un restaurante instalado en la planta baja. De inmediato me pregunté: ¿qué otro ayuntamiento de una capital internacional habría cedido un codiciado inmueble de alto precio a una organización sin afán de lucro como la suya? Allí se celebran casi a diario lecturas y conferencias sobre temas relacionados con la cultura árabe y de Oriente Medio. En el espacio dedicado a las muestras de arte se han presentado más de una docena de exposiciones. Buecheler dice que alrededor de una tercera parte de las personas que acuden al restaurante y al foro cultural son originarias de Oriente Medio, un tercio procede de otras partes del mundo y el otro tercio son alemanes y alemanas. La mayor parte del personal lo integran refugiados de guerra. Su organización, llamada Freeartus, está en la cresta de la ola. A la gente le gusta ser vista allí. Un exministro de Economía forma parte de la junta directiva. La esposa del presidente Steinmeier come en el restaurante y a veces pide una fiambrera para llevarle a su marido los restos de la comida que ha compartido con su grupo cuando él tiene que trabajar hasta tarde. Buecheler dice que tienen pensado hacer un intercambio y abrir un restaurante de comida alemana en Beirut.

En 2015, la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) cifró en sesenta millones el número de personas desplazadas en el mundo, el máximo alcanzado desde 1945. El año siguiente, la guerra en Siria había desplazado a unos trece millones de ciudadanos, según las estimaciones.[81] La mitad habían huido fuera de sus fronteras; la mayoría recalaron en el Líbano, un país ya atenazado por la violencia, la inestabilidad y la miseria. Jordania también acogió a bastante más de un millón. Un número equivalente acabó llegando a Europa.

Muchos de ellos residen ahora en Alemania.

«*Wir schaffen das*»,[82] declaró Angela Merkel después de visitar un campo de refugiados dentro de su propio país. Y lo repetiría reiteradamente durante las semanas siguientes: podemos asumirlo. Ella pudo y a la vez no pudo con ello. En septiembre de 2015, Alemania recibió con los brazos abiertos a los desamparados del mundo. Lo hizo para ayudar a Grecia e Italia, que estaban sufriendo los efectos de su posición como primeros puertos de llegada. Lo hizo por compasión y para exhibir ante el mundo una nueva Alemania. También lo hizo en calidad de dirigente europea y no solo alemana. Centenares de ciudadanos locales acudieron a la estación central de Múnich los días siguientes para aplaudir a los refugiados que iban llegando. Los locales abrieron sus puertas para ofrecer «cenas de bienvenida». Se habilitaron polideportivos y centros comunitarios como puntos de ayuda de emergencia. Los centros de salud se hicieron cargo de los enfermos. Las escuelas acogieron a los niños y niñas.

Alemania mostró su mejor cara. ¿Qué falló, entonces? ¿Realmente falló alguna cosa? Para Merkel, ciertamente algo salió mal. No volvió a recuperar su anterior prestigio. Se vio obligada a adelantar la fecha de su retirada. Muchos cuestionaron su motivación o, alternativamente, su competencia. Por mi parte, no lo veo así. Para mí, fue uno de los momentos más extraordinarios de la rehabilitación de Alemania después de la guerra.

Desde luego, la situación cogió desprevenidos a la canciller y sus funcionarios. Durante el periodo 2014-2015, en que enormes oleadas de personas desamparadas comenzaron a acumularse en el sur de Europa —las que no habían muerto en alta mar durante la travesía—, los dirigentes europeos estaban ocupados atendiendo a otra crisis. La saga del endeudamiento y el rescate de Grecia había absorbido toda su atención y provocado divisiones. En virtud de un tratado firmado en Dublín en 1997, la Unión Europea había decidido que los solicitantes de asilo debían registrarse y permanecer en el primer país de entrada en la Unión. En otras palabras, el Estado donde primero llegase un inmigrante tenía que hacerse cargo de su caso, aunque la persona no tuviera intención de quedarse allí. Una solución aparentemente sencilla, pero también injusta y poco práctica. En 2004 se había creado una nueva agencia dedicada a la protección de las fronteras, Frontex, encargada de colaborar en el control de la frontera exterior. Esta actuaba sobre todo como organismo asesor y era sumamente ineficaz. Grecia e Italia, situadas en el flanco meridional fronterizo con Oriente Medio y el norte de África, no estaban en condiciones de afrontar solas la situación.

El historial de Alemania en materia de inmigración desde el final de la guerra

era desigual. Además, se basaba en una definición tradicional de ciudadanía que la vinculaba a la ascendencia familiar. Desde la década de 1950 hasta la de 1990, el país se había estado apoyando progresivamente en un contingente de centenares de miles de *Gastarbeiter*, «trabajadores invitados», procedentes sobre todo de Turquía e Italia. Ellos gestionaban las tiendas y las cafeterías. Trabajaban como peones en las fábricas y también en la industria pesada, en el sector del carbón y en la siderurgia, por ejemplo. Tenían muy pocos derechos. La integración era escasa y su representación, aún menor. El Gobierno no tenía la menor intención de modificar su situación legal. Si no les gustaba, podían regresar a su país cuando quisieran. Una actitud que contrasta con la política de puertas abiertas aplicada en el caso de los alemanes del Volga. En el siglo XVIII, cuando la «princesa alemana» Catalina la Grande ocupó el trono imperial ruso, decenas de miles de alemanes se desplazaron hacia el este y fundaron asentamientos, sobre todo a lo largo del curso del río Volga. Esas comunidades conservaron su lengua y sus costumbres. En la época soviética contaron con su propia «república autónoma», con una capital llamada (apropiadamente) Engels. Cuando Hitler invadió el lugar en 1941, los alemanes del Volga fueron perseguidos y muchos de ellos recluidos en campos de trabajos forzados. Una tercera parte no sobrevivió a las privaciones. Durante la perestroika, bajo el gobierno de Mijaíl Gorbachov, se los autorizó a marcharse si así lo deseaban. Como resultado, en Alemania residen ahora más de dos millones de esos *Aussiedler*, emigrantes que debido a su ascendencia étnica fueron acogidos de inmediato sin ninguna condición. El *ius sanguinis*, «derecho de sangre», es un factor determinante para acceder al derecho de ciudadanía en muchos países del mundo. Dada la historia de Alemania, llama la atención que este principio se siguiera aplicando, con característico rigor, durante tanto tiempo.

Esta política se modificó en 2000. El Gobierno de Schröder aprobó una norma que otorgaba el derecho a disponer de pasaporte alemán a determinados grupos de hijos de padres extranjeros, pero nacidos y criados en el país. En 2014, se hizo extensivo ese derecho a todos los nacidos en Alemania. Es decir que, pese a todo el furor desencadenado contra Merkel, la composición demográfica del país ya había cambiado antes de la oleada migratoria de 2015. Actualmente, una de cada cuatro personas residentes en Alemania, casi veinte millones en total, es de «origen inmigrante», con al menos un progenitor no alemán. Hay más de cuatro millones de personas de origen turco, un 5 por ciento de la población total. Según datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), Alemania es actualmente el segundo destino más popular entre quienes desean emigrar (detrás de Estados Unidos, que mantiene la primera

posición pese a todos los esfuerzos de Donald Trump).[83] Alemania aventaja a Australia, que levantó los puentes levadizos ya hace tiempo, e incluso a Canadá, que ha exhibido durante años con orgullo su cultura de acogida.

El cambio de rumbo de Alemania con respecto a la inmigración estuvo motivado por numerosas y complejas consideraciones. En parte respondió al deseo de una nueva hornada de políticos, sobre todo de centro y de izquierdas, de promover un país más heterogéneo y abierto. Y en parte fue fruto de la necesidad, impulsado por una reducción de la población en edad de trabajar y un aumento de la proporción de personas jubiladas ya mayores. Alemania se estaba quedando sencillamente sin trabajadores. La escasez era particularmente acusada en los servicios sanitarios, los servicios sociales y el sector de la construcción. Los demógrafos indican que esto se explica por unas tasas de natalidad continuadamente bajas y una población cada vez más envejecida. Actualmente todavía necesita importar a unos quinientos mil trabajadores cada año. Una nueva ley de inmigración laboral, con el sonoro título de *Fachkräftezuwanderungsgesetz*, autoriza ahora a los trabajadores cualificados, especialistas en tecnologías de la información, por ejemplo, a permanecer durante seis meses en el país mientras buscan un empleo, con la condición de que puedan asumir personalmente sus gastos. La ley ofrece la posibilidad de obtener un permiso de residencia permanente a los solicitantes de asilo que encuentren un empleo y tengan un dominio adecuado del alemán. Desde 2015, una tercera parte de los inmigrantes llegados con la gran oleada han encontrado trabajo. ¿Esto significa un éxito o un fracaso? Yo diría que no es un mal resultado.

Dos imágenes se han convertido en la representación icónica de un episodio extraordinario que tuvo lugar en un intervalo de cuarenta y ocho horas a principios de septiembre de 2015. Todo el mundo recuerda las fotografías del cuerpo sin vida de un niñito sirio de tres años, llamado Alan Kurdi, tumbado boca abajo junto a la orilla de una playa turística próxima al balneario turco de Bodrum. Él y su familia habían intentado cruzar hasta la isla griega de Kos. Muchas personas pagaban cantidades exorbitantes a los traficantes de seres humanos para subirse a un bote desvencijado como el que ocupaban ellos, solo para acabar naufragando. Y lo siguen haciendo, con la única diferencia de que muchos europeos parecen ahora más indiferentes a su sufrimiento.

El día siguiente, 3 de septiembre, a más de tres mil kilómetros de distancia, en la estación central de Múnich, se desarrolló una escena totalmente distinta. Centenares de ciudadanos locales se alinearon junto a las vías con pancartas que decían: «*Welcome to Germany*» (en inglés). Llevaban ramos de flores, regalos y comida para el primer contingente de refugiados que finalmente habían sido

autorizados a salir de Hungría por la frontera austriaca y continuar su épico viaje hasta alcanzar un lugar seguro. La televisión emitió en directo esa manifestación desbordante de compasión. Las redes sociales retransmitieron al instante las imágenes al mundo entero. Los refugiados habían encontrado al fin quien los acogiera. Su odisea parecía haber terminado.

Mientras iba creciendo descontroladamente la afluencia de refugiados a través de Lampedusa, Kos y otras islas y puertos del sur de Europa, la procesión de la miseria seguía avanzando a través de los Balcanes. Desde Serbia intentaron cruzar a Hungría, solo para encontrarse con una barrera de alambradas erigida a toda prisa, vigilada por perros. Los que intentaban cruzarla eran repelidos con gases lacrimógenos, espray irritante y cañones de agua. El Gobierno nacionalista de derechas de Viktor Orbán se mostró inflexible y comparaba a los refugiados con una horda invasora. Este antiguo disidente anticomunista fue el primer dirigente europeo en aprovechar en beneficio propio (o fomentar) un creciente desasosiego entre la población autóctona. El presidente Trump lo cubriría más adelante de elogios.

Merkel había visto lo que estaba ocurriendo y decidió actuar sin demora. Ordenó que Alemania abriese sus puertas y solo en ese primer fin de semana llegó una oleada de veinte mil personas, la mayoría procedentes de Siria. Los donativos de las tiendas y de familias particulares recibidos en los puntos establecidos para la recogida de alimentos, ropa, artículos de aseo y juguetes fueron tan abundantes que la policía tuvo que emitir un comunicado pidiendo a los ciudadanos que no llevasen nada más. Acababa de nacer una nueva palabra, *Willkommenskultur*, cultura de la bienvenida. Según el Instituto Allensbach, una empresa demoscópica, la mitad de la población alemana mayor de dieciséis años contribuyó de algún modo a prestar ayuda a los refugiados durante los primeros meses. Algunas personas hicieron donativos, otras ofrecieron ayuda más práctica, como intérpretes o gestores de trámites burocráticos. En el plazo de pocas semanas, centenares de miles de personas llegaron en tropel al país, en tren, en autobús y también a pie. La mayoría sin dinero, muchas enfermas. Entre ellas había muchos menores no acompañados, traumatizados por los enfrentamientos fratricidas y los largos y penosos desplazamientos. En inimitable estilo alemán, las autoridades adoptaron medidas para hacer frente al problema. Se construyeron campamentos y se habilitaron edificios desocupados. Se formaron equipos de médicos, enfermeros y psiquiatras voluntarios con el apoyo de intérpretes. En la segunda fase de la operación, se asignó a cada estado federado un número determinado de inmigrantes, calculado según una fórmula que tenía en cuenta su población y sus ingresos tributarios.

Ningún país manifestó ni por asomo una generosidad equiparable. Europa Central quería cerrar las puertas. Francia y el Reino Unido manifestaron a regañadientes que intentarían acoger algunos refugiados más, pero solo de manera escalonada a lo largo de bastante tiempo. Ninguna de esas respuestas era de utilidad inmediata. El contraste saltaba a la vista. Una columnista del diario británico *Mirror* lo resumió así: «Soy capaz de imaginar muchas cosas, pero me resulta imposible visualizar la imagen de centenares de británicos escribiendo "*Wilkommen zu Britannien"* sobre sábanas y enarbolándolas desde lo alto de los acantilados de Dover».[84] Y señalaba que, incluso antes de la afluencia reciente, las Naciones Unidas ya situaban a Alemania como el tercer país del mundo con la mayor población inmigrante. El Reino Unido ocupaba el noveno lugar en la lista. «Sin embargo, entre nosotros es donde la inmigración despierta más pánico. Ellos aprendieron la lección, descubrieron la humildad y han hecho un gran esfuerzo para actuar correctamente. Nosotros nos limitamos a burlarnos y a proclamar ante el mundo que éramos moralmente superiores. Y ahora corremos un serio riesgo de perder el derecho a hacer ni lo uno ni lo otro».[85]

Los países vecinos deberían avergonzarse de no haber sabido mostrar la misma generosidad. Desde 2014 hasta julio de 2019, más de 1,4 millones de personas solicitaron asilo en Alemania, casi la mitad del total de solicitudes presentadas en el conjunto de la Unión Europea y seis veces más que las recibidas en Francia. El Reino Unido no ha aceptado prácticamente ningún inmigrante y ha erigido barreras aún más altas en los puertos franceses y belgas. Cuando unos pocos botes inflables cargados de iraníes llegaron a las playas de Kent en diciembre de 2018, el entonces ministro de Interior, Sajid Javid, hizo saber que había «regresado a toda prisa del safari que estaba realizando con su familia» en Sudáfrica para actuar ante lo que calificó como un «incidente grave». Reubicó dos buques de la Fuerza de Fronteras que estaban destacados en el Mediterráneo con el fin de dedicarlos a la protección de las costas británicas. Los medios de comunicación del Reino Unido lo describieron como una actuación firme y decidida, en vez de presentarlo como la bochornosa exhibición de cara a la galería que realmente era.

Antes de la crisis de 2015, el enfoque general del Gobierno de Merkel con respecto a la inmigración había sido fluctuante. La CDU había intentado impedir en años anteriores la entrada de solicitantes de asilo procedentes de Albania, Montenegro y Kosovo, con el argumento de que ya eran países de origen seguros. Sus socios de coalición del SPD frenaron esos intentos. Dos meses antes de las escenas de Múnich, Merkel había sido entrevistada en un programa de preguntas en directo llamado *Vivir bien en Alemania*, con la participación de un grupo de

estudiantes desde el plató. La canciller ya había participado en programas parecidos en otras ocasiones y este empezó bien, pero luego todo se torció. El panel de entrevistadores incluía a la joven palestina de catorce años Reem Sahwil, llegada cuatro años antes tras huir con su familia del campo de refugiados de Baalbek, en el valle libanés de la Becá. Con voz temblorosa y en un tono sumamente educado, en lo que los comentaristas describirían luego como un perfecto alemán (*perfektes Deutsch*), dijo que en Alemania todo el mundo la había tratado muy bien. Su objetivo era estudiar en la universidad, pero temía que acabasen deportándola. «No es agradable ver que otros pueden disfrutar de la vida y yo, en cambio, no puedo —dijo—. Yo también quiero estudiar como ellos». En vez de simpatizar con ella, Mutti Merkel la sermoneó. Si Alemania permitía que se quedase en el país, miles de refugiados palestinos y miles de personas procedentes de África acudirían en tropel a Alemania, le espetó. «No podemos asumir algo así».[86]

Reem rompió en sollozos y la situación fue de mal en peor. «¡Oh, Dios mío! Pero si has estado magnífica», intentó consolarla una desconcertada Merkel. «No creo que a ella le preocupe si ha estado magnífica o no —replicó la moderadora —, lo que ocurre es que está viviendo una situación angustiosa». «Ya sé que su situación es angustiosa. Por eso quisiera darle una palmadita», respondió Merkel mientras se acercaba a la joven para ponerle una mano en el brazo. La palabra que utilizó, *streicheln*, se suele emplear en alemán para describir el gesto de acariciar a un gatito o algún otro animal de compañía de pequeño tamaño. La grabación de ese momento se hizo viral y generó una etiqueta muy popular en Twitter, #merkelstreichelt. Al día siguiente, la prensa acudió al colegio de Sahwil en Rostock, en el noreste de Alemania. Allí averiguaron que, además de ser refugiada, la joven había entrado en el país con un visado por motivos médicos. Nacida prematuramente dos meses antes de lo previsto, había sufrido una insuficiencia de oxígeno al nacer y había acabado con graves dificultades para caminar. Una condición que empeoró después de verse involucrada en un accidente de coche a los cinco años. Hija de un soldador, había llegado a Alemania con escasos estudios formales y sin conocer el idioma. En aquel momento era la primera de su clase.

Merkel fue acusada de falta de tacto y de no tener corazón. Al parecer, otras preocupaciones distraían en aquel momento su atención. Acababa de regresar de una conflictiva reunión de los jefes de Gobierno de la UE para tratar sobre la crisis de endeudamiento europea. Se había alcanzado un acuerdo para el rescate de Grecia, pero todo el país, empezando por su primer ministro, se había sentido humillado por Merkel y por Alemania. Su prestigio mundial se había hundido.

¿Influyó este hecho en sus siguientes decisiones? Cabe suponer que sí. En aquel momento también la reconcomía otra crítica. Los comentaristas alemanes coincidían en definir su estilo de liderazgo como monótono y caracterizado por la aversión al riesgo. Este podría ser, por lo tanto, un motivo por el cual —un mes más tarde, después de ver las imágenes televisadas de la alambrada en la frontera húngara y los refugiados desesperados— dejó de lado toda cautela e hizo lo que le dictaba el corazón. Sin pararse a coordinar la decisión con sus socios europeos o recabar la aprobación del Parlamento. Simplemente les abrió las puertas. Y moralizó al respecto. «Si tenemos que pedir disculpas por mostrar una cara amable en una situación de emergencia, este ya no es mi país»,[87] declaró.

¿Lo hizo sobre todo o exclusivamente por compasión? ¿O sus motivos eran únicamente políticos: mantener unida a la UE (desgarrada por la crisis griega), salir de un atolladero o cubrir los puestos de trabajo vacantes en las empresas alemanas? ¿O de hecho fue —como sugirieron excéntricamente algunos comentaristas— una nueva manifestación de nacionalismo alemán, ahora bajo la guisa de superpotencia humanitaria?

Dos libros sobre la crisis publicados simultáneamente fueron sendos éxitos de ventas. *Die Getriebenen* (Los motivados), de Robin Alexander, un periodista que escribe para *Die Welt*, se lee como una novela política de misterio. Insinúa que Merkel estuvo considerando la posibilidad de adoptar una posición dura hasta que leyó las encuestas. En el momento de máximo apogeo de la oleada global de compasión, antes de que volvieran a entrar en juego otros intereses, un 93 por ciento de los alemanes estaban a favor de liberalizar la política inmigratoria. El libro de Konstantin Richter *Die Kanzlerin. Eine Fiktion* (La canciller. Una ficción) es más bien un psicodrama que examina la personalidad de Merkel, a su entender más compleja de lo que perciben tanto sus detractores como quienes la aplauden. Richter se remonta al Tercer Reich y la *Vergangenheitsaufarbeitung*, la elaboración del pasado. «Los alemanes han asumido ahora el papel de líderes morales. Durante los años de la postguerra, otros países nos envidiaban por nuestro éxito económico, pero no nos consideraban personas agradables ni de buen corazón. Ahora, millones de personas en el mundo sueñan con venir aquí y nos sentimos halagados».[88] Sus comentarios sobre Merkel no son demasiado generosos. Le reprocha haberse subido al carro de Los Verdes, que fueron quienes organizaron la bienvenida en Múnich y otras ciudades. Y dice que le encanta que los refugiados se agolpen a su alrededor y se hagan selfis con ella. «Fue una manifestación de narcisismo colectivo. Los refugiados nos hicieron sentirnos orgullosos de nosotros mismos».[89]

Me chocó la vehemencia con que resume lo ocurrido. Últimamente he

empezado a oír una cantinela parecida en boca de otros. El jefe de una pequeña empresa de Leipzig me describió todo lo ocurrido como un *Schuldschein*, un pagaré, que debe saldar Alemania. «Tenemos que salvar al mundo, ahorrar energía, acoger a gente». En la Universidad de Mainz escuché un mensaje parecido en boca de Andreas Rödder, profesor de Historia Moderna y autor de un nuevo libro titulado *Wer hat Angst vor Deutschland?* (¿Quién teme a Alemania?): [90] «Fue el gran acto de reparación moral por las culpas de guerra de Alemania».

En un cierto sentido, no importa por qué actuó Merkel como lo hizo, si obró influida por consideraciones éticas, por mezquinos intereses políticos o arrastrada por la marea de la historia. Lo hizo y lo que hizo cambió a Alemania.

Los ánimos no tardaron mucho en agriarse por ambas partes. Los refugiados tenían grandes expectativas. Los traficantes les habían dicho que prosperarían y encontrarían trabajo muy pronto. Meses después de llegar, seguían languideciendo en dormitorios colectivos temporales, llenos de añoranza y con dificultades para aclimatarse. La población local había dado por supuesto que los refugiados manifestarían una gratitud duradera por la acogida recibida. En algunos círculos se puso de moda menospreciar el voluntariado como un privilegio liberal. Se describía despectivamente a los voluntarios como *Gutmenschen* (buenistas).

Cuanto más arreciaban las críticas contra ella, más apasionadamente empecinada se mostraba Merkel. Compareció en el programa de debate de Anne Will, el de mayor audiencia del domingo por la noche, para explicar por qué hacía lo que estaba haciendo. «Estoy luchando por ello», declaró. No tenía un plan B. «Es mi condenada responsabilidad y mi deber hacer todo lo posible para encontrar una salida común europea a esta situación». Veía cómo se iban desintegrando a ojos vistas el apoyo público y la cohesión europea. No podía permitir que eso ocurriera.

Incluso a esas alturas, la animosidad contra los inmigrantes permanecía todavía en gran parte soterrada. Un incidente hizo aflorar el resentimiento que se estaba cociendo. Las agresiones sexuales masivas perpetradas por grupos organizados contra numerosas mujeres durante el fin de año de 2015 en Colonia dieron un vuelco a la situación. Los primeros días después del suceso solo salieron a la luz noticias esporádicas sobre el caos vivido. De hecho, según la nota de prensa difundida por la policía el día de Año Nuevo, el ambiente había sido «distendido» y las celebraciones «en su mayor parte pacíficas».[91] No obstante, ese mismo día, empezaron a aparecer mensajes en grupos de Facebook que hablaban de agresiones sexuales en la estación central y sus alrededores. El 4 de enero, el jefe de policía cambió el relato. Se habían cometido actos delictivos

de «una dimensión completamente nueva»,[92] anunció Wolfgang Albers. Los presuntos agresores parecían ser árabes o norteafricanos. Esta declaración fue noticia de primera página en todo el mundo. El *Bild* advirtió de la presencia de «bandas de agresores sexuales en toda Alemania».[93] Mientras tanto no paraba de aumentar el número de denuncias de agresiones cometidas esa noche. El primer día, la policía recibió treinta denuncias. Finalmente, un total de 492 mujeres acabaron denunciando incidentes de violencia sexual, una categoría que incluye el acoso, las agresiones y la violación.[94] Los sucesos de Colonia tuvieron repercusiones inmediatas. Se empezó a hablar de «nuestras mujeres» y de la necesidad de defenderlas.

¿Por qué los hechos se dieron a conocer solo con cuentagotas? En un seminario restringido para periodistas celebrado en Berlín unos años después, un reportero destacado reconoció: «Tardamos demasiado en reaccionar, fuimos demasiado cautelosos al informar sobre los problemas registrados con personas refugiadas. Al principio sin duda fue así. Eso exacerbó los problemas de desconfianza».[95] Así fue, en efecto. Ese acobardamiento liberal, como lo describió uno de los presentes, no se limitó a ese incidente ni fue exclusivo de Alemania. Y no afectó solo a los medios de comunicación. La policía y las autoridades municipales también se mostraron remisas a darle excesiva importancia. En toda Europa se dieron otros ejemplos en la misma época. Uno de esos casos ocurrió en el norte del Reino Unido, en la ciudad de Rotherham, donde se supo que grupos de hombres, sobre todo musulmanes, habían estado acosando sexualmente a niñas vulnerables, predominantemente blancas, durante años (desde finales de los años ochenta hasta principios de los 2000). Incluso cuando *The Times* informó al respecto, las autoridades no se decidieron a intervenir. El informe oficial era escandaloso y revelaba que una mezcla de opacidad, incompetencia, sexismo y temor a ofender a una minoría étnica había tenido por efecto que durante muchos años no se prestase atención al problema.

En las décadas de 1970 y 1980, Alemania creía haber encontrado la fórmula para evitar cualquier posible resurgir de la extrema derecha: dar voz a la derecha, pero asegurándose de que no traspasase los límites de lo respetable. El político más importante de aquella categoría en aquel tiempo fue Franz Josef Strauss. En su calidad de ministro de Defensa bajo el gobierno de Adenauer, se manifestó firmemente a favor de la OTAN y también abogó por la distensión con la URSS. Desde su puesto de ministro de Hacienda y posteriormente primer ministro de Baviera apoyó el desarrollo de la industria alemana. Llegó a ser una figura tan destacada que el canciller Kohl siempre lo vio como un perenne competidor.

Strauss se situaba claramente a la derecha y se preciaba de ello. Patriota confeso, elogiaba el papel de las fuerzas armadas (que diferenciaba de los nazis y sus unidades especiales) en la Segunda Guerra Mundial y no era partidario de darle vueltas al pasado. Entre los numerosos jefes de Estado que asistieron a su funeral en 1988 estaba el presidente P. W. Botha de la República Sudafricana del *apartheid*. Los Verdes se negaron a rendirle tributo y el SPD lo hizo con sordina. Strauss y su partido, la Unión Social Cristiana (CSU), cumplieron una función fundamental como representantes de una porción importante de la opinión pública que no era del agrado de muchos, pero estaba dentro de los límites de lo aceptable y no cuestionaba la constitución. Más allá de ella comenzaba la zona de peligro. «Ningún partido legítimo puede estar situado a la derecha de la CSU»,[96] advirtió Strauss.

Durante bastante tiempo tuvo razón. Hasta que llegó la AfD, Alternative für Deutschland, la Alternativa para Alemania.

Los orígenes de esta formación se sitúan en el mundo cerrado de la academia. En septiembre de 2012, un grupo de economistas, expolíticos y otros acólitos diversos fundaron la Alternativa Electoral, un colectivo contrario al rescate de Grecia. A su entender, la eurozona era inherentemente inestable, dado que requería que los países del Sur, débiles y poco hacendosos, se adecuasen a unas estructuras para las que no estaban preparados, mientras que Alemania y otros países «responsables» y «trabajadores» se veían obligados a apechugar con las consecuencias. Algunos de los primeros miembros del grupo jugueteaban con la idea de reinstaurar el amado *Deutschmark*. Su primera figura pública fue Bernd Lucke, un economista de la Universidad de Hamburgo. Sus debates no llegaron a tener prácticamente ningún eco en la política convencional. Se los desestimó tachándolos de excéntricos y chalados.

Al cabo de seis meses cambiaron de nombre y se configuraron como un partido en toda regla. Frauke Petry, una empresaria de Dresde y química de formación, se sumó a Lucke. Su discurso euroescéptico empezó a obtener publicidad y ganar popularidad, por lo menos en un cierto nicho. Su primer despegue tuvo lugar en las elecciones al Parlamento Europeo de 2014, las mismas en que el Partido de la Independencia de Nigel Farage obtuvo el porcentaje mayor de votos en el Reino Unido, para desconcierto del *establishment*. Otros grupos de derechas obtuvieron buenos resultados en otros países. Pocos meses después, la AfD ya había logrado superar con facilidad el umbral del 5 por ciento, accediendo así a los Parlamentos de los estados federados de Sajonia, Turingia y Brandemburgo. No obstante, nada más llegar comenzó a fraccionarse y sus dirigentes se escindieron para formar sus propios grupos.

La crisis de los refugiados salvó al partido de caer en el olvido y lo convirtió en lo que ahora es. La AfD cultivó un relato según el cual las preocupaciones de la «población blanca laboriosa» no estaban siendo atendidas, la clase dirigente liberal de izquierdas estaba urdiendo un gigantesco engaño y los medios de comunicación no eran de fiar. No actuaba en solitario. Donald Trump legitimaba las mismas ideas; los promotores del *brexit* también las estaban utilizando. Mientras partidos populistas, como el Frente Nacional en Francia y el PVV de Geert Wilders en los Países Bajos, iban ganando terreno en otros países europeos en la década de 2000 y principios de la siguiente, Alemania creyó que, tras las lecciones de la guerra, su población había quedado inmunizada frente a los discursos extremistas.

Sin embargo, pocos meses después de la llegada de los inmigrantes, la AfD se abrió paso en las elecciones regionales y obtuvo un 15 por ciento de los votos en el rico estado federado de Baden-Wurtemberg y un 12 por ciento en Renania-Palatinado, ambos en el oeste del país. En Sajonia-Anhalt, en el este, consiguió una asombrosa cuarta parte de los sufragios y fue el segundo partido más votado. De improviso pasó a formar parte del elenco político.

Y eso fue solo el comienzo. El resultado de las elecciones generales de septiembre de 2017 provocó un terremoto político. La CDU de Merkel las ganó, por los pelos. Su cuarta victoria consecutiva tendría que haber monopolizado los titulares de los periódicos. Pero no fue así. El éxito asombroso de la AfD eclipsó todo lo demás, con el 12 por ciento de los votos emitidos a escala nacional, que le otorgaron noventa y cuatro escaños en el Parlamento, más que los obtenidos por Los Verdes o el FDP. Cuando Merkel se vio obligada a formar otra *GroKo*, otra gran coalición, con un reacio SPD, la AfD se convirtió en el mayor partido de la oposición. Fue un suceso extraordinario, algo que la mayoría de los alemanes pensaban que no llegaría a ocurrir, no podía ocurrir, jamás. El sistema político se veía directamente amenazado y también la autoestima del país.

Entre tanto, la popularidad de la AfD no ha menguado. La gente ha proyectado lo que ha querido en este partido contestatario. Se convirtió en un *Sammelbecken*, un receptáculo donde poder depositar toda una serie de agravios, en parte económicos pero sobre todo relacionados con la identidad. Que fuera bien acogida en el Este es una cosa, pero ¿cómo se explican sus buenos resultados también en el Oeste? La AfD ha absorbido votantes de todos los partidos, de la CDU, del SPD, de Die Linke, hasta de Los Verdes. Se convirtió en el desembarcadero natural para quienes ya habían desistido de acudir a las urnas. La imagen de los votantes de la AfD que se ha generalizado —los rezagados ya mayores residentes en pequeñas ciudades del Este— solo refleja una parte de la

historia. La Alianza ha cosechado recientemente algunos de sus éxitos más impresionantes en la franja de población de veinticinco a treinta y cinco años. Muchos de sus seguidores de esta generación más joven en el Este tienen empleos relativamente bien remunerados en la industria o puestos seguros en la enseñanza universitaria. Diríase que se están tomando un desquite con retraso, procesando los traumas que experimentaron sus padres durante los años convulsos de principios de la década de 1990 (aunque ellos mismos no pudieron vivirlos porque aún no habían nacido). Es posible que sus padres perdieran el empleo o el sentimiento de pertenencia durante la conmoción de los años noventa. Sienten nostalgia de la RDA sin tener apenas memoria de ella. Son conservadores, sienten aversión al riesgo y ven la globalización como un problema añadido.

La AfD ha entrado en un círculo virtuoso. Cuantos más escaños consigue, mayor es la financiación que recibe del Estado y dispone de más minutos en la televisión, lo cual le reporta un mayor número de votos. En octubre de 2017, los telespectadores tuvieron la oportunidad de conocer el mundo de Alexander Gauland y Alice Weidel, una extraña pareja que acababa de asumir conjuntamente la dirección del partido. Ella era una elección curiosa en un partido que detesta los «estilos de vida alternativos». Devota de Hayek, ha trabajado para el Banco de China en varios lugares del mundo y habla con fluidez el mandarín. Comparte con Steve Bannon, antaño máximo estratega de Donald Trump, el honor de ser posiblemente la exbanquera de Goldman Sachs más de derechas del mundo. Lo más enigmático es que vive en Suiza, donde está criando dos hijos varones con su pareja lesbiana, una cineasta suiza de treinta y seis años nacida en Sri Lanka. El vínculo que la une a un partido de varones blancos ya maduros que defienden los valores familiares tradicionales es su común aversión a los extranjeros (excepto su pareja y una refugiada siria que, según una información publicada en *Die Zeit*, tuvieron empleada ilegalmente como criada). Gauland, un antiguo periodista en la setentena, es un anglófilo declarado que piensa que Margaret Thatcher, nada menos, destruyó los viejos valores británicos al abrir las puertas al multiculturalismo y la globalización. En el verano de 2018, en un discurso dirigido a las juventudes del partido, quitó importancia a los crímenes de Hitler. «Tenemos una historia gloriosa y que ha durado mucho más que esos doce años, amigos míos», declaró, para luego describir el periodo nazi como «una cagadita de pájaro en medio de un milenio de exitosa historia alemana».[97]

Pese a sus opiniones de extrema derecha, los sucesivos intentos de conseguir la prohibición de la AfD o la restricción de sus actividades por la vía judicial han

fracasado. En febrero de 2019, un tribunal regional rechazó una petición del servicio de inteligencia interior, el BfV, para que el partido fuese clasificado como un «caso que investigar». La AfD ha procurado asegurarse de no cruzar la raya de lo permitido, conforme a una estricta interpretación de la ley. Pese a su proximidad a organizaciones de agitadores de extrema derecha, asegura que no mantiene vínculos formales con ellas. La más importante es Pegida (Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente), creada por Lutz Bachmann, un responsable de relaciones públicas que invitó a los residentes de Dresde a acompañarle en un «paseo nocturno». Cada lunes se encontraban en uno de los puntos de referencia de la ciudad, frente al edificio restaurado de la Frauenkirche o en el mercado antiguo cercano a esta. En pocas semanas había empezado a atraer a multitudes de decenas de miles de personas. A finales de 2015, Pegida ya reunía aglomeraciones de veinticinco mil personas en Leipzig y Dresde. «El islam no tiene cabida en Alemania»[98] era una de sus consignas preferidas. O también: «Abajo el asilo turístico».[99] Alguna vez gritaban: «Habría que dejar que se ahoguen todos los refugiados».[100] Hubo contramanifestaciones de rechazo y la policía tuvo que interponerse entre ambos grupos, con los consiguientes altercados. Otros ciudadanos manifestaron su desaprobación de manera más discreta. El director del auditorio y teatro de la ópera de Dresde, la Semperoper, apagaba las luces del vestíbulo en señal de protesta cuando los manifestantes de Pegida pasaban por delante. Los enfrentamientos callejeros empezaron a ser más frecuentes en las poblaciones del Este (y a veces también en el Oeste). Grupos de extrema derecha animaban a los ciudadanos a comunicar la localización de los nuevos centros de acogida de inmigrantes abiertos en su población, como parte de la campaña «ningún campamento de refugiados en mi patio trasero». Google se vio obligado a eliminar de su servicio My Maps un mapa elaborado por uno de esos grupos que señalaba con banderitas rojas la localización exacta de esos centros de acogida. Lo cual se interpretó como una invitación directa a atacarlos.

En un primer momento, las policías locales, sobre todo en el Este, parecían mostrarse reacias a actuar frente a esta intimidación. La prensa especuló con la posibilidad de que la AfD se hubiera infiltrado en las filas policiales. En algunos casos, se desplazaron mandos de otras zonas con objeto de agilizar la respuesta. El informe más reciente del servicio de inteligencia interior identifica la presencia en Alemania de veinticuatro mil extremistas de derechas, la mitad de ellos presuntamente dispuestos a hacer uso de la fuerza. Según los resultados de una encuesta realizada en el marco de un documental para la televisión, un 50 por ciento de los funcionarios municipales reciben cartas insultantes y otras amenazas. Alrededor de un 8 por ciento de los ayuntamientos han denunciado

ataques contra funcionarios locales.[101]

Las amenazas y la violencia comenzaron un mes después de iniciarse la afluencia de inmigrantes. Henriette Reker fue apuñalada en el cuello mientras estaba haciendo campaña para las elecciones municipales en Colonia. Era teniente de alcalde, aliada del SPD pero independiente. Como parte de sus funciones estaba a cargo del alojamiento de los inmigrantes en la ciudad. Había manifestado muy abiertamente su firme apoyo a la inmigración. El atacante era un pintor de paredes en paro con vinculaciones de extrema derecha que en el momento de atacarla gritó algo a propósito de la «afluencia de inmigrantes». En un conmovedor gesto de solidaridad, Reker fue elegida alcaldesa el día siguiente, con el respaldo de todos los partidos tradicionales, pese a encontrarse en coma inducido. Se recuperó y pudo ocupar el cargo al cabo de un mes. El atacante fue condenado a catorce años de cárcel. Reker declaró en el juicio que seguía teniendo pesadillas.

Los ataques no se dirigieron únicamente contra personas de centroizquierda. Andreas Hollstein, alcalde de Altena por el partido conservador CDU, fue apuñalado en el cuello en un local de kebabs. Su ciudad, en el estado federado de Renania del Norte-Westfalia, era famosa por haber aceptado un número de inmigrantes superior a la cuota asignada. Hollstein sobrevivió gracias a la rápida reacción de los dos empleados del local. Ahora ya se ha reincorporado al trabajo y ha rehusado disponer de escolta policial. «No tiene sentido que un político local no sea accesible para las ciudadanas y los ciudadanos a quienes representa»,[102] declaró. Los políticos de ciudades pequeñas y de las zonas rurales se consideran especialmente vulnerables. En junio de 2019 se cruzó otra espantosa línea roja. Walter Lübcke, un funcionario del estado federado de Hesse, murió asesinado de un tiro en la cabeza en la entrada de su casa en un pueblo cercano a Kassel. También él se había manifestado abiertamente a favor de la inmigración y en una ocasión había llegado a decir en público que quienes no quisieran colaborar en la integración de los inmigrantes eran muy libres de marcharse de Alemania. Su asesinato conmocionó al país. En Kassel se convocó una concentración con el lema «Juntos somos fuertes». El Parlamento celebró una sesión extraordinaria de debate sobre la violencia de extrema derecha, durante el cual se señaló que esta ya había llegado a constituir una amenaza tanto o más grave que la del terrorismo islámico militante. Thomas Haldenwang, jefe del servicio de inteligencia interior, responsabilizó de ello en gran parte a los mensajes difundidos a través de Internet. «Una persona que defiende la construcción de campamentos para refugiados es objeto de ataques masivos en las redes sociales, recibe una lluvia de mensajes de odio y finalmente acaba ejecutada en su jardín»,

[103] declaró.

Las autoridades aumentaron la vigilancia contra los delitos de odio por parte de extremistas de derechas, pero esto no frenó las amenazas y los ataques. Reker, ya alcaldesa de Colonia, anunció que después del asesinato de Lübcke está recibiendo más amenazas de muerte que nunca. La AfD se cuidó de distanciarse de esos hechos y acusó a los políticos y los medios de comunicación tradicionales de utilizar esos incidentes para denigrarla, además de ser los causantes de los problemas, para empezar. «Si la canciller Angela Merkel no hubiera abierto ilegalmente las fronteras —señalaba un comunicado de prensa del partido—, Walter Lübcke seguiría vivo».[104] El asesinato aclaró las ideas en el ala derecha de la CDU. Políticos destacados, incluidos los aspirantes al puesto de canciller, que durante los meses anteriores habían estado flirteando con el lenguaje populista para describir el problema de los refugiados, se apresuraron a dar marcha atrás. Entre ellos estaba Annegret Kramp-Karrenbauer, quien, en un intento de distanciarse de Merkel, había cultivado la imagen de candidata dispuesta a hablar claro, contraviniendo la corrección política. En cambio, en aquel momento declaró sin ambages que cualquier sugerencia de posibles pactos electorales con la AfD en los estados federados era impensable y cualquier político que considerase tan solo por un momento formar coalición con ese partido «debería cerrar los ojos y pensar en Walter Lübcke».[105]

La AfD ha sido experta en el uso de un lenguaje incendiario al amparo del victimismo. Cuando la policía de Renania del Norte-Westfalia tuiteó una felicitación de Año Nuevo en árabe (un año después de las agresiones de Colonia), una de sus figuras más destacadas, Beatrix von Storch, respondió: «¿Qué demonios está pasando en este país? ¿Pretendemos acaso aplacar a las hordas bárbaras de violadores musulmanes?».[106] La AfD predomina en YouTube (donde tiene más suscriptores que todos los demás partidos juntos) y en Facebook. «Desde el principio dedicamos mucha atención a Facebook —reza una cita de Christian Luth, un portavoz del partido, reproducida en un análisis realizado por la Universidad Técnica de Múnich—. Es un medio más rápido, más directo y más eficiente en términos de costes para llegar a los votantes».[107] Operan principalmente en los entornos que ellos mismos han cultivado. Por su parte, dicen haber abierto un «corredor de opinión» que permite debatir los problemas relacionados con la identidad, la cultura y la inmigración sin ser denunciados periódicamente por la «brigada *woke*».[108] Hablan de un control dictatorial de las opiniones. Su mantra es que los medios de comunicación convencionales no representan a la «gente real». Las cadenas de radiotelevisión y los periódicos están controlados por fuerzas oscuras al servicio de la elite liberal.

Durante un paseo por Leipzig, un tranquilo atardecer de domingo, pasamos frente a la sede central de MDR, la Radiotelevisión de la Alemania Central, la cadena regional de los estados federados de Sajonia, Sajonia-Anhalt y Turingia. Me acompañaba una política local que, sin llegar a identificarse directamente con la AfD, compartía algunos de sus puntos de vista. «*Lügenpresse*», gritó al pasar. Esta expresión, «prensa mentirosa», se empezó a usar en 1914 para desautorizar a la propaganda enemiga. Los nazis la usaron para acusar a los judíos, los comunistas y otras fuerzas extranjeras cosmopolitas de difundir información falsa. Pegida la recuperó en 2016. Le pregunté por qué estaba molesta con la MDR. Nunca dijeron la verdad sobre las violaciones y agresiones que sufrieron «nuestras mujeres», afirmó. Difundieron *fake news* sin parar (en Alemania no han acuñado un término propio para designarlas y usan la expresión en inglés). ¿Qué casos concretos se habían silenciado y no se había informado al respecto? Parecía ciertamente difícil que en la era del periodismo al alcance de todos pudiera mantenerse completamente en secreto la noticia de un delito. Se limitó a encogerse de hombros ante cada una de mis ligeras provocaciones y respondió sin más aclaraciones: «Ocurre continuamente».

El efecto Trump ha fortalecido la confianza de la *alt-right*, la derecha alternativa, en sus potencialidades. Ven que si opiniones como las suyas pueden imponerse en «el país de los libres», ¿por qué no también en el suyo? Trump ha legitimado entre los alemanes un discurso que hace solo unos años se habría considerado totalmente inaceptable. Al mismo tiempo, su éxito (y el éxito de hombres como Viktor Orbán en Hungría y Matteo Salvini en Italia) ha alertado a los políticos y a quienes controlan los medios de comunicación convencionales. Entre los numerosos incidentes, causó especial consternación y tuvo muchísimo eco en Alemania la reacción de Trump ante la violencia desencadenada en Charlottesville en 2017. Cuando, en una conferencia de prensa, Trump no quiso distanciarse de los supremacistas blancos que habían estado coreando «los judíos no nos desplazarán», a los medios de comunicación alemanes, oficialmente imparciales, les costó disimular su estupor. «Tenemos un nuevo motivo para estar preocupados por el estado en que se encuentra Estados Unidos», proclamó Claus Kleber, uno de los presentadores del principal boletín informativo de la ZDF, *Heute Journal*, en tono algo ampuloso. Ocho años después de la elección del primer presidente negro, «creíamos que Estados Unidos ya había superado el pecado original del esclavismo y el racismo. ¿Estamos ante una regresión?».[109]

Los grandes empresarios alemanes, igual que sucede en otros países, prefieren mantener una actitud discreta. Uno de los pocos dispuestos a pronunciarse es Joe Kaeser, presidente de Siemens. Cuando la dirigente de la

AfD, Alice Weidel, se refirió despectivamente a las mujeres musulmanas como «esas chicas con pañuelo»,[110] Kaeser le respondió: «Preferimos chicas con pañuelos a una Liga de Muchachas Alemanas —la organización juvenil nazi de mujeres—. Con su nacionalismo, la señora Weidel está dañando la reputación de nuestro país en el mundo, que es la fuente principal de la prosperidad alemana». Y añadió: «Quizás ha vuelto a llegar la hora de arrancar los brotes antes de que crezcan». Kaeser —cuyo tío se negó a unirse a las Juventudes Hitlerianas, fue deportado a Dachau y posteriormente asesinado en el campo de concentración de Mauthausen en Austria— ha animado a los directores de otras grandes empresas incluidas en el índice bursátil DAX a oponerse con más firmeza al populismo de derechas, pero hasta el momento ha tenido pocos seguidores. Le pregunté en su despacho de Berlín por qué se exponía tan a menudo. Su respuesta fue conmovedoramente sincera y pragmática: «En todas las empresas son frecuentes las contradicciones entre valores e intereses. En este caso, estamos ante una situación excepcional en la que ambos coinciden. Antes teníamos que tener en cuenta a los clientes, los trabajadores y los accionistas. Ahora se ha añadido una cuarta consideración: la sociedad».

Siemens, una de las mayores empresas industriales del mundo y uno de los portaestandartes de Alemania, con presencia en todos los continentes y una capitalización de mercado de 100.000 millones de dólares, podría procurar ser prudente. No lo hace. Kaeser y su director ejecutivo en el Reino Unido, Jürgen Maier (de origen mitad austriaco, mitad de Yorkshire), criticaron de entrada abiertamente el *brexit*. Es posible que esta actitud sea menos problemática para ellos, dado que sus operaciones se desarrollan principalmente entre empresas. El riesgo de perder clientes que no estén de acuerdo con sus opiniones es menor que en el caso de un fabricante de automóviles, por ejemplo. Siemens no es una empresa angelical, como señalaré luego al examinar su historial en materia de protección del medio ambiente. Ninguna multinacional lo es. Sin embargo, después de haber podido contemplar desde un asiento de primera fila la cobardía de la mayoría de las empresas británicas y su respuesta frente al *brexit*, me parece de agradecer que, al menos en relación con algunas cuestiones, Siemens tenga una cultura corporativa que no teme decir lo que piensa. Kaeser es aficionado a tuitear. En julio de 2019, respondió al mensaje de Trump donde este instaba a «mandar a su casa» al «escuadrón», el grupo de mujeres congresistas de izquierdas sin pelos en la lengua que acababan de tomar al asalto Washington. «Me parece deprimente que el cargo político más importante del mundo se esté convirtiendo en la cara visible del racismo y la exclusión»,[111] escribió Kaeser. Su mensaje tuvo enorme eco.

La mayor parte de las dificultades de Alemania con la inmigración son comunes a todo Occidente: asesinatos o intentos de asesinato de personalidades políticas (recuerden los casos de Jo Cox en Yorkshire, o Gabby Giffords en Arizona), la brecha que divide a la población entre dos burbujas de opinión ensimismadas, la cobardía del mundo empresarial, que no se manifiesta, y el papel de las redes sociales, que contribuyen a alimentar el extremismo. No obstante, para los alemanes resulta particularmente delicado determinar, en este contexto sumamente volátil, los límites entre lo ilegal y lo que es desagradable y ofensivo pero legal. Reconocen el derecho fundamental a la libertad de expresión y hacen lo posible por favorecerla, aunque tengan que taparse la nariz.

Roland Tichy es un presentador de televisión de derechas que se burla de las elites liberales y se pregunta cómo es posible que no sean capaces de entender que haya gente que se siente orgullosa de Alemania. Su mediático currículum incluye un periodo como director del semanario financiero *Wirtschaftswoche* y trabajos como asesor gubernamental y para empresas como Daimler, entre otras. También es un colaborador apreciado de algunos laboratorios de ideas, como la Fundación Hayek y Mont Pelerin, y su programa semanal de debate en Internet *Tichy Talk* incluye a tertulianos de parecida orientación. Desde su lanzamiento, en 2004, el semanario *Cicero* ha conseguido tener una difusión de casi cien mil ejemplares entre un público atraído por sus comentarios iconoclastas, de tendencia mayoritariamente conservadora. Una de las personas a quienes suele entrevistar con agrado es Thilo Sarrazin. Todo el mundo tiene formada una opinión sobre él. Imagínense una combinación de Steve Bannon y Jordan Peterson. Su ascenso hasta ocupar el primer puesto entre los polemistas conservadores ha seguido un recorrido infrecuente para un firme defensor del *establishment*. Sarrazin trabajó como funcionario en varios ministerios y en los ferrocarriles alemanes antes de ocupar durante siete años el puesto de senador de Finanzas del estado federado de Berlín hasta que se vio obligado a dimitir por un presunto fraude que incluía un pago a un club de golf. Formó parte durante un breve tiempo de la junta directiva del Bundesbank y estuvo afiliado al Partido Social Demócrata. Su primera obra importante, *Deutschland schafft sich ab* (Alemania se aniquila), causó sensación y reacciones enconadamente contrapuestas. El libro censuraba al islam y el multiculturalismo en unos términos actualmente habituales, pero se publicó en 2010, mucho antes del ascenso de la AfD o de la aparición de Donald Trump y la *alt-right* global. El texto incluía unas consideraciones sobre la inteligencia donde decía: «Los judíos tienen un gen especial». Sarrazin fue expulsado del Bundesbank. Un abochornado SPD intentó expulsarlo varias veces sin resultado, al parecer por culpa de su esotérico

reglamento. Su segundo libro, *Feindliche Übernahme: Wie der Islam den Fortschritt behindert und die Gesellschaft bedroht* (Apoderamiento hostil. Cómo el islam frena el progreso y amenaza a la sociedad), seguía un planteamiento similar, basado en consideraciones genéticas.

Sarrazin forma parte de un movimiento europeo y también mundial, de hecho, anterior a la crisis de los refugiados. Uno de los textos más influyentes dentro de esta categoría se publicó en 2011. *Le Grand Remplacement* (El gran reemplazo), del autor francés Renaud Camus, argumenta que la globalización y la libre circulación de personas han puesto en peligro a la población autóctona europea blanca. Camus acusa a los Gobiernos de «genocidio por sustitución». Esta teoría conspirativa nativista se ha generalizado desde entonces en los círculos de derechas. En septiembre de 2019, el primer ministro de Hungría Viktor Orbán celebró en Budapest una «cumbre demográfica» a la cual asistieron, entre otros, el primer ministro checo, el presidente serbio y el ex primer ministro de Australia, Tony Abbott.

A diferencia de otros dirigentes, Merkel ha hecho denodados esfuerzos para establecer un cordón sanitario entre la corriente principal de la vida política y los márgenes radicalizados. Dos hechos ocurridos en 2020, uno en su propio país y el otro en el Reino Unido, ponen de manifiesto cuán esencial es su propósito, pero también cuán difícil resulta mantener su posición.

En el Reino Unido, el principal asesor de Boris Johnson, Dominic Cummings, escribió en uno de sus numerosos mensajes pintorescos con los que ataca regularmente desde su blog al «magma» del *establishment* —funcionarios, la BBC y otros— que buscaba a «tipos excéntricos e inadaptados», preferiblemente avispados especialistas en análisis de datos, para incorporarlos al Gobierno. Uno de ellos era Andrew Sabisky, quien, en un mensaje de 2014, había sugerido que los políticos deberían tener en cuenta al diseñar el sistema de inmigración «las diferencias raciales muy reales en los niveles de inteligencia».[112] En otro mensaje de ese mismo año sugería que las personas negras tenían un cociente de inteligencia medio inferior al de la gente blanca. En otro escrito argumentaba que se debería fomentar que los solicitantes de ayudas sociales tuvieran menos hijos que las personas con un empleo y «personalidades más prosociales». Downing Street defendió obstinadamente su nombramiento y, aunque se vio obligado a dimitir, el entorno de Johnson y muchos comentaristas lo interpretaron simplemente como un forcejeo político más. ¿Se imaginan qué habría ocurrido si en Alemania se hubiese permitido que alguien con opiniones parecidas llegase a ocupar un lugar remotamente próximo al poder? El escándalo habría sido mayúsculo, en Alemania misma y en todo el mundo, no en último lugar entre los

británicos, tan aficionados a demonizar a ese país.

Más o menos por la misma época, una disputa en el estado federado oriental de Turingia dio lugar a una extraordinaria controversia nacional y un angustiado debate sobre el estado de salud de la política alemana. Los detalles son complejos y un poco crípticos. Muy resumidamente: la AfD había triunfado unos meses antes en tres elecciones regionales. Hasta aquel momento Turingia había estado gobernada por el partido de izquierdas Die Linke en coalición con el SPD y Los Verdes. El resultado electoral imposibilitaba que esta coalición se repitiera. En ese estado federado, la AfD estaba en manos de un personaje particularmente extremista, Björn Höcke, famoso por haber abandonado un plató de televisión en mitad de una entrevista tras ser invitado a comparar sus ideas con las de los nazis. Höcke y sus colegas en el Parlamento idearon un ardid e impusieron la elección de un candidato liberal centrista, pese a que solo contaba con un 5 por ciento de los votos y dependería de su apoyo. De ese modo obtenían acceso al poder por intermedio de un tercero. La sección local de la CDU de Merkel aceptó la propuesta de la AfD y aprobó la elección de ese candidato títere ante la cólera de la canciller. La jefa del partido, Kramp-Karrenbauer, había acudido a toda prisa a Turingia para instar al jefe de la sección local a modificar su posición, pero este la mandó a paseo con el consiguiente desprestigio público. Hubo protestas en todo el país ante el temor de los votantes a que lo ocurrido en Turingia fuese el anuncio de males peores.

Merkel, que se encontraba de viaje oficial en Sudáfrica, compareció ante las cámaras para hacer una declaración que caló hondo por su simplicidad. Calificó de «imperdonable» la decisión de Turingia. Otra posible traducción de la palabra que utilizó sería «inadmisible». Con ella apelaba a la conciencia de la población. La desventurada Kramp-Karrenbauer se vio obligada a anunciar su dimisión, con lo cual volvía a dejar abierta la sucesión de Merkel como canciller. Varios dirigentes locales del partido también renunciaron a sus puestos. Con una sola palabra, Merkel había activado el freno de emergencia. Con ese gesto dejaba claro que estaba dispuesta a hacer todo lo posible para intentar mantener el consenso político moderado. Provocó un desbarajuste a corto plazo, pero había llegado a la conclusión de que no había otro remedio.

La decisión de Merkel de abrir las fronteras ha cambiado a Alemania de manera permanente. En eso todo el mundo coincide.

A pesar de haber seguido defendiendo firmemente su política de apertura de fronteras, con el tiempo cambió de rumbo y en marzo de 2016 cerró un acuerdo con Turquía que, pese a la complejidad y fragilidad de sus términos, permitía la

devolución desde Grecia a ese país de cualquier inmigrante ilegal que no hubiese solicitado asilo o cuya petición de asilo hubiese sido rechazada. Como contrapartida, la Unión Europea aceptaría un cierto número de refugiados sirios, equivalente al número de los retornados. Los turcos podrían desplazarse libremente por el espacio Schengen sin necesidad de visado y se acelerarían las negociaciones para la adhesión de Turquía, que además recibiría una ayuda de 6.000 millones de euros como contribución a la atención de los refugiados. Este acuerdo se ha incumplido repetidamente. El autoritario dirigente turco Recep Tayyip Erdoğan sabe que tiene la sartén por el mango. Si no hubiesen transferido el problema fuera de sus fronteras, Alemania y Europa tendrían dificultades para responder de nuevo a la situación. Mientras tanto, se ha reforzado la guardia de fronteras de Frontex, antes impotente, que ha pasado de apenas mil trescientos agentes respaldados por efectivos de los Estados miembros a disponer de un destacamento de más de diez mil. Por primera vez, la Unión Europea ha podido destinar guardias armados con el uniforme de la Unión a patrullar sus zonas limítrofes. Una cuestión que no parece haberse resuelto es la capacidad para forzar de manera rápida y eficaz la salida de quienes han agotado su último permiso de permanencia en el país.

Al reflexionar sobre las sociedades multiétnicas, enseguida viene a la mente el caso de Estados Unidos. Otros países con una larga historia imperial, como Francia (en África occidental y el Magreb) y Gran Bretaña (en el subcontinente indio, África oriental y el Caribe), también han desarrollado una marcada identidad multiétnica. Alemania no ofrece esa imagen. Sin embargo, en la práctica la situación es muy distinta y el proceso se había iniciado mucho antes de la crisis de 2015. Actualmente unos veinte millones de alemanes, una cuarta parte de la población, son de origen inmigrante en uno u otro grado. Solo un 15 por ciento llegaron como solicitantes de asilo, el resto entraron como inmigrantes corrientes. Alrededor de dos tercios de la inmigración que recibe Alemania procede del interior de la Unión Europea. A diferencia de lo ocurrido en la Gran Bretaña del *brexit*, la población alemana no ha tenido demasiados problemas para aceptar a las personas procedentes de la Europa del Este, siempre que su presencia haya sido rentable. La relación con las personas de etnia turca ha sido más difícil. Pero ¿quién tiene derecho a juzgarlos? Recuerden el caso de Francia y Argelia; recuerden el escándalo de la generación del *Windrush* en Gran Bretaña. [113]

Estuve sentado con Cihan Sügür en la cantina de la sede central de Porsche en Zuffenhausen, un suburbio acomodado de la zona norte de Stuttgart. Él es un joven que está progresando rápido dentro de la organización, un prototipo de

asimilación, éxito y armonía. Un *influencer* corporativo integrado dentro del equipo central de técnicos informáticos, que ya había trabajado antes para IBM, Deutsche Bahn y Olympus. Y solo tiene veintinueve años. Su abuelo era minero del carbón llegado de Turquía, uno de los *Gastarbeiter* originales de la década de 1950. Parte de su familia procede de Georgia. Sügür comenzó a participar en política desde muy joven. De estudiante, escribió una carta abierta dirigida a los políticos y presentadores de debates televisivos para protestar contra la negativa del Gobierno a conceder la doble nacionalidad a los turcoalemanes (a diferencia de lo que ocurría con los ciudadanos de otros países). Lo invitaron a participar en un programa de la ZDF dirigido a la juventud. Luego hizo algo que hacen muy pocos jóvenes de minorías étnicas: se afilió al partido de centroderecha. La Fundación Konrad Adenauer, el laboratorio de ideas de la CDU, le invitó a formar parte de una delegación que visitaría Israel. Hasta ese momento, todo iba viento en popa. Pero cuando fundó el Consejo Musulmán dentro del partido detectó un cambio de actitud. Solo una treintena del aproximadamente un millar de afiliados musulmanes se unieron al Consejo. Tras invitar a la agrupación local a celebrar el Iftar, la fiesta con la que concluye el periodo de ayuno del Ramadán, la gente empezó a murmurar. «Estos se están apropiando del partido». Todos sabemos a quiénes se refería ese «estos».

Sin dejarse amilanar, Sügür sigue acumulando méritos. Forma parte de la comunidad de Global Shapers —generadores de proyectos— del Foro Económico Mundial y ha creado un eje local en Stuttgart. Forma parte del grupo de trabajo sobre inteligencia artificial del Consejo Económico del estado federado de Baden-Wurtemberg. También colabora con una fundación que acompaña y tutoriza a inmigrantes locales. Sügür es un típico inmigrante de tercera generación, plenamente integrado y que se siente totalmente a sus anchas en Stuttgart (no se imagina viviendo en otro lugar). No obstante, como otros, también se pregunta hasta qué punto es realmente bienvenido. «Cuanto más exitosa es la integración, mayor es el conflicto —me comentó secamente—. Cuando llegas hasta el núcleo central de las estructuras de poder, te conviertes en una amenaza». Piensa que nunca llegará a ser *biodeutsch*, biológicamente alemán, el término que utilizan los seguidores de la AfD para designar a los alemanes auténticos. Al contrario, como el as futbolístico Mesut Özil y más de un millón más, siempre será un «alemán de plástico», otra expresión acuñada por la extrema derecha para referirse a algo sintético, artificial, falso. En 2018 hubo un conflicto en torno a la figura de Özil, el mediocampista de la selección alemana y del Arsenal. Özil, nacido en Alemania de ascendencia turca, fue denostado por los medios de comunicación por haberse dejado fotografiar junto al presidente turco Erdoğan. Esto ocurrió en

una época en que su rendimiento en su club y en la selección era bajo. «Soy alemán cuando ganamos y un inmigrante cuando perdemos»,[114] tuiteó a la vez que anunciaba su retirada del equipo nacional. Luego, en un gesto deliberado de desafío contra sus detractores, invitó a Erdoğan a oficiar como padrino en su boda, que se celebraría un año más tarde en un lujoso hotel a orillas del Bósforo.

La política inmigratoria alemana está basada en la expectativa o incluso la exigencia de una integración. El idioma se considera un prerrequisito esencial para la asimilación. Se ofrecen cursos de manera rutinaria. Profesores de secundaria dedican las mañanas libres de los sábados a impartir clases y hacer pruebas. Los alemanes se precian de su buen dominio del inglés y de otras lenguas, pero ese talento (y una marcada obstinación) oculta la importancia que otorgan a su lengua materna como confirmación de su identidad. Se está produciendo una suave pero intensa reacción (aunque parezca un oxímoron) contra lo que se percibe como una intrusión del inglés. Hace poco un grupo de parlamentarios de diferentes partidos escribió una carta a Merkel para pedirle que insistiese en reclamar la paridad del alemán, en igualdad de condiciones con el inglés y el francés, en las diversas instituciones de la Unión Europea. Uno de los aspirantes a ocupar el trono de la cancillería, el ministro de Sanidad Jens Spahn, lanzó una invectiva contra el uso prácticamente ubicuo del inglés en los restaurantes de Berlín: «Me exaspera ver que los camareros de los restaurantes de Berlín solo hablan inglés. La coexistencia solo podrá funcionar en Alemania si todos hablamos alemán».[115]

Políticos como estos intentan conciliar, aunque de manera algo desmañada, un sentimiento de orgullo nacional más seguro de sí con la contrición por el pasado y una actitud vigilante con vistas al futuro. En algunos aspectos se inspiran en periodos anteriores de la historia alemana. El primero de todos es el concepto de *Kulturnation*, una teoría cuyos orígenes se remontan al filósofo racionalista del siglo XVII Gottfried Leibniz, quien argumentó que un pueblo se define por su cultura más que por unas fronteras u otros símbolos propios de un Estado. La lengua, afirmó, «une a un pueblo de manera sólida, aunque invisible».[116] Filósofos y autores como Friedrich Schiller desarrollaron este planteamiento y definieron el concepto de nación alemana (*Deutschtum*) —que entonces todavía se aplicaba a un conjunto de ciudades-Estado y principados— como una unión basada en la lengua y la cultura. En 2015, un antiguo presidente del Parlamento y destacado político del SPD en la Alemania del Este, Wolfgang Thierse, describió el término *Kulturnation* como «una bella y magnífica palabra»[117] manchada por los nazis.

Más problemático es el concepto de *Leitkultur*, «cultura rectora». Una idea

que implica que cualquiera que quiera vivir en Alemania debería aceptar que los valores y la cultura alemanes tienen precedencia. Esto no excluye la posibilidad de identidades múltiples, pero una de ellas ocupa el primer lugar. En cierto modo no difiere mucho del juramento de lealtad estadounidense. En 2017, el entonces ministro de Interior, Thomas de Maizière, presentó un controvertido plan de diez puntos en relación con la *Leitkultur*. Estos incluían la aceptación sin matices de la culpabilidad histórica de Alemania, su relación especial con Israel y la importancia de la unidad europea, junto con la diversidad cultural, los derechos humanos y la tolerancia. Hasta aquí, todo favorable. La cosa se complica cuando todo ello se presenta envuelto en lo que los conservadores han designado como un sistema de valores cristiano-occidental. Algunos alemanes y austriacos han apelado a dicho sistema de valores como motivo para rechazar la adhesión de Turquía a la Unión Europea; el argumento que reza «no son como nosotros».

Cuando empecé a trabajar por primera vez como reportero en Alemania en la década de 1980, en las raras ocasiones en que escaseaban las noticias tenía un recurso fácil. Peinaba la prensa local en busca de cualquier noticia sobre los neonazis. Siempre era posible encontrar algo: una panda de matones que cantaban canciones hitlerianas en Bochum o Bielefeld o que acababan de enfrentarse con un grupo de antinazis. Mi periódico estaba encantado. Si allá tenían un día con pocas noticias, incluso podían llegar a publicarlo en primera página. Si una panda de seguidores de un club de fútbol inglés, neerlandés o italiano hacía lo mismo, quizás se consignarían los hechos en una breve nota, pero no se les daría la misma relevancia. De vez en cuando, un partido de una fracción de la extrema derecha, como Die Republikaner o el Partido Nacional Democrático (NPD), conseguía un concejal en un ayuntamiento. En su momento de máximo esplendor, esos grupos incluso podían llegar a superar la barrera del 5 por ciento y obtener representación en algún parlamento regional. Pero desaparecían con la misma rapidez con que habían llegado.

Este cacareo desde la distancia contra los alemanes todavía continúa. A finales de 2019, el artista chino disidente Ai Weiwei anunció que se marchaba de Berlín para trasladarse a Cambridge y citó una serie de motivos. Uno de ellos era la mala educación. Los taxistas eran especialmente rudos. En esto, no se equivoca. Los berlineses están orgullosos de sus modales bruscos, que a menudo comparan con los de los neoyorquinos. No es agradable que los camareros, los dependientes de las tiendas o los policías te ladren. Pero un posible consuelo, para él o para quien sea, es saber que lo hacen con todo el mundo. Las críticas de Ai Weiwei eran, sin embargo, de mayor calado. Alemania, según dijo, no había

criticado a China por su actuación en Hong Kong por temor a poner en peligro las relaciones comerciales. En realidad sí lo hizo, por lo menos con tanta vehemencia como otros países occidentales. De ahí pasó a la consabida monserga «en el fondo todos son unos fascistas». «Alemania es una sociedad muy meticulosa. Sus ciudadanos adoran la comodidad de estar oprimidos. En China también vemos lo mismo. Una vez que te has acostumbrado a la opresión, puede ser muy agradable. Y es posible apreciar cómo la eficiencia, el espectáculo, la sensación del propio poder se amplían a través de ese estado de conexión mental». Luego añadió: «Visten trajes distintos, ya no se parecen a los que usaban en los años treinta, pero su función es la misma. Se identifican con el culto a esa mentalidad autoritaria». Al preguntarle concretamente si estaba comparando la Alemania actual con el periodo nazi, respondió: «Pensar que una ideología es superior a otras e intentar purificar esa ideología desdeñando otros modos de pensar es fascismo. Es nazismo. Y ese nazismo está claramente presente en la vida cotidiana alemana actual».[118]

Esa entrevista, publicada en el diario *The Guardian,* causó un nuevo episodio de ansiedad. Pero también fue acompañada de un cierto pesar. Alemania le había puesto una alfombra roja al artista. Él tenía todo el derecho a mudarse a otro sitio, pero ¿por qué había sentido la necesidad de hacer unas críticas tan generalizadas? No es que los alemanes no se interroguen al respecto, casi a diario. Saben demasiado bien que la amenaza del extremismo es real. Las turbulencias de los últimos cinco años dejaron estupefacta a mucha gente en Alemania, obligándola a reconocer que un país que confiaban desesperadamente en ver inmune a un resurgimiento del odio racial, religioso y étnico estaba tan expuesto a ello como cualquier otro. ¿Qué se ha conseguido con el incesante examen de conciencia de los últimos veinte o treinta años? ¿Habrá sido un esfuerzo inútil?, no paran de preguntarse los alemanes.

El mayor motivo de inquietud gira en torno a la relación del país con su población judía. En octubre de 2019, un hombre armado con una pistola intentó forzar la entrada en una sinagoga de Halle, una ciudad cercana a Leipzig, con la esperanza de acribillar a todos los judíos que encontrase. La congregación había estado celebrando el Yom Kippur, el Día de la Expiación, la festividad más sagrada del calendario judío. El pistolero no consiguió abrirse paso a través de la puerta blindada. Para dar rienda suelta a su frustración, mató a un transeúnte que pasaba por allí y a un hombre en un local de venta de kebabs, y dejó heridas a varias personas más. El terrorista, un simpatizante de la extrema derecha, filmó su carnicería y colgó la grabación en una plataforma de videojuegos en directo.

Muchos alemanes estaban orgullosos de que su país empezara a ser aceptado

de nuevo por la comunidad judía mundial. Su población judía registraba desde hacía varias décadas el mayor crecimiento entre todas las de Europa occidental y Berlín volvía a ser un núcleo importante. La mayoría ha llegado sobre todo procedente de Israel, las repúblicas de la antigua Unión Soviética y otros países donde los judíos se han sentido amenazados. Su número, poco más de cien millares, es aún reducido. En los últimos años, desde la eclosión del populismo nacionalista en Estados Unidos y en Europa, han aumentado los incidentes de acoso antisemita en toda Alemania, con ataques verbales e incluso físicos. Según los datos del Ministerio del Interior, en 2018 se registró un aumento del 20 por ciento en esta clase de delitos, atribuidos en nueve de cada diez casos a la extrema derecha. Que su número no sea tan alto como en Francia, por ejemplo, es un triste consuelo.

En 2018, el Gobierno creó un nuevo puesto de comisionado contra el antisemitismo. Fue una buena medida, pero también cabía lamentar que fuese necesaria. En mayo del año siguiente, el comisionado Felix Klein manifestó en una de sus primeras declaraciones públicas: «No puedo recomendar a los judíos el uso de la kipá en todas partes y en todo momento en Alemania».[119] Explicó que había cambiado de opinión sobre el nivel de riesgo porque una «cada vez mayor desinhibición y difusión de ciertas ideas crea un caldo de cultivo funesto para el antisemitismo».[120] Instó a los responsables de velar por el cumplimiento de la ley a estar más alerta. Con esta declaración, Klein creía haber actuado de manera responsable. Sin embargo, fue acusado de condescendencia con los extremistas y de humillar a las víctimas, ambas cosas muy lejos de su intención. Sus comentarios causaron un sobresalto en el país y fuera de él. Se convocaron marchas de protesta contra el antisemitismo. El diario sensacionalista *Bild* repartió casquetes recortables para la ocasión. El *New York Times* cargó las tintas, como también hicieron otras publicaciones. Alemania volvía a mostrar su peor cara, declaró. Los judíos ya no estaban seguros.

En diciembre de 2019, Merkel visitó Auschwitz la víspera del septuagésimo quinto aniversario de su liberación. Acompañada por el presidente del Consejo Central de los Judíos de Alemania, cruzó las puertas con la inscripción «*Arbeit macht frei*» (El trabajo os hace libres) para guardar luego un minuto de silencio. Recordar esos crímenes, declaró, «es una responsabilidad que no acaba nunca. Y es inseparable de nuestro país. Ser conscientes de esta responsabilidad forma parte de nuestra identidad nacional y define quiénes somos como sociedad ilustrada y libre».[121]

Dos meses después tuvo lugar uno de los peores atentados registrados hasta entonces, con los inmigrantes, sobre todo musulmanes, como blanco. Nueve

personas cayeron muertas cuando un hombre de cuarenta y tres años abrió fuego en el interior de dos locales de *shisha* en la ciudad de Hanau, muy cerca de Fráncfort. Luego se supo que el atacante llevaba un largo tiempo difundiendo mensajes «profundamente racistas» a través de Internet. La reacción ante la atrocidad terrorista cometida en Hanau fue de dolor, acompañado de exasperación. El *Frankfurter Allgemeine* reflejaba un punto de vista muy extendido al manifestar: «Los órganos del Estado […] ahora deberán […] armarse hasta los dientes porque los inmigrantes y otros extranjeros residentes en este país están rodeados de enemigos mortales».[122] Aunque se tratase de un lobo solitario, los políticos y los medios de comunicación destacaron la presencia de un entorno de intolerancia e instaron a la policía y las fuerzas de seguridad a reconsiderar sus prioridades y prestar más atención al extremismo de derechas. Merkel, pese a encontrarse en los últimos meses de su mandato, no había perdido su capacidad para captar el estado de ánimo imperante. Después de la atrocidad de Hanau declaró: el racismo es un veneno. Sabía que las palabras no bastarían. Las fuerzas de seguridad recibieron instrucciones de actualizar sus métodos. «La amenaza contra la seguridad que representan el extremismo de derechas, el antisemitismo y el racismo es muy grande», declaró el ministro del Interior Horst Seehofer después de alcanzar un acuerdo con los dirigentes regionales para aumentar las medidas de seguridad en un esfuerzo para evitar nuevos ataques miméticos. El extremismo de derechas —añadió— constituía «la mayor amenaza para la seguridad con que se enfrenta Alemania».[123]

El auge de los nacionalismos populistas en todo el mundo y de la AfD frente a su propia puerta ha conducido a los alemanes a poner en entredicho la durabilidad de la democracia, en particular la suya. En los programas de debate se discute sobre un posible retorno de los años treinta. Vuelve a ser cada vez más habitual una línea de pensamiento que habla del *Sonderweg*, el «camino especial». Amigos alemanes se preguntan si su país no tendrá una predisposición particular a desarrollar una política desagradable y peligrosa que esperaban haber abolido de manera definitiva. Ese estado de alerta es vital, pero no hay nada que corrobore cualquier sospecha de que esas tendencias sean más pronunciadas en Alemania. El aumento de la intolerancia durante los últimos años es global. Incluso los supuestos parangones de la democracia liberal, los países nórdicos, han tenido sus versiones propias. Lo que distingue a Alemania es el contexto histórico. Y ese mismo contexto es el que permite abrigar la esperanza de que resistirá frente a la era de la intolerancia, a diferencia de otras democracias liberales que han optado por un programa populista.

[81] Véase «Global Trends: Forced Displacement in 2018», ACNUR, 20 de junio de 2019, unhcr.org/5d08d7ee7.pdf (consultado el 10 de octubre de 2019) [en cast.: https://www.acnur.org/5d09c37c4.pdf].

[82] Véase J. Delcker, «The phrase that haunts Angela Merkel», *Politico*, 19 de agosto de 2016, politico.eu/article/the-phrase-that-haunts-angela-merkel (consultado el 2 de febrero de 2020).

[83] Véase «One in every four German residents now has migrant background», *The Local*, 1 de agosto de 2018, thelocal.de/20180801/one-in-every-four-german-residents-now-has-migrant-background (consultado el 30 de noviembre de 2019); L. Sanders IV, «Germany second-largest destination for migrants: OECD», *Deutsche Welle*, 18 de septiembre de 2019, dw.com/en/germany-second-largest-destination-for-migrants-oecd/a-50473180 (consultado el 30 de noviembre de 2019).

[84] S. Boniface, «It's starting to look like Germany won WW2 in every way bar the fighting», *Mirror*, 7 de septiembre de 2015, mirror.co.uk/news/uk-news/its-starting-look-like-germany-6397791 (consultado el 1 de diciembre de 2019).

[85] *Ibid*.

[86] A. Taub, «Angela Merkel should be ashamed of her response to this sobbing Palestinian girl», *Vox*, 16 de julio de 2015, vox.com/2015/7/16/8981765/merkel-refugee-failure-ashamed (consultado el 29 de abril de 2020).

[87] «Pressekonferenz von Bundeskanzlerin Merkel und dem österreichischen Bundeskanzler Faymann», Berlín, 15 de septiembre de 2015, www.bundesregierung.de/breg-de/aktuelles/pressekonferenzen/pressekonferenz-von-bundeskanzlerin-merkelund-demoesterreichischen-bundeskanzler-faymann-844442 (consultado el 1 de diciembre de 2019).

[88] K. Richter, «Germany's refugee crisis has left it as bitterly divided as Donald Trump's America», *Guardian*, 1 de abril de 2016, theguardian.com/commentisfree/2016/apr/01/germany-refugee-crisis-invited-into-my-home-welcoming-spirit-divided (consultado el 1 de diciembre de 2019).

[89] *Ibid*.

[90] Andreas Rödder, *Wer hat Angst vor Deutschland?*, Fráncfort del Meno: S. Fischer, 2018.

[91] «Ausgelassene Stimmung – Feiern weitgehend friedlich», POL-K: 160101-1-K/LEV, 1 de enero de 2016, presseportal.de/blaulicht/pm/12415/3214905 (consultado el 29 de abril de 2020). Véase también «'Ausgelassene Stimmung - Feiern weitgehend friedlich'», *Süddeutsche Zeitung*, 5 de enero de 2016, sueddeutsche.de/panorama/uebergriffe-in-koeln-ausgelassene-stimmung-feiern-weitgehend-friedlich-1.2806355 (consultado el 2 de diciembre de 2019).

[92] «Germany shocked by Cologne New Year gang assaults on women», BBC, 5 de enero de 2016, bbc.co.uk/news/world-europe-35231046 (consultado el 2 de diciembre de 2019).

[93] Véase Y. Bremmer y K. Ohlendorf, «Time for the facts. What do we know about Cologne four months later?», Correspondent, 2 de mayo de 2016, thecorrespondent.com/4401/time-for-the-facts-what-do-we-know-about-cologne-four-months-later/1073698080444-e20ada1b (consultado el 2 de diciembre de 2019).

[94] *Ibid*.

[95] Intervención de un periodista en el «Brown Bag Lunch: 'Populism and its Impact on Elections: A Threat to Democracy?'», Aspen Institute, Berlín, 4 de septiembre de 2019.

[96] T. Abou-Chadi, «Why Germany – and Europe – can't afford to accommodate the radical right», *Washington Post*, 4 de septiembre de 2019, washingtonpost.com/opinions/2019/09/04/why-germany-europe-cant-afford-accommodate-radical-right (consultado el 20 de noviembre de 2019).

[97] Véase M. Fiedler, «Alexander Gauland und der 'Vogelschiss'», *Tagesspiegel*, 2 de junio de 2018, tagesspiegel.de/politik/afd-chef-zum-nationalsozialismus-alexander-gauland-und-der-vogelschiss/22636614.html (consultado el 3 de diciembre de 2019).

[98] J. Wells, «Leader of German Anti-Muslim Group Reinstated After Hitler Photo Controversy», BuzzFeed News, 23 de febrero de 2015, buzzfeednews.com/article/jasonwells/leader-of-german-anti-muslim-group-reinstated-after-hitler-p (consultado el 29 de abril de 2020).

[99] «Pegida mobilisiert Tausende Demonstranten», *Süddeutsche Zeitung*, 6 de octubre de 2015, sueddeutsche.de/politik/dresden-pegida-mobilisiert-tausen es-ESmonstranten-1.2679134 (consultado el 29 de abril de 2020).

[100] M. Bartsch, M. Baumgartner *et al.*, «Is Germany Lurching To the Right?», *Spiegel*, 31 de julio de 2018, spiegel.de/international/germany/german-immigration-discourse-gets-heated-after-footballer-s-resignation-a-1220478.html (consultado el 3 de diciembre de 2019).

[101] C. Erhardt, «Hasswelle: Kommunalpolitik – Aus Hetze werden Taten», *Kommunal*, 25 de junio de 2019, kommunal.de/hasswelle-alle-Zahlen (consultado el 3 de diciembre de 2019).

[102] En una entrevista para *The Guardian*: P. Oltermann, «Germany slow to hear alarm bells in killing of Walter Lübcke», *Guardian*, 2 de julio de 2019, theguardian.com/world/2019/jul/02/germany-slow-to-hear-alarm-bells-in-killing-of-walter-lubcke (consultado el 3 de diciembre de 2019).

[103] Thomas Haldenwang, en una conferencia de prensa con motivo de la presentación del «Informe anual sobre protección de la Constitución» (*Verfassungsschutzbericht*), Berlín, 27 de junio de 2019. Véase H. Bubrowski y J. Staib, «Mord an Walter Lübcke: Versteckt im braunen Sumpf», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 28 de junio de 2019, faz.net/aktuell/politik/inland/was-der-mord-an-luebcke-mit-dem-nsu-zu-tun-hat-16257706.html?printPagedArticle=true#pageIndex_2 (consultado el 3 de diciembre de 2019).

[104] M. Hohmann, MdB, «Hohmann: Ein missbrauchter politischer Mord», 25 de junio de 2019, afdbundestag.de/hohmann-ein-missbrauchter-politischer-mord (consultado el 3 de diciembre de 2019).

[105] P. Oltermann, «Germany slow to hear alarm bells in killing of Walter Lübcke», *Guardian*, 2 de julio de 2019, theguardian.com/world/2019/jul/02/germany-slow-to-hear-alarm-bells-in-killing-of-walter-lubcke (consultado el 3 de diciembre de 2019).

[106] Véase M. Eddy, «German Lawmaker Who Called Muslims 'Rapist Hordes' Faces Sanctions», *New York Times*, 2 de enero de 2018, nytimes.com/2018/01/02/world/europe/germany-twitter-muslims-hordes.html (consultado el 4 de diciembre de 2019).

[107] J. C. M. Serrano, M. Shahrezaye, O. Papakyriakopoulos y S. Hegelich, «The Rise of Germany's AfD: A Social Media Analysis», SMSociety '19: Proceedings of the 10th International Conference on Social Media and Society, julio de 2019, 214-223, p. 3, doi.org/10.1145/3328529.3328562 (consultado el 4 de diciembre de 2019). Véase también J. Schneider, «So aggressiv macht die AfD Wahlkampf auf Facebook», *Süddeutsche Zeitung*, 14 de septiembre de 2017, sueddeutsche.de/politik/gezielte-grenzverletzungen-so-aggressiv-macht-die-afd-wahlkampf-auffacebook-1.3664785-0 (consultado el 4 de diciembre de 2019).

[108] De *stay woke*, «estar alerta», expresión usada tradicionalmente por las comunidades negras en Estados Unidos. El movimiento Black Lives Matter generalizó su uso, que posteriormente se ha extendido al movimiento #MeToo contra el acoso y el abuso sexual y otros movimientos contra diferentes injusticias.

En el Reino Unido, *woke* se utiliza para designar todo lo que también se podría englobar bajo la etiqueta de lo «políticamente correcto». (*N. de la T.*).

[109] Heute Journal, ZDF, 15 de agosto de 2017. Véase también T. Escritt, «In Charlottesville, Germans sense echoes of their struggle with history», Reuters, 18 de agosto de 2017, reuters.com/article/us-usa-trump-germany/in-charlottesville-germans-sense-echoes-of-their-struggle-with-history-idUSKCN1AY1NZ (consultado el 3 de diciembre de 2019).

[110] Véase P. McGee y O. Storbeck, «Fears over far-right prompt Siemens chief to rebuke AfD politician», *Financial Times*, 20 de mayo de 2018, ft.com/content/046821ba-5c17-11e8-9334-2218e7146b04 (consultado el 3 de diciembre de 2019).

[111] Joe Kaeser, @JoeKaeser, Twitter, 20 de julio de 2019, twitter.com/JoeKaeser/status/1152502196354859010 (consultado el 22 de julio de 2019).

[112] Véase K. Proctor y S. Murphy, «Andrew Sabisky: Boris Johnson's ex-adviser in his own words», *Guardian*, 17 de febrero de 2020, theguardian.com/politics/2020/feb/17/andrew-sabisky-boris-johnsons-ex-adviser-in-his-own-words (consultado el 17 de febrero de 2020).

[113] Se designa por extensión como generación del *Windrush* (por el nombre del barco que transportó hasta el Reino Unido a uno de los primeros grupos de inmigrantes

procedentes de las Indias occidentales en 1948) a los inmigrantes llegados antes de 1973, procedentes sobre todo de países del Caribe. A pesar de ser ciudadanos británicos de nacimiento y tras todos esos años de residencia en el Reino Unido, en 2018 fueron amenazados con la deportación, se les impidió la reentrada y al menos en ochenta y tres casos llegaron a ser deportados debido a una orden dictada por la entonces ministra de Interior Theresa May. (*N. de la T.*).

[114] Mesut Özil, @MesutOzil1088, Twitter, 22 de julio de 2018, twitter.com/MesutOzil1088/status/1021093637411700741 (consultado el 6 de diciembre de 2019).

[115] J. Spahn, «Berliner Cafés: Sprechen Sie doch deutsch!», *Zeit*, 23 de agosto de 2017, zeit.de/2017/35/berlin-cafes-hipster-englisch-sprache-jens-spahn (consultado el 6 de diciembre de 2019).

[116] G. W. Leibniz, «Ermahnung an die Deutschen, ihren Verstand und Sprache besser zu üben, samt beigefügten Vorschlag einer Deutschgesinten Gesellschafft», *Sämtliche Schriften*, serie 4, tomo 3, Berlín: Akademie-Verlag, 1986, p. 798.

[117] W. Thierse, «Von Schiller lernen?», Die Kulturnation, *Deutschlandfunk Kultur*, 3 de abril de 2005.

[118] S. Hattenstone, «Ai Weiwei on his new life in Britain: 'People are at least polite. In Germany, they weren't'», *Guardian*, 21 de enero de 2020, theguardian.com/artanddesign/2020/jan/21/ai-weiwei-on-his-new-life-in-britain-germany-virtual-reality-film (consultado el 21 de enero de 2020).

[119] «Antisemitismus: 'Kann Juden nicht empfehlen, überall die Kippa zu tragen'», *Zeit*, 25 de mayo de 2019, zeit.de/gesellschaft/zeitgeschehen/2019-05/judenfeindlichkeit-antisemit-felix-klein-kippa (consultado el 6 de diciembre de 2019).

[120] *Ibid*.

[121] A. Merkel, «Rede zum zehnjährigen Bestehen der Stiftung Auschwitz-Birkenau», Auschwitz, 6 de diciembre de 2019, https://www.bundesregierung.de/breg-en/chancellor/speech-by-federal-chancellor-dr-angela-merkel-marking-the-10th-anniversary-of-the-auschwitz-birkenau-foundation-auschwitz-6-december-2019-1704954 (consultado el 7 de diciembre de 2019).

[122] E. Reents, «Morde in Hanau: Böser, als die Polizei erlaubt», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 20 de febrero de 2020, faz.net/aktuell/feuilleton/morde-in-hanau-jetzt-ist-der-staat-am-zug-16644270.html (consultado el 28 de febrero de 2020).

[123] Bundesinnenminister Seehofer: «Wir müssen den Rassismusäachten», Bundesministerium des Innern, für Bau und Heimat, 21 de febrero de 2020, bmi.bund.de/SharedDocs/kurzmeldungen/DE/2020/02/pk-hanau.html (consultado el 23 de febrero de 2020).

04

Un país adulto

La política exterior en tiempos de populismos

En el hervidero político de Berlín abundan los analistas obsesivos. Todos se conocen y se relacionan con sus homólogos instalados en la zona interior de Washington o en los aledaños de Westminster. Y en materia de política exterior, todos se hacen la misma pregunta: ¿cuándo empezará a actuar Alemania como una potencia de primer orden? Los politólogos la han descrito como una «superpotencia a pesar suyo» y un «nuevo poder civil».[124] O bien, en palabras de Henry Kissinger: «Alemania es demasiado grande para Europa y demasiado pequeña para el mundo».[125]

Desde el final de la guerra, los alemanes siempre han tenido alguien en quien apoyarse. Encargaron su defensa y seguridad a otros: Estados Unidos, la OTAN y últimamente la Unión Europea. Desempeñaron una leal función de apoyo, aportando información, colaborando en misiones humanitarias y sumándose a sus aliados en las votaciones decisivas, pero sin tenerse que ensuciar las manos. Alemania era una criatura protegida.

La reunificación modificó las expectativas. Las fuerzas aliadas empezaron a retirarse poco a poco de la zona occidental (el último contingente británico no se marchó hasta 2019); los rusos se fueron casi de inmediato. La Alemania ampliada adquirió un nuevo estatus y, con él, también aumentaron las exigencias. La primera intervención militar del periodo posterior a la Guerra Fría fue la operación Tormenta del Desierto, la «coalición de la voluntad» liderada por Estados Unidos que expulsó a Sadam Huseín de Kuwait en 1990. Esta agrupó a unos treinta y cinco países, un despliegue de unidad que no conseguiría emular

diez años más tarde George W. Bush hijo. No fue necesario presionar al entonces canciller alemán, Helmut Kohl, que aportó material pesado y ayuda económica por valor de miles de millones de dólares. La Constitución (o la lectura que de ella hacían los políticos) no había cambiado. Alemania tenía vedada la participación en cualquier acción militar directa.

En 1992, meses después de la disolución de la Unión Soviética y el colapso definitivo del comunismo europeo, un libro que sintetizaba el momento —y el dilema alemán—, *El fin de la historia y el último hombre*, de Francis Fukuyama, proclamó el predominio de la democracia liberal. Inspirándose en Hegel y Marx, Fukuyama argumentaba que la humanidad había progresado hasta un nuevo estadio. O, por decirlo con otras palabras: Occidente había vencido. Bill Clinton y Tony Blair trasladaron esta idea al desarrollo de una política exterior más asertiva: el intervencionismo liberal. Occidente tenía el deber de acabar con la opresión dondequiera que la encontrase, por la fuerza si fuese necesario, e implantar los valores del respeto de los derechos humanos y la democracia.

La crisis de Kosovo no podía haberse producido en un momento más difícil para Alemania. Hacía poco que Kohl había sido expulsado del poder tras dieciséis años al timón. El SPD acababa de recuperarlo con una cara nueva al frente. Gerhard Schröder llevaba solo unos pocos años como diputado en el Bundestag y carecía de experiencia en materia de política exterior. En octubre de 1998, pocas semanas después de asumir su cargo, tuvo que hacer frente a un reto terriblemente difícil. La opinión pública había contemplado horrorizada las acciones de limpieza étnica ejecutadas por los serbios en todos los Balcanes. La negativa a intervenir durante la invasión serbia de Bosnia, ni tampoco en el genocidio de Ruanda —a pesar de la presencia de un gran número de soldados franceses y belgas desplegados allí—, había avergonzado a la opinión pública.

La presión permanente de Clinton y Blair era intensa. Para su sorpresa, Schröder y sus ministros accedieron sin problemas. Alemania destacó fuerzas de combate por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial. Y sin que mediara una resolución de la ONU. La OTAN llevó a cabo 38.000 misiones de combate (incluido el bombardeo de la embajada china en Belgrado, supuestamente por error). En ellas participaron catorce aviones de combate alemanes. En sus memorias, publicadas en 2006, Schröder escribió: «Tal vez fue una jugarreta de la historia que una coalición rojiverde, nada menos, tuviera que ocupar el poder político para que Alemania asumiera sus responsabilidades».[126] ¿Tal vez fue otro caso parecido al de la ópera *Nixon en China*? Si en Estados Unidos fue precisa la intervención de un republicano para normalizar las relaciones con el presidente Mao, quizás en Alemania se requería la presencia de dos partidos identificados

con el antimilitarismo para destinar efectivos a acciones de primera línea. El Tribunal Constitucional había examinado el principio relativo a la intervención armada en 1994 y había dictaminado que Alemania podía participar en misiones multilaterales pero solo con la aprobación del Parlamento. El principal artífice de esa aprobación fue el ministro de Asuntos Exteriores de la coalición. Joschka Fischer tuvo que apelar a los argumentos éticos más nobles posibles: «No más Auschwitz. No más genocidios. No más fascismo. Todo eso va unido para mí»,[127] declaró en una emocionada intervención en el Bundestag. Y lo decían Los Verdes, el ala política del movimiento pacifista. Un general alemán fue elegido para dirigir las fuerzas de mantenimiento de la paz de la OTAN, la KFOR, una vez que Slobodan Milošević hubo retirado sus tropas en junio de 1999. La participación de Alemania en la campaña fue aplaudida por sus aliados. Lo vieron como el inicio de una nueva fase en su política exterior y de seguridad.

Dos años después, Schröder tuvo que hacer frente a otro dilema igualmente crucial. Acababa de expresar su «solidaridad sin límites»[128] a George W. Bush tras los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. Estados Unidos había invocado el artículo 5 del tratado fundacional de la OTAN, según el cual un ataque contra uno de sus miembros es un ataque contra todos. El canciller estaba decidido a que Alemania demostrase de manera manifiesta su apoyo, pero sabía que la aritmética parlamentaria era complicada. En octubre de 2001 decidió vincular la decisión de apoyar la invasión de Afganistán encabezada por Estados Unidos a un voto de confianza a su gobierno. Era una estrategia arriesgada, pero logró sacarla adelante. Tropas alemanas estuvieron presentes en Afganistán a lo largo de las dos décadas del conflicto. Murieron más de cincuenta soldados. Una proporción mínima con respecto al total de bajas sufridas por las fuerzas estadounidenses y británicas. Las fuerzas alemanas operaban en el norte del país, más tranquilo, pero aun así fue un duro choque para una generación a la que se había inculcado la oposición a la guerra. «A menudo me preguntan si creo que el despliegue de soldados alemanes en Afganistán estaba justificado y ha logrado su objetivo», escribió Schröder en 2009. Y a continuación recordaba su visita a una escuela recién inaugurada en 2002 en Kabul. «Me recibieron unas jóvenes sin velo. Esas alumnas estaban haciendo algo que nosotros damos por descontado: asistir a la escuela y aprender. Muchos hemos olvidado que eso era justamente lo que los talibanes impidieron durante años que pudieran hacer esas niñas y esas jóvenes. Eso ratificó mi convencimiento de que Alemania tenía que contribuir a derrocar a los talibanes». Luego añadía: «La decisión del Bundestag cerró el capítulo de la soberanía limitada de Alemania que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Nos situó en un plano de igualdad con los demás socios de la

comunidad de naciones, con unas obligaciones que cumplir, como las derivadas de la pertenencia a la Alianza Atlántica en el caso de Afganistán. Pero a la vez los alemanes también hemos adquirido algunos derechos, como el de decir no en el caso de la guerra de Irak, porque no estábamos convencidos de los méritos de una intervención militar».[129]

Schröder no solo se opuso a la guerra de Irak; ese posicionamiento también definió la segunda mitad de su mandato. Ante las críticas de Bush contra la reticencia francesa y alemana a entrar en guerra, contraponiendo la vieja Europa a la nueva Europa, el tema dominó la campaña a las elecciones alemanas de septiembre de 2002. El planteamiento de Schröder tuvo una acogida espectacular y consiguió dar un vuelco a los sondeos, que hasta entonces apuntaban hacia una posible victoria de la CDU-CSU. La Casa Blanca, furiosa, acusó a alemanes y franceses de «cobardía».

Luego siguió la crisis de Libia, en 2011. David Cameron y Nicolas Sarkozy estaban deseosos de intervenir, evitar que Bengasi fuera arrasada y forzar la salida del coronel Gadafi. En esta ocasión quien estuvo en contra fue Angela Merkel. Alemania, que solo tres meses antes había pasado a formar parte del Consejo de Seguridad de la ONU por un periodo de dos años, se abstuvo en la votación de una resolución destinada a imponer una zona de exclusión aérea, alineándose con Rusia y China y en contra de todos sus aliados occidentales. A diferencia de lo ocurrido en el caso de Irak, en esta ocasión no contaba con la cobertura de Francia. «No fue una decisión sencilla», comentó el ministro de Asuntos Exteriores, Guido Westerwelle, con estudiada modestia.

En los casos de Irak y Libia, la posición alemana se acabaría demostrando del todo acertada. La aventura del tándem Bush-Blair en Irak convirtió un país fracturado en terreno abonado para el terrorismo internacional. Y aunque Gadafi fue derrocado, Libia se ha convertido en un Estado fallido y sus ciudadanos han pasado a engrosar las filas de los que, procedentes de otros países, están dispuestos a arriesgar la vida en busca de una oportunidad en Europa. El emotivo discurso de Joschka Fischer sobre Kosovo parecía de otra época. Irak, Libia y Afganistán (un caso más complicado) reactivaron una revulsión contra las acciones militares en la opinión pública alemana.

A principios de cada año, diplomáticos y políticos del mundo entero se reúnen para celebrar la Conferencia de Seguridad de Múnich, un Davos dedicado a la defensa. Esta ha sido escenario de muchos momentos dramáticos. Uno de ellos fue el discurso pronunciado por el presidente alemán en 2014. Joachim Gauck, un pastor protestante del norte rural de la RDA, había sido un participante

destacado del movimiento de protesta antes de su elección como diputado del efímero Parlamento de los últimos meses de la Alemania oriental. Después de la reunificación estuvo al frente de la organización encargada de gestionar los archivos de la Stasi. En 2012 fue elegido presidente de Alemania, una decisión que contó con un gran respaldo popular. Durante unos años, el país tendría dos alemanes del Este en los más altos cargos; un acontecimiento inédito.

«Esta es una buena Alemania, la mejor que hemos conocido», declaró Gauck ante quienes le escuchaban en Múnich. Su país era un socio fiable. Gauck enumeró todas sus aportaciones: en el ámbito del desarrollo internacional, en materia de medio ambiente, al multilateralismo, a favor del europeísmo. Después abordó sin rodeos el tema de sus complejos con respecto a la intervención. Se acusaba a Alemania de «escurrir el bulto» —dijo—, de ser «un país demasiado propenso a eludir las situaciones difíciles». No lo negó. El pasado no debería ser un motivo para mirar hacia otro lado. Su país debería estar dispuesto a asumir más responsabilidad en la promoción de la seguridad mundial. «¿Estamos dispuestos a asumir la parte que nos corresponde de los riesgos? —preguntó y enseguida procedió a responder él mismo la pregunta—. Quien no actúa también es responsable. Nos estaríamos engañando si concebimos Alemania como una isla, a resguardo de las vicisitudes de nuestro tiempo».[130] El ministro de Asuntos Exteriores Frank-Walter Steinmeier (que le sucedería luego en la presidencia) y la ministra de Defensa Ursula von der Leyen (posteriormente presidenta de la Comisión Europea) le apoyaron. Steinmeier enumeró una serie de principios cuidadosamente ponderados: «El uso de la fuerza militar es un instrumento de último recurso. Es apropiado hacer uso de ella con contención. Sin embargo, una cultura de la contención no debe convertirse en una cultura del distanciamiento. Alemania es demasiado grande para limitarse a comentar los asuntos internacionales desde los márgenes».[131] Fue lo que luego se conocería como el Consenso de Múnich.

Un pueblo vinculado a Estados Unidos a la vez ha sentido también una estrecha afinidad con su adversario durante la Guerra Fría, Rusia. Un sentimiento motivado por la geografía, la cultura, la historia… y también la culpabilidad por la guerra. Antes de 1989, el dilema resultaba más manejable. La imposición del comunismo soviético en la Europa oriental, la represión de los alzamientos populares de 1953 en Berlín Este, 1956 en Hungría y 1968 en Praga, y la construcción del Muro de Berlín en 1961 empujaron a todos los alemanes salvo los más empedernidos izquierdistas hacia la órbita de Occidente. Konrad Adenauer declaró que la integración de Alemania en la comunidad occidental era más importante que su unificación. En 1955 una Alemania occidental rearmada

se incorporó a la OTAN. La doctrina elaborada por Walter Hallstein, la máxima autoridad civil dentro del Ministerio de Defensa, estableció que la República Federal no tendría relaciones con ningún país que hubiera reconocido a la RDA. Sin embargo, en el momento de la guerra de Vietnam, la lealtad hacia Estados Unidos ya empezaba a deshilacharse. Los socialdemócratas acuñaron algunas expresiones que distinguían entre una occidentalización positiva y una negativa, equiparada al sometimiento a un belicoso Tío Sam. Coincidió con la época en que el canciller Willy Brandt estaba desplegando su política de apertura al Este, *Ostpolitik*, que intentaba llegar a un acomodo con la RDA y con el Pacto de Varsovia en general. La *Ostpolitik* tuvo dos facetas. La primera consistía en un enfoque suave, con la promoción de contactos individuales, el turismo y colaboraciones en el ámbito académico y cultural. La segunda tuvo un doble filo: en su intento de mejorar las relaciones con la URSS y sus satélites, Brandt y sus sucesores acabaron legitimando y consolidando esos regímenes. Los disidentes se sintieron abandonados. Así, por ejemplo, cuando Lech Walesa y su sindicato Solidaridad pusieron en pie el primer movimiento de oposición exitoso en Polonia, a mediados de los años ochenta, el *establishment* germano occidental dio la impresión de estar más interesado en mantener el *statu quo* en la región.

Estados Unidos consideró a Helmut Kohl, como antes a Adenauer, un socio fiable, a diferencia de los recelos manifestados por el Reino Unido y Thatcher, por lo menos en lo que respecta a la reunificación. Su relación con Schröder fue mucho más difícil, no solo por su oposición a la invasión de Irak sino también por la estrecha relación de amistad que mantenía con Vladímir Putin. Los lazos comerciales ruso-alemanes fueron importantes durante toda la Guerra Fría. La Unión Soviética tenía gas natural, pero necesitaba apoyo tecnológico y financiero para desarrollar su industria. El intercambio de «gas por gasoductos» era satisfactorio para ambas partes. El proyecto Nord Stream suponía la construcción de un gasoducto a través del mar Báltico, desde Vyborg, al noroeste de San Petersburgo, hasta la frontera germano-polaca. El accionista mayoritario del proyecto era Gazprom, el gigante energético ruso, inextricablemente vinculado a Putin y sus compinches en el ámbito de la política de seguridad. El acuerdo para la construcción del gasoducto se firmó apresuradamente diez días antes de las elecciones de 2005, que Schröder perdió por un estrecho margen frente a la nueva dirigente de la CDU, Angela Merkel. Al cabo de pocas semanas, cuando Schröder ya se disponía a abandonar el cargo, el Gobierno alemán cerró un trato extraordinario con los rusos, por el cual garantizaba que cubriría el coste de mil millones de dólares del proyecto Nord Stream si Gazprom no estaba en condiciones de devolver un crédito. Unas semanas más tarde, Schröder era

nombrado presidente de la junta de accionistas de Nord Stream AG.

Hubo muchos murmullos sobre el conflicto de intereses, pero nadie hizo nada al respecto. Los aspectos personales y políticos parecían entremezclarse. Aunque Schröder ya tenía sesenta años, él y Doris Schröder-Köpf, su esposa (la cuarta de un total de cinco), fueron autorizados a adoptar dos niños de corta edad en San Petersburgo (la ciudad natal de Putin). En aquel momento, los trámites para la adopción de menores rusos se habían vuelto muy difíciles para los occidentales, pero a los Schröder se les allanó el camino. Schröder no disimulaba su admiración por el presidente ruso. En tres ocasiones distintas, en 2004, 2006 y 2012, utilizó la misma expresión, *lupenreiner Demokrat*, un demócrata cristalino, para describir a Putin. La segunda vez, durante la presentación de sus memorias, fue más lejos: «El logro histórico del presidente Vladímir Putin es haber restablecido el Estado [ruso] como fundamento de la democracia».[132]

Schröder mantuvo sus adulaciones a Rusia sin que pareciera importarle cuán deplorables podían llegar a ser sus acciones, desde la invasión de Georgia hasta el envenenamiento en Londres de Alexander Litvinenko promovido por el Estado. Defendió al Kremlin durante su disputa con Estonia en mayo de 2007, cuando la retirada del centro de Tallin de un memorial de guerra erigido en tiempos soviéticos desembocó en un ciberataque… contra un Estado miembro de la OTAN. En vez de proceder como hicieron todos en Occidente y condenar a Rusia, Schröder dijo que Estonia había contravenido «todas las pautas de comportamiento civilizado».[133] En marzo de 2014, Schröder describió como justificable el «temor a quedar rodeado» que a su entender había llegado a sentir Putin. Describió Crimea como un «antiguo territorio ruso»[134] y consideró legal su invasión, dado que contaba con el apoyo de la población local. En 2014, mientras Occidente debatía la posible adopción de sanciones contra Rusia, Putin brindaba por Schröder en la fiesta de su septuagésimo aniversario celebrada en el palacio Yusupov de San Petersburgo. Ucrania, supuestamente aliada de Alemania, se enfureció. «Gerhard Schröder es el lobista más importante de Putin a escala mundial»,[135] declaró su ministro de Asuntos Exteriores. En 2016, Schröder pasó a ocupar la presidencia del proyecto Nord Stream 2, una expansión aún más controvertida, con Gazprom como único accionista. Un año más tarde, fue designado para ocupar un puesto no ejecutivo en la mayor empresa petrolera del Estado ruso, Rosneft. Los servicios de inteligencia usan el término «captación de las elites». Más coloquialmente, en Twitter se creó la etiqueta *#Schroederization* para designar la corrupción de las elites políticas. «Imagínense que Barack Obama actuase ahora como lobista de, pongamos por caso, el Gobierno chino en Estados Unidos»,[136] dijo el portavoz de Los Verdes en materia de asuntos

exteriores, Omid Nouripour.

En la burbuja de Berlín, algunos reaccionaron con esnobismo y recordaron que Schröder el Vendedor (como le llamaban por su imagen de persona codiciosa) había abandonado los estudios muy pronto para trabajar como peón de construcción. ¿Qué otra cosa cabía esperar? Otros sugirieron con sorna que necesitaba ganar dinero para pagar la pensión a sus exesposas. Parecía muy satisfecho de su imagen de conquistador. Cuando celebró su cuarto matrimonio, le apodaron Audi Man, por los cuatro anillos del logotipo de esa marca, pero al llegar al quinto, él mismo anunció que ya había alcanzado categoría olímpica.

La reacción intuitiva de Merkel con respecto a Rusia no podía ser más distinta de la de su predecesor. Por primera vez una criatura del comunismo gobernaba Alemania. Como todos los colegiales en la RDA, Merkel aprendió ruso. Y no solo para salir del paso, sino que fue premiada como la tercera alumna con mejor dominio del ruso de todo el país. El premio incluía un viaje a Moscú, donde compró su primer disco de los Beatles. Rusia siempre la ha fascinado. En una pared de su despacho en la cancillería tiene colgado un retrato de Catalina la Grande, la princesa pomerana que llegó a ser emperatriz de Rusia.

Putin fue el primer dirigente ruso que había trabajado en Alemania, como agente de rango medio del KGB destacado en Dresde. En diciembre de 2018, se encontró en los archivos alemanes su carné de identidad de la Stasi. Emitido en 1986 con el número de serie B217590, lleva la firma de Putin junto a la fotografía en blanco y negro de un joven encorbatado. En el reverso, los sellos trimestrales indican que estuvo en uso hasta el último trimestre de 1989. Cuando cayó el Muro, Putin había sido ascendido a comandante. Algunos relatos biográficos, que él no ha desmentido, dicen que empuñó una pistola para evitar que una muchedumbre enfurecida saquease las dependencias del KGB en Dresde y se llevase los archivos. Junto con otros camaradas quemaron grandes pilas de documentos.

Pese a encontrarse en campos opuestos de la historia, diríase que Merkel y Putin tenían suficientes puntos de referencia en común para poder llevarse bien. Tras su relación de amor con Schröder, Putin quedó anonadado al encontrarse ante una mujer —vaya temeridad— que le tenía tomada la medida. Después de reunirse por primera vez con él —en 2002, en el Kremlin, cuando todavía era jefa de la oposición—, Merkel les comentó a sus asistentes que había superado la «prueba del KGB»[137] y sostenido su mirada. (Puedo dar fe, después de haber pasado cuatro horas y media junto a él en una pequeña reunión nocturna en su residencia de las afueras de Moscú, que la mirada de Putin es intimidante y se requiere una cierta fortaleza de ánimo para devolvérsela). El encuentro más

curioso tuvo lugar en 2007, en el palacio de Putin a orillas del mar Negro. Aparentemente informado de que su huésped tenía terror a los perros de gran tamaño como secuela de un incidente sufrido en la infancia cuando uno la mordió, Putin hizo entrar a su gran perra labrador negra a la sala donde estaban conversando. La perra, llamada Konnie, permaneció a su lado, mientras ambos estaban sentados frente a frente. En las fotos del encuentro se puede apreciar la expresión angustiada de Merkel mientras la voluminosa perra la olfatea y luego se echa cerca de sus pies. Ella permanece impertérrita sin moverse. Putin la mira con una sonrisa malévola. «Espero que la perra no la moleste. Es muy amistosa y seguro que se portará bien».[138] A lo cual Merkel respondió con otra pulla, en perfecto ruso: «Por lo menos no se come a los periodistas».[139]

Según afirma uno de sus biógrafos, Merkel tiene un perfecto control de sus impulsos. Raras veces manifiesta ninguna reacción emocional de inmediato, aunque luego expresa su disgusto. Putin se excusó posteriormente, alegando que desconocía su fobia a los perros. Funcionarios alemanes han dado a entender que casi con toda seguridad se le habría informado al respecto. El incidente del perro no es algo que pudiera influir demasiado en la actitud de Merkel; sin embargo, marcó una pauta de desconfianza. Ella no le debía ningún favor a Putin y en 2014, ante la tácita satisfacción estadounidense y de otros en Europa, dejó claro que estaba dispuesta a plantarle cara. Unas semanas después de las crisis de Crimea y de Ucrania, hubo sospechas de que los rusos habían intervenido en el derribo del vuelo 17 de Malaysian Airlines, que causó la muerte de la totalidad de los 283 pasajeros y 15 tripulantes. Merkel respondió asegurándose de que la Unión Europea impusiese las sanciones más amplias jamás adoptadas desde el colapso de la URSS. Asumió el papel de halcón en jefe y presionó hasta conseguir su aprobación pese a las resistencias en el seno de su coalición. Las sanciones se fueron endureciendo en sucesivas rondas. En noviembre de 2014, Merkel declaró: «¿Quién habría creído posible que ocurriera una cosa así en el corazón de Europa veinticinco años después de la caída del Muro de Berlín? No debemos permitir que sigan prevaleciendo los viejos planteamientos sobre esferas de influencia, al amparo de las cuales se pisotea la legalidad internacional».[140]

Junto con su decisión sobre los inmigrantes, la línea dura con respecto a Rusia fue otro de los grandes riesgos, muy poco característicos de su estilo, que han definido el mandato de Merkel. Obsesivamente atenta a los sondeos y los resultados de los grupos de opinión, Merkel estaba perfectamente al tanto de las amplias simpatías que suscitaba Rusia entre la opinión pública y las grandes empresas la presionaban continuamente para inducirla a obrar con tiento. Su osadía era en parte fruto de su historia personal: los años vividos en la RDA le

habían generado un rechazo visceral hacia matones despiadados como Putin. Pero yo diría que también era una cuestión de principios. Cuando consideraba llegado el momento de abandonar la prudencia, así lo hacía.

El único ámbito en el que sintió que no podía intervenir fue el del gasoducto Nord Stream. Cuando el primer proyecto ya estaba casi acabado, el Parlamento aprobó la construcción de un segundo gasoducto adicional. La posición oficial alemana era que la ampliación del proyecto no implicaba ningún riesgo. Al contrario, generaría una interdependencia mutua que aproximaría más a Rusia a la órbita de Occidente. El comportamiento de Putin sugería, no obstante, otra cosa. Los dirigentes empresariales instaron a Merkel a ignorar las preocupaciones de Estados Unidos en materia de seguridad y ella así lo hizo. Las grandes empresas alemanas no fueron el único grupo de presión que intervino. Todos los dirigentes de los estados federados del Este, sin distinciones de partidos, la instaban a mejorar las relaciones con Rusia. Michael Kretschmer, primer ministro de Sajonia y de su mismo partido, la CDU, manifestó en septiembre de 2019 durante su campaña para la reelección: «Como político alemán, pienso en las numerosas empresas, sobre todo en los estados de la antigua Alemania del Este, que se han visto especialmente afectadas por las consecuencias de la política de sanciones».[141] Añadió que, según datos de la Cámara de Comercio de Dresde, las empresas sajonas, que venían manteniendo lazos comerciales con Rusia desde hacía largo tiempo, en 2018 habían visto reducirse en un 60 por ciento sus exportaciones a ese país, comparadas con el volumen de 2013. Dietmar Woidke, de Brandemburgo, declaró en vísperas de las elecciones en su estado federado, que iban a celebrarse en la misma fecha: «En la Alemania del Este son muchas las personas que mantienen una relación personal con Rusia, cultivan amistades rusas y hablan su lengua. Como resultado muchos han desarrollado una vinculación emocional».[142]

Las encuestas de opinión indican reiteradamente que una gran mayoría de votantes, sobre todo en el Este, desean mantener relaciones más estrechas con Rusia. Puede parecer incongruente vistas las ansias desesperadas de muchos por huir de la RDA rumbo al Occidente, pero esa afinidad tiene profundas raíces culturales, geográficas e históricas. Aun así, buena parte de la credulidad con respecto a Rusia es contemporánea y perniciosa. Putin y su sofisticado aparato de propaganda han conseguido disociar su Rusia de los antecedentes del comunismo soviético en la Alemania del Este. Se sospecha que Rusia insufla dinero tanto a la AfD como a Die Linke, aunque hasta la fecha las investigaciones no han conseguido aportar pruebas decisivas (a diferencia de lo ocurrido en el caso del Rassemblement National, antes Front National, de Marine Le Pen en Francia, la

vinculación económica con el cual nadie niega). El Kremlin es ecléctico en sus preferencias, apoya a partidos de extrema derecha y de extrema izquierda, campañas de independización y, evidentemente, el *brexit*, lo que sea con tal de socavar la democracia liberal y la cohesión europea. Ha creado un circuito de información. La AfD sigue los dictados del Kremlin. Sus dirigentes han apoyado la anexión de Crimea y la invasión del este de Ucrania, incluso con el envío de lo que designó ridículamente como «observadores electorales». También se han reunido con miembros del grupo de jóvenes nacionalistas. RT, la cadena de televisión internacional rusa, suele hacer suyos los planteamientos de la AfD y transmite en directo las marchas tóxicas del grupo Pegida. Sus emisiones en lengua alemana tienen una fuerte implantación en los estados federados orientales y capitalizan la hostilidad de algunos contra los medios convencionales *Wessis*. Uno de los programas más vistos es *Der fehlende Part* (La parte que falta), que ofrece con regularidad un menú de reportajes alarmistas sobre la inmigración y la seguridad en el empleo. Muchos de los alrededor de tres millones de inmigrantes de etnia alemana llegados de Rusia, los llamados reasentados tardíos, siguen simpatizando con el Kremlin. Al parecer esperaban encontrar un país étnicamente más homogéneo y tradicional, como el que les habían descrito sus abuelos. En cambio, se encontraron con un país cosmopolita y quedaron horrorizados. Esas personas reasentadas fueron blanco inmediato de la AfD. Dado que acceden automáticamente al derecho al voto, constituyen un cuerpo de electores significativo.

En 2016 el libro blanco sobre temas de defensa que publica anualmente Alemania mencionó por primera vez el uso de técnicas de guerra híbrida por parte de Rusia. «El uso creciente por parte de Rusia de instrumentos híbridos para difuminar deliberadamente las fronteras entre la guerra y la paz genera incertidumbre sobre el carácter de sus intenciones».[143] Los rusos, decía el informe, estaban difuminando esos límites de varias maneras. El GRU, el servicio de inteligencia militar, había coordinado una serie de ciberataques a través de una de sus unidades, la APT28, conocida en el mundo de los piratas informáticos como «Fancy Bear». El más peligroso había sido una infiltración en el sistema de mensajería electrónica del Bundestag en 2016. Habían robado una gran cantidad de datos que ahora podrían filtrar para desprestigiar a determinados partidos e instituciones. *Die Zeit*, en una investigación titulada «Merkel y Fancy Bear», reveló el alcance de las acciones de jaqueo rusas, pero también la lamentable ausencia de medidas preventivas por parte del equipo de ciberseguridad del Parlamento. Citaba al responsable de políticas cibernéticas del Ministerio de Asuntos Exteriores, que había reclamado una respuesta. La expresión utilizada

fue «jaqueémoslos también». El Consejo de Seguridad de Merkel decidió no responder con un contraataque y optó por redactar, en cambio, un proyecto de ley que establecía un marco jurídico que permitiera orquestar contraataques digitales en caso de futuros incidentes.

Durante el periodo previo a las elecciones de 2017, los políticos y responsables de seguridad alemanes estuvieron atentos a posibles nuevos sabotajes y filtraciones. Durante los últimos días de la campaña, hubo una avalancha de mensajes de apoyo a la AfD lanzados desde diversos bots. A esas alturas, su efecto fue probablemente limitado. La labor de desinformación más eficaz se había llevado a cabo mucho antes. En los últimos años se han publicado y difundido muchas noticias falsas, todas con un sesgo contrario a la inmigración. El caso «Lisa» fue el más notorio. Una niña de trece años de origen étnico ruso residente en la zona oriental de Berlín había sido secuestrada y violada por una banda de hombres de aspecto árabe y africano. La población local indignada organizó una manifestación de protesta contra los inmigrantes, a la cual se sumaron ciudadanos indignados llegados de más lejos. Pero todo había sido una invención. Resultó que la chica estaba con una amiga y había hecho novillos. Finalmente, así lo reconoció ante sus padres y en el colegio, pero mientras tanto la noticia había tenido un impacto internacional. Un sitio web ruso en alemán inició y promovió su difusión. La televisión rusa informó sobre el suceso en directo. La web preferida de Donald Trump, Breitbart, también la promocionó. Otra noticia afirmaba que un hombre había prendido fuego a la iglesia más antigua de Alemania al grito de «*Allahu Akbar*». Todo era falso. Lo que en realidad había ocurrido era que una iglesia de Dortmund, no la más antigua ni mucho menos, había sufrido un pequeño incendio provocado por un cortocircuito. Se habían quemado las mallas de protección de unos andamios y el fuego había quedado apagado en unos doce minutos.

Según los expertos en ciberseguridad alemanes y de la Unión Europea, Merkel ha sido blanco de más ataques que ningún otro político europeo importante, con un goteo diario de noticias falsas destinadas a desprestigiarla y, sobre todo, a desautorizar su política de mano dura con respecto a Rusia. Algunas surten efecto, otras son fantasías. Así, al parecer estaba informada de que se produciría un ataque terrorista en el mercado navideño de Berlín y guardó silencio. Parece ser que era hija de Adolf Hitler (y tenían una foto —trucada— que lo demostraba). Él no había muerto en el búnker y había engendrado una criatura más tarde, o bien, alternativamente, se había conservado su esperma congelado. Aún no habían conseguido desentrañar ese enigma.

Mientras tanto, el pirateo ruso de las comunicaciones del Parlamento ha

continuado sin tregua. En diciembre de 2018 una cuenta falsa de Twitter, diseñada para publicar noticias serializadas a lo largo de varios días, a semejanza de un calendario de adviento, difundió documentos y datos personales de diversos políticos que no eran del agrado del Kremlin, diputados destacados de la mayoría de los partidos con la notoria excepción de la AfD. Los Verdes fueron blanco especial de los ataques. A diferencia del SPD, han mantenido un marcado escepticismo con respecto a Rusia.

Merkel siguió adelante con su habitual resiliencia y resistencia a dejarse desplazar. Justamente cuando los estadounidenses y otros pensaban que se había ablandado, les sorprendió. En agosto de 2019, un exiliado checheno que en los años noventa había estado al mando de fuerzas separatistas en la guerra contra Rusia fue asesinado en un parque de Berlín cuando se dirigía a la mezquita. El asesino, disfrazado con una peluca, se le acercó por la espalda montado en una bicicleta y le disparó con una pistola Glock equipada con un silenciador. Poco después detuvieron a un hombre, pero la policía de Berlín no consiguió sonsacarle nada. En las embajadas extranjeras se sospechaba que el Gobierno estaba intentando barrer el caso bajo la alfombra para minimizar los daños diplomáticos. Entonces, de repente, en diciembre se decidió trasladarlo al fiscal federal, como se debería haber hecho desde un principio. Al cabo de veinticuatro horas, se anunció la expulsión de dos diplomáticos rusos. Quizás no parezca una represalia demasiado importante, pero fue la medida de mayor calado adoptada contra Rusia por una potencia europea desde la expulsión en 2018 de más de un centenar de diplomáticos rusos por parte de veinte países occidentales como protesta por el envenenamiento de Serguéi Skripal y su hija con gas nervioso en la ciudad inglesa de Salisbury. Merkel tuvo un papel crucial en la coordinación de esa acción en toda la Unión Europea; hecho que los británicos no le agradecieron especialmente.

En 2020 ocurrió otro incidente aún más delicado, esa vez iniciado en un lugar distante. En agosto de ese año, el dirigente más destacado de la oposición rusa, Alexéi Navalni, fue envenenado. Mientras yacía casi moribundo en un hospital de la ciudad siberiana de Omsk, Merkel convenció a Putin para que autorizase su traslado en avión, al cuidado de médicos alemanes, al hospital de la Charité de Berlín. La petición finalmente fue aceptada y al cabo de un tiempo Navalni comenzó a recuperarse, fue dado de alta y se le proporcionó una vivienda segura. Médicos alemanes, franceses y suecos confirmaron el método utilizado: novichok, la misma sustancia ya empleada contra Skripal. Con el lenguaje directo que últimamente la caracterizaba, Merkel calificó lo ocurrido como «un atentado criminal contra los valores fundamentales que nosotros

defendemos» y denunció abiertamente al Estado ruso por el intento de asesinato. En enero de 2021, Navalni regresó a Moscú a sabiendas de que un largo encarcelamiento era una perspectiva casi segura, y otro intento de asesinato por parte del Estado, una probabilidad. En todo el país hubo manifestaciones, mientras Putin era consciente de que en esa ocasión se enfrentaba a una amenaza más potente. Su respuesta por defecto fue recurrir a la violencia y la intimidación. ¿Reaccionaría por fin el mundo con mayor contundencia contra él? Muchas miradas estaban puestas en Alemania.

Merkel nunca se ha dejado intimidar por Putin. Y es una hazaña notable. En cambio, el historial de Schröder en sus relaciones con Rusia fue espantoso y la propensión de muchos votantes a conceder al Kremlin el beneficio de la duda resulta preocupante. Pero —y es un gran pero— antes de criticar a Alemania, otros deberían considerar primero más atentamente qué ocurre en su propio país. A lo largo de las décadas de 1990 y 2000, Londres se convirtió bajo sucesivos Gobiernos en el centro mundial para el lavado de dinero, con el apodo de Londresgrado. Los oligarcas rusos fueron agasajados por ministros, miembros de la realeza, miembros del Parlamento y de la Cámara de los Lores, celebridades, altos ejecutivos, directores de colegios privados, abogados especializados en querellas por difamación y, naturalmente, gestores financieros. El *establishment* británico extendió la alfombra roja ignorando deliberadamente el origen de la riqueza de sus nuevos amigos predilectos. Recuerdo habérselo reprochado a un ministro del Gobierno de Tony Blair en 2005, poco más o menos. «No hay que ser tan puntilloso —me respondió—. Todo el dinero es bueno, sobre todo si nos ayuda a construir escuelas y hospitales». Varios asesinatos espectaculares obligaron al Reino Unido a endurecer sus medidas de seguridad, pero en el aspecto financiero los vínculos son al menos tan poco edificantes como cualquier actuación que haya tenido Alemania. El Partido Conservador gobernante ha aceptado repetidamente donativos de oligarcas, que han llegado a sumar un total de 3,5 millones de libras esterlinas a lo largo de la pasada década,[144] incluida la absurda idea de pagar decenas de miles de libras esterlinas por jugar al tenis con David Cameron o Boris Johnson. Cuando la Comisión de Inteligencia y Seguridad del Parlamento expresó su preocupación por esos sórdidos tratos, Johnson se resistió a hacerlo público durante varios meses. Otros países también se han dejado comprar, como por ejemplo Italia. Y, evidentemente, subsisten los continuos interrogantes sobre Donald Trump y sus vinculaciones con el Kremlin.

Trump detestó a Merkel desde el primer momento. Y no se la puede culpar a ella por no haberse esforzado. A finales de 2016, durante el periodo de transición,

Obama la visitó antes de dejar la presidencia. Dedicaron la velada a pasar revista a los problemas del mundo. Merkel tenía claro que lo echaría de menos. Trump la había insultado de manera rutinaria, más que a ninguna otra personalidad extranjera, a lo largo de su campaña electoral. «Han elegido a la persona que está arruinando a Alemania —comentó a propósito de su elección como Persona del Año por la revista *Time*. Lo que más le molestó fue que la revista la describiese como canciller del mundo libre—. Lo que Merkel ha hecho a Alemania es lamentable, una lamentable vergüenza».[145]

Y sin embargo, la mujer que adoraba a Reagan y quería cruzar las llanuras norteamericanas en coche es, por instinto, una atlantista acérrima. Quería que Estados Unidos siguiese considerando a Alemania como su socio de mayor confianza. Recordemos la pregunta de Henry Kissinger que se hizo famosa: «¿A quién tengo que llamar si quiero hablar con Europa?».[146] Desde George Bush padre hasta Obama, la respuesta no fue la que habrían deseado escuchar los británicos. Invariablemente fue Alemania. La llamada «relación especial» con el Reino Unido, que fue vital durante los primeros decenios después de la guerra, se había convertido en un recurso retórico de los diplomáticos estadounidenses para contentar a los británicos. Y los primeros ministros, desde Blair hasta Johnson, vieron la subordinación como la mejor manera de congraciarse.

Merkel hizo las cosas a su manera. Pero también topó con contratiempos difíciles de capear. Y hubo varios, ya mucho antes de Trump. Algunas de las revelaciones más perjudiciales que sacaron a la luz las decenas de miles de cablegramas altamente secretos desvelados por el delator Edward Snowden hacían referencia a Alemania. La más grave era que la Agencia Nacional de Seguridad estadounidense (NSA) había tenido intervenido el teléfono móvil personal de Merkel durante varios años. En 2013, gracias a un examen de los archivos filtrados por Snowden realizado por la revista *Der Spiegel* salió a la luz que la embajada de Estados Unidos en Berlín había estado actuando como centro de operaciones de inteligencia de la NSA. Desde allí se habían estado interceptando y almacenando durante años las comunicaciones entre políticos alemanes de alto rango, incluidas las de la misma Merkel, usuaria obsesiva del teléfono móvil. Todos los datos reunidos por la operación Einstein, así se la llamaba, eran remitidos a la sede central de la NSA donde quedaban almacenados en una base de datos de «información focalizada». Un documento de 2009 y publicado en 2014 indicaba que Merkel formaba parte de un grupo de ciento veintidós dirigentes mundiales incluidos en dicha base de datos, conocida también como Nimrod. Figuraba en la primera página de la lista ordenada alfabéticamente por los nombres de pila, debajo del presidente de Mali e

inmediatamente antes del sanguinario presidente sirio Bashar al-Asad. Esto ocurrió bajo el régimen de Obama. Alemania era supuestamente uno de los más firmes aliados de Estados Unidos. Merkel se enfureció al saberlo y perdió por una vez su famoso control de las reacciones impulsivas. En una airada conversación telefónica con Obama, que luego compartió deliberadamente con *Der Spiegel*, le dijo: «Esto es actuar como la Stasi».[147]

Las relaciones se siguieron deteriorando tras dos casos de espionaje directo: se descubrió que un funcionario de bajo rango del servicio de inteligencia exterior alemán destinado en Múnich y un soldado destinado en el Ministerio de Defensa estaban pasando información a los estadounidenses. En uno de los casos, elementos de prueba confidenciales presentados ante la comisión parlamentaria encargada de investigar el espionaje del teléfono de la canciller volvieron a acabar en manos estadounidenses. Merkel ordenó la expulsión del jefe del destacamento de la CIA, una medida sin precedentes entre dos países aliados. La cooperación en materia de inteligencia quedó suspendida temporalmente. Merkel invitó a Obama a suscribir un pacto de no espionaje, algo que Estados Unidos no tiene ni con sus aliados más próximos en el ámbito de la seguridad. El conflicto puso de manifiesto la magnitud de las suspicacias entre Estados Unidos y Alemania. Su relación en materia de seguridad dista mucho de la que mantienen los miembros del grupo Five Eyes, en cuyo seno Australia, Canadá, Nueva Zelanda, el Reino Unido y Estados Unidos comparten información con mayor facilidad. Obama rechazó la petición de Merkel. En el momento culminante de la disputa, los sondeos de opinión indicaron que un 60 por ciento de alemanes consideraban a Snowden como un héroe. Según una encuesta de la cadena de televisión ARD, el apoyo a favor de Obama, que era del 88 por ciento en el momento de su toma de posesión, se había reducido al 43 por ciento. Solo un 35 por ciento de alemanes consideraban a Estados Unidos como un buen socio, una cifra solo marginalmente superior a la de quienes opinaban lo mismo de Rusia.[148]

Y todo esto antes de que Trump entrara en escena.

En marzo de 2017, Merkel voló hasta Washington para celebrar su primera reunión con el nuevo presidente. Se había preparado diligentemente. Había repasado una entrevista publicada en 1990 en la revista *Playboy* que había llegado a ser un texto de referencia sobre el trumpismo —o lo que más se le aproximaba— para los responsables políticos. Había leído su libro de 1987, *El arte de la negociación*. Incluso había visionado algunos episodios de su programa de televisión, *The Apprentice*.

El encuentro empezó mal. Ella le tendió la mano en el despacho oval, delante

de las cámaras. Él no le correspondió. Su estudiada contención, su mente profundamente analítica, eran anatema para él. Sus asistentes dicen que Merkel aprendió a exponerle los problemas complejos troceándolos para reducirlos a un tamaño digerible. Trump interpretaba toda su manera de actuar como una muestra de arrogancia. Desde luego, él tenía todo un historial misógino y algunos señalaron esta misoginia como la causa de su antipatía. Otros la atribuyeron a un resentimiento narcisista por el hecho de que otra persona recibiese el apelativo de defensora de la democracia en todas partes del mundo. Detestaba que otros recibiesen los elogios.

A los dieciocho meses del mandato de Trump, Merkel concluyó con pesar que sería imposible establecer ningún tipo de relación significativa con él. Lo máximo que podía esperar era llegar a gestionar el problema. En 2018, anticipándose a la cumbre del G7 que se iba a celebrar en Canadá, Trump impuso aranceles a las importaciones de acero y aluminio. Un mes antes había anunciado que Estados Unidos abandonaba el pacto internacional con Irán (JCPOA), en virtud del cual este país se comprometía a eliminar sus reservas de uranio enriquecido a cambio de una retirada gradual de las sanciones. Trump no solo se negó a ser parte del acuerdo, sino que además restableció las sanciones con efecto inmediato e impuso otras adicionales a cualquier empresa internacional que mantuviese relaciones comerciales con Irán. Esto fue un duro golpe para las empresas alemanas.

El periodo previo a la cumbre del G7 fue difícil y durante su celebración reinó un ambiente espantoso. Llegado un momento, todos los asistentes, con Merkel a la cabeza, plantaron cara a un sedentario y enfurruñado Trump. La imagen tomada por el fotógrafo oficial del Gobierno alemán se hizo viral y llegó a todas partes del mundo. Al acabar las conversaciones habían conseguido pergeñar un comunicado anodino en el que todos los dirigentes allí reunidos declaraban su compromiso a favor de un «comercio libre, justo y mutuamente beneficioso».[149] Trump se marchó antes para acudir a un encuentro en Singapur con Kim Jong-un, el dictador norcoreano, un hombre con quien parecía tener mayor afinidad personal que con aquellos con quienes acababa de reunirse. Durante el vuelo nocturno de regreso a casa, un funcionario despertó a Merkel para comunicarle que el presidente de Estados Unidos había roto el acuerdo del G7. Molesto, según le dijeron, por algún comentario de Justin Trudeau durante su conferencia de prensa final, Trump había lanzado una diatriba contra el primer ministro canadiense.

La relación se siguió deteriorando. El año siguiente, Trump se retiró del Acuerdo de París sobre el cambio climático. Pese a ello, el presidente de Francia,

Emmanuel Macron, decidió adoptar un enfoque distinto al de Merkel. En vez de miradas impasibles, se abocó a promover un romance. Invitó a Trump a inspeccionar las tropas con motivo del desfile del día de la toma de la Bastilla. Trump quedó fascinado y lamentó que Estados Unidos no dispusiera de una marcha militar parecida que él pudiera presidir. Al cabo de un año, la táctica de Macron no había resultado más exitosa. Sin embargo, en Merkel había algo que irritaba a Trump como no lo hacía ningún otro dirigente. Aprovechaba cualquier oportunidad para atacarla, a través de su vehículo preferido: Twitter. «En Alemania la gente comienza a volverse en contra de sus gobernantes mientras la inmigración zarandea la coalición ya frágil que gobierna en Berlín. La delincuencia está aumentando en Alemania —tuiteó incorrectamente—. En toda Europa están cometiendo un gran error al permitir la entrada de millones de personas que acaban de pasar por un cambio tan intenso y tan violento de cultura».[150]

Nombró a un halcón de toda la vida, reciclado como comentarista provocador de Fox News, Richard Grenell, como embajador de Estados Unidos en Berlín. Este empuñó de inmediato el hacha de guerra, comenzó a atacar de manera rutinaria al Gobierno y se declaró dispuesto a «empoderar a los conservadores»[151] en toda Europa. No se refería a Merkel, sino al creciente número de nacionalistas autoritarios que tenía a su alrededor. Varios diputados instaron al ministro de Asuntos Exteriores a declararle *persona non grata*. Merkel se resistió, pero todo ello decía mucho sobre el deterioro de las relaciones.

El estilo de Trump no estaba diseñado para atraer simpatías, pero esto no implica que todas sus críticas fuesen injustificadas. Sus recelos con respecto a Rusia y el proyecto Nord Stream eran legítimos. El conflicto más visible giraba en torno al gasto de defensa y era anterior a su mandato. En 2014, en una cumbre de la OTAN celebrada en Cardiff, los países miembros acordaron «avanzar progresivamente» hacia el cumplimiento del objetivo de un presupuesto de defensa equivalente al 2 por ciento del PIB para 2024. Un progreso lento, pero que suponía un cambio. En aquel momento, solo tres países cumplían ese objetivo. Alemania no era el único rezagado. Pero sí el más visible, por su tamaño y su capacidad económica. Pasados cinco años, ocho países habían superado en mayor o menor medida el umbral del 2 por ciento. Varios se habían quedado terriblemente por debajo, entre ellos Canadá, Italia y España. Alemania dedicaba a defensa solo un 1,24 por ciento de su PIB. Con la promesa de elevar esa proporción hasta el 1,5 por ciento para 2025. Y el cálculo aún podría ser optimista.

Hasta 1990, Alemania había cumplido el objetivo de la OTAN. A mediados

de la década de 1980, su presupuesto de defensa era aproximadamente equivalente al dedicado a gastos sociales. La reunificación cambió muchas de las prioridades de la población. Cuando las tropas soviéticas empezaron a retirarse de la RDA, los votantes quisieron obtener dividendos de la paz. Vista la enorme cantidad de dinero que era preciso dedicar a reanimar la economía moribunda y las infraestructuras del Este, ¿por qué no obtenerlo reasignando el gasto militar superfluo? Los políticos señalan las encuestas de opinión siempre que reciben reproches por el bajo presupuesto de defensa.

La encuesta más reciente del Pew Research Center sobre actitudes de la población mundial, realizada en 2019,[152] pone de manifiesto la ambivalencia de muchos alemanes con respecto a la Alianza Atlántica, junto con el deseo de una aproximación a Rusia. El número de alemanes que valoran positivamente la OTAN ha descendido de un 73 a un 57 por ciento en los últimos cinco años. (Este retroceso es aún mayor en Francia, del 71 al 49 por ciento. La popularidad de la OTAN solo ha aumentado en los países que se sienten directamente amenazados por Rusia, como Lituania y Polonia). A la pregunta sobre si su país debería actuar en cumplimiento del artículo 5, el que establece la obligación de defensa mutua entre los miembros de la Alianza, solo un 34 por ciento de alemanes respondió afirmativamente, muy por debajo de la media europea. A la pregunta de si consideran más importante mantener una relación sólida con Estados Unidos o con Rusia, un 39 por ciento de alemanes se inclinaron por el primero, frente a un 25 por ciento más favorables a la segunda. Solo los búlgaros manifestaron una actitud más favorable a Rusia y por un margen reducido.

En 1990, las fuerzas armadas alemanas, la Bundeswehr, sumaban quinientos mil efectivos. En 2018, el reclutamiento fue el más bajo jamás registrado. Solo veinte mil reclutas se incorporaron ese año. Un número equivalente de puestos de oficiales y suboficiales quedaron sin cubrir. Las fuerzas armadas cuentan actualmente con un total aproximado de doscientos mil efectivos. La Bundeswehr ha iniciado una campaña de reclutamiento y ha empezado a experimentar con el recurso a vídeos de YouTube para atraer a más jóvenes. Con niveles de ocupación cercanos al pleno empleo, muchos jóvenes alemanes no parecen inclinados a contemplar la idea de iniciar una carrera en las fuerzas armadas. Su presencia raras veces es visible. En Alemania no se organizan actos de aclamación pública hacia las fuerzas armadas, como se hace en Francia, Rusia, el Reino Unido y otros países. Cuando salen de sus cuarteles, los soldados visten casi siempre de civil. La decisión de suprimir el servicio militar obligatorio, adoptada en 2011, fue insólita para un Gobierno de centroderecha. Hasta entonces el servicio militar había sido obligatorio para todos los varones jóvenes, aunque podían optar por un servicio

civil si formulaban una objeción de conciencia. La exención más amplia se aplicó antes de la unificación a los ciudadanos de Berlín occidental, todavía formalmente bajo control aliado, una particularidad que contribuyó a dotar a la ciudad-isla de un carácter singular. Desde que se suprimió el servicio militar obligatorio y se cerraron las bases, vastas zonas del país no tienen ningún contacto con las fuerzas armadas. Algunos políticos de la CDU han intentado presionar a Merkel para que reintroduzca un servicio civil universal, pero ella se sigue resistiendo. El Ejército también ha perdido especialistas. Bastantes ingenieros lo han dejado por empleos mejor remunerados en el sector privado. El problema más significativo es el deterioro del material. Hubo un momento en que menos de la mitad de la flota de aviones militares de transporte, Tornados y turborreactores Eurofighter estaban en condiciones de entrar en combate. Los seis submarinos estaban todos inoperativos.[153]

Las acciones de Rusia en Crimea y Ucrania oriental impusieron un replanteamiento. El presupuesto de defensa se ha incrementado un 40 por ciento desde 2014, pero a partir de un nivel todavía bajo. En palabras de Merkel, este aumento del gasto significa «un gran paso desde el punto de vista alemán».[154] Dicho de otro modo: sean indulgentes. Pese a las críticas, Alemania mantiene una red de relaciones de colaboración militar más amplia que ningún otro país europeo. Mantiene unidades militares conjuntas con seis de sus nueve países vecinos. Como parte del esfuerzo para respaldar a los miembros de la OTAN situados en la línea más avanzada frente a Rusia, bajo la llamada Presencia Avanzada Reforzada (*Enhanced Forward Presence*), se encomendó a Alemania el destacamento de tropas en Lituania, junto con las que enviarían el Reino Unido a Estonia, Canadá a Letonia y Estados Unidos a Polonia. La fuerza aérea alemana también opera en Estonia, donde colabora con la fuerza aérea nacional para repeler las incursiones de aviones rusos en su espacio aéreo. Alemania mantiene una fuerza conjunta con Polonia y Dinamarca, y otra con los Países Bajos. Ha adiestrado a los peshmergas, las fuerzas kurdas en Irak, y les ha suministrado armas en el marco de la campaña multilateral contra el Estado Islámico. Aviones de combate Tornado alemanes han realizado acciones de reconocimiento en Irak y Siria en apoyo de las fuerzas estadounidenses allí destacadas. Uno de los mayores despliegues de la Bundeswehr tiene lugar en Mali, en África occidental, en el marco de una misión de mantenimiento de la paz de la ONU.

Una de las novedades más importantes ha sido la creación de PESCO, la Cooperación Estructurada Permanente en materia de Defensa, en cuyo marco veinticinco Estados de la Unión Europea han emprendido más de treinta proyectos militares conjuntos. Estos incluyen ámbitos como los drones de

combate, la vigilancia espacial, la formación en el manejo de helicópteros, el comando médico, los equipos de respuesta cibernética rápida y las medidas contra las minas marítimas. También está prevista la creación de una academia de espionaje. La dirección de dicha Escuela Conjunta de Inteligencia de la Unión Europea estará a cargo de Chipre y Grecia, una decisión tal vez no demasiado acertada teniendo en cuenta que ambos Estados miembros mantienen estrechas relaciones con Rusia y China. Uno de los objetivos de PESCO es desarrollar conjuntamente «capacidades de defensa y ponerlas a disposición de las operaciones militares de la Unión».[155] A principios de 2019, Ursula von der Leyen, entonces ministra de Defensa alemana, declaró: «El ejército europeo ya empieza a tomar forma».[156] Franceses y alemanes mantienen discrepancias con respecto a la estrategia que seguir. En 2018, Macron encabezó la propuesta de crear una Iniciativa de Intervención Europea (EI2), encargada de la preparación para hacer frente a futuras crisis. Francia concibe la Unión Europea como una fuerza militar potencial. Alemania se muestra más cautelosa. Merkel se ha resistido a promover la UE como una alternativa a la OTAN. Ya tiene suficientes problemas con los estadounidenses en las presentes circunstancias.

Estratégicamente, no obstante, el mayor quebradero de cabeza para Alemania en el ámbito de las relaciones internacionales lo plantea China. Duisburgo es una de las ciudades de la región del Ruhr, intensamente industrializada y que ahora pasa por momentos difíciles. Hace unos años, su alcalde puso en marcha un proyecto de rehabilitación que la ha transformado. China ha tenido un papel estelar. Pude hablar con el portavoz de China en Duisburgo en el ornamentado edificio del ayuntamiento de la ciudad. Johannes Pflug me explicó cómo había llegado a ocupar ese cargo. Hace unos años, siendo diputado en el Bundestag, encabezó una delegación parlamentaria a China. El grupo fue invitado a visionar una presentación en PowerPoint. Esta empezaba directamente con un mapa de Alemania sobre el cual aparecían señaladas dos ciudades: Berlín y Duisburgo. A Pflug se le escapaba el motivo. «Les comenté, muy educadamente, que quizás se referían a Hamburgo o Múnich. O a lo mejor había habido un error en la transliteración y su intención era escribir “Düsseldorf”».

No era un error. Los chinos ya habían examinado el lugar. Querían convertir a Duisburgo en su destino más importante en toda Europa. Al igual que la Alemania imperial había planificado la construcción del ferrocarril que uniría Berlín y Bagdad, los chinos tenían ahora su «Iniciativa de la Franja y la Ruta» (*Belt and Road*). ¿Y por qué habían elegido Duisburgo? Su localización siempre ha sido el mayor activo de la ciudad. En el siglo XVI, el gran cartógrafo flamenco

Gerardus Mercator pasó los últimos treinta años de su vida en Duisburgo y allí publicó un volumen de mapas de Europa, el primer «atlas» designado con ese nombre. Cerca del edificio del ayuntamiento, el *Rathaus*, hay una estatua de Mercator. De hecho, si clavásemos un alfiler en el punto central de un mapa actual de Europa, quedaría situado más o menos en ese punto. Duisburgo se alza en la confluencia de los ríos Rin y Ruhr. Hasta allí llegan autopistas procedentes del norte, el sur, el este y el oeste. Cuenta con el puerto fluvial más grande de Europa. El aeropuerto internacional de Düsseldorf no queda lejos. Y la ciudad se encuentra en el punto central de la red ferroviaria europea.

La Iniciativa de la Franja y Ruta, que el presidente Xi Jinping puso en marcha en 2013, también es conocida como la Ruta de la Seda del siglo XXI o el Plan Marshall de China para el resto del mundo. Es una red de distribución de la actividad comercial y la influencia chinas, una «franja» de corredores terrestres y una «ruta» marítima con diversos trayectos que abarcan setenta y un países, la mitad de la población mundial y una cuarta parte del PIB global. Un proyecto aterrador para Occidente.

Duisburgo fue elegida como su destino final. Un lugar barato, con una localización perfecta y… ansioso de recibir inversiones. Las mercancías se podrían trasladar desde aquí a toda Europa y más allá por carretera, ferrocarril, barco o barcazas. El alcalde de la ciudad se apresuró a firmar el acuerdo. Un año después, Xi realizó una parada especial en Duisburgo durante una visita oficial a Alemania. Su llegada, programada para hacerla coincidir con la entrada de un tren de mercancías adornado con guirnaldas rojas, fue recibida con canciones mineras ejecutadas por una orquesta tradicional y grupos de niños y niñas de la ciudad con pancartas estampadas con caracteres chinos. Treinta trenes semanales realizan actualmente el trayecto entre China y Alemania a través de la Franja y Ruta. Salen de Shanghái, Wuhan, Chongqing o Chengdu rumbo al norte pasando por Almaty, en Kazajistán, Moscú y Varsovia. Llegan cargados de prendas de vestir, juguetes y productos electrónicos. Luego emprenden el camino de regreso en dirección contraria con un cargamento de coches alemanes, *whisky* escocés, vinos franceses y otros productos. Pueden verse letreros que proclaman: «Somos la ciudad china en Alemania».

El dinero chino tuvo efectos inmediatos. Duisport, la empresa creada para gestionar el puerto, se está expandiendo con tanta rapidez que ya comienza a disputar a Hamburgo la posición de primer puerto de Alemania. Se está construyendo un centro de negocios contiguo, que servirá de base de operaciones desde donde las empresas podrán gestionar sus relaciones con los mercados europeos. En Duisburgo no abundan las críticas contra la Franja y Ruta, desde

luego no entre los políticos ni en los medios de comunicación. Según Martin Ahlers, periodista del *Westdeutsche Allgemeine Zeitung*, el periódico regional, lo que cuenta son los puestos de trabajo creados. Luego recordó el pinchazo del teléfono de la canciller por obra de la NSA. La prensa alemana expresó la sospecha de que Cisco, la empresa de telecomunicaciones estadounidense que gestiona una parte importante de los datos del Gobierno y las fuerzas de seguridad alemanes, había facilitado el acceso encubierto. «Solo se habla de los chinos. ¿Por qué no dicen nada de los estadounidenses? Cisco le clavó la puñalada a Merkel», me dijo.

Las inversiones realizadas en Duisburgo forman parte de un marco más amplio. China está consolidando su poder económico y político en toda Europa. Ha invertido mil millones de euros en un ferrocarril entre Budapest y Belgrado. Ha comprado el puerto griego del Pireo, de crucial importancia estratégica. Está construyendo una nueva ciudad en medio del bosque en las afueras de Minsk, la capital de Bielorrusia, con el fin de establecer un centro de operaciones manufactureras a caballo entre la Unión Europea y Rusia.

Las exportaciones son vitales para el éxito económico de Alemania. También son un canal para la proyección de Alemania a escala mundial. Ya hace décadas que el país apostó a largo plazo por China. Ahora está más expuesto que la mayoría a las vicisitudes de las ambiciones globales chinas. En cuanto Deng Xiaoping abrió la economía china, las empresas alemanas acudieron en tropel. China era una fuente continua de beneficios. China quería adquirir automóviles, productos tecnológicos de alta gama y conocimientos técnicos. Alemania vio en ella un socio comercial fiable y un mercado inagotable, con la progresiva incorporación de millones de nuevos consumidores. Los empresarios alemanes proclamaban que, con una ideología y un modelo económico triunfante, estaban en condiciones de hacer negocios en cualquier lugar. Una vez «recuperado» el mercado de la RDA y consolidada su presencia en la Europa oriental, ampliaron su campo de acción, especialmente en Asia. Dejaron la política a los políticos, sin dejar de guiarse por el lema «*Wandel durch Handel*», promover un cambio a través de las relaciones comerciales. Partían de la base de que cuanto más crecieran los intercambios comerciales, mayor sería la apertura del país.

Veinte años más tarde, dos sucesos pusieron en duda esa premisa. Uno de carácter local, el otro a escala global. En 2016, una de las empresas más preciadas del sector industrial puntero alemán fue objeto de una operación de adquisición hostil. Pese a todas sus proclamas de lealtad al libre mercado, los alemanes siempre han protegido celosamente a sus joyas nacionales. KUKA era una de ellas. Nacida en la hermosa ciudad sureña de Augsburgo en 1898 como

una típica empresa familiar dedicada al diseño y fabricación de un solo producto (farolas callejeras), al cabo de un siglo se había convertido en uno de los primeros diseñadores y productores mundiales de robots industriales. Los chinos iban a la caza de adquisiciones adecuadas para cubrir las necesidades de dos planes gubernamentales a largo plazo: Made in China 2025 y su propia versión de Industria 4.0 (inspirado en gran parte en el modelo alemán). Dos proyectos pensados para transformar la economía china de productora de imitaciones de bajo coste intensivas en trabajo, en un líder mundial en el campo de la innovación. Pekín animaba a las empresas chinas a operar fuera del país e invertir en objetivos extranjeros como una vía para aumentar sus capacidades tecnológicas y encontrar nuevos mercados en un momento de desaceleración de su propia economía. A lo largo de ese año, diversas empresas chinas anunciaron o completaron la adquisición de empresas alemanas por valor de 11.000 millones de euros en total.[157]

Inopinadamente, la empresa china Midea, fabricante de frigoríficos y acondicionadores de aire, inició una operación de compra de KUKA con una oferta de 115 euros por acción, que elevaba a 4.600 millones de euros el valor total de la empresa; un incremento de casi el 60 por ciento. A pesar de las protestas de algunos accionistas, de una parte de la dirección y del sindicato, y después de fracasar los intentos de encontrar otro comprador, Midea consiguió hacerse con una participación de más del 90 por ciento.[158] Muchos participantes en el mercado vieron en esta compra privada un modelo para otras operaciones de compra exitosas por parte de empresas chinas. Pese a las voces que reclamaban una intervención, Merkel no se movió. El Ministerio de Economía anunció que no tenía ningún motivo para frenar la operación. De la noche a la mañana, una de las joyas de la corona empresarial alemana había pasado a ser una empresa china. El director general alemán dimitió al cabo de dos años. Los dirigentes empresariales estaban alarmados. Los chinos querían robarles el almuerzo. Ninguna compañía alemana estaba a salvo. ¿Y qué ocurriría con el *Mittelstand*, las pequeñas y medianas empresas? ¿Y si China decidía ir a por la industria automovilística?

La federación empresarial alemana, Bundesverband der Deutschen Industrie (BDI), elaboró un informe detallado sobre la estrategia china. En su investigación ocupaban un lugar central las ramificaciones del XIX Congreso del Partido celebrado en 2017, donde Xi dejó claro que el Partido Comunista mantendría su papel rector al frente de la actividad empresarial y de la política. «Comprendimos que la convergencia no conduciría a una democratización paralela a la liberalización de los mercados. Eso era solo una ilusión —me dijo un dirigente

empresarial—. Además, eso significaba que el Estado subvencionaría a las empresas. Los chinos estaban pagando sus adquisiciones por encima del precio de mercado gracias a las subvenciones del Estado. Esto provocaba una distorsión del mercado». En un seminario de la BDI consideraron tres posibles alternativas. La primera era que las empresas decidiesen que no tenían más remedio que aceptar la realidad y aprovechar los entre cinco y siete años siguientes para obtener beneficios antes de ser expulsadas del mercado. La segunda alternativa era apartarse de China de inmediato. La tercera sería desarrollar un nuevo *modus operandi*. Las empresas podrían decidir en qué ámbitos podían trabajar con China y en cuáles no y proteger de este modo al sistema en la mayor medida posible. Optaron por esta tercera opción de compromiso. Aun así, este enfoque suponía un gran cambio. La publicación del informe causó un enorme revuelo. El texto se refería a China como un «competidor sistémico» y destacaba que Occidente estaba enfrentado al capitalismo chino subvencionado por el Estado en una «competencia entre sistemas económicos».[159] Proponía más de cincuenta medidas políticas, incluido un uso más proactivo de la legislación de la Unión Europea en materia de subvenciones públicas.

Coincidiendo con ello, el Parlamento aprobó una ley que autorizaba al Gobierno a examinar y llegado el caso impedir cualquier inversión en sectores sensibles que supongan la adquisición de más de un 10 por ciento de una empresa alemana por parte de una compañía no comunitaria. Hasta entonces el límite máximo era de un 25 por ciento. El campo de aplicación de la ley incluía las empresas de los sectores de defensa y seguridad y las que gestionan «infraestructuras estratégicas», como el suministro energético y las telecomunicaciones, y también los medios de comunicación. El ministro de Economía, Peter Altmaier, adoptó la «Estrategia Industrial Nacional 2030», con el propósito de apoyar a los «campeones nacionales» en los sectores estratégicos, desde la industria aeroespacial hasta las tecnologías verdes, la impresión 3D y, evidentemente, los automóviles.

La Unión Europea siguió luego el ejemplo con la adopción de un plan de diez puntos que marcó un cambio de rumbo en favor de una estrategia industrial más defensiva. Alemania comenzaba a ser más abiertamente proteccionista. La primera adquisición china vetada fue la del fabricante de componentes electrónicos Aixtron. Pasado un año, el Gobierno pergeñó una nueva táctica para evitar otra adquisición. Se encomendó a un banco de propiedad estatal la compra de una participación del 20 por ciento de la distribuidora eléctrica 50Hertz, con objeto de desbancar una oferta de la distribuidora estatal china SGCC (State Grid Corporation of China). Los ministerios de Economía y de Hacienda declararon

tener un «gran interés en la protección de una infraestructura energética estratégica».[160] Alemania y otras potencias occidentales se enfrentaban al clásico problema de la compra de aquiescencia política a cambio de inversiones económicas. La adquisición de materias primas por parte de China condujo a Australia a un periodo de subordinación política y económica. La misma tendencia se manifiesta ahora en una parte de la Unión Europea, sobre todo en la Europa central y suroriental. En junio de 2017, Grecia impidió la aprobación de una declaración del Comité de Derechos Humanos de Naciones Unidas que criticaba la actuación de China en este ámbito; por primera vez la Unión Europea no pudo emitir una declaración conjunta. Tres meses antes, Hungría también había roto el consenso al negarse a suscribir una carta de condena ante las denuncias de torturas a abogados detenidos en China.

Merkel apoyó firmemente la posición más dura adoptada por la Unión Europea, si bien procuró proceder de manera diplomática. Luego surgieron dos complicaciones. La decisión del presidente Trump de atacar comercialmente a China con la imposición de aranceles sobre la importación de una amplia gama de productos y acusándola de devaluar su moneda y otras prácticas abusivas fue un golpe potencialmente devastador. El otro problema lo plantearon las propias empresas. Al poco de haber aceptado adoptar una posición más dura, los jefes de las grandes empresas empezaron a tener dudas. Algunos tacharon de exagerado el documento elaborado por la BDI. Por citar solo un ejemplo entre varios: Volkswagen obtiene más de la mitad de sus beneficios globales en China y, como han podido constatar otras empresas, enemistarse con el Gobierno chino nunca compensa. Daimler Benz tuvo que excusarse profusa y repetidamente por un anuncio en Instagram en el que se citaba al dalái lama. En ello no se diferenciaron de Christian Dior o de la Asociación Nacional de Baloncesto estadounidense. Los ciudadanos chinos fueron advertidos de que la compra de un Mercedes se consideraría un acto antipatriótico.

China está haciendo todo lo posible para condicionar lo que se dice de ella en el mundo. Las empresas están obligadas a aplaudirla si quieren conseguir contratos. Cuando Merkel realizó en septiembre de 2017 la última de sus visitas oficiales a China (casi una anual desde que ocupó el cargo), la acompañaba una delegación de dirigentes empresariales. De camino hacia allí, estos le presentaron una lista de cuestiones sensibles que deseaban plantearle al primer ministro chino Li Keqiang, incluidas las restricciones del acceso a los mercados y el riesgo de espionaje a través de la tecnología. Cuando ella así lo hizo, se negaron a apoyarla. Según el agente de seguridad alemán de alto rango que me contó la anécdota, la canciller se puso hecha un basilisco al ver que los empresarios

alemanes la dejaban en la estacada.

Merkel tenía otro dilema. La infraestructura digital se estaba quedando rezagada. La OCDE sitúa la velocidad 4G alemana en el vigésimo cuarto lugar entre un total de veintinueve países. La compañía que ofrecía la solución más eficaz era Huawei. Esta compañía china ya ocupa un lugar importante en las telecomunicaciones europeas. Deutsche Telekom utiliza su tecnología desde hace años. Sus teléfonos móviles son los segundos más populares en Alemania después de los de Samsung, pero por delante de los iPhone de Apple. Los únicos rivales de Huawei en redes 5G son Cisco, no demasiado apreciada en Alemania después del escándalo del espionaje, y Ericsson o Nokia entre las compañías europeas. La propuesta de Huawei parece ser la más avanzada tecnológicamente y con la mejor relación coste-efectividad. Sin embargo, las implicaciones desde el punto de vista de la seguridad eran considerables. Durante meses, el Gobierno estuvo dividido con respecto a esta cuestión. La Cancillería con Merkel al frente y el Ministerio de Economía, muy enfocado hacia el mundo empresarial, eran partidarios de otorgar el contrato a Huawei. Los ministerios del Interior y de Asuntos Exteriores eran contrarios a esta idea. Merkel, sin comunicarlo previamente a su gabinete, anunció que el Gobierno no excluiría a ninguna empresa del concurso de ofertas. Los grupos de presión empresariales habían logrado convencerla. «Actuó influenciada por los fabricantes de automóviles —me dijo un diputado con una larga trayectoria—. Temía sufrir represalias económicas». El rechazo parlamentario fue intenso y se vio obligada a reconsiderar su decisión. Por lo menos, pudo tener el consuelo de no ser la única que se veía en esa tesitura. Otros Gobiernos se enfrentaban al mismo dilema en toda Europa. Tenían que decidir qué pesaba más: ¿la buena relación coste-efectividad de la tecnología china o la ira de Estados Unidos? En el Reino Unido, el Parlamento aprobó la decisión de Johnson de seguir adelante con Huawei, con ciertas condiciones. Esto no cayó demasiado bien en Washington, pero las quejas de Trump llegaron al parecer demasiado tarde.

Divide y vencerás es la mejor arma de China. Ha puesto un pie en los países del sureste de Europa que todavía siguen luchando para recuperarse tras años de guerras y abandono y de las humillaciones sufridas durante la crisis de endeudamiento. También ronda a los Estados nacional-populistas de Europa central, como Hungría. Merkel intenta avanzar con tiento. Anhelaba desesperadamente poder aprovechar la presidencia alemana de la Unión Europea para concluir un acuerdo en materia de inversiones con China. Lo logró, tras años de negociaciones encalladas, pero las concesiones que hizo no la favorecieron.

Las críticas contra la política exterior y de seguridad alemana, tachada de débil y confusa, han llegado a ser un tema de conversación recurrente en Berlín y más allá. La resistencia a cumplir con las exigencias de gasto de la OTAN constituye sin duda un problema, que devalúa el compromiso declarado del país con la Alianza Atlántica. El deterioro del material militar merma su capacidad para participar en campañas, incluso las de carácter defensivo. Son dos cuestiones que es preciso abordar.

¿En qué medida ha cambiado el lugar que ocupa Alemania en el mundo después de la reunificación? Jan Techau, del German Marshall Fund, me expuso un análisis interesante. A su entender, Kosovo no marcó un cambio tan grande como pareció en aquel momento. «Cuando empecemos a razonar las decisiones militares en función del interés nacional y no de Auschwitz, entonces habremos cambiado de verdad», fueron sus palabras.

Alemania sigue encerrada en su caparazón de la postguerra, reticente a participar en acciones militares. Desde los años cincuenta hasta los ochenta, esta posición fue aceptable y, de hecho, era la que se le exigía que mantuviese. Pero después de la reunificación y ante el poder menguante de las otras potencias occidentales, ya no resulta sostenible. «La demanda en el ámbito de la seguridad está creciendo más deprisa de lo que puede satisfacer nuestra oferta —añadió—. Creemos que ya hemos alcanzado el límite, mientras que otros piensan que nos quedamos cortos». Hay quien ofrece otras explicaciones. «El pacifismo alemán deriva de un bucle de opinión negativo que se retroalimenta, entre la opinión pública, en los medios de comunicación, en el ámbito de la política… —sugiere Ulrike Franke, adscrita al Consejo Europeo de Relaciones Exteriores—. Es fuente de orgullo y de superioridad moral». ¿Una exhibición de las propias virtudes en vez de desarrollar una política exterior? El punto de vista de Franke no es infrecuente entre los expertos en política exterior alemanes. Según este análisis, la posición alemana no es fruto de la prudencia o de una falta de confianza, sino de la idea de que, a diferencia de los países anglosajones más intrépidos, ellos han «superado» la conducta agresiva. Puede que haya en ello algo de un falso sentimiento de superioridad, pero no se debería exagerar esta interpretación. Como siempre, el pasado interfiere aquí. Techau compara Alemania con Gran Bretaña. «Ustedes piensan que están en el lado correcto de la historia, incluso cuando se equivocan. Los británicos tienen sus propios complejos particulares; ustedes han construido su identidad en torno a una grandeza pasada. Se sienten cómodos improvisando. Nosotros necesitamos normas. Los alemanes no confían en absoluto en que si se arriesgan acabarán cayendo de pie. Por eso no quieren correr riesgos». Una Alemania en guerra —contra quien sea— no es una idea que

agrade a los votantes. ¿Quizás en este aspecto han aprendido demasiado bien las lecciones del pasado?

Comoquiera que sea, ¿cuántas intervenciones militares convencionales más veremos en los próximos años en el mundo? Cuando la oposición siria necesitaba desesperadamente ayuda, Obama definió unas líneas rojas pero no actuó. El Parlamento británico rechazó el envío de tropas que pedía Cameron. Es dudoso que el Reino Unido disponga de la capacidad militar o la influencia suficientes para hacer gran cosa más allá de actuar a rebufo de Estados Unidos. Mientras tanto, el enfoque de Trump con el lema «América primero» constituye una burda reafirmación del interés nacional por encima de cualquier otra consideración. La disposición a entrar en guerra es solo un aspecto de la política exterior y de seguridad. La otra cara de la cautela alemana ha sido una reflexividad que, en cambio, a menudo ha estado ausente en las culturas políticas más arrogantes de Estados Unidos, el Reino Unido y en cierta medida también de Francia. Alemania ha puesto mucho énfasis en el mantenimiento de la paz y el multilateralismo.

Alemania ya se está preparando para abordar un futuro más incómodo. En mayo de 2017, en un mitin del partido celebrado en una cervecería de las afueras de Múnich, Merkel dijo algo digno de ser tenido en cuenta: «Los tiempos en que podíamos apoyarnos en otros han quedado atrás. Es una lección que he aprendido últimamente. En adelante tendremos que hacernos cargo de nuestro destino con mucho mayor ahínco si queremos ser fuertes».[161] Posteriormente desarrolló esta idea y en una entrevista sugirió que los vínculos con Estados Unidos se habían debilitado, más que a causa de su relación con Trump, sobre todo porque sus prioridades habían cambiado. «Europa ya no ocupa, por decirlo así, el lugar central en los acontecimientos mundiales […] Estados Unidos presta menos atención a Europa; esto será así con cualquier presidente».[162]

Con o sin Trump, ¿ha tocado a su fin la *Pax Americana*? Estados Unidos aportó el pegamento para la reconstrucción de la Alemania de postguerra. Por ruidosamente que se expresase el antiamericanismo entre algunos, la mayoría de los alemanes valoraba la contribución del Tío Sam que permitió la reconstrucción del país y que este prosperase, con la seguridad de saber que alguien se encargaría de defenderlo. Las fuerzas armadas estadounidenses, estacionadas allí durante tanto tiempo después de la guerra, hicieron posible que los alemanes volvieran a confiar en sí mismos. El proyecto europeo no habría despegado sin su presencia. Como ha ocurrido siempre en la Alemania moderna, los momentos de turbulencias generan una fuerte corriente de introspección. «Casi podríamos estarle agradecidos a Donald Trump —escribieron los comentaristas de *Die Zeit* Bernd Ulrich y Jörg Lau—. El hecho de que el Gobierno estadounidense cuestione

los componentes constantes y los principios de la política exterior alemana —la integración europea, el multilateralismo, el compromiso con la defensa de los derechos humanos y el Estado de derecho, una globalización regulada— representa un enorme reto intelectual y estratégico. En el futuro, Europa, por necesidad, tendrá que empezar a hacer ya todo esto por sí misma sin la ayuda de Estados Unidos o tal vez incluso en contra de su Gobierno».[163]

Que Alemania pudiera llegar a concebirse a sí misma como adversaria habría sido impensable antes de Trump. Todavía resulta difícil de imaginar. Los alemanes habían estado contemplando impotentes cómo el hombre que supuestamente lideraba el mundo libre pisoteaba los valores que les eran tan preciados.

De vez en cuando sucede que una persona dice o hace algo que sintetiza las circunstancias de un momento. Fue lo que ocurrió cuando Thomas Bagger, jefe del Departamento de Política Exterior del presidente alemán, publicó a finales de 2018 un artículo en una revista académica relativamente desconocida, el *Washington Quarterly*. Empezaba diciendo que la tesis de Fukuyama, o más bien la lectura simple de la misma, había marcado el tono en la Alemania reunificada. «Próximo ya el final de un siglo marcado por el hecho de haberse encontrado en dos ocasiones en el lado equivocado de la historia, Alemania se encontró por fin en el lado correcto». La gente anhelaba desesperadamente poder creer que la guerra fría había terminado, la democracia había triunfado y todo el mundo podría continuar ocupándose tranquilamente de sus asuntos. Procedieron así porque ese era el recurso que tenían. Despojada de su historia, en eso consistía la identidad alemana. «Mientras otros pueden recuperar sus antiguas tradiciones gaullistas en la concepción de su política exterior, con un conjunto más o menos claro de intereses nacionales bien definidos que no dependen de la integración con otros, en Alemania resta poca cosa que no haya quedado contaminada». Desde 1945, los alemanes han albergado expectativas absolutamente lineales con vistas al futuro, basadas en una serie de premisas que se consolidaron a partir de 1990. El Acta Final de Helsinki de 1975 —con las cláusulas de reconocimiento de fronteras y respeto de los derechos humanos— fue el gran hito. Tras el colapso del comunismo, la Europa central y oriental se propuso emular a su homónima occidental. China seguiría luego el mismo camino. Las primaveras árabes reforzaron esta tendencia. Los retrocesos se consideraron transitorios. «Dado que el autoritarismo no tenía cabida en nuestro imaginario sobre el fin de la historia, solo podía tratarse de unos últimos estertores y aberraciones».[164]

Sentado con Bagger en las oficinas del presidente en Schloss Bellevue, estuvimos hablando —inevitablemente— del *brexit*, pero también de lo que está

fallando de manera más general en Europa. Le comenté que Trump critica con gusto a Merkel y Macron, al mismo tiempo que abre los brazos a los dirigentes de la derecha populista iliberal, desde Orbán hasta Le Pen, desde Matteo Salvini en Italia hasta Jarosław Kaczyński en Polonia. «El desafío que plantea Trump va mucho más allá de unas meras discrepancias políticas —dijo Bagger—. Su planteamiento deja en el aire toda la concepción de la política exterior alemana. Alemania ha perdido sus puntos de apoyo». Y a continuación me expuso una reflexión que se me ha quedado grabada: «Nuestro problema es que esperamos que todo el mundo aprenda las mismas lecciones que hemos aprendido nosotros».

Joe Biden será un dirigente de una categoría muy distinta. Pero la amenaza que plantea el populismo nativista alrededor del mundo entero no ha menguado. Es posible que Trump mismo intente dar batalla en 2024, pero sus políticas, como un virus, pueden mutar para transformarse en otra cosa, como mínimo igualmente peligrosa.

Este es el mayor reto para Alemania, pero también su mayor logro. Merkel ofreció dar estabilidad a su pueblo. Y se la aportó. Pero ahora que se dispone a dejar la escena mundial, su sucesor tendrá que convencer a los votantes de la necesidad de renunciar a las antiguas seguridades; el fin de la historia era un espejismo, la supervivencia de la democracia liberal ya no se puede dar por sentada. La tarea comienza en las fronteras de Alemania.

Para comprender a Alemania inserta en Europa hay que visitar la hermosa ciudad fronteriza de Aquisgrán. Deambulo por sus calles estrechas. Las señales indicadoras muestran el camino hacia la pequeña población de Vaals, en los Países Bajos, o la de Kelmis, en Bélgica, a apenas un corto trayecto en bicicleta. Un billete de tren «EUREGIO» comunica los tres países. Es un lugar hermoso, sede de conocimiento, ciencia, cultura y tragedia: un microcosmos de la historia alemana y europea. Aquí estaba situada la línea del frente desde la cual los alemanes enviaron sus tropas a invadir Flandes al inicio de la Primera Guerra Mundial y por aquí cruzaron los estadounidenses la Línea Sigfrido en octubre de 1944. Durante seis meses enteros, hasta la capitulación de Hitler, esta pequeñísima porción de Alemania estuvo bajo control aliado. La ciudad se convirtió en un banco de pruebas para la reconstrucción democrática de la postguerra.

Aquisgrán se presenta como el centro de Europa, la cuna de la civilización occidental. Es sinónimo de Carlomagno o Karl der Grosse, como le llaman los alemanes, el rey franco del siglo IX que extendió su dominio sobre la mayor parte de Europa. En los siglos posteriores muchos de los grandes guerreros, dirigentes,

pensadores y eclesiásticos europeos, desde Otón el Grande hasta Napoleón, invocaron el nombre de Carlomagno. Sobre su figura proyectaron sus aspiraciones, cualesquiera que estas fuesen: monarca benévolo, defensor de la fe, conquistador imperial. «*Je suis Charlemagne*», declaró el invasor Napoleón en 1806 mientras inspeccionaba su nuevo dominio. Y también Hitler intentó apropiarse de su figura.

En 1949, un comerciante local llamado Kurt Pfeiffer propuso instaurar un premio para honrar a los estadistas que hubiesen trabajado al servicio de Europa. Pfeiffer no era un personaje importante. En los años veinte se hizo cargo del negocio de ropa de sus padres y durante el periodo de Weimar apoyó a diferentes partidos democráticos, pero luego, instigado por sus amigos y colegas, en 1933 se afilió al partido nazi. Se negó a participar en el boicot a los negocios judíos y fue obligado a dimitir de la presidencia de la asociación local de comerciantes minoristas. Aun así, se le consideró contaminado y su solicitud para emigrar a Canadá recién finalizada la guerra fue rechazada. Pese a ello, los estadounidenses le eligieron para formar parte del grupo de nueve ciudadanos que dirigirían el gobierno de transición. Pfeiffer presentó en un grupo de lectura su propuesta de crear un premio internacional «a la contribución más valiosa al servicio del entendimiento y la cooperación en Europa occidental, y también al servicio de la humanidad y de la paz mundial. Esta contribución podrá haber tenido lugar en el campo literario, científico, económico o político».[165] En 1950, la ciudad concedió por primera vez su Premio Carlomagno. En el edificio gótico restaurado del ayuntamiento, una pantalla plurilingüe presenta una breve biografía de todos los premiados. La lista de laureados con el Premio Carlomagno es un «quién es quién» del proyecto europeo. La primera década incluye a Jean Monnet y Robert Schuman, junto con Adenauer y Churchill. Les siguieron Jacques Delors, Bill Clinton, el papa Juan Pablo II y Václav Havel. También figuran en la relación Roy Jenkins, Ted Heath y Tony Blair. Eran los tiempos en que la gente todavía se atrevía a soñar con una Europa donde Gran Bretaña desempeñase un papel central.

Después del ayuntamiento, pasando por el museo de la ciudad, mi destino final es la catedral. El deán me conduce hasta el trono de la coronación, de mármol, transportado supuestamente hasta allí desde la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Treinta reyes germanos fueron coronados aquí. El magnífico edificio, con su famoso techo octogonal, se ha reconstruido varias veces, después de un incendio que arrasó la ciudad en 1656 y después de los bombardeos aliados sufridos durante la Segunda Guerra Mundial. Contiene elementos procedentes de toda Europa, desde Bizancio hasta Rávena en el norte

de Italia, una amalgama de todo el continente, de este a oeste, en palabras del deán. Al despedirnos, me ofrece este comentario: «Si la basílica de San Pedro de Roma es patrimonio del mundo y la catedral de Colonia lo es de Alemania, entonces podemos decir que Aquisgrán es en verdad el hogar de Europa». Como si formara parte del guion, justo al salir, en una de las plazas centrales, un grupo de hombres y mujeres, jóvenes y mayores, con mochilas, cascos de ciclista o portabebés, cogidos de la mano, entonan el himno de la Unión Europea, el «Himno a la alegría» de Beethoven al compás de la música que suena atronadora a través de un altavoz. Siguen invocando el espíritu de Carlomagno y un continente unido.

Los presidentes franceses y los cancilleres alemanes, desde Adenauer y De Gaulle hasta Macron y Merkel, han elegido esta ciudad para sellar su reconciliación y renovar sus votos europeos. Europa fue un intento de resolver el problema alemán, de una vez y para siempre. Para los franceses se trataba de garantizar que nunca más verían amenazada su frontera oriental sin repetir el error que supusieron las reparaciones de Versalles. La interdependencia industrial y la seguridad energética, junto con la reconstrucción política y la defensa colectiva, eran requisitos necesarios. El plan, concebido por Monnet y que Schuman presentó en 1950, proponía la creación de una Comunidad Europea del Carbón y del Acero. A partir de ella nació la Comunidad Económica Europea en virtud del Tratado de Roma de 1957, modificado luego por el Acta Única Europea de 1987 y el Tratado de Maastricht de 1992.

Es probable que casi ningún británico, fuera del mundo cerrado de la política exterior, sepa gran cosa sobre estos hitos europeos. En cambio, en Alemania la Unión Europea forma parte del plan de estudios. En el primer curso de secundaria, se enseña al alumnado cómo se articulan los cuatro pilares: la Comisión, el Parlamento, el Consejo y el Tribunal de Justicia. Acaban teniendo una idea general bastante clara sobre qué se decide en el ámbito nacional y qué competencias se han transferido a Bruselas. Por lo que he podido constatar, los alemanes en general no están embelesados con Europa. Aceptan que todos los países tienen intereses nacionales legítimos y a veces divergentes. Saben que ellos mismos siguen siendo objeto de suspicacias. Saben que toda su reconstrucción y rehabilitación después de la guerra está basada en una concepción de Europa que requiere inevitablemente compromisos en el ámbito de la soberanía. Considérese, por ejemplo, el caso de la moneda: el *Deutschmark* era objeto de veneración y posiblemente, junto con Mercedes Benz o BMW, el símbolo global del que más se enorgullecía Alemania. Renunciar a él, como hicieron en 2002, por mor de la integración europea fue sencillamente un gesto extraordinario. Alemania siempre

ha aceptado su papel de pagadora dentro de Europa, con una contribución muy superior a la del Reino Unido después de que Thatcher consiguiera rebajar la suya. La unión monetaria exacerbó el desequilibrio entre Estados ricos y pobres, prudentes y malgastadores (desde el punto de vista de quienes los juzgan) y entre el Norte y el Sur. La crisis de endeudamiento posterior a la debacle financiera de 2007-2008 resucitó el fantasma de una Alemania arrogante para muchos en Europa. Grecia no fue la única afectada, el contagio se extendió también hasta Irlanda, Portugal y otros países. Entre 2011 y 2012, el gobierno entró en crisis en casi la mitad de los Estados miembros de la eurozona. El Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional fueron los principales artífices de un rescate para Grecia, pero solo bajo unas condiciones extremadamente rigurosas. Entre bastidores, Alemania tuvo un papel protagonista. Al fin y al cabo, sería quien aportaría la mayor parte del dinero. Inmediatamente a continuación se planteó un debate más amplio sobre las causas de la debacle, la incapacidad de las economías para mejorar los niveles de vida después de lo ocurrido, los pros y contras de los excedentes comerciales y de la austeridad frente a las políticas económicas keynesianas. No obstante, lo que es indiscutible es que Grecia sufrió fuertes penurias económicas y los alemanes fueron caricaturizados como teutones belicosos, no solo allí sino en buena parte de Europa. La hostilidad pública visceral que se manifestó en Grecia —en Atenas se pudo ver un cartel con la imagen de Merkel con un bigote hitleriano pintado encima— fue dolorosa para los alemanes. La mayor parte de los sondeos de opinión revelaron, no obstante, un amplio apoyo a la posición de dureza adoptada por el Gobierno. A los alemanes les cuesta entender a quienes consideran financieramente irresponsables, y no digamos ya simpatizar con ellos.

La relación más importante para el éxito del proyecto europeo, de la que casi todo depende, es la de Alemania y Francia. El sustrato de esta relación de dependencia mutua —y de la centralidad de Europa— es el Tratado del Elíseo, que ya ha cumplido sesenta años. Con un Estados Unidos díscolo y distante y el Reino Unido fuera del núcleo decisorio, Alemania necesita a Francia más que nunca. Las tensiones entre dirigentes no son nada nuevo, pero siempre que ha sido necesario ambos países han confluido en los momentos cruciales. Schmidt y Giscard d'Estaing lo hicieron a finales de los años setenta en relación con la crisis monetaria global; Kohl y Mitterrand, con respecto a la reunificación; Schröder y Chirac, sobre Irak.

Merkel colaboró estrechamente con los presidentes Nicolas Sarkozy y François Hollande. Durante sus respectivos mandatos, la canciller alemana siempre fue *primum inter pares* en su relación con el presidente francés. Desde que

Emmanuel Macron arrasó en las elecciones y ascendió al poder con su revolución centrista *En Marche*, Merkel ha tenido dificultades. A ella le desagradan sus gestos grandilocuentes. Considera ingenuas y poco fiables sus ostentosas aproximaciones a Trump y Putin. Macron no se tomó la molestia de pedirle su opinión y ni siquiera le comunicó sus intenciones. A su vez, al presidente le han resultado frustrantes las llamadas a la prudencia de Merkel, su resistencia a sumarse a sus intentos de forjar una nueva Europa.

Resulta irónico que el socio con quien Alemania probablemente ha convergido más en el plano de las políticas haya sido el Reino Unido. Por esto, el malestar que ha generado su salida de la Unión Europea es real, pero ambos países ya han pasado página. En una cena germano-británica celebrada en 2019 en Berlín, la entonces ministra de Justicia, Katarina Barley, formuló esta dolorosa predicción: «En el futuro, aunque estemos de acuerdo con ustedes, siempre mantendremos mayor distancia, porque lo primero es la familia y ustedes ya no forman parte de la nuestra». Sabía de qué hablaba, dada su ascendencia mitad británica. La familia de su padre es originaria del condado pro-*brexit* de Lincolnshire. Pocas semanas después de consumarse el *brexit*, la predicción de Barley parecía cumplirse. Los diplomáticos y otros ciudadanos británicos pudieron constatar con cuánta rapidez quedaban excluidos de los debates importantes, o relegados a un comentario de última hora.

Alemania necesita una Europa unida, no solo con fines comerciales sino también como fuente de sentido. Merkel misma lo comentó con tristeza: «Veo la Unión Europea como nuestro seguro de vida. Alemania es demasiado pequeña para ejercer influencia geopolítica por sí sola».[166] Alemania tendrá que asegurarse de que la Unión Europea sobreviva, pese a las sacudidas del *brexit* y de la derecha populista. Mientras tanto, el distanciamiento de Estados Unidos con respecto a Europa no se acabará después de Trump.

Alemania siguió siendo una criatura protegida durante muchísimo más tiempo del debido. Esto ya se ha acabado. La pérdida de credibilidad de Estados Unidos y el Reino Unido la ha dejado en la posición terriblemente incómoda de portaestandarte de la democracia liberal. Es la piedra angular de Europa. Le corresponde representar un gran papel, y se verá obligada a tomar decisiones difíciles. Este será el mayor reto para quien suceda a Merkel y para las futuras generaciones de alemanes.

---

[124] Véase T. Barber, «Germany and the European Union: Europe's Reluctant Hegemon?», *Financial Times*, 11 de marzo de 2019, ft.com/content/

a1f327ba-4193-11e9b896-fe36ec32aece (consultado el 10 de diciembre de 2019); H. W. Maull, «Germany and Japan: The New Civilian Powers», *Foreign Affairs*, vol. 69, n.º 5, invierno de 1990-1991, foreignaffairs.com/articles/asia/1990-12-01/germany-and-japan-new-civilian-powers (consultado el 10 de diciembre de 2019).

[125] Citado en G. Will, «Today's Germany is the best Germany the world has seen», *Washington Post*, 4 de enero de 2019, washingtonpost.com/opinions/global-opinions/todays-germany-is-the-best-germany-the-world-has-seen/2019/01/04/abe0b138-0f8f-11e9-84fc-d58c33d6c8c7_story.html (consultado el 5 de octubre de 2019).

[126] «Schröder on Kosovo: "The Goal Was Exclusively Humanitarian"», *Spiegel*, 25 de octubre de 2006, spiegel.de/international/schroeder-on-kosovo-the-goal-was-exclusively-humanitarian-a-444727.html (consultado el 15 de diciembre de 2019).

[127] J. Fischer en un discurso pronunciado en el congreso del partido de Los Verdes, Bielefeld, 13 de mayo de 1999. Véase «Auszüge aus der Fischer-Rede», *Spiegel*, 13 de mayo de 1999, spiegel.de/politik/deutschland/wortlaut-auszuege-aus-der-fischer-redea-22143.html (consultado el 13 de diciembre de 2019).

[128] Véase «Stenographischer Bericht: 186. Sitzung», Deutscher Bundestag, Berlín, 12 de septiembre de 2001, dipbt.bundestag.de/doc/btp/14/14186.pdf (consultado el 15 de diciembre de 2019).

[129] G. Schröder, «The Way Forward in Afghanistan», *Spiegel*, 12 de febrero de 2009, spiegel.de/international/world/essay-by-former-chancellor-gerhard-schroeder-the-way-forward-in-afghanistan-a-607205.html (consultado el 15 de diciembre de 2019).

[130] J. Gauck, «Speech to open 50th Munich Security Conference», Múnich, 31 de enero de 2014, bundespraesident.de/SharedDocs/Reden/EN/JoachimGauck/Reden/2014/140131-Munich-Security-Conference.html (consultado el 16 de diciembre de 2019).

[131] F. Steinmeier, «Speech by Foreign Minister Frank Walter Steinmeier at the 50th Munich Security Conference», Múnich, 1 de febrero de 2014, auswaertiges-amt.de/en/newsroom/news/140201-bm-muesiko/259556 (consultado el 16 de diciembre de 2019).

[132] «Schröder lobt Putin erneut», *Spiegel*, 11 de diciembre de 2006, spiegel.de/politik/ausland/staatsaufbau-schroeder-lobt-putin-erneut-a-453795.html (consultado el 15 de diciembre de 2019).

[133] H. Gamillscheg, «Denkmalstreit in Tallinn eskaliert», *Frankfurter Rundschau*, 28 de abril de 2007.

[134] Véase T. Paterson, «Merkel fury after Gerhard Schroeder backs Putin on Ukraine», *Telegraph*, 14 de marzo de 2014, telegraph.co.uk/news/worldnews/europe/ukraine/10697986/Merkel-fury-after-Gerhard-Schroeder-backs-Putin-on-Ukraine.html (consultado el 15 de diciembre de 2019); «Der Altkanzler im Interview: Schröder verteidigt Putin und keilt gegen Merkel», *Bild*, 22 de diciembre de 2017, bild.de/politik/ausland/gerhard-schroeder/vertraut-wladimir-putin-54277288.bild.html (consultado el

15 de diciembre de 2019).

[135] «Das “Wall Street Journal” stellt eine unbequeme Frage: Warum gibt es keine Sanktionen gegen Schröder?», *Bild*, 18 de marzo de 2018, bild.de/politik/inland/gerhard-schroeder/warum-gibt-es-keine-sanktionen-gegen-schroeder-55137570.bild.html (consultado el 15 de diciembre de 2019).

[136] Véase S. S. Nelson, «Why Putin’s Pal, Germany’s Ex-Chancellor Schroeder, Isn’t on a Sanctions List», NPR, 18 de abril de 2018, npr.org/sections/parallels/2018/04/18/601825131/why-putins-pal-germanys-exchancellor-hasnt-landed-on-a-sanctions-list (consultado el 16 de diciembre de 2019).

[137] J. D. Walter y D. Janjevic, «Vladimir Putin and Angela Merkel: Through good times and bad», *Deutsche Welle*, 18 de agosto de 2018, dw.com/en/vladimir-putin-and-angela-merkel-through-good-times-and-bad/g-45129235 (consultado el 18 de diciembre de 2019).

[138] Véase G. Packer, «The Quiet German: The astonishing rise of Angela Merkel, the most powerful woman in the world», *New Yorker*, 24 de noviembre de 2014, newyorker.com/magazine/2014/12/01/quiet-german (consultado el 18 de diciembre de 2019).

[139] *Ibid*.

[140] A. Merkel, conferencia en el Instituto Lowy, Sídney, 17 de noviembre de 2014, www.lowyinstitute.org/publications/2014-lowy-lecture-dr-angela-merkel-chancellorgermany (consultado el 19 de diciembre de 2019).

[141] C. Hoffmann, T. Lehmann, V. Medick y R. Neukirch, «Relations with Moscow Emerge as German Election Issue», *Spiegel*, 29 de julio de 2019, spiegel.de/international/germany/east-german-politicians-see-advantage-in-pro-putin-views-a-1279231.html (consultado el 19 de diciembre de 2019).

[142] *Ibid*.

[143] «White Paper 2016: On German Security Policy and the Future of the Bundeswehr», Berlín: Ministerio Federal de Defensa, 2016, p. 32.

[144] S. Thevoz y P. Geoghegan, «Revealed: Russian donors have stepped up Tory funding», Open Democracy, 5 de noviembre de 2019, opendemocracy.net/en/dark-money-investigations/revealed-russian-donors-have-stepped-tory-funding (consultado el 6 de noviembre de 2019).

[145] Véase Donald Trump, @realDonaldTrump, Twitter, 9 de diciembre de 2015, twitter.com/realDonaldTrump/status/674587800835092480 (consultado el 19 de diciembre de 2019); S. B. Glasser, «How Trump Made War on Angela Merkel and Europe», *New Yorker*, 17 de diciembre de 2018, newyorker.com/magazine/2018/12/24/how-trump-made-war-on-angela-merkel-and-europe (consultado el 19 de diciembre de 2019).

[146] Citado en G. Will, «Today’s Germany is the best Germany the world has seen».

[147] I. Traynor y P. Lewis, «Merkel compared NSA to Stasi in heated encounter with

Obama», *Guardian*, 17 de diciembre de 2013, theguardian.com/world/2013/dec/17/merkel-compares-nsa-stasi-obama (consultado el 20 de diciembre de 2019).

[148] R. Hilmer y R. Schlinkert, «ARD-DeutschlandTREND: Umfrage zur politischen Stimmung im Auftrag der ARD-Tagesthemen und DIE WELT», Berlín, 2013, infratest-dimap.de/fileadmin/_migrated/content_uploads/dt1311_bericht.pdf (consultado el 19 de diciembre de 2019). Véase también «Bürger trauen Obama und den USA nicht mehr», *Spiegel*, 7 de noviembre de 2013, spiegel.de/politik/deutschland/ard-deutschlandtrend-mehrheit-der-deutschen-ist-mit-obama-unzufrieden-a-932455.html (consultado el 19 de diciembre de 2019).

[149] J. Borger y A. Perkins, «G7 in disarray after Trump rejects communique and attacks 'weak' Trudeau», *Guardian*, 10 de junio de 2018, theguardian.com/world/2018/jun/10/g7-in-disarray-after-trump-rejects-communique-and-attacks-weak-trudeau (consultado el 21 de diciembre de 2019).

[150] Donald Trump, @realDonaldTrump, Twitter, 18 de junio de 2018, twitter.com/realDonaldTrump/status/1008696508697513985 (consultado el 19 de diciembre de 2019).

[151] K. Martin y T. Buck, «US ambassador to Germany backs European right wing», *Financial Times*, 4 de junio de 2019, ft.com/content/3b61a19e-67c7-11e8-b6eb-4acfcfb08c11 (consultado el 19 de diciembre de 2019).

[152] J. Poushter y M. Mordecai, «Americans and Germans Differ in Their Views of Each Other and the World», Pew Research Center, marzo de 2020.

[153] G. Allison, «Less than a third of German military assets are operational says report», *UK Defence Journal*, 21 de junio de 2018, ukdefencejournal.org.uk/less-third-german-military-assets-operational-says-report/ (consultado el 22 de diciembre de 2019). Véase también T. Buck, «German armed forces in "dramatically bad" shape, report finds», *Financial Times*, 20 de febrero de 2018, ft.com/content/23c524f6-1642-11e8-9376-4a6390addb44 (consultado el 22 de diciembre de 2019).

[154] L. Barber y G. Chazan, «Angela Merkel warns EU: "Brexit is a wake-up call"», *Financial Times*, 15 de enero de 2020, ft.com/content/a6785028-35f1-11ea-a6d3-9a26f8c3cba4 (consultado el 16 de enero de 2020).

[155] «PESCO: The Proof is in the Field», *European Defence Matters*, n.º 5, 2018, eda.europa.eu/webzine/issue15/cover-story/pesco-the-proof-is-in-the-field (consultado el 22 de diciembre de 2019).

[156] U. von der Leyen, «Europe is forming an army», *Handelsblatt*, 1 de octubre de 2019, handelsblatt.com/today/opinion/ursula-von-der-leyen-europe-is-forming-an-army/23851656.html?ticket=ST-166577-7jifWCpsKUzfXhWetQ0v-ap2 (consultado el 22 de diciembre de 2019).

[157] P. Köhler, «China continues German shopping spree», *Handelsblatt*, 25 de enero de 2018, handelsblatt.com/today/companies/international-investments-china-continues-

german-shopping-spree/23580854.html?ticket=ST-5042-VvXmnInrGnIliTrJj0IW-ap5 (consultado el 28 de diciembre de 2019).

[158] D. Weinland y P. McGee, «China's Midea makes offer for German robotics group Kuka», *Financial Times*, 18 de mayo de 2016, ft.com/content/90f9f7ae-1cd4-11e6-b286-cddde55ca122 (consultado el 28 de diciembre de 2019).

[159] S. Mair, F. Strack y F. Schaff (eds.), *Partner and Systemic Competitor – How Do We Deal with China's State-Controlled Economy?*, Bundesverband der Deutschen Industrie, 10 de enero de 2019. Véase también B. A. Duben, «The souring mood towards Beijing from Berlin», The Interpreter, The Lowy Institute, 15 de abril de 2019, www.lowyinstitute.org/the-interpreter/souring-mood-towards-beijing-berlin (consultado el 29 de diciembre de 2019).

[160] «KfW erwirbt im Auftrag des Bundes temporär Anteil am deutschen Übertragungsnetzbetreiber 50Hertz», Bundesministerium für Wirtschaft und Energie, 27 de julio de 2018, bmwi.de/Redaktion/DE/Pressemitteilungen/2018/20180727-kfw-erwirbt-im-auftrag-des-bundes-temporaer-anteil-am-deutschen-uebertragungsnetzbetreiber-50hertz.html (consultado el 29 de diciembre de 2019).

[161] Véase «"Wir Europäer müssen unser Schicksal in unsere eigene Hand nehmen"», *Süddeutsche Zeitung*, 28 de mayo de 2017, sueddeutsche.de/politik/g-7-krise-wireuropaeer-muessen-unser-schicksal-in-unsere-eigene-hand-nehmen-1.3524718 (consultado el 30 de diciembre de 2019).

[162] Véase L. Barber y G. Chazan, «Angela Merkel warns EU».

[163] J. Lau y B. Ulrich, «Im Westen was Neues», *Zeit*, 18 de octubre de 2017, zeit.de/2017/43/aussenpolitik-deutschland-usa-transatlantischebeziehungen-werte (consultado el 30 de diciembre de 2019).

[164] T. Bagger, «The World According to Germany: Reassessing 1989», *Washington Quarterly*, vol. 41, n.º 4, 2018, p. 55.

[165] K. Pfeiffer, «Vortrag von Dr. Kurt Pfeiffer», Aquisgrán, 19 de diciembre de 1949, karlspreis.de/de/karlspreis/entstehungsgeschichte/vortrag-von-dr-kurt-pfeiffer (consultado el 30 de diciembre de 2019).

[166] Véase L. Barber y G. Chazan, «Angela Merkel warns EU».

05

Objeto de admiración

El milagro económico y sus secuelas

Un polígono industrial de Neuss, en las afueras de Düsseldorf, es el epicentro del *sushi* europeo. O así lo remarca Tim Hornemann. Uno de sus antiguos compañeros de estudios, Tom Bolzen, acaba de recogerme en el aeropuerto en su Porsche. En el aparcamiento de la fábrica, su coche no desmerece junto a la colección de últimos modelos de Mercedes, BMW y Audi. Tras unas breves presentaciones, Hornemann nos invita a pasar al interior de la fábrica. Con alguna dificultad, consigo acomodar mi volumen al mono desechable de un tejido finísimo y ajustarme la redecilla para el pelo y la mascarilla. Las normas son las normas. Ningún germen debe interponerse entre el *maki* y el cliente.

La empresa de Hornemann es puramente alemana. Opera a escala global, pero sus lealtades son locales. Es una de los centenares de miles de pequeñas y medianas empresas (que facturan hasta cincuenta millones de euros al año y tienen una plantilla de doscientos cincuenta trabajadores como máximo) repartidas entre las poblaciones de toda Alemania. Este *Mittelstand* —estrato medio— emplea a alrededor de tres cuartas partes de la fuerza de trabajo del país y genera más de la mitad del producto económico. Es la columna vertebral de la economía y también de la sociedad.

Hornemann ha copado buena parte del mercado del *sushi* de bajo coste que se vende en las grandes cadenas de supermercados Edeka, Rewe, Aldi y Lidl. Tim estaba destinado a seguir los pasos de su padre en la producción de embutidos, pero un viaje a California lo indujo a cambiar de rumbo. Impresionado por los mostradores que ofrecían pescado crudo en los grandes almacenes, trasladó el

exótico producto a su país. Los inicios no fueron buenos. Junto con su hermano pusieron en marcha el Tsunami Sushi Bar. «Nadie conocía entonces la palabra». Corría el año 2004 y él, justo es decirlo, solo tenía veintiocho años. Ahora es el rey de los mares. Natsu —así se llama su empresa— importa gambas y salmón congelados de Noruega. Maquinaria de última generación descongela el pescado, cuece al vapor el arroz (procedente de Valencia) y dosifica el *wasabi* (llegado de China). Los trabajadores, en su mayoría del este de Europa, distribuyen a gran velocidad las porciones cortadas con matemática precisión. Luego se expiden en camiones y contenedores a toda Alemania y a Europa, donde llegan hasta Escocia.

Hablamos de la actividad empresarial y su ética. Les comento que dondequiera que vaya siempre me sueltan una perorata sobre la gran conciencia social de los empresarios alemanes y estoy empezando a tomármelo con un cierto escepticismo. No debería, me insisten Hornemann y Bolzen. Una diferencia importante que distingue a Alemania de otros países es que aquí los dueños de las empresas tienen un intenso sentimiento de lealtad local. «Cuando pienso en la posibilidad de vender mi empresa, se me contrae el estómago», dice Tim. «Los vecinos no respetarían tu decisión —añade Tom—. Estarías eludiendo tus responsabilidades. Te tacharían de cobarde». Un jefe de empresa tampoco debe distinguirse con prepotencia del resto. El objetivo ha de ser formar parte de la mejor organización sin intentar destacar como individuo. La jactancia no está bien vista. La expresión que usan es *demütig sein*, ser humilde. Reconocen que ellos lo han tenido fácil, sobre todo si se comparan con la generación de postguerra de sus padres, que tuvieron que reconstruir desde cero sus empresas y comunidades. Y qué me dicen del comportamiento de la dirección de Volkswagen durante el escándalo de las emisiones. «Esos tipos fueron estúpidos —me responden—. Destruyeron su reputación. Se creyeron dioses». Las multinacionales son una cosa, me dicen. El *Mittelstand*, el mundo de las pymes, es algo totalmente distinto.

De las empresas locales se espera una buena actitud ciudadana. No reciben aplausos por patrocinar a los equipos o los clubes musicales locales. Se considera obligado que lo hagan. *Mitmachen*. Hay que implicarse. También lo esperan de mí. Paso un largo fin de semana inmerso en la vida cotidiana de las pequeñas ciudades alemanas. Una localidad parece fundirse con la siguiente. El Porsche nos traslada hasta Mönchengladbach. Bolzen es arquitecto y diseña bloques de apartamentos con un impacto neutro o negativo en materia de emisiones de carbono. Me lleva a visitar uno de esos edificios y me muestra las baterías solares instaladas en el sótano. Los residentes pueden vender el excedente de energía no

utilizada a cambio de un alquiler reducido. Su propia casa, en un barrio residencial impoluto, es perfecta, de película, moderna, estilosa y ecológica. No me animo a preguntarle cómo casa eso con el Porsche, el Lexus y los otros dos coches de la familia.

El tercer miembro de este grupo de colegas del *Mittelstand* es Roger Brandts. Mönchengladbach es conocido desde mediados del siglo XIX por su industria textil. La mayor parte de la producción ya se ha trasladado lejos de aquí, deslocalizada hacia centros de producción más baratos en países como China y Turquía. Ahora la ciudad destaca por la presencia de varias empresas de ingeniería especializada. Uno de los padres del textil, Franz Brandts, aprendió el manejo de los telares mecánicos en Inglaterra e importó la maquinaria que permitiría industrializar la producción. Brandts era, sin embargo, todo lo contrario de un patrón dickensiano. En la década de 1880, bajo el gobierno de Bismarck, creó una asociación encargada de velar por el bienestar de su personal y sus familias, impregnada de catolicismo, la primera que consagró unos derechos de los trabajadores, incluida la vivienda, la escuela y la atención sanitaria. Su planteamiento era paternalista y fue uno de los precedentes del concepto alemán actual de una economía social de mercado. Roger forma parte de la cuarta generación de descendientes de Brandts. Nos reunimos en el edificio donde antaño tenía su sede la empresa familiar, que ahora parece una cabaña de safari transportable. El negocio familiar cesó sus operaciones hace algún tiempo, pero a nadie se le ocurrió cambiar de sector de actividad. Después de estudiar tecnología textil (¿qué si no?), Roger entró a trabajar en la gerencia de los centros comerciales Peek & Cloppenburg que ofrecía buenas oportunidades de promoción. En 1998, lo destinaron a Sudáfrica para realizar seis meses de prácticas. Allí vio casualmente la película *Memorias de África* y decidió que le gustaría crear una colección de ropa inspirada en las prendas que vestían los personajes de la película.

«Mi padre estuvo seis meses sin hablarme», me explicó. A un extranjero le resulta difícil entenderlo, pero pocos alemanes renuncian a un buen empleo seguro por un capricho. Brandts calculó que necesitaría sesenta mil marcos alemanes (unos cuarenta mil euros actuales) para adquirir una colección de ropa, un coche y un ordenador. Tuvo que pedir un crédito al banco. A los bancos tampoco les gusta correr riesgos y le cobraron un interés alto, del 7 por ciento, con vencimiento a cinco años. Bautizó a su nueva empresa con el nombre de Fynch-Hatton en memoria de uno de los personajes principales de la película, el aristocrático cazador de grandes presas Denys Finch Hatton. Le pregunté qué imagen intentaba evocar con su colección de prendas de vestir. «Un momento

relajado al atardecer en un espacio abierto bajo una acacia bebiendo un *gin-tonic*». Muy colonial y ¡oh, tan británico! Ha tenido éxito. Fynch-Hatton exporta ahora a cincuenta y cinco países, desde Rusia hasta China, desde Nueva Zelanda hasta Pakistán.

Mönchengladbach es una ciudad cuidada y discreta, con su parte alícuota de problemas sociales: drogadicción, conductas antisociales entrada la noche y una calle principal afeada por la sucesión de tiendas con las persianas bajadas ante la imposibilidad de competir con los pasillos bajo techo del centro comercial. Con un buen sistema de transporte público que abarca toda la región, muchas personas la utilizan como ciudad dormitorio desde donde se desplazan a diario hasta lugares más prósperos, como Düsseldorf. El único espacio donde se congrega todo el mundo es el Borussia Park, el estadio del club de fútbol local. La ciudad recibe el apodo de la Mánchester alemana: tejidos, industria y fútbol. El Borussia Mönchengladbach ya no es lo que fue en otro tiempo y no es rival para el City o el United, pero cuenta con una base de aficionados inasequible al desaliento. Brandts y Hornemann tienen localidades de tribuna, dado que sus empresas son patrocinadoras del equipo. Subí a las gradas con Bolzen, su hijo y su hija adolescentes y me sentí transportado a los años setenta o los ochenta: solo localidades de pie como en los buenos viejos tiempos. La gente fumaba (una de mis quejas favoritas contra Alemania) y camareros con gigantescos barriles de cerveza cargados a la espalda hacían rondas para llenar las jarras de los aficionados. El fútbol mueve mucho dinero, pero, sin embargo, todos los clubes de la Bundesliga alemana excepto dos son mayoritariamente propiedad de sus socios. La idea de vender su participación a cualquier oligarca ruso o emiratí se consideraría una traición.

Llegué a la anodina ciudad industrial de Mannheim, al sur de Fráncfort, para entrevistarme con Markus Schill, fundador de VRmagic, una empresa especializada del sector sanitario. Una vez finalizados sus estudios universitarios de Física en la cercana ciudad de Heidelberg, Schill cursó un postgrado en Modelado, dedicado a estudiar la respuesta de los tejidos blandos sometidos a una presión. Su objetivo era la craniectomía, una técnica quirúrgica consistente en retirar parte del cráneo para aliviar la presión de los hematomas causados por una contusión. En aquel tiempo —me explicó— un cirujano requería cuatro días de formación para llegar a dominar el procedimiento. Su supervisor, un tutor muy exigente, le dijo que era necesario agilizar el proceso de formación para ajustarlo al tiempo real. Casualmente, Schill estaba leyendo entonces un libro sobre la realidad virtual. Decidió construir un simulador, similar al que se utiliza en la formación de los pilotos de avión. Hasta entonces, los cirujanos tenían que

practicar con sus pacientes y los fallos se consideraban parte del proceso de formación. En 1998, Schill solicitó una primera subvención, pero la Fundación Alemana para la Investigación desestimó su petición. Después de leer su plan de empresa, tuvieron dudas sobre las posibilidades de llevarlo a cabo. «Cuando en el banco me preguntaron por las dimensiones del mercado, les respondí que no tenía ni idea. No había pensado en ello». Encontró otra vía para conseguir financiación a través de inversores de capital riesgo y fundaciones familiares locales. Pasados tres años, creó su propia empresa. Los comienzos fueron duros. «Construimos un aparato. La primera versión tenía un sinfín de errores técnicos». La conserva en su despacho como un recuerdo para la posteridad. Sus inversores mantuvieron la confianza en él. «En Alemania, el mundo financiero es conservador. Hay que conocer a alguien que conozca a alguien. Les cuesta decidirse a aprovechar las oportunidades, pero no es raro que una vez que la idea ha triunfado en otro sitio, se muestren dispuestos a invertir».

Otro rasgo fundamental del *Mittelstand*, junto con la vinculación regional, los lazos familiares y la responsabilidad social, es el acento en la especialización. Entre los emprendedores más exitosos hay muchos que han ideado un solo producto, una máquina-herramienta concreta o un electrodoméstico. Su pericia es limitada, pero a menudo acaban copando el mercado global merced a una incesante atención a la conquista y ampliación de su clientela, procurando adelantarse siempre a la competencia. Los simuladores quirúrgicos de Schill dominan el mercado en la mayoría de países. VRmagic suministra y opera centenares de modelos para la simulación de operaciones de cataratas en el mundo entero, con setenta trabajadores en Mannheim y una base de operaciones en Estados Unidos, en Cambridge (Massachusetts). Le pregunté cuándo pensaba vender la empresa o si tenía intención de hacerlo. Me miró perplejo. «Adoro la ciencia y siento que lo que hago es útil para la medicina. No lo hago por dinero».

Hay dos datos estadísticos destacables: las empresas familiares generan alrededor del 80 por ciento del PIB alemán y dos terceras partes de las pymes que han triunfado a escala global tienen su sede en localidades de menos de cincuenta mil habitantes. Si centramos la atención exclusivamente en la zona occidental de Alemania, veremos que las ciudades pequeñas han sufrido una cierta pérdida de población, pero el éxodo hacia otras de mayor tamaño es mucho menor que en otros países, como Francia, el Reino Unido, Polonia o España. Y no solo las empresas familiares no mudan de sitio. Las multinacionales se encuentran dispersas por todo el país: Mercedes y Bosch tienen su sede en Stuttgart; Siemens y BMW, en Múnich; ThyssenKrupp, en Essen; Volkswagen, en Wolfsburg, en el lado occidental de la antigua frontera interior alemana; Adidas,

en Herzogenaurach, al norte de Núremberg; la sede central de BASF se encuentra en el puerto fluvial de Ludwigshafen, a orillas del Rin; y la sede el gigante informático SAP (uno de los pocos éxitos tecnológicos alemanes de primera hora) está situada al sur de Heidelberg, en una localidad llamada Walldorf. En muchos otros países del mundo occidental, la actividad industrial y comercial ha quedado muy centralizada en las grandes ciudades. En cambio, en Alemania, innovación industrial, presencia internacional y regionalismo van de la mano.

El mayor rasgo diferencial de Alemania son las empresas de menor tamaño. El estratega empresarial y también autor Hermann Simon ha acuñado la expresión «campeones ocultos» para designar a empresas como las que he citado, dedicadas a un nicho de mercado. Son experiencias exitosas de la globalización y la liberalización del comercio. Al frente de estas hay personas monomaníacas prototípicas, voluntariosas y dedicadas a una sola causa o a un producto concreto. Suelen evitar la luz de los focos. «Bien oculta bajo los titulares que anuncian éxitos comerciales sensacionales subyace una fuente de liderazgo que ha pasado completamente desapercibida»,[167] escribe Simon y enumera 2.700 empresas de estas características en el mundo entero. La mitad proceden de Alemania. A continuación, y a mucha distancia, la siguen Estados Unidos, Japón y China. Los demás países europeos no figuran en la lista.

Las reformas radicales adoptadas por Ludwig Erhard en 1948 tuvieron un efecto instantáneo a favor de la revitalización de la economía alemana después de la guerra. Los alemanes tenían que dedicar unas diez horas a la semana a recorrer su barrio en busca de alimentos y otros productos básicos. Pocos meses después de introducirse las reformas, ese tiempo se había reducido a cuatro horas. En vísperas de la reforma monetaria y la supresión del control de precios, la producción industrial equivalía aproximadamente a la mitad del nivel alcanzado en 1936. A finales de 1948 se había elevado hasta el 80 por ciento de esa cifra.[168] Henry Wallich, economista de la Universidad de Yale y posteriormente gobernador de la Reserva Federal de Estados Unidos, escribió en su libro publicado en 1955, *The Mainsprings of the German Revival* (Los resortes principales del renacimiento alemán): «El estado de ánimo del país cambió de la noche a la mañana. Las siluetas grises, hambrientas, apagadas, que deambulaban por las calles en su eterna búsqueda de comida cobraron vida».[169] En 1958, la producción industrial había cuadruplicado la de solo diez años antes. La economía creció una media del 8 por ciento anual durante ese periodo (el ritmo que en la China actual se ha tomado como valor de referencia para una economía emergente); un crecimiento que duplicaba el registrado en cualquier otra gran

economía europea. En 1968, cumplidas apenas dos décadas desde el fin de la guerra que dejó al país en ruinas, la economía de la Alemania federal superaba a la del Reino Unido. Una tendencia que se mantuvo sin dar tregua. En 2003, Alemania llegó a ser el mayor exportador a Europa oriental. En 2005, superó a Estados Unidos como primer suministrador de maquinaria de importación a India. Es el mayor exportador de vehículos a China. Y el dato más impresionante: en 2003 Alemania adelantó a Estados Unidos para convertirse en el mayor exportador total de bienes del mundo entero, una posición que mantuvo hasta 2010, cuando la perdió frente a China.

Datos como los citados solo reflejan una parte de lo ocurrido. El milagro económico también fue un proyecto social. Erhard, que fue ministro de Economía entre 1949 y 1963 y canciller desde 1963 hasta 1966, es conocido como el padre del *Wirtschaftswunder,* lo que internacionalmente se designó como el milagro del Rin, la transformación económica de Alemania en la segunda mitad del siglo XX. En su base estaba la idea de la economía social de mercado, una expresión acuñada por un economista y sociólogo, Alfred Müller-Armack, que aspiraba a una «nueva síntesis» entre la libertad de mercado y la protección social. Según reza la teoría, los responsables de diseñar las políticas orientan al mercado hacia la maximización de la riqueza producida, que luego se redistribuye para promover la justicia social. O dicho de otro modo: se trata de que cada uno sepa que está cumpliendo su papel. La gobernanza de las empresas tiene como eje central la práctica de la codeterminación. En 1976, esto quedó plasmado en una ley que obligaba a las grandes empresas a ceder a los representantes de los trabajadores, elegidos habitualmente por la vía sindical, la mitad de los puestos en el consejo de administración. En el caso de las empresas de tamaño medio, la cuota es de un tercio. Los trabajadores no se sienten fuera de lugar en el consejo de administración y muchos jefes alemanes tampoco tienen ningún reparo en sentarse a comer en la cantina.

En otros países, en Estados Unidos y el Reino Unido en particular, semejante reparto del poder entre empleadores y sindicatos se suele considerar peligrosamente socialista; en cambio, Alemania ha tenido variaciones de este reparto desde los primeros tiempos de la Revolución Industrial. El único intento colectivo de acabar con las organizaciones de trabajadores tuvo lugar bajo los nazis. Más adelante, en la década de 1980, en el momento de mayor auge del thatcherismo y el reaganismo, en Alemania algunos empezaron a tener dudas sobre su sistema y a preguntarse si el enfoque anglosajón basado en «contratar y despedir sin miramientos» no favorecería más el crecimiento y la productividad. Helmut Kohl intentó introducir dos cambios en las relaciones laborales: uno

encaminado a reducir el alcance de la negociación colectiva y el otro destinado a reducir el poder de los comités de empresa. Ambos fueron barridos pronto por los empresarios, que habían llegado ya hacía tiempo a la conclusión de que un sistema con sindicatos fuertes y canales de participación regulados era preferible a tratar con una representación de los trabajadores más débil y airada y menos predecible.

Hablé con algunas personas que conocían bien ambos modelos. Jürgen Maier nació en Austria, pero a los diez años fue a vivir a Leeds cuando su madre se casó por segunda vez con un inglés. (Recuerda haber sufrido acoso e insultos en la escuela… Alemán, austriaco, era a ojos de los demás lo mismo). Empezó a trabajar como operario en la fábrica de Siemens en Congleton, en el condado de Cheshire, donde fue ascendiendo hasta dirigirla y llegar a presidir luego la gran sección británica de la empresa. Maier aprecia la informalidad de los centros de trabajo ingleses, pero enumera varios atributos que distinguen a Alemania: liderazgo, tejido social, formación y largoplacismo. «A principios de los años noventa ya empecé a vaticinar que el modelo alemán fracasaría —me dijo—. Estaba equivocado, como ha quedado demostrado una y otra vez. El modelo alemán acaba funcionando a la larga».

Un estudio reciente del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT), la Universidad de California en Berkeley y el Instituto Alemán de Estudios sobre el Empleo comparó varias empresas con representantes de los trabajadores en su consejo de administración con otras que no los tenían. Los resultados fueron sorprendentes. El *stock* de capital fijo a largo plazo de las empresas del primer grupo era entre un 40 y un 50 por ciento superior al de las empresas del segundo grupo. En otras palabras, incorporar a los trabajadores al consejo de administración se traduce en un incremento significativo de la inversión. Los salarios aumentaron más en las empresas con gobernanza compartida, pero solo en proporción a la productividad de la fuerza de trabajo. Los ingresos crecieron aproximadamente al mismo ritmo en ambos grupos y la rentabilidad de las empresas con representación de los trabajadores en el consejo de administración fue ligeramente superior o igual a la del otro grupo, según el criterio de medida adoptado. En resumen, la codeterminación resultó tener efectos neutros o muy positivos según todos los criterios de evaluación del éxito empresarial. Y, en cambio, por regla general, los clásicos defensores del libre mercado esperan que los representantes de los trabajadores que participan en el consejo de administración miren solo por sus propios intereses, frenen los cambios e intenten mejorar sus salarios.

Durante una visita a la sede berlinesa de la BDI, la federación empresarial

alemana, saqué a colación el tema del «capitalismo responsable», un término que en otros países solo ha empezado a ser de uso habitual hace poco. Stefan Mair, miembro de la junta directiva, ensalzó las virtudes de los sindicatos. También se refirió a la redistribución. Para los jefes de empresa alemanes —me dijo— la creación de valor para los accionistas es un objetivo importante pero no el único. «La cohesión social es una buena inversión», me indicó. Le pedí más detalles. Se trata de crear un marco de actuación favorable a la competencia de mercado pero a la vez establecer instituciones y normas que determinen una distribución equitativa de los beneficios económicos, me explicó. Y hay que cuidar al personal. Durante la crisis financiera e inmediatamente después, las empresas alemanas hicieron todo lo posible para evitar despedir a nadie. Aplicaron reducciones de jornada, adelantaron las vacaciones anuales e invitaron a los trabajadores a tomarse un periodo de baja no remunerada, lo que fuese con tal de no alterar la cadena de producción. Confiaban en que los pedidos no tardarían en aumentar y no querían tener que empezar a contratar y formar nuevo personal. Los trabajadores aceptaron los sacrificios a corto plazo con el fin de conservar sus puestos de trabajo. «Esto nos ayudó a recuperarnos con relativa rapidez. Fue una decisión racional».

Industria manufacturera e ingeniería; exportación; finanzas públicas sólidas; mano de obra altamente cualificada; solidaridad social. La fórmula alemana.

Alemania ha experimentado recientemente algunos baches económicos, pero los ha superado. A lo largo de las décadas de 1990 y 2000, el crecimiento fue inferior a la media de la eurozona. El choque de la absorción de la economía de la Alemania oriental, con una población de dieciséis millones, miles de fábricas obsoletas con sus chimeneas y la herencia de cincuenta años de planificación centralizada, habría colapsado a cualquier otra economía. En aquel momento, todo el mundo empezó a caricaturizar a Alemania como un dinosaurio. El famoso editorial de *The Economist* de junio de 1999, que los legisladores y políticos berlineses parecen saberse de memoria, decía: «Ante el nuevo estancamiento del crecimiento, Alemania comienza a ser calificada como la enferma (o incluso el Japón) de Europa».[170] Sus fortalezas se empezaron a ver de repente como puntos débiles. El anhelo de estabilidad había dado lugar a un mercado laboral demasiado rígido y un estado del bienestar excesivamente generoso.

La autoestima del país quedó tocada. En 2003, Gerhard Schröder remató su sorpresiva reelección con un paquete de reformas económicas radicales como no se habían visto desde las introducidas por Erhard en 1948. El país pasaba un mal momento: el desempleo había aumentado hasta un 9,5 por ciento y el déficit

presupuestario se aproximaba al 4 por ciento del PIB.[171] El crecimiento económico se había detenido en seco. El mercado laboral estaba estrangulado. Las personas en paro tenían derecho a rechazar cualquier oferta de trabajo que no correspondiese a su profesión presente. El mercado de empleo prácticamente no funcionaba. La respuesta del Gobierno fue crear una comisión. Peter Hartz, director de recursos humanos de Volkswagen, presidía el grupo de quince personas. Muchas de las reformas que propusieron, en materia de formación, fiscales y con respecto a la seguridad social, no fueron controvertidas. La mayor disparidad surgió en torno al cuarto de los cinco elementos: las prestaciones sociales. Cuando presentó su propuesta, Schröder recibió más apoyo de la CDU, desde la oposición, que de su propio partido. Tuvo que amenazar con su dimisión para doblegar al SPD. Agradeció cualquier posible apoyo. Los jerarcas de las Iglesias protestante y católica dieron un paso del todo desusado y expresaron públicamente su respaldo a las propuestas del Gobierno, con el argumento de que no veían otra manera de conseguir que la gente volviera a tener un empleo.

El Bundestag aprobó las medidas en diciembre de 2003 y entraron en vigor en enero de 2005. Todavía en la actualidad suscitan intensos debates. El paquete englobó la prestación por desempleo y las prestaciones sociales en un único sistema, redujo los incentivos a la jubilación anticipada y facilitó los contratos a tiempo parcial y por obra y servicio. La medida más controvertida fue la reducción instantánea de la prestación por desempleo al 50 por ciento del último salario; hasta entonces equivalía a dos terceras partes del mismo. También limitó su percepción a un solo año, mientras que antes se podía cobrar de manera indefinida. Faltar a una sola citación en la oficina de empleo podía ser motivo para una reducción parcial de la prestación. El lema era «*Fördern und Fordern*», dar apoyo y exigir. Schröder, como su amigo Tony Blair, era amante de la jerga global y el texto de las reformas estaba salpicado de anglicismos, como *jobcenter* y *mini-job*.

Schröder aproximó a Alemania a las duras realidades de los mercados globales y la alejó del consenso social. El SPD lo pagó. Schröder perdió las elecciones que había decidido convocar en 2005. Desde la izquierda, muchos buscaron chivos expiatorios. En campaña, el presidente del partido, Franz Müntefering, atacó a los inversores extranjeros cuyas «estrategias para maximizar sus beneficios» calificó como una amenaza para la democracia. «No tienen rostro, se abalanzan sobre las empresas como una plaga de langostas hasta dejarlas en los huesos para pasar luego a la siguiente»,[172] declaró. El concepto «langostas» era habitual en la propaganda antisemita nazi. Müntefering tuvo que pedir excusas.

Cuando sucedió a Schröder, Merkel cosechó los beneficios económicos de las reformas, mientras se distanciaba de sus políticas; tuvo la astucia de no hacer suya su obra. La competitividad y la productividad aumentaron. Disminuyó el desempleo. Volvieron a afluir las inversiones. Las empresas alemanas tendieron una línea directa hacia la Europa del Este y los BRICS, países florecientes y con abundante crédito. Las exportaciones volvieron a expandirse. Durante los siete años anteriores a la crisis financiera, las exportaciones alemanas crecieron un 75 por ciento, frente a solo un 20 por ciento en el caso de sus rivales.[173] Deutschland AG, Alemania S. A., volvía a dominar el mundo. Y lo había conseguido aplicando su propio modelo de capitalismo, una economía social de mercado que, pese a sus defectos, había alcanzado el doble logro de un crecimiento económico consistente junto con una relativamente mayor cohesión social.

En 2005, el historiador económico Werner Abelshauser publicó una obra seminal titulada *The Dynamics of German Industry: Germany's Path toward the New Economy and the American Challenge* (Dinámica de la industria alemana. La vía alemana hacia la nueva economía y el desafío estadounidense). En ella afirmaba que las dos economías dominantes del siglo XX, Estados Unidos y Alemania, siguieron caminos muy parecidos hasta la década de 1980 y solo empezaron a divergir con la introducción de la desregulación y la cultura del enriquecimiento rápido promovidas por Reagan y Thatcher y su gurú Milton Friedman. Posteriormente, en una entrevista con *Die Zeit* titulada «¿No somos acaso los más ricos?», argumentó que la crisis financiera de 2008 había demostrado la rectitud ética y la eficacia de la vía alemana, a la vez que daba a entender que los alemanes no basaban su satisfacción en la adquisición individual de bienes materiales en tan gran medida como en otros países. Por el contrario buscaban un sentimiento de enriquecimiento común. «En Alemania, se ha considerado tradicionalmente al Estado como garante»,[174] explicó.

Los datos lo corroboran. En Alemania, el número de ciudadanos que participan en el mercado de valores es muy inferior al de otros países. Lo suyo es ahorrar y ahorrar, por muy bajos que sean los tipos de interés y aunque a veces sean incluso negativos. Casi todos esos ahorros se invierten en fondos de pensiones y seguros de vida. En total se han adquirido más de cien millones de pólizas, por encima del número de habitantes que tiene el país. No se genera valor por medio de inversiones de alto riesgo. Evidentemente, también es posible caer en el error de exagerar las diferencias. Los bancos alemanes han demostrado ser tan voraces como otros; Alemania cuenta con su propia cuota de evasores fiscales; los alemanes adoran sus pequeños lujos domésticos y sus vacaciones;

veneran sus coches. Hechas estas salvedades, el Estado social alemán constituye un choque cultural para las personas con una mentalidad forjada en el libre mercado anglosajón.

Incluso después de las reformas del plan Hartz, todo se ha dispuesto con el propósito de mitigar los riesgos. *Langsam aber sicher*. Lentos pero seguros. La búsqueda del consenso en los consejos de administración se podría considerar un obstáculo para la espontaneidad o la rapidez en la toma de decisiones. Los alemanes no ven ninguna contradicción entre el éxito económico y la cohesión social. Lo extraordinario es que, salvo breves periodos, la economía del país se ha mantenido sólida de manera continuada, aparentemente sin que el trabajo obsesione a la gente. Francia tiene su ley de las treinta y cinco horas, que impide que un empresario pueda obligar a nadie a trabajar más de ese máximo, aunque por mutuo acuerdo se pueden complementar con un cierto número de horas extras. Se aprobó en 2000 para promover el empleo y la productividad. Los resultados han sido ambiguos, dependiendo del criterio que se aplique. En Alemania no existe tanta rigidez, pero en algunos aspectos ha llegado más lejos que Francia. Con la participación de los sindicatos en los consejos de administración, lo ha conseguido sin la sucesión aparentemente inacabable de huelgas que ha caracterizado las relaciones laborales francesas durante décadas. Cuando en Alemania se convoca una huelga, se trata invariablemente de un último recurso, y la mayoría suelen desembocar en un compromiso.

A principios de 2018, los trabajadores consiguieron, no obstante, una concesión que inauguraría una nueva etapa. IG Metall, el sindicato más grande, logró un acuerdo en virtud del cual todos los trabajadores del sector eléctrico y del metal podían optar por reducir su jornada laboral a veintiocho horas semanales durante un periodo de dos años para ocuparse del cuidado de sus hijos o de familiares mayores o enfermos, a lo cual se sumaba un importante aumento de la remuneración por hora trabajada.[175] Los empresarios están obligados a recolocarlos a jornada completa (si el trabajador así lo desea) una vez finalizado ese periodo. Esto tuvo un efecto dominó en toda la industria, empezando por el sindicato de ferrocarriles y transporte EVG, que alcanzó un acuerdo similar. Es significativo el caso de los trabajadores del servicio de correos, Deutsche Post, a quienes se ofreció la posibilidad de escoger entre un aumento salarial del 5 por ciento o alrededor de cien horas más de días libres a lo largo de dos años. Cuando el sindicato que los representa junto con otros trabajadores de servicios realizó una encuesta entre sus afiliados, un 56 por ciento optaron por disponer de más tiempo libre frente a un 41 por ciento que preferían cobrar más.

Los alemanes lo llaman *Entschleunigung*, literalmente «desaceleración», o lo

que en otros lugares se designa como conciliación entre el trabajo y la vida personal. Y se ha conseguido sin que el volumen de producción se haya visto afectado. La productividad alemana ha sido objeto de envidia durante años, no en último lugar para los británicos, que trabajan algunas de las jornadas laborales más largas. En 2017, el ministro de Empresa británico, Greg Clark, observó: «En Alemania la gente produce en cuatro días lo que en el Reino Unido tarda cinco días. Y esto significa que su remuneración puede ser más alta o no es necesario que trabajen tantas horas. Este es un reto que la economía británica tiene planteado desde hace tiempo».[176]

Curiosamente para un país que se enorgullece de su economía social de mercado, Alemania no introdujo hasta 2015 un salario mínimo a escala nacional. Cuarenta y cinco años después de Francia y dieciséis años después del supuestamente despiadado Reino Unido. La resistencia no procedió solo de los empresarios (suelen oponerse en todos sitios), sino también de los sindicatos. Los sindicatos alemanes consideraban que eso mermaría su poder de negociación. Argumentaban que, si bien en otros países era necesario porque los trabajadores carecían de otras salvaguardas, en Alemania ya los protegía la codeterminación. Una posición motivada más por interés propio que por una cuestión de principios, visto que la sindicación está descendiendo, aunque a un ritmo más lento que en el resto del mundo. Antes de que se aprobase por fin esta norma, en 2013, y comenzara a aplicarse, en 2015, se estimaba que un 10 por ciento de alemanes, casi todos no sindicados, cobraban menos de los 9,90 euros por hora fijados inicialmente como retribución mínima.

En Alemania, el bienestar personal y la estabilidad social no se definen solo por el hecho de llevar un salario a casa. Muchos trabajadores han buscado tradicionalmente consejo y protección en sus empleadores. Las empresas los han resguardado de algunas de las incertidumbres de las fuerzas del mercado, con la oferta de pólizas de seguros, clubes sociales y un sentimiento de pertenencia. «La economía social de mercado es buena para los ciudadanos que siguen el camino marcado —explica Christian Odendahl del Centre for European Reform—. Si uno se desvía, acaba en el sector servicios, donde se le considerará un trabajador de segunda clase». Se refiere a quienes trabajan en la economía bajo demanda (*gig economy*) en tareas de limpieza, vigilancia o como mensajeros o *riders*, con contratos temporales de cero horas. El trabajo autónomo o *free-lance* se considera arriesgado y eso no es del agrado de los alemanes. En un plano más general, mucha gente menosprecia el trabajo en el sector servicios. Hay algunas excepciones. El sector de los seguros se considera una opción madura. También la banca, aunque públicamente no se la ve exactamente con simpatía, igual que

sucede en el resto del mundo. En el Reino Unido, el sector servicios representa el 80 por ciento del producto económico, una proporción muy superior al caso alemán, y muchos lo consideran el sector del futuro, mientras que la producción industrial se ve como un «legado del pasado». Las industrias creativas del Reino Unido aportan conjuntamente más de 100.000 millones de libras esterlinas anuales a la economía.[177] Para los alemanes gran parte de esa actividad es «entretenimiento». La alta cultura es otra cosa. Los intérpretes y compositores de música clásica son sumamente respetados, por ejemplo, pero se los valora por su talento artístico, no según criterios de utilidad económica.

Alemania es lenta a la hora de innovar. En país está rezagado en muchos aspectos de la informatización, desde el pago sin dinero hasta la administración digital. «Nosotros solemos ser los responsables de su implementación —me dijo el presidente de Siemens, Joe Kaeser—. Eso genera un entorno defensivo frente a una innovación disruptiva». Hablamos sobre el estigma del fracaso. Le cité el ejemplo de un empresario surcoreano, de apenas unos veinticinco años, que en un congreso declaró con orgullo que estaba poniendo en marcha su quinta empresa. Todas las anteriores habían fracasado, pero esa vez había dado en el clavo. En Estados Unidos y el sureste asiático, la expresión «fracasar deprisa» es de uso corriente en los consejos de administración. Kaeser me hizo notar que los estadounidenses pueden presentar una declaración de insolvencia acogiéndose al capítulo 11 de la Ley de Quiebras en una sala del juzgado de distrito y luego subir a la segunda planta para registrar una nueva empresa. En Alemania, no. La empresa de creación más reciente incluida en el índice bursátil alemán DAX es el gigante del *software* SAP, fundado en 1972, lo cual quizás contribuya a explicar por qué Alemania inicialmente fue lenta a la hora de adoptar la tecnología e incorporar la cultura de la innovación empresarial. El valor de mercado de la compañía más grande del mundo, Apple, es actualmente equivalente al de la suma de todas las que figuran en el DAX.

Sin embargo, los alemanes están ganando terreno. A mediados de la década de 2010, Berlín contaba con el porcentaje más alto de empresas emergentes (*startups*) entre todas las ciudades de Europa. En los últimos años, la inversión de capital riesgo en tecnología de origen alemán ha aumentado un promedio del 60-80 por ciento, año tras año. La mayor parte afluye a la capital, que ahora compite con Londres por los cerebros más dotados. Fráncfort y Múnich también empiezan a resultar más atractivas para los inversores. No faltan historias alemanas de éxito, sobre todo en los ámbitos del comercio electrónico y las cadenas de bloques (*blockchain*): la tienda *online* de moda Zalando, el servicio de comidas a domicilio Delivery Hero, la aplicación de música SoundCloud, junto

con inversores y *business angels* como Rocket Internet y Cherry Ventures. El abuelo de todos ellos es el comparador de precios Idealo, que se inauguró en 2000, cuando no había prácticamente nada adaptado para el sector tecnológico. Ahora todo el mundo está acudiendo en masa. Bill Gates ha invertido en una red científica; su sucesor al frente de Microsoft, Steve Ballmer, inauguró un acelerador en el corazón de Berlín.[178] Las grandes compañías alemanas se están sumando también. Springer, el antaño rancio grupo editor de prensa, ha unido fuerzas con Porsche para inaugurar un acelerador llamado APX. Tiene su sede, junto con otras compañías de su clase, en la poco céntrica Berlin Strasse, cerca de donde estaba situado el *checkpoint* Charlie. En su interior puede encontrarse el conjunto habitual de *millennials* y miembros de la generación X vestidos con sudaderas con capucha y camisetas. Resulta difícil distinguir quién es alemán y quién no, dado que todo el mundo habla en inglés. Katy Campbell, escocesa, imparte un curso para emprendedoras los lunes por la mañana. Dice que no cambiaría Berlín por ningún otro sitio. Otras ciudades han tenido su momento y han desaparecido.

El ambiente particular de Berlín tiene ventajas y desventajas para el sector tecnológico. Google ocupa un lugar destacado en el centro de la ciudad, pero querría ampliarse más. Sus planes de construir su séptimo campus (un centro de operaciones para empresarios tecnológicos como los que ya tiene en Londres, Madrid, Tel Aviv, Varsovia y otros lugares) se vieron frustrados tras dos años de protestas. Había elegido una subestación eléctrica abandonada en Kreuzberg. Parecía la localización perfecta; Mozilla, WeWork y otros ya estaban allí. Pero no había contado con la población local, que no estaba dispuesta a permitir que las megaempresas de Silicon Valley invadieran su espacio. Como contrapartida, tienen Factory Berlin. Recorro la antigua fábrica de cámaras fotográficas Agfa en compañía de Martin Eyerer. Durante el día es el responsable de innovación, pero también uno de los mejores *disc-jockeys* de Alemania. El lugar combina la gran empresa (Siemens, Audi, Daimler) con lo más en la onda. Las zonas de reuniones incluyen una cama de bolas para tumbarse. Una tercera parte de las cuatro mil personas que se han asociado a la Factory, en uno u otro de los dos locales que tiene en la ciudad, son alemanas. La reciente afluencia de *hipsters* no es del agrado de los residentes *hippies* originales de Kreuzberg. Los consideran demasiado «capitalistas», me dice Eyerer y luego añade: «Aquí es donde el 68 confluye con la RDA».

Su frustración es comprensible. No solo las personas mayores oponen resistencia al cambio, sino también un sector apreciable de los jóvenes y de la izquierda. Aun así, una pequeña parte de mí también respeta la idea de que las

comunidades locales, en Berlín y en otras ciudades, se resistan a ser obviadas. La economía social de mercado, el sentimiento de pertenencia a una comunidad, están profundamente arraigados.

Alemania es menos desigual que muchos otros países, pero más de lo que cabría suponer. El coeficiente Gini, el conjunto de datos aceptado como medida de la desigualdad en los distintos países, sitúa a Alemania hacia la mitad de la lista de los treinta y seis países de la OCDE, justo por debajo de los países nórdicos, pero muy por encima de Estados Unidos y el Reino Unido, y en una posición marginalmente mejor que Francia. La desigualdad ha aumentado desde que Schröder introdujo las reformas del plan Hartz. En 2019, la revista *Forbes* incluyó a ciento veinte alemanes en su lista de titulares de fortunas superiores a los mil millones de dólares, más del doble que en el Reino Unido y equivalentes a uno por cada 727.000 alemanes, no muy lejos de la cifra estadounidense de uno por cada 539.000. Irlanda, con una renta per cápita no muy inferior a la alemana, solo tiene seis milmillonarios.[179] Un informe reciente del Instituto de Estudios Económicos alemán (DIW) llegó a la llamativa conclusión de que la riqueza en manos de cuarenta y cinco de las familias más opulentas de Alemania era equivalente a la de la mitad de la población.[180] En Estados Unidos y otros países, los ultrarricos consultan ávidamente las listas de grandes fortunas que publica *Forbes*, o el *Sunday Times* en el Reino Unido. Consideran un desdoro descender un grado en el escalafón. En Alemania, se observa un detalle distinto. Estén atentos o no a las listas, los superricos en general hacen todo lo posible para no llamar públicamente la atención.

Solo una parte muy pequeña de esas fortunas son «dinero antiguo»; la dictadura nazi y las dos guerras mundiales se llevaron la mayor parte. Muchos de los superricos han hecho fortuna desde la pequeña y mediana empresa. El tercer lugar en la lista de ricos alemanes lo ocupa Dieter Schwarz, de Lidl. Los propietarios de la cadena de supermercados rival Aldi, la familia Albrecht, los siguen en el quinto puesto. En décimo lugar figura la familia Würth, cuya empresa, con sede en Künzelsau, una pequeña ciudad de Baden-Wurtemberg, fabrica tornillos y otro material de ferretería. Muchos de ellos mantienen sus empresas en régimen de propiedad privada. Algunos han creado fondos fiduciarios y fundaciones. Suelen tener un buen número de automóviles, grandes mansiones, casas de campo y los accesorios habituales de la riqueza, pero rarísimas veces hacen ostentación pública de su fortuna. Se consideraría de mal gusto.

El lugar de residencia ideal en Alemania es una bonita vivienda familiar,

rodeada de un buen vecindario sólido, que no cause problemas, formado por personas ni demasiado ricas ni demasiado pobres. Las calles no deben estar dejadas ni tampoco ser ostentosas. Los ingresos medios netos per cápita de los hogares rondan los treinta mil euros anuales, aproximadamente un 10 por ciento por encima de la media de la OCDE. El consumo doméstico no refleja esta ventaja. Aparte del ubicuo automóvil, los electrodomésticos adecuados y las vacaciones de verano en un lugar soleado, la sociedad alemana no es particularmente consumista, como evidencian los horarios comerciales restringidos. Lo importante es gestionar con prudencia los recursos propios. Las familias alemanas ahorran casi el doble que las estadounidenses o las del Reino Unido. La familia alemana típica dispone de ahorros e inversiones por valor de 8.600 libras esterlinas, frente a las 5.000 de una familia media del Reino Unido.

Casi la mitad de la población declara en las encuestas de opinión que le abochornaría tener que comprar algo a crédito. Compárese esta actitud con la que se observa en otros países, sobre todo en Estados Unidos y el Reino Unido. En Gran Bretaña, hasta diciembre de 2019, el endeudamiento privado total había aumentado de 180.000 millones de libras esterlinas hasta 225.000 millones en el plazo de una década. Como media, cada ciudadano adulto acumula una deuda de 4.300 libras esterlinas en descubiertos bancarios, créditos personales y pagos con tarjeta de crédito.[181] Para un alemán esto sería una herejía. No dan valor a las adquisiciones obtenidas a cambio de incurrir en un riesgo (la proporción de viviendas de propiedad es una de las más bajas del mundo occidental) sino a asegurarse un futuro libre de riesgos. El sistema de jubilación es relativamente estándar, con tres pilares: el sistema nacional de pensiones obligatorio, planes de pensiones de empresa y planes privados. Como ocurre en otros países, el Gobierno alemán procura hacer frente a los problemas que plantea una población envejecida sin causar demasiada conmoción social. Está previsto que la edad de jubilación se eleve gradualmente hasta los sesenta y siete años, y algunos sugieren aplazarla hasta los sesenta y ocho. También aumentarán las cotizaciones, a la vez que la pensión máxima se acabará reduciendo a un 67 por ciento del salario neto, frente al 70 por ciento actual. Estas decisiones han requerido considerables deliberaciones.

Desde la crisis financiera, un motivo fundamental de malestar público ha sido el estancamiento de los salarios, que se ha cebado sobre todo en el 50 por ciento de asalariados con ingresos más bajos. Las decisiones de evitar los despidos han tenido como contrapartida acuerdos de contención salarial. Los recuerdos de la Gran Depresión de principios de los años treinta todavía alimentan el temor al desempleo y la inflación. El peso otorgado a las exportaciones también ha

influido. Uno de los motivos por los que Alemania ha llegado a dominar tantos mercados ha sido la contención de los costes laborales por unidad de producto.

En 1993 abrió sus puertas en Berlín la primera *Tafel*, que repartía verduras y frutas a las personas sin hogar. *Tafel* significa «mesa» en alemán y ese fue el primer banco de alimentos del país. Sus organizadores dicen que la demanda ha aumentado de manera exponencial desde las reformas del plan Hartz. Alrededor de la mitad de quienes se abastecen de alimentos en sus puntos de reparto son pensionistas y menores de edad. Las donaciones públicas han ido aumentando de manera continuada, pero no llegan a contrarrestar el incremento del número de beneficiarios, que ha crecido por efecto de la afluencia de inmigrantes a partir de 2015. El impacto de esta oleada repentina ha planteado un doble desafío para los políticos: responder a las necesidades reales de los refugiados, pero sin descuidar las implicaciones políticas. En 2018, hubo un enconado enfrentamiento cuando un banco de alimentos de Essen dejó de ofrecer alimentos a los inmigrantes para priorizar a la población local. Hasta Merkel intervino en la refriega para declarar que «no estaba bien»[182] hacer distinciones entre las personas necesitadas. «No permitiremos que la canciller nos reprenda por algo que es consecuencia de sus políticas», replicó furioso el responsable de la *Tafel*, Jochen Brühl, mientras le recordaba el «enorme problema de la pobreza» en Alemania, sus «salarios increíblemente bajos» para un determinado sector, unas «prestaciones sociales básicas inadecuadas» y una «política de inmigración poco meditada».[183]

Unos doce millones de alemanes, un poco más del 15 por ciento de la población, están clasificados como pobres, según la definición internacional estándar de unos ingresos inferiores al 60 por ciento de la media nacional de todos los hogares, lo que supone menos de novecientos euros al mes.[184] Es el número más elevado desde los años difíciles de la reunificación. Muchas de estas personas forman parte del grupo de «trabajadores pobres». Las prestaciones sociales complementan sus ingresos, pero no de manera significativa. En 2015 casi tres millones de niños y jóvenes, una quinta parte del total, estaban en riesgo de pobreza en Alemania. La verdadera pobreza oculta se da entre las personas mayores. El número de jubilados en situación de pobreza ha aumentado un 33 por ciento en los últimos diez años, un incremento muy superior al registrado en otros grupos de población.[185]

En el Reino Unido, la expresión en boga en el Gobierno de Johnson es «igualar», colmar la brecha crónica en inversiones y nivel de vida entre el norte y el sur del país. En Alemania esto se ha hecho siempre desde la postguerra. Se instauraron transferencias compensatorias destinadas a garantizar la equidad entre el centro y las regiones y también entre estas últimas. La reunificación

elevó estas medidas a otra categoría con la introducción del impuesto de solidaridad. No obstante, pese a todos los esfuerzos, los desequilibrios regionales están creciendo, y no solo entre el Este y el Oeste. En el curso de la última década, la pobreza se ha reducido en treinta y cinco de un total de noventa y cinco distritos, incluidos muchos del Este. Pero en más de una cuarta parte del total, aumentó más de un 20 por ciento durante el mismo periodo.[186]

La ciudad de Bremen, en el norte del país, en el estado federado de menor tamaño, tiene la mayor tasa de pobreza —un 22 por ciento de la población— sobre todo debido al cierre de los astilleros sin que se hayan creado nuevos empleos sostenibles en la zona. Además de los estados federados de la antigua RDA, entre las regiones con niveles elevados de pobreza también figuran Hamburgo (que incluye asimismo algunas de las zonas más ricas) y Schleswig-Holstein, en el norte y el noroeste. El estado central de Hesse ha pasado de una situación de relativo bienestar a sufrir penurias. Renania del Norte-Westfalia, el estado más poblado de Alemania, sigue siendo la región más problemática. No es difícil comprender el motivo. Lo notable en el caso de las tres empresas de la zona de Mönchengladbach que he descrito al principio de este capítulo son sus buenos resultados en esta zona deprimida, que en general cuenta con pocas pymes. En otro tiempo, ciudades como Dortmund, Bochum y Gelsenkirchen constituían el corazón industrial de Alemania, basado en la producción de productos químicos, acero y carbón. Essen se precia de haber sido la cuna del industrial siderúrgico y fabricante de armamento por excelencia del siglo XIX, Alfred Krupp.

La zona del Ruhr fue uno de los principales objetivos de los bombarderos aliados. «Allí reside el corazón del poder industrial de Alemania —escribió Henry Morgenthau, secretario del Tesoro estadounidense, en un memorando dirigido al presidente Roosevelt—. No solo habría que eliminar toda la industria existente en esa zona, sino dejarla tan debilitada y mantenerla tan controlada que no pueda volver a transformarse en una zona industrial en un futuro previsible».[187] El Ruhr quedó debidamente arrasado con numerosos bombardeos. Cuatro quintas partes de las edificaciones quedaron destruidas o muy dañadas. Muchos de los supervivientes huyeron a otras regiones. Después de la guerra, a pesar del *Wirtschaftswunder*, el milagro económico, las ciudades del Ruhr vivieron el ciclo clásico de pobreza postindustrial y desmoralización. Han perdido población y el desempleo duplica la media nacional. Varios distritos se han convertido en zonas a las que nadie quiere ir. Sus ayuntamientos han intentado las respuestas habituales con la construcción de parques tecnológicos y *outlets* gigantescos u ofreciéndose para albergar la sede de algún organismo paragubernamental.

Algunos de estos proyectos han cuajado, pero muchos otros no.

Fráncfort debe hacer frente a otros retos. El corazón financiero de Alemania ha puesto toda la carne en el asador para atraer a la banca global después del *brexit*. Un *marketing* inteligente destaca muchas de las ventajas de su vida empresarial, social y cultural. La ciudad comienza a ganar animación, aunque desde un punto de partida pobre. La nueva «ciudad vieja» (a nadie le pasa inadvertido el oxímoron) ha mejorado mucho su atractivo. Desde su aeropuerto se puede llegar a cualquier parte del mundo. Los colegios internacionales son de gran calidad. El parque de viviendas es bueno. El campo está a una distancia accesible.

Pero hay un problema. Los bancos alemanes, globales y locales, son un desastre. Una combinación de mal gobierno, decisiones de inversión inadecuadas, insuficiente inversión en tecnología y excesiva burocracia ha impedido durante años que Fráncfort pudiera competir con Londres y Nueva York como centro financiero global. Los bancos de todos los niveles presentan carencias. El Deutsche Bank, que solía estar considerado como el campeón nacional, ha sido motivo de vergüenza nacional durante los últimos diez años. Su caída en desgracia es similar a la de otros bancos en el mundo entero, pero la arrogancia, el aventurerismo y la incompetencia se suponía que no formaban parte del estilo alemán. El mal comenzó a extenderse cuando, a finales de los años ochenta, decidió competir con los tiburones de Wall Street. Todo empezó con la adquisición del banco mercantil británico de sangre azul Morgan Grenfell. Luego comenzó a penetrar en los mercados europeos, con la adquisición del Banco de Madrid. En 1999, se hizo con el Bankers Trust, con sede en Nueva York. Cotizar en la bolsa de Nueva York era el siguiente paso inevitable. A continuación, el Deutsche Bank hizo como todos y quedó enmarañado en el fraude de las hipotecas de alto riesgo. Incluso cuando el mercado empezó a flaquear siguió vendiendo títulos de inversión tóxicos basados en dichas hipotecas. Finalmente empezó a apostar directamente en contra de esos productos de un valor cada vez más bajo.

Cuando la red comenzó a estrecharse en torno a los culpables, la reacción del banco no fue pedir excusas y aprender la lección, sino intentar intimidar a quienes estaban dando la voz de alerta. Una investigación interna descubrió que se habían contratado detectives privados para espiar a personas consideradas una amenaza para el banco, incluidos un accionista, un periodista y un ciudadano corriente. En 2008, por primera vez en cincuenta años, el banco registró pérdidas en sus cuentas anuales, por un total de 4.000 millones de euros. «Cometimos errores, como todo el mundo»,[188] dijo su director ejecutivo suizo Josef

Ackermann, quitándole hierro al asunto a la vez que intentaba difuminar la responsabilidad. Fue destituido, pero solo después de diez años en el cargo. Los problemas se seguían acumulando. En 2016, los reguladores estadounidenses y del Reino Unido impusieron al banco una multa récord de 2.000 millones de euros por haber manipulado la tasa de interés interbancaria LIBOR. El año siguiente se le impuso otra multa de quinientos millones de euros por no intervenir contra el blanqueo de dinero ruso. En 2019, el Congreso de Estados Unidos conminó al banco a entregar diversos documentos relacionados con sus tratos comerciales con Donald Trump. El Deutsche Bank era uno de los mayores acreedores de Trump y continuó apoyando al magnate inmobiliario incluso después de que los bancos estadounidenses se negasen a seguir concediéndole más crédito.

El antaño venerable banco, con ciento cincuenta años de antigüedad, había caído en una espiral descendente de ingresos menguantes, tecnología obsoleta, fuga de cerebros y duras multas. Con la bendición del Gobierno, diseñó un plan para la absorción del Commerzbank, la fusión de dos casos perdidos, pero luego cayó en la cuenta de que tampoco sería ninguna solución y optó por iniciar una serie de operaciones de reducción de costes. Se desprendió de más de una quinta parte de su personal a escala mundial y redujo sus secciones de inversión. La cotización de las acciones tanto del Deutsche Bank como del Commerzbank se redujo a la mitad, mejorando su atractivo potencial para los inversores externos.

Las entidades multinacionales no fueron las únicas que se vieron en apuros. Alemania solía preciarse de su sistema de bancos regionales, los *Landesbanken*. Estos también se dejaron tentar por la codicia e invirtieron en productos que resultaron ser basura. La misión de estos bancos era ofrecer capital fiable a las empresas locales. La gente depositaba allí sus ahorros. Nadie imaginaba que pudieran llegar a quebrar. Para salvar a los bancos, los Gobiernos regionales, muchos de los cuales estaban representados en los consejos de administración y habían consentido el fraude, tuvieron que rescatarlos. Algunos se hundieron, algunos se fusionaron y otros se privatizaron. Con el sector atenazado por unos tipos de interés negativos, bajos niveles de confianza y una actitud cautelosa, los bancos alemanes quedaron prácticamente excluidos del terreno de juego global. Fue una suerte que la economía general, todavía saneada, dispusiera de abundante efectivo y pudiera funcionar prácticamente sin verse afectada por los apuros de los bancos.

La clasificación anual de Transparency International en general ha otorgado a Alemania una calificación bastante alta durante los últimos veinticinco años. En 2019, ocupó el noveno lugar entre los países menos corruptos del mundo,

predeciblemente por detrás de los países nórdicos y de otros como Nueva Zelanda y Singapur, pero por delante del Reino Unido y significativamente por encima de Estados Unidos y Francia. Sin embargo, cuando estalla algún escándalo, suelen ser espectaculares. El caso Wirecard no solo sacó a la luz actuaciones ilícitas sino también alarmantes fallos estructurales por parte del Estado. Cuando el *Financial Times* empezó a informar sobre posibles fraudes y uso de contabilidad creativa en dicha compañía de pagos con sede en Múnich, la reacción de la autoridad de supervisión financiera, BaFin, fue atacar a los periodistas e inversores. Luego prohibió temporalmente la venta en corto de acciones de Wirecard después de que esta registrara una caída de 10.000 millones de euros en su valor de mercado y, en gesto aún más escandaloso, presentó una demanda judicial contra dos periodistas del *Financial Times*. La reacción inicial de buena parte de los medios de comunicación alemanes fue mantenerse al margen o apoyar al regulador, en vez de hacer piña.

En junio de 2020, Wirecard presentó finalmente una declaración de insolvencia, con una deuda acumulada de 3.500 millones de euros. Su director general, Markus Braun, fue detenido bajo la acusación de presunto fraude contable. El jefe de operaciones huyó del país. Faltaban unos 1.900 millones de euros consignados en su cuenta de resultados; es posible que fuesen cantidades inventadas para inflar los números. ¿Qué había fallado? Durante todo ese tiempo, mientras se iban acumulando las pruebas incriminatorias, la autoridad supervisora no hizo nada. ¿Qué papel tuvo en ello la firma auditora, EY? ¿Y cómo se explica que no detectaran nada?

Fue un episodio profundamente preocupante que atrajo mucho la atención y evidenció deficiencias crónicas. Puso de manifiesto un fallo en el sistema regulador. BaFin carece de recursos coactivos y le falta convicción. Todos los organismos que deberían haber controlado a la empresa incumplieron su deber; casi todos dependen del Ministerio de Finanzas. El ministro y candidato del SPD al puesto de canciller, Olaf Scholz, anunció una remodelación del sistema, pero muchos dedos apuntaban directamente hacia él. Wirecard era un indicio de la presencia de insuficiencias más generales en la gobernanza del sector empresarial. Los integrantes de los consejos de supervisión se designan demasiado a menudo en el marco de un circuito de puertas giratorias entre altos directivos con una larga carrera que se conocen demasiado entre ellos. Lo paradójico es que Wirecard estaba considerada parte de una nueva generación, una empresa dedicada a promover la sociedad tecnológica, sin dinero circulante, una de las niñas bonitas del DAX-30.

La economía y el nivel de vida de la población alemana también se ven afectados por otra deficiencia estructural: la infraestructura del país chirría. Los problemas van haciendo mella: edificios escolares deteriorados, puentes en malas condiciones (el estado de uno de cada ocho de los cuarenta mil puentes que tiene el país se considera deficiente, al igual que el de las autopistas y carreteras principales), un Internet poco fiable y un ejército infrafinanciado. A todo lo cual se suman los trenes… cuya puntualidad es nula. Puedo dar fe de ello. Durante una visita a Alemania, en seis de los siete trayectos que hice sufrí retrasos de veinte minutos o más. Y para empeorar las cosas, los demás pasajeros se limitaron a encogerse de hombros. «Ocurre continuamente», fue la respuesta habitual a mi inquieta inquisición sobre la puntualidad alemana. El motivo principal parece ser la complejidad de una red sobrecargada que en veinte años ha incrementado un 25 por ciento los servicios, todos ellos —interurbanos, regionales y de mercancías— obligados a circular por las vías existentes. Los alemanes contemplan con envidia el TGV francés. Hasta en España, comentan, tienen líneas de alta velocidad. El sector ferroviario y también los pasajeros actúan como en otros países con servicios deficientes: programan su actividad incorporando los retrasos. Desde luego, no es la manera más eficiente de salir del paso y choca con la obsesión alemana por la puntualidad. Por lo menos, los vagones son cómodos.

Todo país tiene una historia de grandes proyectos que han descarrilado con enormes desviaciones presupuestarias. El Reino Unido cuenta con una larga lista, desde el estadio de Wembley hasta la red de alta velocidad HS2; desde The Dome, la cúpula del milenio, hasta la línea subterránea de trenes rápidos Crossrail. España tiene sus ciudades fantasma que jamás han llegado a ocuparse una vez construidas. Francia proyectó la construcción de un inmenso aeropuerto en las afueras de Nantes que nunca vio la luz. Y ¿qué decir de Alemania? Uno de sus proyectos ha adquirido tanta notoriedad que incluso ha inspirado un juego de mesa. La finalidad del «juego del aeropuerto desquiciado» (*Das verrückte Flughafenspiel*) es perder cuanto más dinero mejor. Los jugadores van cogiendo cartas con instrucciones como, por ejemplo, construir escaleras mecánicas demasiado cortas. Todos los casos incluidos están basados en situaciones reales.

La idea inicial era bastante simple. El Berlín dividido tenía dos aeropuertos, ambos construidos inmediatamente después de la guerra: Tegel en la zona occidental y Schönefeld en Berlín Este. Ambos han quedado terriblemente obsoletos. La capital no puede acoger grandes reactores. El centro de conexiones principal para los vuelos intercontinentales es Fráncfort, con Múnich como segunda alternativa. Tegel es tan pequeño y está tan sobrecargado que el

Gobierno se ve obligado a tener aparcados sus *jets* en el aeropuerto de Colonia-Bonn y trasladarlos a Berlín cuando se necesitan. En 2006, en un momento en que Berlín vivía un auge de la construcción, el Gobierno central y la región decidieron construir otro aeropuerto en un nuevo emplazamiento en el sureste, cerca de Schönefeld. Se llamaría aeropuerto de Berlín-Brandemburgo Willy Brandt, con las siglas BER. En 2012 se completó la construcción y se enviaron las invitaciones para la solemne inauguración, en la que la canciller iba a pronunciar el discurso principal. De improviso, el funcionario local encargado de certificar el cumplimiento de las medidas de seguridad contra incendios lo frenó todo. Había descubierto que el sistema supuestamente avanzado de detectores de humo y puertas cortafuegos automatizadas no funcionaba. Con mucho bochorno, se retrasó la puesta en marcha y se nombró una nueva dirección. Esta descubrió medio millón de defectos, incluido un cableado inseguro que fue preciso sustituir por completo. Con el paso de los años, el BER se ha convertido en un hazmerreír, una «ciudad Potemkin», una mera fachada que es preciso mantener en funcionamiento para evitar que se convierta en un desecho. Desde su estación circula un tren diario. En el hotel del aeropuerto, una plantilla mínima mantiene las habitaciones libres de polvo y abre los grifos para hacer circular el agua. Los carruseles de equipajes se hacen girar a diario durante un rato. Se encienden y se apagan los indicadores luminosos, que exhiben listas de llegadas y salidas de vuelos, pero basadas en los datos de los otros aeropuertos de la ciudad. Se han fijado nuevas fechas para la puesta en marcha, que luego se han ido abandonando. La familia Brandt estaba tan irritada que pidió que se retirara su nombre. Se ha escrito y se ha hablado mucho sobre las posibles causas del fracaso. Gran parte del caos parece haber tenido su origen en la multiplicidad de niveles de gestión superpuestos. Nadie tenía autoridad para conseguir que se hicieran las cosas. A finales de octubre de 2020 se inauguró por fin, sin grandes ceremonias. La inauguración tuvo lugar en plena segunda ola de la pandemia, cuando muy poca gente volaba, y tampoco había nada que celebrar.

Otro caso es el del proyecto Stuttgart 21 para la construcción de una nueva estación y un centro de conexiones de las grandes líneas ferroviarias europeas que, como sugiere su nombre, estaba pensado para celebrar la entrada en el siglo XXI. Los planos se aprobaron en 1994, pero la construcción tardó quince años en iniciarse. El proyecto, muy ambicioso y sin precedentes, prevé la construcción de toda una estación subterránea bajo una ciudad en funcionamiento. Para ello será preciso erigir un edificio de siete pisos y quince mil toneladas de peso sobre unos cimientos de nueva construcción formados por cuarenta pilares de varios metros de altura, todo esto tan solo para poder excavar un túnel. También requiere abrir

sesenta kilómetros de túneles a través de las montañas circundantes. La población local deseaba un proyecto más reducido y protestó ante los tribunales y en las calles contra la demolición de la fachada norte de la estación original. La polémica se dirimió finalmente mediante un referéndum. El proyecto no se terminará hasta 2024. Mientras tanto, toda la zona está hecha un caos estruendoso.

Estos son posiblemente los dos ejemplos más chocantes de proyectos fracasados y retrasados, pero Alemania también ha vivido algunos éxitos en materia de rehabilitación. La redefinición de Bonn como centro cultural, con su impresionante Milla de los Museos, fue una propuesta audaz de la ciudad, las autoridades municipales y el estado federado, si se considera que las obras ya se habían iniciado mucho antes de la reunificación y el traslado de la sede del Gobierno. En todo el Este se han renovado carreteras y vías férreas y también muchos centros urbanos. Quizás el ejemplo más espectacular es el caso de Hamburgo, donde se ha creado todo un barrio nuevo junto al puerto, que sigue operativo. HafenCity (Ciudad del Puerto) es la mayor operación urbanística en un centro urbano desarrollada en Europa; incluye una gran extensión de muelles hacia el sur y el mayor conjunto de bodegas del mundo, la Speicherstadt, con edificios construidos sobre una base de troncos. El edificio más emblemático es el impresionante nuevo auditorio, sede de la Filarmónica del Elba, la Elbphilharmonie, más conocida por su apodo, *die Elphi*. Se ven muchísimas grúas, pero los proyectos deben cumplir dos requisitos rigurosos: protección frente a las inundaciones y oferta de viviendas sociales. Que Hamburgo, la segunda ciudad de Alemania, sea un lugar tan acogedor se debe a la herencia que han ido dejando los urbanistas a lo largo de los años. Un incendio destruyó una tercera parte de la ciudad en 1842, y los bombardeos aliados la arrasaron durante la guerra.

Aun así, una infraestructura que en otro tiempo fue la envidia del mundo ya no es lo que era. Algunos problemas son imputables a una mala administración, otros a la resistencia del Gobierno central a invertir dinero allí. Muchos lo achacan al «cero negro», *die schwarze Null*, la siniestra expresión con que se designa una ley destinada a garantizar una buena gestión fiscal. Sus antecedentes se remontan a la década de 2000, cuando un alto nivel de desempleo y una hacienda pública debilitada tenían atenazada a Alemania. Inmediatamente después de la crisis financiera de 2008, el Gobierno adoptó una ley de equilibrio presupuestario que prohibía a los dieciséis estados federados incurrir en déficits fiscales y limitaba el déficit estructural del Gobierno federal a un 0,35 por ciento del producto interior bruto. Desde 2014, el Gobierno ha presentado cada año unas cuentas saneadas. En 2018, la hacienda pública registró un superávit de

54.000 millones de euros, solo en ese ejercicio.[189]

El «freno al endeudamiento», una camisa de fuerza fiscal que pocos países han implantado de manera tan metódica, fue una de las pocas políticas auténticamente conservadoras del periodo de gobierno de Merkel. Obligó a las regiones a aplicar una versión alemana de la austeridad. Lo que más llama la atención es que también la apoyara el socio de gobierno de la canciller en la gran coalición, el SPD. El mismo partido que simultáneamente intentaba disociarse por todos los medios de las reformas de las prestaciones sociales del plan Hartz. Con la progresiva desaceleración de la economía, crecieron las voces que reclamaban un cambio de rumbo. En un primer momento, Merkel se negó en redondo. La proverbial ama de casa suaba no gastaría por encima de sus medios. No se podía hacer recaer sobre la población joven cada vez más reducida «el peso de una deuda creciente»,[190] insistía. Sin embargo, con su poder en horas bajas, estaba presionada. El ministro de Finanzas del SPD, Olaf Scholz, dejó claro su propósito de liberar recursos para las ciudades de menor tamaño, que tenían dificultades para sufragar los servicios públicos y los gastos de infraestructura, permitiéndoles transferir sus deudas al Gobierno federal. El mantra a favor del ahorro y contra el gasto estaba a punto de ser desobedecido.

Resulta tentador llegar a la conclusión de que, con todos los problemas aquí expuestos, Alemania está abocada al fracaso. Los años de fuerte crecimiento continuado sin duda se han acabado. Cada vez que Alemania pierde fuelle, los demás países se regocijan. También ahora. El modelo económico alemán ya no funciona, insisten sus detractores. Y no, no es así. Pero necesita introducir algunos cambios. En 2019, Alemania retrocedió cuatro lugares hasta el séptimo puesto en la clasificación del informe sobre competitividad global del Foro Económico Mundial (Singapur desbancó a Estados Unidos del primer lugar; el país mejor situado de la Unión Europea fueron los Países Bajos, en el cuarto puesto; el Reino Unido ocupó el noveno). Dicho informe, que se viene elaborando desde hace cuarenta años, evalúa los resultados conseguidos en doce ámbitos, incluida la estabilidad económica, la sanidad, las infraestructuras, la innovación y el progreso tecnológico. Alemania, desde luego, necesita mejorar en el campo de los conocimientos tecnológicos. Ha sido demasiado lenta en la introducción de la informática cuántica y la inteligencia artificial. Tiene que poner orden en sus servicios financieros. Necesita incentivar la asunción de riesgos adecuada: innovadores digitales en vez de banqueros temerarios. Tendrá que abrirse paso al lado de China entre los mares tormentosos de la exportación, agitados por la guerra comercial de Trump contra Pekín. Tendrá que impulsar el consumo

doméstico y el gasto en infraestructuras. Y sobre todo, tiene que insuflar a los jefes y directivos de las grandes empresas y a los sindicatos un estado de impaciencia por adaptarse a las futuras tendencias y tecnologías. Marcel Fratzscher, presidente del Instituto Alemán de Estudios Económicos (DIW), argumenta: «Lo que necesitamos para los próximos veinte años no es estabilidad. Lo que dio un buen resultado durante los ciento cincuenta años pasados no es necesariamente idóneo para el momento presente».

Desde luego, la estabilidad por sí sola no será suficiente. Pero como punto de partida no está mal. Su resiliencia intrínseca ayudará a Alemania a superar el periodo difícil que la espera. El gasto en investigación y desarrollo ha sido durante decenios superior al de otros países de características equivalentes. La productividad, aunque mermada, sigue siendo alta. Aunque se haya apoyado tal vez en exceso en la industria mecánica, sus procedimientos quizás sean excesivamente deliberativos y la aceptación de los cambios demasiado lenta, la potencia industrial de Alemania, sus reservas líquidas y su fuerza de trabajo altamente cualificada le permitirán recuperar el terreno perdido. Y podríamos aventurarnos a apostar que acabará superando a sus rivales incluso en ámbitos en los que actualmente está rezagada. La demografía tendrá un impacto ambivalente. Una población cada vez más envejecida requiere un crecimiento sostenido de la productividad de la fuerza de trabajo y un incremento del gasto. La próxima generación de asalariados tendrá un contexto favorable porque no habrá muchos entre quienes escoger. Económicamente, el país no tiene más alternativa que cubrir las carencias del mercado laboral con trabajadores venidos de fuera. Los riesgos políticos de esta opción son, sin embargo, evidentes.

En 2014 Stewart Wood, uno de los principales asesores del ex primer ministro británico Gordon Brown, expuso el siguiente análisis comparativo:

> No podemos copiar la economía alemana ni transponer la cultura en la cual se inserta. Pero podemos aprender mucho de las instituciones y las políticas que han contribuido a poner en pie la economía más exitosa de la época moderna, con salarios altos y un elevado nivel de cualificación. Lo más inspirador de la economía alemana no son las políticas desarrolladas, sino el consenso en torno a los valores que están en su base. Alemania está comprometida con la economía liberal de mercado, pero bajo una modalidad en la que el capitalismo funciona de manera organizada y responsable. Esta «economía social de mercado» se basa en unas normas y unas prácticas ampliamente aceptadas: fomentar una perspectiva a largo plazo; promover la colaboración en el mercado laboral, más que el conflicto; fomentar la inversión de las empresas en la cualificación y la productividad de sus trabajadores; y procurar garantizar

que la prosperidad esté al alcance de los alemanes de todas las regiones y no solo los de una.[191]

Muy de acuerdo. Alemania se propuso impulsar una combinación de crecimiento económico e inclusión social mucho antes de que esto estuviera en boga en el mundo anglosajón. Creó riqueza sin recurrir a la liberalización ilimitada de los mercados y a los excesos thatcheristas. Comprendió mucho antes que otros que los países no pueden obtener buenos resultados si no remedian los desequilibrios regionales. Alemania ha vivido su periodo más largo de crecimiento ininterrumpido del último medio siglo, con los niveles más altos de empleo registrados después de la reunificación e ingresos tributarios crecientes. Desde 2014 ha registrado superávits y ha saldado una parte importante de sus deudas, a la vez que seguía incrementando el gasto y garantizando un casi pleno empleo. Pese a todas las dificultades, el país sigue obteniendo mejores resultados que sus rivales. Capeó la crisis financiera con relativa comodidad (invirtiendo en vez de recortar su presupuesto). Ha absorbido un país entero. Ha abierto las puertas a más de un millón de personas entre las más desfavorecidas del mundo. El potencial probado de la industria mecánica en la que se apoya la economía alemana, de su mirada larga, de la importancia que concede a la formación profesional y al aprendizaje y otras modalidades de formación en el empleo es tal que el país ya ha demostrado ser capaz de adaptarse a las turbulencias y los cambios. Cualquier *Schadenfreude*, cualquier regodeo, podría durar muy poco.

---

[167] Citado en R. Zitelamann, «The Leadership Secrets of the Hidden Champions», *Forbes*, 15 de julio de 2019, forbes.com/sites/rainerzitelmann/2019/07/15/the-leadershipsecrets-of-the-hidden-champions/#54b7640e6952 (consultado el 6 de enero de 2020).

[168] Véase D. R. Henderson, «German Economic Miracle», en D. R. Henderson (ed.), *The Concise Encyclopedia of Economics*, Liberty Fund, 2007, econlib.org/library/Enc/GermanEconomicMiracle.html (consultado el 5 de noviembre de 2019).

[169] H. C. Wallich, *Mainsprings of the German Revival*, New Haven: Yale University Press, 1955, p. 71.

[170] «The sick man of the euro», *Economist*, 3 de junio de 1999, economist.com/special/1999/06/03/the-sick-man-of-the-euro (consultado el 6 de enero de 2020).

[171] C. Odendahl, «The Hartz myth: A closer look at Germany's labor market reforms», Centre for European Reform, julio de 2017, p. 3, cer.eu/sites/default/files/pbrief_german_labour_19.7.17.pdf (consultado el 6 de enero de 2020).

[172] U. Deupmann y B. Kellner, «Manche Finanzinvestoren fallen wie

Heuschreckenschwarme uber Unternehmen her», *Bild am Sonntag*, 17 de abril de 2005.

[173] V. Romei, «Germany: from "sick man" of Europe to engine of growth», *Financial Times*, 14 de agosto de 2017, ft.com/content/bd4c856e-6de7-11e7-b9c7-15af748b60d0 (consultado el 10 de enero de 2020).

[174] Véase E. von Thadden, «Sind wir nicht die Reichsten?», *Zeit*, 27 de marzo de 2013, zeit.de/2013/14/europa-reichtum-werner-abelshauser (consultado el 30 de abril de 2020).

[175] W. Martin, «Workers at BMW, Mercedes and Porsche can now work a 28-hour week», *Business Insider*, 7 de febrero de 2018, businessinsider.com/german-workers-can-now-work-a-28-hour-week-2018-2?r=US&IR=T (consultado el 11 de enero de 2020).

[176] G. Clark, *Question Time*, BBC One, 23 de noviembre de 2017.

[177] N. Adams, «UK's Creative Industries contributes almost £13 million to the UK economy every hour», Department for Digital, Culture, Media and Sport, 6 de febrero de 2020, gov.uk/government/news/uks-creative-industries-contributes-almost-13-million-to-the-uk-economy-every-hour (consultado el 12 de febrero de 2020).

[178] El Microsoft Venture Accelerator ofrece formación y apoyo para impulsar las primeras fases de desarrollo de una *startup*. (*N. de la T.*).

[179] «Germany's business barons are finding it harder to keep a low profile», *Economist*, 15 de junio de 2019.

[180] S. Bach, A. Thiemann y A. Zucco, «Looking for the missing rich: Tracing the top tail of the wealth distribution», German Institute for Economic Research, 23 de enero de 2018, diw.de/documents/publikationen/73/diw_01.c.575768.de/dp1717.pdf (consultado el 15 de enero de 2020). Véase también F. Diekmann, «45 Deutsche besitzen so viel wie die ärmere Hälfte der Bevölkerung», *Spiegel*, 23 de enero de 2018, spiegel.de/wirtschaft/soziales/vermoegen-45-superreiche-besitzen-so-viel-wiedie-halbe-deutsche-bevoelkerung-a-1189111.html (consultado el 15 de enero de 2020).

[181] Véase R. Wearn, «"Drowning" in debt as personal borrowing tops £180bn», BBC News, 20 de enero de 2016, bbc.co.uk/news/business-35361281 (consultado el 15 de enero de 2020).

[182] «Merkel kritisiert Aufnahmestopp für Ausländer – Dobrindt widerspricht», *Zeit*, 27 de febrero de 2018, zeit.de/politik/deutschland/2018-02/tafel-essen-angela-merkel-aufnahmestopp-auslaender (consultado el 17 de enero de 2020).

[183] Véase «"Wir lassen uns nicht von der Kanzlerin rügen"», *Süddeutsche Zeitung*, 1 de marzo de 2018, sueddeutsche.de/politik/debatte-um-essener-tafel-wir-lassen-uns-nicht-von-der-kanzlerin-ruegen-1.3888853 (consultado el 17 de enero de 2020).

[184] Véase N. Sagener, «Minimum wage unlikely to remedy rising poverty in Germany», Euractiv, 20 de febrero de 2015, trad. de E. Kïrner, euractiv.com/section/social-europe-jobs/news/minimum-wage-unlikely-to-remedy-rising-poverty-in-germany (consultado el 17 de enero de 2020).

[185] Véase N. Sagener, «Child poverty in Germany increasingly the norm», Euractiv,

13 de septiembre de 2016, trad. de S. Morgan, euractiv.com/section/social-europe-jobs/news/child-poverty-in-germany-increasingly-becomes-the-norm/ (consultado el 17 de enero de 2020).

[186] «Pressemeldung: Paritätischer Armutsbericht 2019 zeigt ein viergeteiltes Deutschland», Der Paritätische Gesamtverband, 12 de diciembre de 2019, der-paritaetische.de/presse/paritaetischer-armutsbericht-2019-zeigtein-viergeteiltes-deutschland (consultado el 17 de enero de 2020).

[187] H. Morgenthau, «Suggested Post-Surrender Program for Germany», 1944, Franklin D. Roosevelt Presidential Library and Museum, Hyde Park, Nueva York. Se puede consultar una copia escaneada del memorando en docs.fdrlibrary.marist.edu/PSF/BOX31/t297a01.html (consultado el 17 de enero de 2020).

[188] Véase «Ackermann räumt Mitschuld der Bankmanager ein», *Spiegel*, 30 de diciembre de 2008, spiegel.de/wirtschaft/finanzkrise-ackermann-raeumt-mitschuld-der-bankmanager-ein-a-598788.html (consultado el 17 de enero de 2020).

[189] M. Hüther y J. Südekum, «The German debt brake needs a reform», VoxEU, 6 de mayo de 2019, cepr.org/voxeu/blogs-and-reviews/german-debt-brake-needs-reform (consultado el 17 de enero de 2020).

[190] «Sommerpressekonferenz von Bundeskanzlerin Merkel», Berlín, 19 de julio de 2019, www.bundesregierung.de/breg-de/aktuelles/sommerpressekonferenz-von-bundeskanzlerin-merkel-1649802 (consultado el 17 de enero de 2020).

[191] S. Wood, «Whisper it softly: it's OK to like Germany», *Guardian*, 13 de julio de 2014, theguardian.com/commentisfree/2014/jul/13/germany-world-cup-final-football (consultado el 17 de enero de 2020).

06

Perro no come perro

Una sociedad cohesionada

Durante las tres últimas décadas, la Asociación de la Lengua Alemana, el equivalente de la Académie française, ha venido escogiendo anualmente una expresión del año. En 1991 fue *Besserwessi* (el alemán occidental sabelotodo); en 1998, *Rot-Grün* (rojiverde, el color de la primera coalición que incluyó al partido de Los Verdes); en 2003, *das alte Europa* (la vieja Europa, la expresión utilizada por George W. Bush para referirse a los países europeos que se negaron a seguirle en su guerra contra Irak). En 2007, la expresión elegida fue *Klimakatastrophe* (¿qué otro país había empezado a hablar ya tan pronto de una catástrofe climática?). En 1982, la asociación eligió *Ellbogengesellschaft*, la sociedad del codazo, que en inglés se podría traducir por *dog eat dog* (perro come perro), donde cada cual mira solo por lo suyo. Los años ochenta fueron los del auge de Wall Street, Gordon Gekko, y el ensalzamiento de la codicia. Los fanáticos de la libertad de mercado dominaban el discurso en Estados Unidos y el Reino Unido; llenos de arrogancia, intentaban exportar su mantra a todo el mundo. Alemania se quedó fascinada pero también petrificada. El capitalismo como principio de la generación de productos y riqueza estaba fuera de discusión. El debate en Alemania se centraba en el cómo. ¿Cuál era el papel de la sociedad? Los alemanes, creadores de la economía social de mercado, eran tachados de demasiado blandos. Ya era hora de que se armasen de valor, asumiesen algunos riesgos y dejasen de preocuparse por los pobres y los irresponsables. No se hace una tortilla sin romper algún huevo.

Los alemanes no lo veían así. Eran conscientes, sí, de que a veces su manera

de hacer las cosas resultaba paralizante. Cuando estuve viviendo en Alemania, a menudo me irritaba la lentitud con que se introducía algún cambio. Era hijo de la era Thatcher en mayor medida de lo que era consciente. Ahora, en Estados Unidos y el Reino Unido todo el mundo habla de revitalizar las comunidades, nivelar los desequilibrios regionales, establecer unos ingresos básicos, reducir la semana laboral. Los alemanes fueron simplemente los primeros. O, más bien, los que resistieron y no se movieron de sitio. Mientras que en Estados Unidos, Francia y el Reino Unido las desigualdades regionales fueron fruto de un deliberado abandono, la negativa a ayudar a las comunidades asoladas por la extinción de la industria pesada, en Alemania muchos de esos problemas, aunque no todos, han sido consecuencia de la reunificación, de haber heredado la economía moribunda de la RDA.

El consumo no es la principal actividad de ocio. Sus dirigentes jamás dirían, como declaró en una ocasión Gordon Brown cuando era primer ministro, que ir de compras es un deber patriótico. Los alemanes compran aquello que necesitan. Las regulaciones comerciales restrictivas datan de 1956. Las tiendas cerraban a las seis y media de la tarde entre semana y a las dos del mediodía los sábados. Cuando me encontré por primera vez con esos horarios en el Bonn de los ochenta, a menudo me invadía el desánimo. La ciudad me recordaba los años de mi niñez. Oscuras tardes invernales de domingo, sin nada abierto, nadie en las calles. Incluso los sábados ocurría lo mismo, ¡maldita sea!, las tiendas cerraban poco después de la hora de comer. Y las tardes de entre semana —en el supuesto de que quienes trabajaban dispusieran de tiempo para ir de compras a última hora—, la cosa tampoco mejoraba. Siempre me quedaba el recurso de consolarme en el *pub*. Cuando regresé hace poco, fue una agradable sorpresa ver que Bonn se ha animado un poco. En los años noventa, coincidiendo con el traslado del Gobierno, la ciudad construyó una zona cultural completamente nueva, la Milla de los Museos. Los planes se habían aprobado justo antes de la caída del Muro, cuando todo el mundo pensaba que su capitalidad continuaría durante un largo tiempo. Aun así seguía siendo un lugar excesivamente tranquilo.

Desde los noventa, sucesivas reformas han ido relajando progresivamente la normativa, pero las compras a horas avanzadas no son una práctica muy popular; los supermercados pueden cerrar temprano si no hay ningún comprador y nada ha cambiado por lo que respecta a los domingos. No siempre fue así. El novelista, poeta, traductor de Shakespeare y autor ocasional de relatos de viajes Theodor Fontane no se llevó una impresión demasiado favorable de Inglaterra en la década de 1850, como también le ocurrió a su contemporáneo Heinrich Heine. Entre las muchas frustraciones de la vida allí, la peor para él fue la del descanso

dominical. «Todos los grandes tiranos han muerto; solo en Inglaterra sobrevive uno: el domingo inglés».[192]

No he conocido prácticamente a nadie, de cualquier generación o condición, que sea partidario de alterar la santidad del domingo y, sin embargo, casi nadie lo justifica por motivos religiosos. Más bien apelan a la calidad de vida, la familia o la comunidad. Nuevamente, los alemanes no han variado de actitud mientras otros cambiaban. La obra seminal de Robert Putnam, *Bowling Alone*, publicada al inicio del nuevo siglo, puso de manifiesto la presencia de un malestar más profundo en aquellas sociedades que, como la estadounidense, habían prescindido de los vínculos comunitarios e intentaban reemplazarlos con el atractivo superficial de la ostentación.

Alemania no es inmune a las manifestaciones de una sociedad atomizada, pero, aunque cuantificarlo no es sencillo, existen abundantes indicios de que en Alemania el capital social —el término que emplea Putnam— no se ha perdido tan deprisa como en otros sitios. Siempre ha ocupado un lugar central en la agenda del Gobierno. ¿En qué otro país incluiría el Ministerio del Interior la cohesión social entre sus máximas prioridades en los documentos oficiales?

> Para poder funcionar, la sociedad debe compartir unos valores comunes, como son los de la dignidad humana, la libertad, la democracia y la soberanía popular, que se sustentan en las piedras angulares de la responsabilidad individual y el compromiso social. Por esto el Ministerio del Interior federal apoya la formación cívica y el compromiso social. Por ejemplo, el programa de fomento de la cohesión social a través de la participación en las zonas rurales y menos desarrolladas promueve el desarrollo de comunidades dinámicas y democráticas a través de medidas de apoyo a largo plazo a las organizaciones y clubes.[193]

El *Verein*, el club social, sigue siendo un componente fundamental de la vida cotidiana y todas las ciudades, grandes o pequeñas, cuentan con varias docenas de ellos. Se espera que uno inscriba a sus hijos en el dedicado a la música, o el de balonmano o incluso el que se encarga de preparar la celebración del carnaval. No solo hay clubes de lectura, que se han puesto en boga en otros países, sino también de propietarios de perros, de solteros, de fumadores, de coleccionistas de sellos. Para poder inscribirse en el registro oficial, un club debe tener un mínimo de seis socios (que tendrán que elegir una junta directiva). También debe contar con unos estatutos y una finalidad concreta (como «disfrutar de una excursión a la montaña los domingos»). Exigencias burocráticas al margen, son sumamente populares. Si en 1960 había 86.000 (entre el Este y el Oeste sumados), en 2016

superaban los cuatrocientos mil. Casi uno de cada dos alemanes (un 44 por ciento de la población) declara ser socio de por lo menos uno.[194]

Después, evidentemente, está el fútbol. Un gélido anochecer de enero de un día de entresemana acompañé a Andreas Fanizadeh a una sesión de entrenamiento en su club, Blau Weiss Berolina. Periodista de la sección de cultura del diario *Taz*, Fanizadeh entrena como voluntario a un equipo de menores de diecisiete años dos veces a la semana y el sábado o el domingo juegan un partido. Los chicos proceden tanto de las zonas más pobres como de las más acomodadas de Berlín y también hay uno que es de Puebla, en México, y un refugiado de Afganistán. El campo de hierba artificial donde entrenan se encuentra en el corazón del Scheunenviertel, el estiloso barrio artístico de Berlín. A un lado tiene una exclusiva galería de arte y un edificio de apartamentos y al otro, algunas viviendas más tradicionales y restaurantes. El terreno de juego es, sin embargo, sacrosanto. El Gobierno municipal de Berlín Este no autorizó la reconstrucción en ese solar arrasado por una bomba y las autoridades del Berlín unificado han seguido la misma política y han desestimado todos los proyectos de construcción a pesar de los enormes ingresos que podrían obtener. ¿Cuántas otras ciudades con problemas de tesorería actuarían con la misma contención? Fanizadeh, de madre austriaca y padre iraní, se toma increíblemente en serio sus responsabilidades, al igual que su periódico, que le concede tiempo libre para esa actividad, que él considera en parte deportiva y en parte social. «Mi objetivo es que estos chicos se relacionen —me explicó—. No hablamos de sus orígenes. Ni tampoco de política». Le pregunté por los entrenadores de los otros equipos, sobre todo los de los barrios más conflictivos. Enseguida detecta cuáles pertenecen a la AfD. «Eso no se pregunta. Pero se nota —me dijo—. Y yo intento tratarlos con respeto de todos modos».

El fútbol es el gran nivelador en muchos países. Un rasgo específicamente alemán es, en cambio, el importante papel que desempeña el equipo de bomberos local en ese sentido. Solo un centenar de las dos mil ciudades de Alemania cuenta con un servicio de extinción de incendios totalmente profesionalizado. El resto confía totalmente o en gran parte en equipos de voluntarios. Casi un millón de alemanes —una cifra extraordinaria— están inscritos y han recibido formación para actuar como bomberos voluntarios. Simplemente es algo que se hace. De hecho, estaría mal visto no hacerlo. Colaborar con la comunidad local es un aspecto importante de la integración en esta. Varias ciudades están intentando incorporar a la nueva oleada de inmigrantes a esta tarea, en parte para cubrir lagunas y en parte para contribuir a mejorar la relación entre ambos colectivos.

Una de las costumbres más genuinamente alemanas es la *Kehrwoche*. Esta

«semana del barrido» tiene el sentido que su nombre indica y también va mucho más allá. Sus orígenes se remontan al siglo XV en Suabia, el territorio que actualmente corresponde más o menos al del estado federado de Baden-Wurtemberg. La *Kehrwoche* es una institución nacional, por lo menos para quienes viven en bloques de apartamentos, que son la mayoría. Puede adoptar dos formas: o bien los residentes tienen que arrimar el hombro una semana al año y colaborar en la realización de tareas pesadas para el vecindario, o bien, más habitualmente, se asigna a cada unidad familiar una semana al año durante la cual debe encargarse de tareas como sacar la basura, barrer las hojas de la calle o echar gravilla si nieva. También se pueden asignar tareas bajo techo, como limpiar la escalera y el vestíbulo comunitarios. A veces se cuelga un letrero en la puerta de la familia encargada o, con mayor frecuencia, los detalles se pueden consultar a través de Internet. Este tipo de obligaciones son solo una muestra del sentido de compromiso con la comunidad local, y a la vez de pertenencia a esta. Los alemanes se toman increíblemente en serio sus fiestas y celebraciones, a menudo asociadas a la comida o la bebida. Siempre parece que se está celebrando algo, ya sea (inevitablemente) la fiesta de la cerveza, del vino, del aguardiente o de las salchichas, o también de los espárragos, con los que parecen tener una obsesión en todo el país.

Spargelzeit es la temporada de los espárragos, pero a los alemanes les gusta la variedad blanca, que crece bajo tierra sin ver la luz. Los llaman oro blanco y se calcula que en un año corriente se consumen unas 125.000 toneladas.[195] Se sirven en todos sitios, desde los restaurantes más elegantes (recubiertos de mantequilla, con patatas hervidas y jamón) hasta los tenderetes situados frente a las estaciones donde inevitablemente se forman colas. Pero sería un sacrilegio servir espárragos fuera de su temporada, que empieza en abril y acaba el día de la celebración cristiana de San Juan, el 24 de junio.

Las tradiciones del *Karneval* parecen representar una época ya pasada. El carnaval comienza el jueves anterior al Miércoles de Ceniza, el llamado «día de las mujeres mayores» o «día de las mujeres», durante el cual las mujeres toman por asalto el barrio blandiendo tijeras con las que cortan con gran alboroto las corbatas de los hombres. También los besan por sorpresa. La tradición procede de las lavanderas que se tomaban libre ese día. El Lunes de Rosas (*Rosenmontag*) marca el inicio del principal espectáculo, con los desfiles de gente de todas las edades por las calles, con carrozas, bandas de música y bailes. Las carrozas están meticulosamente decoradas, con motivos actuales y a menudo hacen mofa de los políticos. En el desfile de 2020, una exhibía un monstruo con las palabras «Facebook», «odio» y «radicalización»; otra representaba al gran jefe de la AfD en

Turingia, Björn Höcke, haciendo el saludo nazi, con el brazo extendido sostenido por la CDU de Merkel y el FPD. Una de las más jocosas mostraba el pecho de Boris Johnson cubierto con la bandera del Reino Unido, con una falda escocesa y un par de calcetines con las estrellas de la Unión Europea que se alejaban de él. El carnaval culmina el martes con un baile de disfraces. Se celebra en todas partes, pero con más intensidad en el oeste y el centro del país y las celebraciones se concentran sobre todo en Colonia, Düsseldorf (que las inaugura haciendo emerger una persona de un frasco de mostaza) y la antigua ciudad catedralicia de Mainz.

Todas estas tradiciones se siguen escrupulosamente y creo que esto se explica por varios motivos. En primer lugar, descontando las victorias futbolísticas, los alemanes consideran inadecuado congregarse para conmemorar efemérides nacionales. En segundo lugar, cualquiera que sea su procedencia, los alemanes siempre se identifican con un origen local, ya sea Baviera o Hamburgo o Renania o Sajonia. Los dialectos varían y la comida, la bebida y las costumbres también, y celebrarlas es una manifestación importante del orgullo local. En tercer lugar, da la impresión de que la tesis de Werner Abelshauser sobre la precedencia de la comunidad frente al individuo en verdad se cumple en Alemania.

Evidentemente, todos los países tienen tradiciones y festividades locales. En el Reino Unido, la población se reúne para celebrar la fiesta local, los juegos de fuerza del día de San Jorge, el festival del queso rodante,[196] juegos de pelota entre pueblos, etc. Los rasgos distintivos se celebran, pero se deberían considerar complementarios de otras identidades, sin entrar en competencia con ellas. En 1993, en un intento de tranquilizar a los votantes y asegurarles que la pertenencia a la Unión Europea no iría en detrimento de la tradición, John Major anticipó que al cabo de cincuenta años el país aún sería famoso por «las largas sombras que se proyectan sobre los terrenos de juego comunales, la cerveza tibia, los invencibles barrios verdes y los amantes de los perros».[197] Perdió el debate sobre la Unión Europea. Sin embargo, los alemanes han conservado sus peculiaridades locales, sin dejar de ser orgullosamente europeos.

Alemania exhibe gustosa sus credenciales feministas en diversos frentes. Con Angela Merkel, ha contado con la dirigente más influyente, con mucha diferencia, desde los mandatos de Indira Gandhi o Margaret Thatcher. Como también sucede en otros países, las mujeres obtienen mejores resultados en la universidad y en las etapas iniciales de su carrera profesional. Las leyes alemanas contra la discriminación son equiparables a las de los países nórdicos por su amplitud y exhaustividad. La presencia femenina en los consejos de

administración ha sido siempre terriblemente baja, pero en 2016 se aprobó una ley que obliga a las empresas del sector público a incorporar un mínimo de un 30 por ciento de mujeres en sus consejos de administración. Los hombres siguen predominando, en una proporción de ciento cincuenta por cada diez mujeres, en los consejos de administración de las grandes empresas incluidas en el índice DAX. El afán por reclutar a mujeres es tan grande que su remuneración ha aumentado anualmente un 7 por ciento más que la masculina, si bien a partir de un nivel más bajo.[198]

En 2013, se puso en marcha a través de Twitter un movimiento llamado #Aufschrei (Clamor), cuatro años antes del mucho más famoso #MeToo iniciado desde Estados Unidos. Nació a partir del relato de una periodista sobre una conversación que había mantenido con el exministro de Economía Rainer Brüderle, donde afirmaba que este le había hecho insinuaciones de contenido sexual y, mirándole los pechos, había comentado que «llenaría muy bien un *Dirndl*» (el traje tradicional de las mujeres bávaras).[199] Dos años antes, el presidente del Deutsche Bank, Josef Ackermann, había lamentado no haber podido encontrar ninguna mujer para su equipo de alta dirección, para a continuación añadir: «Pero espero que muy pronto pueda ser más colorido y atractivo».[200]

Sin embargo, nos encontramos ante una curiosa ambivalencia. En aspectos más básicos que afectan más directamente a los bolsillos de la población como la política tributaria o la oferta de guarderías, el Estado alemán lleva mucho retraso comparado con otros países. Las madres con un trabajo remunerado se enfrentan a muy diversas trabas, que abarcan desde la fiscalidad hasta los horarios escolares. Llama la atención que este no sea un tema políticamente candente. Solo un 14 por ciento de las madres alemanas con un hijo y solo un 6 por ciento de las que tienen dos siguen trabajando a jornada completa, una cifra muy inferior a la media de la Unión Europea.[201] La presión para las madres que desarrollan un trabajo remunerado es tal que la mayoría de las mujeres con ambiciones profesionales optan por no tener hijos o por quedarse en casa la mayor parte de la jornada o todo el día. La participación de las mujeres en la fuerza de trabajo ha ido aumentando de manera sostenida, pero la mayoría trabaja a tiempo parcial. El problema es de carácter social y también económico. Los alemanes más conservadores tienen una expresión para designar a las mujeres que se reincorporan «demasiado pronto» a su lugar de trabajo: *Rabenmütter*, madres cuervo, hembras de cuervo que abandonan a sus polluelos en el nido. Aunque actualmente muy pocas personas reconocerían que siguen usando esa palabra, la percepción persiste, sobre todo en las localidades

pequeñas. A lo cual se suman los problemas logísticos cotidianos. Solo recientemente ha empezado el Gobierno a reformar el sistema de escolarización a media jornada. Los parvularios, llamados *Kita*, están muy subvencionados y son de buena calidad, pero su horario es todavía más reducido. Y prácticamente no existe oferta privada. Quienes contratan a una cuidadora externa acaban pagando en impuestos casi el equivalente a los ingresos adicionales que pueden obtener. Últimamente ha aumentado el número de hombres que hacen uso del permiso parental. Uno de los progenitores tiene derecho a doce meses de baja y el otro, a dos. Muchas parejas de clase media se van de vacaciones con la criatura durante ese tiempo compartido; no es exactamente lo que se pretendía conseguir.

El sistema fiscal también tiene una buena parte de responsabilidad. Katharina Wrohlich, del Instituto de Estudios Económicos alemán (DIW), ha seguido la evolución de la igualdad económica desde la perspectiva de género durante casi dos décadas. El elemento fundamental que mantiene rezagadas a las mujeres es lo que se designa como «fraccionamiento» en el caso de los matrimonios. Básicamente, sucede que si el marido y la esposa ganan aproximadamente lo mismo, acaban tributando más que si tuvieran un solo ingreso o si uno de los dos ganara muchísimo más que el otro. En otras palabras, cuando ambos miembros de la pareja trabajan a jornada completa, la desventaja fiscal es considerable. «Otros países, como Austria, Suecia e Italia, han eliminado esta norma, pero aquí nada ha cambiado», me dijo Wrohlich. Y dado que ningún partido presiona a favor de una reforma, «parece haber pocas perspectivas de que nada cambie», añadió.

En el Este, las mujeres estaban más emancipadas bajo el régimen anterior. Los niños y niñas iban a guarderías estatales desde muy pequeños y ambos progenitores trabajaban fuera de casa, uno de los poquísimos aspectos favorables del antiguo sistema. Merkel siempre se ha mostrado reacia a que se la identifique con los «temas de mujeres». En enero de 2019, respondió a una desusada entrevista sobre el tema con la escritora Jana Hensel, publicada en *Die Zeit*. En su estilo característico, Merkel habló de los obstáculos, incluidos los que había encontrado ella misma mientras trabajaba como física. Luego añadió: «No soy solo la canciller de las mujeres de Alemania. Y tampoco tengo nada claro que las mujeres esperen que me ocupe específicamente de ellas».[202] Quizás porque procede del Este, Merkel siempre ha subestimado la desigualdad de género. Dado que estas reformas tienden a originarse en las grandes ciudades cosmopolitas, esta podría ser tal vez una de las pocas consecuencias negativas de la preponderancia de las ciudades de menor tamaño en Alemania. Más probable es que en ello intervenga una cuestión generacional y el cambio acabe llegando

algún día, aunque será más lento.

Se da por sentado que, para ser considerada parte de la economía productiva e integrada en la sociedad en sentido amplio, una persona tiene que tener estudios superiores o bien una formación profesional adquirida por la vía del aprendizaje, según el camino que haya seguido. El sistema educativo selecciona muy pronto. El alumnado académicamente mejor dotado acude a los institutos de bachillerato, *Gymnasien*. La *Realschule* atiende a los niveles intermedios y quienes van a los centros de enseñanza básica, *Hauptschulen*, suelen acabar ocupando puestos de trabajo manual o técnico. La trayectoria de un niño o una niña no queda esculpida en piedra a los once años, pero el sistema es bastante prescriptivo. La política educativa es sobre todo competencia de los estados federados, y no del Gobierno central, y por consiguiente varía según las regiones. Por ejemplo, algunas tienen centros integrales, *Gesamtschulen*, que acogen a todos los niveles educativos. Algunos estados son más favorables a los centros privados, un sector reducido pero que está creciendo. El programa de estudios tampoco es uniforme para todo el país. En la región de Baviera, más tradicional, la educación religiosa tiene asignados dos módulos, uno para la fe protestante y otro para la católica. El programa más liberal de Berlín incluye módulos sobre diversidad, igualdad de género y «educación para la ciudadanía». El alumnado recibe formación sobre resolución de conflictos y sobre migraciones. En todas partes, los centros de enseñanza reservan un tiempo para impartir clases sobre Europa y la Unión Europea.

Andreas Schleicher está considerado una eminencia mundial en sistemas educativos comparados, su cometido en la sede central de la OCDE en París. También es responsable del Programa para la Evaluación Internacional de los Estudiantes (PISA) de dicha organización, que evalúa el rendimiento académico del alumnado en una treintena de países. Cuando se hicieron públicos los primeros resultados, en 2000, Alemania quedó en estado de *shock*. Creía que ocuparía uno de los primeros lugares y, en cambio, sus resultados quedaron entre los últimos en matemáticas, ciencias y lectura, y fue calificada como el país con mayores desigualdades en el rendimiento escolar. Lo que se acabó designando como la «conmoción PISA» (*PISA-Schock*) generó una clamorosa protesta pública. Varios pedagogos cuestionaron su metodología. Sin embargo, consiguió espolear a los responsables de diseñar las políticas públicas. Se alargó la jornada escolar, una de las más reducidas entre los países industrializados. Se otorgó la máxima prioridad a la educación en la primera infancia. Se exigió una mejora del rendimiento en los centros con peores resultados. Se crearon más centros

integrales con el fin de garantizar que el alumnado con mayores dificultades —incluido el 22 por ciento aproximadamente que no tiene el alemán como lengua materna— reciba más apoyo. Se establecieron unos criterios nacionales que todo el sistema educativo, que depende de los estados federados, estaría obligado a seguir. Las posteriores evaluaciones, que se han realizado cada tres años, constataron una mejora inmediata y continuada de la posición de Alemania en la tabla de clasificación, aunque en la más reciente registró un retroceso.

Schleicher me explicó que demasiados jóvenes recibían una formación basada en las necesidades de un empleador local concreto, en vez de identificar las capacidades singulares que les serían útiles en una época en que la creatividad y la inteligencia artificial están pasando a un primer plano.

Los legisladores están debatiendo una nueva tanda de reformas. Como es habitual, tardarán algún tiempo, ya que se intenta alcanzar un consenso en el sector educativo y entre los partidos políticos. En Alemania, el profesorado en general está bien pagado y su cualificación es buena. Pero es frecuente que los edificios escolares precisen reparaciones y una puesta al día. Las restricciones del gasto de los estados federados han exacerbado el problema. Sin embargo, como señalan Schleicher y otros expertos, no todo se reduce a una cuestión presupuestaria. Por ejemplo, en los Países Bajos el gasto por alumno es inferior al de Alemania, Francia o el Reino Unido, pero obtienen mejores resultados y dedican más atención a las competencias propias del siglo XXI.

Alrededor de la mitad de los jóvenes alemanes optan por la formación profesional una vez completada la enseñanza básica.[203] La primera vez que oí decir que a un dependiente de comercio se le podían exigir hasta tres años de formación, lo descarté como una leyenda urbana. Pero es cierto. Había dado por sentado que Schleicher se reiría de esta absurda exigencia, pero no lo hizo. Me indicó que al personal de las panaderías se le ofrece la posibilidad de seguir cursos avanzados de matemáticas por las noches. «No es tan mala idea. Aprender las tareas del presente puesto de trabajo es solo una parte. El enfoque alemán encamina a la persona en una dirección; contempla su trayectoria profesional a largo plazo. China y Japón son los países más avanzados en este aspecto». Las competencias adquiridas a menudo no guardan relación con las exigidas del trabajador en aquel momento. La expresión «sobrecualificado» raras veces se oye en Alemania. Se prioriza el futuro por encima del presente, a partir de la presunción de que la persona continuará bastante tiempo en la empresa. Schleicher lo comparaba con la situación en el Reino Unido: «Allí solo un 5 por ciento de la fuerza de trabajo tiene una cualificación superior a la que requiere su puesto de trabajo presente. Esto es un enorme riesgo para la productividad».

En 2015, justo cuando Alemania suprimía el pago de matrículas para los estudiantes universitarios en la mayor parte del país, el Instituto de Política Universitaria de Londres publicaba un opúsculo titulado *Keeping up with the Germans?* (¿Estamos a la altura de los alemanes?), que presenta una comparación detallada entre el sistema universitario alemán y el del Reino Unido y otros lugares. De hecho, señala que existen más paralelismos entre Alemania y Escocia que con Inglaterra. Básicamente, las universidades alemanas son menos autónomas y disponen de menor financiación, pero son más igualitarias. Algunas (Heidelberg y Múnich, por ejemplo) tienen más fama que otras, pero no existe nada equivalente a la jerarquía encabezada por Oxbridge y el resto del grupo Russell. Como en muchos otros países de Europa, la mayoría del alumnado estudia en una universidad de su ciudad o cercana a esta. A diferencia de lo que ocurre en Francia, donde la tasa de abandono es alta, los estudiantes tienden a completar todo el curso. Las instituciones no quedan tan bien situadas en los cuadros de calificación a escala mundial porque la investigación se desarrolla con frecuencia en institutos específicos separados. Las universidades de la Ivy League estadounidense copan los lugares más altos de las tablas con una pequeña presencia del Reino Unido (Oxford y Cambridge, Imperial College). Muchos pedagogos europeos continentales discuten la metodología empleada para elaborar estas tablas. Otra ventaja inherente es el uso de la lengua inglesa. Varias universidades alemanas han introducido cursos en inglés para participar en el mercado altamente competitivo de estudiantes procedentes de China, India y otros lugares. Según los últimos datos disponibles, en 2016, Alemania solo tenía poco más de 250.000 alumnos internacionales, un dato que la sitúa en el cuarto lugar, por detrás de Estados Unidos, el Reino Unido y Australia.[204] Esa cifra ha ido aumentando de manera sostenida y continuará creciendo.

El profesor Martin Rennert presidió la Universidad de las Artes (Universität der Künste, UdK) de Berlín durante catorce años hasta que a principios de 2020 renunció al cargo. Judío de Brooklyn, como me dijo con orgullo, estudió en la famosa Escuela Juilliard de Nueva York. Es un admirador entusiasta del enfoque alemán en el campo de la educación superior, sobre todo la artística. El acceso a la UdK es sumamente competitivo, pero una vez dentro, todo es gratuito, también para los estudiantes internacionales. «Es una medida de intervención político-cultural, una oferta para el mundo, una inversión en relaciones internacionales, un ejercicio exitoso de poder blando», me dijo Rennert. En vez de izar el puente, el Gobierno ha suavizado todavía más los requisitos para los graduados universitarios que permanezcan en el país. Anja Karliczek, la ministra de Educación, declaró que los estudiantes extranjeros representan un «potencial

significativo y creciente» para cubrir la demanda alemana de competencias especializadas. Rennert ofrece una justificación menos utilitaria. «¿No es cierto que la educación superior beneficia a toda la nación? No es necesario apelar a consideraciones intrínsecas para justificar el valor del aprendizaje». Los estudiantes pueden prolongar sus estudios muchos años y pasar de una licenciatura a un máster o un doctorado. Algunos alemanes no se incorporan a la fuerza de trabajo hasta pasados los treinta años. ¿Lentos y perezosos, o reflexivos y con una mirada larga? Probablemente hay de todo.

El teatro Am Marientor de la ciudad de Duisburgo estaba pasando momentos difíciles. La siguiente obra programada, basada en la figura del independentista escocés William Wallace, estaba vendiendo pocas entradas. Su representación se canceló; la bancarrota estaba a la vuelta de la esquina. El teatro era, por lo tanto, un lugar perfecto para instalar un centro para la realización de test de detección del COVID. Alemania, igual que el resto de Europa, no supo apreciar la importancia de las imágenes que llegaban de la ciudad china de Wuhan en enero y febrero de 2020. Pero cuando se tuvo noticia de que en Italia los hospitales de Bérgamo y otras ciudades estaban desbordados, reaccionó con rapidez. En Duisburgo, una ciudad pobre de una región pobre, se cancelaron las intervenciones quirúrgicas no urgentes programadas. Se liberaron camas de hospital. Se encontró la manera de ampliar la disponibilidad de quirófanos. En el ínterin, se organizó de inmediato un centro para la realización de test. Se reclutó a centenares de voluntarios. Cuando se agotaron las primeras reservas de desinfectante y gel hidroalcohólico, comenzaron a fabricarlo y lo distribuyeron a los hospitales y residencias de mayores. Los estados federados y las ciudades actuaron de manera autónoma, bajo la coordinación de los departamentos de salud, pero mantuvieron un intercambio de información y aprendieron unos de otros. Durante los difíciles meses de la primavera de 2020, Alemania respondió lo mejor posible. El número de muertos, unos nueve mil, fue muy bajo en relación con el volumen de población. Las existencias de equipos de protección personal y respiradores no se agotaron nunca. Los hospitales estuvieron muy presionados en los peores momentos, pero el servicio de salud consiguió capear la situación. Admirablemente. Cuando me invitaron a visitar el teatro de Duisburgo, justo cuando empezaba a apuntar la segunda ola, no podía dar crédito a lo que estaba viendo. El centro, gestionado conjuntamente por el servicio contra incendios y el servicio local de salud, tenía tres puertas de acceso: para las personas que debían realizar el test por indicación de su médico; para aquellas cuya presencia en un lugar de contagio había sido detectada por el sistema de rastreo; y para quienes

acababan de llegar de un país de alto riesgo. Iban entrando y saliendo después de ser atendidas con precisión cronométrica, hasta cuatrocientas al día, según me dijeron. Cuando les hablé de todos los apuros sufridos en el Reino Unido, de la escasez de equipos de protección, de los fallos en el sistema de rastreo y localización, de las dificultades para acceder a un test, su respuesta fue una sonrisa cohibida. Hemos tenido suerte, dijeron. Solo eso.

La modestia, por atractiva que resulte, no ayuda a explicar lo ocurrido.

Ningún ámbito de las políticas públicas revela con tanta nitidez la resiliencia de un Estado y su mirada a largo plazo como lo hace su servicio de salud. El de Alemania no es perfecto ni mucho menos. Es caro. Y es burocrático. Alemania, al igual que Francia, no cuenta con el sistema de atención primaria que ha prestado un buen servicio en el Reino Unido. Sin embargo, las tasas de supervivencia para las enfermedades más habituales, como el cáncer de mama, de cuello uterino y de colon, figuran entre las más altas del mundo industrializado, aunque los progresos se han estancado en los últimos años.

El gasto en salud, un 11 por ciento del PIB, es relativamente alto, aunque dista mucho de ser el mayor de Europa. La atención sanitaria se ofrece por intermedio de un seguro público obligatorio; los trabajadores pagan una cuota equivalente al 7 por ciento de su salario bruto antes de impuestos y la empresa aporta la misma cantidad. Uno de cada diez ciudadanos, los más ricos, los trabajadores autónomos y los funcionarios (una curiosa combinación), están obligados a sufragar un seguro privado, aunque tienen acceso a los mismos servicios. Todos esperan recibir una atención de calidad, tener acceso a especialistas sin largas listas de espera y a exámenes y pruebas y medicación prácticamente a demanda.

En conjunto, el servicio estatal de salud alemán, el más antiguo de Europa, ha prestado una atención comparativamente buena a la población. Cuando la pandemia del COVID-19 lo sometió a la última prueba se encontraba en una situación envidiable. Al inicio de la crisis, Alemania estaba mucho mejor preparada que otros países, con más laboratorios para hacer pruebas, más respiradores y más equipos de protección. Todo ello gracias a la combinación de una planificación a largo plazo y una base industrial como núcleo central de la economía, encabezadas por una sólida red biotecnológica y unas empresas farmacéuticas capaces de responder con rapidez a situaciones de emergencia que requieran conocimientos técnicos altamente especializados.

El sistema también era más resiliente frente a situaciones de crisis, con más camas de hospital por paciente que la mayoría de los países de un nivel equivalente. En Alemania la relación era de 8,2 camas por cada 1.000 habitantes,

frente a 7,2 en Francia y 5,2 como media para el conjunto de la Unión Europea. En el Reino Unido era de un lamentable 2,7 por cada 1.000 habitantes, gracias en parte a una infrafinanciación crónica y una planificación cortoplacista, pero también a una tendencia a dar de alta muy pronto a los pacientes para liberar espacio en vez de permitirles pasar la convalecencia en el hospital. El Gobierno venía instilando desde hacía décadas el mantra de la eficiencia y la reducción de costes a la gerencia de los hospitales. Casi todos los inviernos, los hospitales se veían presionados hasta el límite para hacer frente a la gripe estacional. El sistema no disponía de margen para responder a cualquier incidencia más grave.

Alemania contaba con un total de 28.000 camas en sus unidades de cuidados intensivos, frente a las 4.100 del Reino Unido,[205] una diferencia enorme en un momento de máxima necesidad. En el caso del personal, la diferencia era similarmente flagrante. Alemania contaba con 4,1 médicos por cada 1.000 habitantes, frente a una media de 3,5 para el conjunto de la Unión Europea y 2,8 en el Reino Unido. En el caso del personal de enfermería, las cifras eran de 13,1 por cada 1.000 habitantes en Alemania frente a 8,2 en Gran Bretaña. Detrás de estos fríos datos estadísticos hay historias de una atención adecuada en Alemania y no tan buena en otras partes. Y eso en tiempos normales.

La Constitución alemana de postguerra, con sus controles y contrapesos frente al Gobierno central y una fuerte descentralización, podría había provocado un caos durante la pandemia. Sin embargo, Merkel actuó deprisa para garantizar la coordinación de las decisiones. La mayor parte del tiempo lo logró. Los gobernantes regionales mantuvieron su autonomía, lo cual les permitió gestionar con mucha mayor flexibilidad las compras urgentes. Pero siempre de manera coordinada. Se cursaron rápidamente los pedidos de equipos de protección individual y se hicieron llegar a los servicios médicos de atención directa. En conjunto, el sistema respondió admirablemente, con algunas variaciones regionales.

Gran Bretaña está orgullosa, con razón, de su Servicio Nacional de Salud, que ya cuenta con más de setenta años de antigüedad. Es una de las pocas instituciones en torno a las cuales confluye todo el país. Pero también es burocrático, sumamente centralizado y su financiación es inestable. Durante la pandemia, el sistema británico falló a cada paso, con insuficientes reservas de material vital y escasa planificación para hacer frente a situaciones de emergencia. Johnson instó a las empresas a que empezaran a fabricar respiradores para completar la pobre reserva de ocho mil disponibles, un recurso que bautizó frívolamente como «Operación Último Suspiro». En aquel momento, Alemania ya había encargado diez mil respiradores a un fabricante en activo para

complementar los veinte mil que ya tenía. En lo que respecta a los test de detección del virus, al inicio de la crisis ambos países trabajaban aproximadamente al mismo ritmo, pero al cabo de pocas semanas los laboratorios alemanes estaban quintuplicando con creces el ritmo de producción británico. Los trabajadores del Servicio Nacional de Salud fueron aclamados como héroes. La gente salía a los portales y los balcones todos los jueves a aplaudirlos. Pero eran enviados a trabajar en primera línea con una protección inadecuada. Un mes después de iniciarse la crisis, apenas se habían realizado test de detección del virus a cinco mil de los quinientos mil trabajadores de primera línea del Servicio Nacional de Salud.

Durante la pandemia, el Reino Unido fue tomando decisiones sobre la marcha. El Gobierno tardó en decretar un confinamiento, en un intento de mantener la máxima actividad posible, pero lo hizo de manera tan incompetente que ni la ciudadanía ni la economía salieron beneficiadas. Lo único meritorio fue la rapidez con que inició el proceso de vacunación. A principios de 2021, la respuesta alemana ya había perdido brillo. La tasa de mortalidad aumentó rápidamente y también las hospitalizaciones. El acceso a las vacunas era frustrantemente lento. Pero incluso en su peor momento, el sistema alemán evitó caer en el caos del Reino Unido de Johnson y el Estados Unidos de Trump.

Todos los Gobiernos y todos los votantes han reconsiderado sus prioridades a la luz de lo ocurrido durante la pandemia. En todo el mundo, los países han dedicado miles de millones a hacer frente a las consecuencias económicas del COVID-19. En Alemania ya existía desde hacía largo tiempo un consenso en torno a los principios de una contribución generosa deducida directamente del salario a cambio de un servicio de alta calidad. También gozan de un apoyo similarmente amplio los principios que sustentan una fiscalidad alta y reconocen el papel del Estado; a saber, que no se tributa solo por el propio beneficio, y el de la propia familia, sino también para cubrir las necesidades de la sociedad en general. Este es un planteamiento aceptado en Alemania desde hace décadas.

También existen desequilibrios regionales y una cierta impresión de que las ciudades más pequeñas están quedando rezagadas con respecto a las grandes metrópolis que lo concentran todo, sobre todo, de manera más acusada, en los estados federados orientales. Pero Alemania se diferencia de otros países en un aspecto importante. La capital no lo domina todo. El poder de Berlín no es comparable con el de Londres o París, que ocupan un lugar central para buena parte de la actividad política, empresarial, científica y cultural de sus respectivos

países y atraen una afluencia desproporcionada de inversiones, dinero y talento. Otros países más pequeños también tienen problemas parecidos. Sin Atenas, Grecia perdería el 20 por ciento de su PIB, mientras que en el caso de Eslovaquia y Bratislava la proporción es del 19 por ciento. Para Francia y París, la cifra es del 15 por ciento y del 11 por ciento en el caso del Reino Unido y Londres. Alemania es el único país donde el PIB per cápita es más bajo en la capital que en el conjunto del país. Alemania sin Berlín sería un 0,2 por ciento más rica.[206] Dicho de otro modo, Berlín viene a ser un lastre para el resto del país. Y lo polariza. De hecho, muchas ciudades más ricas, como Hamburgo o Múnich, lo menosprecian por su ineficiencia y su estado de abandono.

Un ejemplo perfecto de la idiosincrasia de Berlín es Tempelhof, el lugar que en otro tiempo albergó el aeropuerto más importante del mundo, desde donde se izó el globo aerostático *Humboldt* en 1893, donde Albert Speer planeó erigir un grandioso portal de entrada a una nueva «Germania» nazi y donde los aliados occidentales llevaron a cabo sus audaces misiones para sortear el bloqueo soviético. Norman Foster lo llamó «la madre de todos los aeropuertos».[207] Los tres últimos aviones alzaron el vuelo desde Tempelhof en noviembre de 2008, un mes después de la clausura oficial del aeropuerto. A partir de ese momento, no se supo qué hacer con esa extensión equivalente a una vez y media el principado de Mónaco.

Ahora se ha convertido en un caos desvencijado, pero los berlineses están orgullosísimos de él.

A cualquier otra ciudad de estatura mundial se le habría hecho la boca agua ante esa cantidad de espacio por urbanizar. Piensen en todos los posibles rascacielos con apartamentos de lujo, o grandiosos hoteles, o galerías de arte, o centros comerciales. Después de la reunificación, Berlín estaba muy necesitado de espacio y ese terreno, a pocos kilómetros de distancia, al sur de la ciudad, era un sueño para los promotores inmobiliarios. En 2011, presentaron un proyecto para la construcción combinada de un conjunto de edificios dedicados a oficinas y casi cinco mil viviendas (incluida una parte apreciable con un coste asequible) y una gran biblioteca pública. El entonces alcalde, Klaus Wowereit, insistió en limitar la superficie edificable a una cuarta parte del total.[208] Incluso esto le pareció excesivo a la población local que se organizó para paralizar el proyecto. En cuanto los terrenos quedaron a disposición de la ciudadanía, en mayo de 2010, la zona se convirtió en el acto en un polo de atracción para horticultores urbanos, entusiastas del yoga, *hipsters*, fumadores de porros, sofisticadas mamás, aficionados a las barbacoas y fanáticos del deporte. El espacio recibió el nuevo nombre de *Tempelhofer Freiheit*, Libertad en Tempelhof. En mayo, tras años de

disputas internas, Berlín celebró un referéndum (un hecho poco frecuente en un país que teme los ejercicios de democracia directa, en contraposición a la democracia representativa). Casi dos terceras partes de las personas con derecho a voto optaron por mantener los terrenos tal como estaban. Actualmente el Decreto de Conservación de Tempelhof prohíbe la construcción en toda la extensión del antiguo aeropuerto y garantiza una urbanización muy limitada, por lo menos hasta 2024.[209]

Algunos de los edificios originales del aeropuerto —construcciones de referencia en el campo de la ingeniería civil— se han reutilizado. El ejército alemán sigue usando la torre del radar de setenta y dos metros de altura para controlar el tráfico aéreo. La cavernosa terminal del periodo nazi, incluidos los hangares curvilíneos que se extienden a lo largo de casi un kilómetro y medio bajo una cubierta sin columnas, está ocupada en su mayor parte por alrededor de un centenar de arrendatarios. La policía berlinesa ha utilizado una parte para sus programas de formación. También hay un depósito central de objetos perdidos, un parvulario, una escuela de danza y uno de los teatros de variedades más antiguos de la ciudad. Tempelhof también alberga el mayor campo de refugiados de Alemania. Una serie de contenedores blancos situados en uno de los laterales, ampliados con una parte de los hangares, conforman un pequeño poblado de acogida de refugiados, que se utiliza como primer lugar de tránsito antes de proceder a su redistribución por todo el país.

Durante los cuarenta y cinco años en que la ciudad estuvo dividida y los tres aliados ocuparon parcialmente la mitad occidental, Berlín Oeste fue un caso sin parangón en Alemania y también en el mundo. Una isla alternativa donde la población estaba exenta del servicio nacional, vigente en el resto de Alemania occidental, y donde a las personas formales y con fortuna (con unas pocas excepciones) no les apetecía vivir. Esto, evidentemente, ha cambiado mucho en los últimos treinta años de «normalidad». Desde la reunificación, gran parte del centro de la ciudad ha sido cedido a los relucientes (o fríos, según el punto de vista) edificios del Gobierno. Potsdamer Platz, resucitada rápidamente a principios de los noventa, es un espantoso monumento al mal gusto globalizado bajo fachadas de vidrio. Pero Berlín sigue teniendo un aspecto y un estilo que lo distinguen. Para quienes prefieren las ciudades de tamaño medio ordenadas y pulcras, es un lugar detestable. Todas las demás ciudades grandes funcionan mucho mejor. Hamburgo y Múnich compiten en las revistas ilustradas como *Monocle* y *Forbes* con ciudades como Viena y Copenhague por el primer puesto entre aquellas con la mejor calidad de vida. Los hamburgueses presumen de su templanza. Múnich inspira, en verano, una sensual y lánguida sensación de

bienestar.

Ninguna de las dos posee la firmeza de carácter del brusco Berlín. La capital ha vivido dos procesos de desindustrialización: al acabar la guerra, con la división, y como parte del desmantelamiento de la economía de la RDA por la agencia fiduciaria. Aparte del pujante sector tecnológico, no es conocida por *hacer* o *producir* nada en particular y solo es famosa por la presencia de políticos, periodistas, lobistas, artistas, estudiantes y *hippies*: una panda de degenerados enganchados a los subsidios. Por lo menos, eso piensan muchos ciudadanos burgueses de Baviera. Los atractivos de Berlín son totalmente ajenos a las principales virtudes del país. Atender a las cuestiones básicas no es sencillo. La burocracia, que en el resto de Alemania se espera que funcione como un reloj, a menudo no está a la altura. Muchos recién llegados, e incluso algunos berlineses, comparten anécdotas sobre las numerosas ineficiencias. Las más habituales son las relacionadas con la matriculación de un coche. Según parece, es más rápido tomarse un día libre y desplazarse hasta Hamburgo que hacerlo allí. «Ya no somos tan pobres, pero seguimos teniendo encanto», dice Michael Müller, alcalde de Berlín [2021]. La ciudad comienza a parecerse más a otras capitales del mundo, pero aún le queda mucho camino por recorrer. Muchos berlineses, o por lo menos los habitantes originales, más que los venidos de fuera, están decididos a mantenerla tal como es. Su principal terreno de batalla es el de la vivienda, un ámbito en el que predomina una animosidad visceral contra la gentrificación.

Los alemanes no están obsesionados con el escalafón habitacional. Pocas personas adquieren una vivienda antes de tener hijos. No le ven el sentido, dado que los alquileres suelen ser asequibles y las casas están en buen estado de conservación. Alemania cuenta con la proporción más baja de viviendas en propiedad (la relación entre el total de unidades ocupadas por sus propietarios y el total de unidades residenciales) de toda la OCDE, con la excepción de Suiza: poco más de un 50 por ciento. En el Reino Unido, Estados Unidos y Francia suman unos dos tercios, aunque desde la crisis en todos esos países ha descendido la ocupación por los propietarios y ha aumentado el alquiler. La proporción más alta de Europa se registra curiosamente en Rumanía, con un 96 por ciento. En Berlín, en cambio, solo un 15 por ciento de las propiedades están ocupadas por sus dueños y a pocas personas se les ocurriría comprar una vivienda como inversión y no para vivir o como un seguro para su familia.[210] También hay, evidentemente, muchos arrendadores (algunos privados, otros cooperativas de viviendas u otros colectivos) y mucha oferta de apartamentos a través de Airbnb y otros intermediarios, pero raras veces se oirá hablar en una reunión social de los beneficios que puede reportar la «compra para alquilar». Quienes se embarcan

en tales proyectos no suelen comentarlo con sus amigos. Más bien se percibe un desprestigio del propietario absentista. En países como Estados Unidos y el Reino Unido, la relación entre ingresos del trabajo y rentas es muy desequilibrada desde hace tiempo y las diferencias en el salario bruto anual resultan insignificantes en comparación con los ingresos de quienes poseen cemento y ladrillos en zonas en expansión.

¿En qué otro lugar del mundo, o del mundo occidental por lo menos, la expropiación podría llegar a formar parte de la opinión aceptada? En Berlín, se llegó a considerar seriamente como objetivo político en 2019 y todavía no se ha descartado por completo como una posible alternativa para la ciudad. Una iniciativa ciudadana que solicitaba la celebración de un referéndum sobre la expropiación de inmuebles privados recibió apoyo de los residentes (mayoritario, según el diario *Tagesspiegel*). La propuesta se presentó durante una acción de protesta contra la «locura de los alquileres» con la finalidad de recoger firmas suficientes para obligar al ayuntamiento a someter a votación si se debía obligar a los tenedores de más de tres mil inmuebles a revenderlos a la ciudad. Aunque las indemnizaciones habrían sumado miles de millones, el objetivo era que los inmuebles fuesen gestionados por un ente público. La inmobiliaria privada Deutsche Wohnen era el blanco principal. Es propietaria de 167.000 unidades en toda Alemania, entre las cuales más de 100.000 apartamentos en Berlín que ha ido adquiriendo progresivamente desde mediados de la década de 1990. El ayuntamiento, acuciado por la escasez de fondos, empezó a privatizar parte de las infraestructuras, desde el suministro de agua hasta la mitad del suministro público de electricidad. También vendió 65.000 unidades residenciales al bajo precio de 400 millones de euros, transfiriendo así a inversores privados una parte significativa de la deuda municipal. Cada apartamento se tasó en solo unos treinta mil euros. En total, entre 1989 y 2004 se vendieron doscientas mil unidades. Deutsche Wohnen no paraba de crecer. En 2017 obtuvo 2.000 millones de euros de beneficios y se ha convertido en el blanco preferido de los detractores del capitalismo agresivo.

La idea de la *Enteignung*, expropiación, se basa en una interpretación novedosa de dos cláusulas constitucionales. Los impulsores de esta campaña argumentan que el artículo 14 permite reclamar la restitución de una propiedad al dominio público si se hace un uso indebido de ella: «La propiedad implica obligaciones. Su uso debe estar también al servicio del bien común». Y afirman que así lo corrobora el artículo 15 subsiguiente que dice: «La tierra, los recursos naturales y los medios de producción se podrán transferir a la propiedad pública u otras formas de empresa pública mediante la promulgación de una ley que

determine el carácter y el importe de la compensación». El diario sensacionalista *Bild* de gran tirada puso toda la carne en el asador para arremeter contra la propuesta. «Un fantasma recorre Alemania, el fantasma de la expropiación»,[211] declaró. En su programa de debate en la cadena ARD *Hart aber Fair* (Duro pero imparcial), el presentador, Frank Plasberg, dijo que le parecía increíble encontrarse debatiendo esa idea. Los comentaristas conservadores denunciaron lo que describieron como infiltración del socialismo de Estado de la RDA por la puerta trasera. Pero la propuesta se debatió seriamente y muchísima gente la apoyaba. Y fue uno de esos momentos en que un espectador extranjero realmente se queda perplejo al constatar cuán diferente es la concepción de la sociedad y del capitalismo que tienen muchos alemanes. La propuesta decayó (momentáneamente al menos) cuando el socio mayor de la coalición que gobernaba Berlín, el SPD, votó en contra de llevarla adelante. La decisión lo enfrentó con sus dos socios menores, Die Linke y Los Verdes.

En los diez últimos años, según varias encuestas realizadas entre las agencias inmobiliarias, los alquileres han aumentado más de un 100 por ciento en Berlín, con un incremento anual del 20 por ciento en los últimos tiempos, el más rápido registrado en cualquier lugar del mundo. Mientras tanto, la ciudad ha ganado cuarenta mil habitantes al año, la mayoría personas con una trayectoria económica y social ascendente venidas de otras partes de Alemania y del extranjero. Como resultado, los residentes con ingresos bajos se han visto expulsados hacia el extrarradio.

Es algo que está sucediendo en todo el mundo. Grandes secciones de Manhattan son prácticamente zonas vedadas para la gente «corriente». En Londres, los promotores fingen preocuparse de atender a las necesidades de vivienda social, mientras reducen al mínimo el número de viviendas asequibles, a veces con entradas separadas, descritas como «puertas de los pobres». Los vecindarios ricos a menudo están desiertos. Se han convertido en meros refugios de potentados rusos, chinos y emiratíes que dejan sus propiedades desocupadas durante semanas, mientras los trabajadores se tienen que hacer sitio en trenes hacinados para trasladarse a sus lugares de trabajo en la ciudad después de realizar trayectos de hasta dos horas. Las tensiones sociales en las *banlieues* de París están bien documentadas.

Los berlineses se preciaban de ser distintos y de haberse mantenido a salvo de los peores excesos de la globalización. En algunos aspectos, aún lo están. A la vez que dejaban en vía muerta la propuesta de expropiación, las autoridades municipales aprobaron una ley controvertida que limita la subida de los alquileres. Como resultado, un millón y medio de hogares de la capital tendrán el

alquiler congelado durante cinco años. Los arrendadores no pueden cobrar un alquiler superior al que pagaba el arrendatario anterior y si este supera el límite fijado en una tabla, el nuevo inquilino puede solicitar incluso una rebaja. La ley por la que se impone un tope al alquiler, *Mietendeckel*, no es una particularidad exclusiva de Berlín. España y los Países Bajos han introducido medidas de control de los alquileres de ámbito nacional, y en Estados Unidos también las han adoptado cuatro estados: California, Nueva York, Nueva Jersey y Maryland. Canadá cuenta con algún tipo de regulación de los alquileres desde 2006 y París tiene previsto introducirla después de observar los resultados del experimento berlinés. La ley berlinesa incluye una definición legal de «alquiler abusivo», a partir de un 120 por ciento del valor fijado en una tabla. Si el alquiler es superior a ese límite, los arrendatarios pueden reclamar judicialmente una rebaja y la devolución de las cantidades pagadas en exceso, independientemente de lo que diga el contrato.

La escasez de vivienda en Berlín y la consiguiente presión sobre el precio del alquiler puede atribuirse en gran parte a un error de planificación cuando a principios de siglo no se acertó a prever cuán popular llegaría a ser la ciudad y, por tanto, cuánto crecería su población, tanto de nuevos residentes como de visitantes. Entonces ya era uno de los destinos más populares entre los europeos para una escapada de fin de semana. Las autoridades municipales calculan que alrededor de una tercera parte de los visitantes acuden atraídos únicamente por sus clubes nocturnos. La afluencia de turistas genera una presión adicional sobre la oferta de alojamiento y de servicios.

Múnich es la ciudad donde el precio de la vivienda es más alto, tanto si es de compra como de alquiler. La siguen Fráncfort y Hamburgo, y luego Stuttgart. Berlín ocupa el quinto lugar. Hace unos años, solo estaba en el octavo puesto entre las catorce ciudades sobre las que se recopilan datos anuales. En la lista figuran dos ciudades de la antigua RDA y ambas han pasado por delante de algunas de la zona occidental. Dresde ocupa el décimo lugar y Leipzig ha pasado al duodécimo. Cuando los berlineses se quejan de los precios poco asequibles, justo es reconocer que tienen razón… hasta que uno los compara con la situación en otras ciudades de Europa y del mundo.

En Moabit, un barrio emergente de Berlín, menos gentrificado que otros, como Prenzlauer Berg, visité una inmobiliaria pública llamada Gewobag. El nombre completo es Cooperativa Sindical de Vivienda y Construcción, pero no es un proyecto socialista nacido en la estela de 1968. Acaba de celebrar su centenario como organismo dependiente del Gobierno municipal, dedicado a la construcción y el alquiler a precios asequibles. Los beneficios se reinvierten en

nuevas construcciones. Al igual que las otras dos grandes constructoras públicas, Degewo y Gesobau, Gewobag se concentra sobre todo en proyectos inmobiliarios de uso mixto. Y todas lo hacen en una escala que deja en mal lugar a otras capitales. Johannes Noske me expuso sin disimulos los problemas de vivienda que aquejan a la ciudad. Seguirá creciendo —me dijo—, pero la capacidad de actuación del ayuntamiento, con sus recursos restringidos, tiene un límite. Uno de los problemas está asociado a la generación del *baby boom*, «personas que se instalaron en lugares como Charlottenburg en los años setenta, cuando eran barrios deteriorados y descuidados. Ahora están de moda y se han vuelto sumamente deseables, y esa gente no piensa moverse de allí».

La presión se ha mitigado un poco gracias a que más de trescientas mil personas —en su mayor parte *millennials* que comienzan a formar una familia— se han mudado a los barrios periféricos o aún más lejos. Berlín ocupa el centro de una rosquilla, rodeado por el estado de Brandemburgo. Parte de este territorio es rural y semirrural, con brezales, bosques y docenas de lagos. Una de las zonas más populares es el Spreewald, en el sureste. También hay otras menos espectaculares y ya construidas. Los alemanes tienen su propio mote para designar el cinturón de primeras residencias desde donde la gente se desplaza a diario para acudir al trabajo; lo llaman *Speckgürtel*, el «cinturón de la panceta», para indicar que quienes allí residen tienen la vida un poquitín demasiado fácil. El crecimiento de la población suburbana es casi tan rápido como el de las ciudades y esto no es del agrado de todos. «Quedan muchísimos menos espacios libres —añadió Noske—. Y los alemanes los aprecian mucho».

La ciudad de Wittenberge, en el estado de Brandemburgo, no ocupa uno de los primeros lugares en la lista de visitas imprescindibles de ningún turista. Decidí visitarla durante una de las semanas más conmemorativas, cuando se celebraban los treinta años de la caída del Muro. Wittenberge está a mucho mayor distancia que el «cinturón de la panceta». Durante casi cincuenta años estuvo situada al borde de la frontera interior alemana, en la ribera oriental del río Elba, separada de las ciudades y pueblos del estado federado occidental de la Baja Sajonia. Fundada en el siglo XIII por el rey sajón Otto I, tuvo su mejor momento en el siglo XIX, cuando fue una ciudad industrial floreciente, con una gran fábrica de tejidos, un molino de aceite y una planta de producción de material rodante que abastecía al ferrocarril Berlín-Hamburgo. Su estación era una de las más importantes para la economía del país. Su edificio más emblemático es una gigantesca fábrica de máquinas de coser. Cuenta con la torre del reloj más alta del continente europeo (el Big Ben la supera ligeramente), visible desde varios

kilómetros a la redonda, construida en los albores del siglo XX por la compañía estadounidense Singer, como parte de su mayor centro de producción en el extranjero. Según se dice, aquí se fabricaron seis millones de máquinas de coser entre 1904 y 1943. Después de la guerra, los soviéticos se incautaron de la maquinaria como una medida de reparación y la trasladaron a su fábrica de máquinas de coser de Podolsk, cerca de Moscú. Posteriormente la fábrica se volvió a equipar y la RDA la puso nuevamente en marcha en los años cincuenta bajo el nombre de la empresa estatal Veritas. Desde la reunificación, Wittenberge ha perdido una tercera parte de su población, toda una generación, que se trasladó al Oeste. La fábrica abandonada y su torre del reloj siguen en pie como un monumento a una época pasada.

Recorrí el centro de la población en compañía de Frederik Fischer, mientras íbamos dejando atrás una hilera tras otra de edificios en ruinas. Un panorama especialmente desolador ya que estaba lloviendo. Un año y medio atrás, ese joven emprendedor bávaro tuvo una idea para ayudar a la ciudad, relacionada con la oferta de vivienda. ¿Por qué no construir uno o dos centros de operaciones o, más bien, retiros rurales para nómadas digitales que deseasen alejarse de la ciudad de Berlín? Esto podría contribuir a la recuperación de unas comunidades empobrecidas y despobladas. Escribió una carta abierta donde explicaba su proyecto de establecer unos centros de operaciones creativos e invitaba a los alcaldes de toda la zona oriental a manifestar si estarían interesados. A cambio de vivienda barata y un espacio de trabajo, personas jóvenes contribuirían a mejorar los conocimientos tecnológicos de los residentes locales. «Mi buzón no daba abasto», me explicó. A continuación, invitó a quienes designó como «pioneros» a presentar ofertas y acabó eligiendo a treinta de ellos como acompañantes en ese entorno desierto.

El ayuntamiento le cedió la parte posterior del molino de aceite (la mitad delantera se transformó en un hotel). Algunos pioneros ya se han instalado y pagan solo ciento cincuenta euros al mes, con una subvención del Gobierno local, para establecerse allí durante un periodo de prueba de seis meses. Fischer me explicó que su intención era llevar infraestructuras urbanas al campo, a la vez que ofrecía a sus tecnólogos un espacio de *co-working* acompañado de acceso a la naturaleza. Ha acuñado la palabra *Co-Dorf*, co-pueblo. La comunidad dispone de su propio bar a orillas del Elba (para los días de calor en verano) y bicicletas para desplazarse hasta el centro de la nada en apenas diez minutos. Esta sigue siendo la zona menos densamente poblada de Alemania, pero las conexiones ferroviarias también fueron importantes en otro tiempo. Wittenberge fue elegida como la única ciudad de la antigua RDA que contaría con una estación de enlace en la

línea de alta velocidad Berlín-Hamburgo, de manera que los nuevos residentes pueden trasladarse en un plis plas al centro de la movida *hipster* para pasar el fin de semana allí si así lo desean. «Es solo un contrarrelato frente a la idea de la decadencia de las zonas rurales», dice Fischer. Él ha visitado unas quince poblaciones con la idea de poner en marcha otros proyectos análogos, y ya ha iniciado el segundo en Wiesenburg, al suroeste de Berlín, que ocupará las instalaciones en desuso de una empresa maderera, contiguos a la estación.

Fischer y su proyecto han encontrado muy buena acogida en los medios de comunicación, todo un cambio para Wittenberge, que solo había recibido comentarios terriblemente negativos durante los últimos treinta años. «Lugares como este sufren una falta de autoestima. Pensaban que solo una o dos personas aguantarían. Pero la gente está realmente muy contenta de haber venido. Este es el lugar donde comienza a nacer el futuro», me aseguró con un optimismo que resulta contagioso y que en el Este es bastante difícil de encontrar.

En abril de 2013, David Cameron visitó a Angela Merkel. Antes del primer ministro británico, solamente otros dos mandatarios europeos habían sido invitados a la residencia oficial de la canciller en Schloss Meseberg, al norte de Berlín y no muy lejos de Templin, su ciudad natal. Sería un fin de semana en familia, con la presencia de la esposa de Cameron, Samantha, sus tres hijos y el marido de Merkel. Los acompañaba un grupo selecto de personalidades culturales y políticas con vinculaciones con ambos países. Cameron había anunciado solo unos meses antes su compromiso de convocar un referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea. Tenían mucho de que hablar. La anfitriona quería hacerlo en un entorno lo más agradable e informal posible.

El sábado por la noche, durante la cena, Merkel llevó la conversación hacia el terreno artístico. Habló de las óperas con las que había disfrutado más en Bayreuth. Mencionó las representaciones teatrales y las exposiciones a las que había asistido de incógnito. Le preguntó a su huésped qué espectáculo recomendaría de los que estaban en cartel en aquel momento en Londres. Cameron tartamudeó que él era aficionado a ver televisión. Añadió que le encantaría ir a algún concierto pero cada vez que los primeros ministros se aventuraban a hacer una salida de ese tipo la prensa se les echaba encima acusándolos de elitismo y de querer codearse con la gente de la farándula. Aquel diálogo puso de manifiesto una diferencia de mayor calado entre Alemania y la realidad política de una gran parte del resto del mundo. Los alemanes se sienten cómodos hablando de temas culturales. El interés de los políticos por las artes no solo se tolera, sino que se espera de ellos.

El arquitecto británico David Chipperfield es una de las personas a quienes desespera esta disparidad. Colaboré con él en la construcción del museo Turner Contemporary en Margate en 2011, un encargo británico, algo poco habitual para su despacho. En cambio, en Alemania es una personalidad conocida, autor de muchos edificios importantes del país, el más famoso, el Neues Museum, de Berlín, por el cual fue distinguido con la Orden del Mérito. La inauguración de su obra más reciente, la galería James Simon, también en Berlín, contó con la presencia de la canciller. Uno de sus muchos encargos fue la reconstrucción de la Neue Nationalgalerie de Mies van der Rohe en la parte occidental de la ciudad. En una cena convocada para celebrar la finalización de las obras, con la presencia de personalidades destacadas del mundo de las artes y de la política (la ministra de Cultura alemana estaba presente; su homólogo británico también estaba invitado, pero no se tomó la molestia de asistir), Chipperfield habló de la importancia del ámbito de lo público en Alemania. «Es un cambio estimulante ver que la arquitectura es objeto de un debate tan sólido aquí —declaró, a la vez que lamentaba la ausencia de ese discurso en Gran Bretaña—. Aquí te tienen realmente sobre ascuas, lo que resulta duro en el momento, pero el trabajo sale beneficiado». Y añadió: «Sin duda, la guerra y el hecho de que Alemania se tuviera que reconstruir espiritualmente además de materialmente la han convertido en una sociedad mucho más reflexiva que la nuestra. La nuestra es una cultura que se guía por el éxito. Mientras que aquí se debate mucho sobre el significado de las cosas».

La financiación pública de la cultura es importante y fiable en Alemania. La ciudad de Berlín dedica siete millones de euros anuales a subvencionar el alquiler de espacios de trabajo para artistas de todas las disciplinas. También invierte otros siete millones en la adquisición y reforma de nuevos espacios. Esto se podría considerar un parche, dada la situación precaria en que se encuentran muchos de los ocho mil artistas de la ciudad debido a la fuerte subida de los alquileres. Aunque un buen número se han visto obligados a trasladarse a poblaciones más pequeñas o a ciudades de otros países (Atenas y Lisboa han sido destinos especialmente populares), Berlín sigue teniendo un gran atractivo para los músicos, artistas, diseñadores, arquitectos y otros que hace tiempo que no pueden instalarse en Nueva York, París o Londres. Otras ciudades alemanas todavía dedican más dinero per cápita que Berlín, siempre escasa de fondos, a apoyar a los artistas (y subvencionar al público). Si bien en Francia y el Reino Unido se ha realizado una gran labor de renovación urbana impulsada por propuestas culturales (en Margate, Nantes, Gateshead, Marsella), en Alemania la descentralización ha garantizado de entrada una distribución más equitativa de

los recursos y el talento. Las políticas culturales y educativas son competencia de los estados federados y el Gobierno federal solo tiene una función coordinadora. Dondequiera que se dirija la mirada, todas las ciudades pequeñas y medianas cuentan con abundantes museos, teatros y auditorios de renombre; las pymes y la cultura contribuyen conjuntamente al arraigo y la autoestima locales. Sajonia, por ejemplo, con una población total de solo tres millones de habitantes, cuenta sin embargo con dos de las mejores orquestas del mundo, la de la Gewandhaus en Leipzig y la Staatskapelle de Dresde.

Personalmente diría que la comunidad cultural es, sin duda, más radical en Alemania que en el Reino Unido, y también que en la mayor parte de Europa. Estética, política e intelectualmente se espera más de un artista. Este es uno de los motivos que indujeron a la directora de teatro británica Katie Mitchell a coger los bártulos y trasladarse a Colonia y Berlín hace más de diez años. Un crítico la había acusado de «ignorar a conciencia los textos clásicos»,[212] algo que no estaría mal visto en Alemania. Ella ha alegado que en el Reino Unido con demasiada frecuencia se ofrecen al público dosis de nostalgia y seguridad, mientras que en su ciudad de adopción los aficionados al teatro esperan verse cuestionados y sus ideas y sensibilidades amenazadas. «Los críticos alemanes siempre reaccionan instintivamente con escepticismo cuando una obra parece demasiado redonda; temen que eso disimule su escasa profundidad»,[213] declaró.

En las diversas conversaciones que he mantenido con dirigentes del sector cultural, destacan varios planteamientos comunes. Como ocurre siempre en Alemania, los aspectos positivos y negativos son muy marcados, y representan dos caras de la misma moneda. Las instituciones artísticas alemanas no tienen que sufrir cada poco tiempo la angustia de no saber si podrán seguir funcionando. Muchas reciben donaciones de empresas y fondos fiduciarios familiares, lo que evita a sus directores y consejos de administración tener que dedicar una cantidad desproporcionada de tiempo a buscar financiación, como les ocurre en Estados Unidos, el Reino Unido y otros lugares. Libres de exigencias crematísticas, pueden experimentar con mayor facilidad. Cuando viajo a Alemania y sobre todo a Berlín percibo entre los artistas una pasión agitada, una sed de activismo político que lamentablemente solo se ven muy raras veces en el Reino Unido. Es cierto que se escribe mucho sobre problemas identitarios en el plano personal y se representan muchas obras centradas en estos, pero a la hora de abordar la problemática más importante con que nos hemos enfrentado en varias décadas —el *brexit*— al mundo cultural británico le han temblado las piernas en su afán por congraciarse con el Gobierno y no crearse problemas con sus fuentes de financiación.

En Alemania se consideraría perfectamente adecuado que una personalidad cultural destacada se posicione políticamente y ejerza influencia sobre el Gobierno. Recíprocamente, el Gobierno también se siente autorizado a intervenir en el ámbito cultural. Nunca había quedado esto tan patente como en el caso de la Volksbühne (Teatro del Pueblo) de Berlín. Fue una de aquellas situaciones en que salió a la luz lo mejor y también lo peor de Alemania. Sobre la puerta de entrada del teatro, fundado en 1914, había una inscripción con el lema *Die Kunst dem Volke*, «El arte para el pueblo». Durante el periodo de la República de Weimar fue un semillero de teatro experimental, una sala declaradamente de izquierdas, con entradas baratas para atraer a un público de clase obrera. Grandes figuras, como el director Max Reinhardt, trabajaron allí. Sobrevivió durante la RDA rozando el límite de la respetabilidad sin llegar a traspasarlo, pero hacia el final del régimen sus producciones sutilmente subversivas atrajeron a masas de disidentes. Después de la reunificación, volvió a renacer con un dinámico director. Frank Castorf estuvo al frente del teatro durante veinticinco años, a partir de 1992, y lo convirtió en uno de los más innovadores del país, sin concesiones a los usos establecidos ni al éxito comercial. Le era indiferente que los críticos dejasen por los suelos sus representaciones o que el público no las entendiese. Lo suyo era el arte didáctico y a paseo todo el resto. En 2013, en Bayreuth, la cuna de la ópera, el público abucheó a Castorf al final de su adaptación de *El anillo del nibelungo*, de Wagner. Cuanto más ruidosamente se manifestaba la desaprobación de los aficionados, más satisfecho parecía él, mientras les respondía alzando el pulgar y dedicándoles un irónico aplauso. Finalmente, en 2015, el Gobierno de Berlín le mostró la puerta de salida. Los tradicionalistas y los radicales (que en Alemania muchas veces coinciden) quedaron horrorizados. Una reacción que se trocó en furia cuando se anunció el nombre de su sucesor, Chris Dercon. De origen belga, Dercon es un personaje impresionante, un hombre con las ideas claras y una presencia ubicua en el mundo londinense de las artes visuales. Y para muchos en Berlín, esa era la raíz del problema.

Mientras finalizaba sus anteriores compromisos antes de tomar posesión de su nuevo cargo, más de ciento cincuenta actores y otros trabajadores publicaron una carta abierta donde expresaban su «profunda preocupación» por su nombramiento, epítome de «una destrucción y un borrado históricos de las señas de identidad».[214] Curiosamente, veían a los anteriores patronos de Dercon, la Tate, como un caballo de Troya de la dominación cultural angloestadounidense. Interpretaban su nombramiento como una ocupación, el inicio de una gestión «corporativista». Y, lo más grave, Dercon era un «neoliberal». Castorf lanzó una

pulla a su futuro sucesor poniendo en escena como acto de despedida una versión de *Fausto* con el telón de fondo de la colonización y la ocupación. Dercon no se hizo ningún favor al quitar importancia a las protestas como una reacción nostálgica: «Ese Berlín ya es cosa del pasado. Berlín comienza a ser una ciudad normal con intereses normales».[215] Cuando llegó, algunos trabajadores intentaron impedirle la entrada en el edificio y después organizaron una ocupación que duró seis días. Cuarenta mil personas firmaron una petición contraria a su nombramiento. Dercon duró menos de un año en el puesto. Su primera temporada, que inauguró con un espectáculo de danza en un espacio alternativo, situado en un hangar del aeropuerto de Tempelhof, y una obra de Samuel Beckett, no tuvo buena acogida. En agosto, alguien defecó frente a la puerta de su apartamento. Un hombre le tiró una cerveza encima en una fiesta. Otro le gritó «¡Perro!» por la calle. Dercon se había incorporado a un teatro con una fuerte identidad y una resistencia igualmente fuerte al cambio. Acabó dejándolo y encontró un lugar más satisfactorio en la dirección del Grand Palais de París.

Neil MacGregor, una de las grandes figuras del mundo museístico británico, goza, como Chipperfield, de considerable prestigio en Alemania. Su exposición *Memories of a Nation* (Memorias de una nación) en el Museo Británico reunió doscientos objetos en un recorrido a través de seiscientos años de historia alemana. Después se trasladó al museo Martin-Gropius-Bau en Berlín. MacGregor publicó un libro con el mismo título, que recibió grandes elogios al igual que la exposición. Tras dejar el Museo Británico (donde le sucedió un alemán, Hartwig Fischer), MacGregor empezó a trabajar en lo que describió como «el proyecto museístico más importante de Europa». El Foro Humboldt de Berlín será una de las mayores muestras antropológicas, etnológicas y artísticas del continente, con materiales y obras del mundo entero. Poca parte del contenido será alemán, pero el edificio mismo se está reconstruyendo siguiendo el estilo del Stadtschloss, el palacio barroco prusiano que se alzaba en el mismo sitio hasta que fue bombardeado durante la guerra y los soviéticos lo derribaron unos años después. En los años setenta construyeron en su lugar el Palacio de la República, que ahora está siendo motivo de mucho malestar y disputas. Ese edificio moderno con la fachada de vidrio albergó la Volkskammer, el falso Parlamento de la RDA con una función meramente aquiescente. Quizás perversamente, los berlineses del Este estaban orgullosos de él. El vestíbulo era un espacio glamuroso (a su manera) donde poder reunirse para tomar un café y el edificio también albergaba una bolera y una sala de conciertos. Mucha gente no se creyó la explicación de que era necesario derribarlo por su alto contenido de amianto y lo consideraron

una excusa para proceder a su demolición tras la reunificación. Cuando pasados unos años comenzaron los trabajos, grupos de manifestantes intentaron impedir el acceso a las grúas. Algunos de los materiales allí expuestos se conservaron para exhibirlos más adelante en la Kunsthalle de Rostock, el único museo construido en tiempos de la RDA.

La construcción del nuevo, o más bien antiguo, palacio de Berlín tardó aún diez años en iniciarse. Muchos alemanes orientales se preguntaban qué necesidad había de construir un edificio que celebraba el poder y el colonialismo alemanes, y además con un coste de seiscientos millones de euros. La tarea que tenía por delante MacGregor cuando menos no era fácil. Como él mismo escribió a propósito de la represión de una rebelión en Tanganika (ahora Tanzania) entre 1905 y 1907 y la aniquilación de las tribus indígenas de Namibia, calificada como «el primer genocidio del siglo XX»: «Cada vez se reclama con más fuerza que los crímenes coloniales cometidos por Alemania, que algunos consideran comparables a los de los nazis, se reconozcan públicamente y se dedique un esfuerzo equivalente a investigarlos».[216] La Fundación Alemana para la Recuperación de las Obras de Arte Perdidas, que se ha encargado de investigar el paradero de las que fueron expoliadas por los nazis, anunció que ampliaría su mandato para otorgar ayudas a los museos para la investigación de los orígenes de las piezas de procedencia colonial. En Canadá y Australia ya se está haciendo. El presidente Macron ha incitado a Francia a devolver los objetos robados de las colonias. Aunque en el Reino Unido en algunos sectores se empieza a considerar el Imperio británico desde esta perspectiva, en buena parte del discurso público se lo sigue mencionando con miope reverencia.

A MacGregor también le aguardaban otras tareas más inmediatas. Tendría que reunir cinco museos independientes bajo un único paraguas y gestionar una estructura de gobierno laberíntica y unos cuantos grandes egos. Quería que el acceso al nuevo espacio fuese gratuito (como lo son muchos museos del Reino Unido y de otros países) y el Gobierno federal también lo deseaba, pero las autoridades municipales eran de otro parecer.

En una conversación con MacGregor sobre las particularidades del mundo museístico y del mundo artístico en general en Alemania, me comentó que todavía se sigue priorizando mucho la investigación y la formación. Los conservadores son los reyes. Gozan de la llamada «soberanía de interpretación». En otras palabras, prácticamente imponen qué se podrá exhibir en las salas que dependen de ellos. Si como director de una institución artística, uno desea introducir cambios y conseguir que se materialicen, será imposible lograrlo por imposición. Es preciso convencer hasta a la última persona implicada, y cuando

la mayoría son funcionarios, resulta difícil hacerles cambiar de opinión. Comentamos otra expresión: *verharmlosen*, la mejor traducción de la cual sería «quitarle hierro» a un asunto. En las artes visuales, como en las artes escénicas, los cambios han de ser progresivos.

El Museo de Historia Natural, situado en el extremo norte de la zona céntrica de Berlín, es el dominio particular de Johannes Vogel, portador del bigote retorcido seguramente más trabajado de Alemania. Vogel, que está casado con Sarah Darwin, una descendiente de Charles Darwin, estuvo durante muchos años en el museo homónimo de Londres. Su problema inmediato era de otro orden que los que encontraron Dercon o MacGregor. Su museo se estaba cayendo literalmente a trozos. Estaban perdiendo aves e insectos. Secciones enteras comenzaban a ser inseguras. Menos de una décima parte del espacio se seguía utilizando.

Me condujo hasta el almacén situado en las profundidades del edificio, todavía con carteles con la imagen de Erich Honecker en las paredes y una bandera de la FDJ (la organización de la juventud comunista) sobre un maltrecho escritorio. «Dije que necesitábamos cuatrocientos millones de euros para rehabilitar el edificio y crear algo fantástico. Acudí al Parlamento tres veces. Sin resultado. Luego, en 2018, en Alemania no llovió en absoluto entre abril y noviembre. Y un incendio destruyó un museo en Río de Janeiro [el Museo Nacional de Brasil]». Pocos días después de la tragedia, Vogel escribió un comentario en el *Financial Times*, en el cual relacionaba la seguridad de los museos y su financiación pública. Tras una noche de regateo, le concedieron la asombrosa suma de 740 millones de euros hasta 2030, para una organización con un presupuesto de funcionamiento anual de apenas 17 millones. Ahora quiere transformar el museo en uno de los grandes centros mundiales dedicados a las ciencias y la naturaleza, con especial atención a los recursos didácticos digitales e interactivos.

En Alemania no se considera pretencioso iniciar una conversación hablando de alta cultura, como pudo comprobar con bochorno Cameron durante la cena con Merkel. La otra cara es que las instituciones alemanas no se esfuerzan demasiado por ampliar su capacidad de atracción. Algunas están empezando a cambiar y ofrecen acceso gratuito los domingos, localidades más baratas y actividades dirigidas a las escuelas, pero a muchas no les preocupa especialmente que su público provenga de un estrato social bastante reducido. La diversidad y la accesibilidad tienen bastante camino por recorrer. Las mesas de debate en los congresos culturales (o de otro tipo) a menudo están copadas por varones blancos de una determinada edad y procedencia.

El espacio político y literario alemán es rico en debates. Los alemanes, al igual que los franceses y los italianos, se sienten cómodos con la idea de que los intelectuales sean figuras públicas. Los diarios y revistas serios han cambiado poco con los años (para bien y para mal) y conceden más valor al rigor y la inteligencia que a una mayor difusión. Los suplementos y las secciones de reseñas no rebajan el nivel. Recuerdo la edición dominical de un diario que, en vísperas de una cumbre entre la Unión Europea y África, dedicaba toda su primera página a un análisis del desarrollo en el continente africano. Podríamos encontrar ejemplos parecidos también en Francia, pero ¿dónde más? Recuerdo haber visto ya hace algún tiempo, a finales de los años ochenta, una tarde entre semana, un concurso de preguntas y respuestas que no pretendía ser sesudo. Todos preparados con el dedo listo para pulsar el botón: «¿Quién es el jefe de la oposición en el Reino Unido?». Ambos equipos anunciaron de inmediato sus respuestas, con una diferencia de décimas de segundo: «Neil Kinnock». ¿Cuántos británicos o estadounidenses habrían sido capaces de nombrar al jefe de la oposición (o incluso del Gobierno) de otro país? No lo digo para ridiculizarlos —los programas de los sábados por la noche en la televisión alemana incluyen música pachanguera, celebridades que intentan chutar una pelota de fútbol a través de un aro y su versión particular de *Love Island*—, sino para poner de manifiesto que la exigencia de seriedad a ultranza e interés por los asuntos generales es mayor en Alemania. La diferencia cultural más llamativa es la actitud lingüística. Mientras que Gran Bretaña vive prisionera de la mediocridad monolingüe, con referentes que alcanzan hasta Estados Unidos y poco más, la mayoría de los alemanes aprenden dos lenguas extranjeras en la escuela. Tal vez como resultado de ello, siempre me llama la atención observar una curiosidad cultural que es auténticamente internacional.

Si la cara positiva del periodismo alemán es su resistencia a prescindir del debate inteligente, la negativa es su reticencia a hurgar demasiado. Cuando en 2019 Merkel sufrió visiblemente temblores en al menos tres actos públicos, la mayoría de los periódicos alemanes consideraron inadecuado indagar los motivos. La respuesta habitual entre los directores de periódicos y cadenas televisivas para justificar esta actitud distante apela a la distinción entre el ámbito privado (la salud, la vida sentimental) y el público (el uso de los fondos públicos o las decisiones políticas).

Como ocurre con tantos otros aspectos de la vida en Alemania, el pasado influye en el presente. Cualquier injerencia en la privacidad, sea gubernamental o comercial, se considera sumamente grave. Me quedé asombrado cuando, hace diez años, intervine en un congreso sobre la libertad de expresión organizado por

la Fundación Friedrich Ebert, el laboratorio de ideas del SPD, y una participante manifestó que por su parte preferiría una red social pública antes que una de Silicon Valley. No confiemos nuestros datos a Facebook o Google, declaró. Ese comentario sonaba desfasado en aquel momento, una muestra más de la excesiva cautela alemana. No abundan los políticos con cuentas populares de Twitter o Facebook. Sus entradas son a menudo formales y aburridas. Esto está cambiando, pero ningún político destacado del país estaría dispuesto a hacer como Donald Trump y sustituir los procedimientos habituales de comunicación de los mensajes del Gobierno por fanfarronadas en las redes sociales tecleadas desde su cama mientras sigue el noticiario matutino *Fox & Friends*.

Una persona que ha vivido la situación desde ambos lados de la barrera es Ulrich Wilhelm, antiguo alto cargo del Gobierno de Merkel. Según sus palabras: «El periodismo agresivo no contribuye a fortalecer la democracia, sino que por el contrario la amenaza. Se utilizó como instrumento de agresión y para generar hostilidad contra la democracia durante el ascenso de Hitler». Wilhelm argumenta que la destrucción deliberada y sistemática de la reputación de personalidades destacadas de la República de Weimar por los propagandistas pronazis ha dejado huella.

Las encuestas indican que la confianza en los medios de comunicación tradicionales es más alta en Alemania que en otros países comparables, pese a los esfuerzos de la AfD por socavar la confianza en las instituciones convencionales. Según el sondeo más reciente del Instituto Reuters, un 47 por ciento de alemanes confían en lo que leen, tanto en Internet como en papel. La proporción ha bajado un poco, como en todas partes, pero sigue siendo mayor que en países de características equivalentes. Entre un total de treinta y ocho países, los medios de comunicación alemanes ocupan el duodécimo lugar en materia de confianza pública. El Reino Unido se sitúa en el vigésimo primer puesto, Estados Unidos en el trigésimo segundo y Francia ocupa el penúltimo lugar de la lista, con solo un 24 por ciento de encuestados que dan crédito a lo que leen. Cerca de un 70 por ciento de los británicos temen que las noticias sean falsas, mientras que solo un 38 por ciento de alemanes comparten ese temor.[217] Aun así, hay otros motivos de preocupación. Los partidos políticos alemanes consolidados son un desastre en lo que respecta al uso de redes sociales.

Alemania es uno de los países más ricos del mundo, pero sin embargo muchos alemanes consideran un poco vulgar la importancia que se concede en el mundo anglosajón a las adquisiciones. El hecho de que las tiendas no estén abiertas a todas horas se podría interpretar tal vez, más que como un desagradable

inconveniente (mi primera reacción), como manifestación de un orden de prioridades más equilibrado, con la vida comunitaria como eje central. Las calles principales de las poblaciones alemanas, a diferencia de sus equivalentes en otros países, aún conservan un carácter distintivo, las tiendas independientes no se han visto expulsadas por unos alquileres excesivamente altos. En muchas ciudades alemanas pequeñas o de tamaño medio, uno de los placeres es encontrar de improviso una librería, situada en un lugar prestigioso, junto al auditorio y el museo.

Y entre los escritores, ¿cuántos países pueden presumir de tener un jefe de Estado que es un prolífico autor de ensayos filosóficos? Dos años después de dejar la presidencia, Joachim Gauck —uno de los pocos alemanes del Este, junto con Merkel, que han ocupado puestos de la máxima responsabilidad— publicó un libro sobre el valor ilustrado de la tolerancia, por qué es importante y en qué circunstancias se ve amenazada. En el texto recorre su historia desde las guerras de religión del siglo XVII hasta Voltaire, Mill, Kant y finalmente Goethe. Profundiza en los límites de la individualización y la necesidad de un sentido más amplio de un propósito compartido. Fue un éxito de ventas. ¿Dónde habría sido esto posible salvo en Alemania?

---

[192] T. Fontane, «Richmond», *Ein Sommer in London*, Dessau: Gebrüder Katz, 1854, p. 75.

[193] «In Profile: The Federal Ministry of the Interior», Bundesministerium des Innerns, octubre de 2016, bmi.bund.de/SharedDocs/downloads/DE/publikationen/themen/ministerium/flyer-im-profil-en.html (consultado el 10 de febrero de 2020).

[194] Véase M. Grosekathöfer, «Früher war alles schlechter: Zahl der Vereine», *Spiegel*, 15 de abril de 2017, p. 50; A. Seibt, «The German obsession with clubs», Deutsche Welle, 6 de septiembre de 2017, dw.com/en/the-german-obsession-with-clubs/a-40369830 (consultado el 10 de febrero de 2020).

[195] C. Dietz, «White gold: the German love affair with pale asparagus», *Guardian*, 14 de junio de 2016, theguardian.com/lifeandstyle/wordofmouth/2016/jun/14/white-gold-german-love-affair-pale-asparagus-spargelzeit (consultado el 10 de febrero de 2020).

[196] El Cooper's Hill Cheese-Rolling and Wake se celebra anualmente en el distrito de Gloucester el último lunes de mayo. Consiste en una carrera donde los competidores deben intentar atrapar un queso Gloucester lanzado por una pendiente inclinada desde la cima de una colina de 182 metros, con lo cual llega a alcanzar una velocidad considerable. (*N. de la T.*).

[197] J. Major, «Speech to the Conservative Group for Europe», Londres, 22 de abril de 1993.

[198] Véase «Mixed Compensation Barometer 2019», Ernst & Young, noviembre de 2019, p. 4, ey.com/de_de/news/2019/11/gehaltseinbussen-fuer-deutsche-vorstaende (consultado el 15 de febrero de 2020).

[199] L. Himmelreich, «Der Herrenwitz», *Stern*, 1 de febrero de 2013, stern.de/politik/deutschland/stern-portraet-ueber-rainer-bruederle-der-herrenwitz-3116542.html (consultado el 17 de febrero de 2020).

[200] «Kritik an Deutsche-Bank-Chef: Ackermann schürt die Diskussion um die Frauenquote», *Handelsblatt*, 7 de febrero de 2011, handelsblatt.com/unternehmen/management/kritik-an-deutsche-bank-chef-ackermann-schuert-die-diskussion-um-die-frauenquote/3824928.html?ticket=ST-957390-MTISlcC9d2pPjTw9uzYC-ap1 (consultado el 20 de febrero de 2020).

[201] Véase K. Bennhold, «Women Nudged Out of German Workforce», *New York Times*, 28 de junio de 2011, nytimes.com/2011/06/29/world/europe/29iht-FFgermany29.html?_r=1&src=rechp (consultado el 20 de febrero de 2020).

[202] J. Hensel, «Angela Merkel: "Parität erscheint mir logisch"», *Zeit*, 23 de enero de 2019, zeit.de/2019/05/angela-merkel-bundeskanzlerin-cdu-feminismus-lebensleistung (consultado el 20 de febrero de 2020).

[203] Véase «The German Vocational Training System», Bundesministerium für Bildung und Forschung, www.bmbf.de/bmbf/en/education/the-german-vocational-training-system/the-german-vocational-training-system_node.html (consultado el 20 de febrero de 2020).

[204] Véase F. Studemann, «German universities are back in vogue for foreign students», *Financial Times*, 22 de agosto de 2019, ft.com/content/a28fff1c-c42a-11e9-a8e9-296ca66511c9 (consultado el 21 de febrero de 2020).

[205] G. Chazan, «Oversupply of hospital beds helps Germany to fight virus», *Financial Times*, 13 de abril de 2020, ft.com/content/d979c0e9-4806-4852-a49a-bbffa9cecfe6 (consultado el 13 de abril de 2020).

[206] M. Diermeier y H. Goecke, «Capital Cities: Usually an economic driving force», Institut der deutschen Wirtschaft, 20 de octubre de 2017, www.iwkoeln.de/presse/iw-nachrichten/matthias-diermeier-henry-goecke-usually-an-economic-driving-force.html (consultado el 21 de febrero de 2020).

[207] Citado en R. Mohr, «The Myth of Berlin's Tempelhof: The Mother of all Airports», *Spiegel*, 25 de abril de 2008, spiegel.de/international/germany/the-myth-of-berlin-s-tempelhof-the-mother-of-all-airports-a-549685.html (consultado el 21 de febrero de 2020).

[208] C. Fahey, «How Berliners refused to give Tempelhof airport over to developers», *Guardian*, 5 de marzo de 2015, theguardian.com/cities/2015/mar/05/how-berliners-refused-to-give-tempelhof-airport-over-to-developers (consultado el 21 de febrero de 2020).

[209] S. Shead, «The story of Berlin's WWII Tempelhof Airport which is now

Germany's largest refugee shelter», *Independent*, 20 de junio de 2017, independent.co.uk/news/world/world-history/the-story-of-berlins-wwii-tempelhof-airport-which-is-now-germanys-largest-refugee-shelter-a7799296.html (consultado el 21 de febrero de 2020).

[210] Véase L. Kaas, G. Kocharkov, E. Preugschat y N. Siassi, «Reasons for the low homeownership rate in Germany», Research Brief 30, Deutsche Bundesbank, 14 de enero de 2020, bundesbank.de/en/publications/research/research-brief/2020-30-homeownership-822176 (consultado el 25 de febrero de 2020); «People in the EU – statistics on housing conditions», Eurostat, diciembre de 2017, ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php/People_in_the_EU_-_statistics_on_housing_conditions#Home_ownership (consultado el 25 de febrero de 2020).

[211] T. Lokoschat, «Kommentar zur Enteignungsdebatte: Ideen aus der DDR», *Bild*, 8 de marzo de 2019, bild.de/politik/kolumnen/kolumne/kommentar-zur-enteignungsdebatte-ideen-aus-der-ddr-60546810.bild.html (consultado el 25 de febrero de 2020).

[212] Véase C. Higgins, «The cutting edge», *Guardian*, 24 de noviembre de 2007, theguardian.com/books/2007/nov/24/theatre.stage (consultado el 25 de febrero de 2020).

[213] P. Oltermann, «Katie Mitchell, British theatre's true auteur, on being embraced by Europe», *Guardian*, 9 de julio de 2014, theguardian.com/stage/2014/jul/09/katie-mitchell-british-theatre-true-auteur (consultado el 25 de febrero de 2020).

[214] «Open Letter», Volksbühne, Berlín, 20 de junio de 2016, volksbuehne.adk.de/english/calender/open_letter/index.html (consultado el 25 de febrero de 2020).

[215] C. Dercon, intervención en el Goethe-Institut de Londres, vídeo publicado en Facebook, 27 de abril de 2018, facebook.com/watch/live/?v=10160588326450529&ref=watch_permalink (consultado el 30 de abril de 2020).

[216] N. MacGregor, «Berlin's blast from the past», *The World in 2019*, Londres: The Economist Group, 2018, p. 133, worldin2019.economist.com/NeilMacGregorontheHumboldtForum (consultado el 26 de febrero de 2020).

[217] Hölig y U. Hasebrink, «Germany», en N. Newman, R. Fletcher, A. Kalogeropoulos y R. K. Nielsen (eds.), *Reuters Institute Digital News Report 2019*, Reuters Institute, 2019, pp. 86-87, reutersinstitute.politics.ox.ac.uk/sites/default/files/inline-files/DNR_2019_FINAL.pdf (consultado el 26 de febrero de 2020).

07

No más paños calientes

El cambio climático y los coches privados

El movimiento verde alemán, uno de los más antiguos e influyentes del mundo, nació hace medio siglo en un pueblo llamado Wyhl, situado en un extremo de la región vitivinícola de Kaiserstuhl, en el suroeste del país.

En 1960, la Alemania occidental aprobó la Ley de la Energía Atómica, que tenía por objeto dar un impulso a la energía nuclear. Los expertos venían debatiendo desde finales de los años cincuenta las posibilidades de desarrollar la nueva tecnología, pero solo con la crisis del petróleo de principios de los setenta quedó patente la urgencia de ponerse manos a la obra. Empezaron a buscar posibles localizaciones y Wyhl, una tranquila población de Baden-Wurtemberg junto a la frontera con Francia, fue elegida como el lugar perfecto. Toparon con recelos entre la población local, pero confiaban en poder superarlos con facilidad. No tardaron en obtener autorización para iniciar el proyecto; se acordonó el terreno y en febrero de 1975 comenzaron las tareas de excavación. Entonces empezaron las dificultades. El día siguiente, un grupo de residentes locales ocupó el terreno. Las imágenes televisadas de la policía desalojando por la fuerza a los agricultores y sus esposas, arrastrados por el barro, convirtieron el incidente en una noticia de interés nacional. Eclesiásticos y viticultores locales recuperaron los terrenos expropiados con el apoyo de estudiantes de la cercana Universidad de Friburgo. Se abandonó la idea de desalojar a los manifestantes y al cabo de poco más de un mes, se revocó el permiso de obras. Las instalaciones nunca llegaron a construirse y los terrenos acabaron siendo declarados reserva natural.

El éxito de las protestas de Wyhl difundió la problemática entre un público

más amplio e inspiró la creación de grupos de acción ciudadana dondequiera que se pusiera en marcha un proyecto nuclear o donde estuviera previsto trasladar residuos nucleares. Esta vinculación entre la agenda antinuclear y el programa ecologista más amplio es el rasgo distintivo del enfoque alemán. El debate en torno a la energía nuclear genera mucha menos pasión en Francia, el Reino Unido o Estados Unidos. De hecho, en opinión de mucha gente, el armamento nuclear disuasorio francés y británico es lo que permite que ambos países se sigan considerando potencias mundiales. Los asientos que ocupan en el Consejo de Seguridad de la ONU (justificados tal vez en 1945, pero absurdamente anacrónicos setenta y cinco años más tarde) se explican en gran parte por su nuclearización. La preocupación de los alemanes por la guerra nuclear y la energía atómica es muy anterior al debate sobre el cambio climático. Ahora ambas cuestiones van de la mano: una doble dosis de angustia existencial.

A principios del verano de 2019, paseando por Mönchengladbach, al pasar frente a una escuela camino de su museo de arte contemporáneo tuve un sobresalto al oír un zumbido atronador que casi me hizo trastabillar. Le pregunté qué era a una viandante. Es la sirena nuclear, me dijo sin darle mayor importancia. Al parecer, la prueban un sábado al mes. Aquí se toman muy en serio las alertas frente a un incidente nuclear. «Cierre bien todas las ventanas y las puertas, desconecte todos los aparatos de calefacción y aire acondicionado. Tómese las pastillas de yodo. Diríjase rápidamente a un sótano u otro lugar protegido donde pueda recibir adecuadamente la señal de radio».[218] Estas recomendaciones figuran en el folleto de instrucciones de las autoridades municipales, publicado en octubre de 2018. Ocupa veintidós páginas y se puede obtener en formato virtual o impreso. En toda esta región, los habitantes de los centros de población próximos a la frontera belga realizan simulacros y tienen siempre a punto una reserva de agua embotellada y alimentos no perecederos. Algunos tienen trajes protectores en el armario o debajo de las camas.

A unos ciento diez kilómetros de allí en dirección suroeste, en la pequeña ciudad belga de Huy, se encuentra la central nuclear de Tihange, una enorme estructura que ha estado dando sustos a los residentes desde hace años. En 2012, un examen con ultrasonidos de los recipientes de presión de Tihange y Doel, otra central belga situada un poco más lejos, en las proximidades de Amberes, revelaron unas misteriosas grietas en la cara interior de las paredes de acero. En marzo de 2018 se clausuró un reactor en cada una de las centrales. Los recipientes de presión son componentes esenciales de una central de generación de energía nuclear; consisten básicamente en unas cápsulas de acero que contienen las barras de combustible y en cuyo interior tiene lugar la reacción

nuclear en cadena. Las pruebas habían revelado que el número de grietas había aumentado hasta dieciséis mil. Si uno de los recipientes se rompiera, el resultado sería un vertido nuclear. En un plazo de pocas horas tras un accidente de este tipo, los vientos del oeste dominantes podrían empujar la nube radiactiva hasta los Países Bajos y Alemania.

Los habitantes de la región pensaban que no se permitiría que el reactor dañado de Tihange volviera a entrar en funcionamiento. Sin embargo, la Agencia Federal de Control Nuclear belga (FANC) revocó su decisión y en noviembre de 2015 autorizó a la operadora responsable de la central la entrada en funcionamiento de Tihange 2 pese a los recelos. La FANC y la operadora Electrabel habían encontrado otra explicación del origen de las grietas. La empresa anunció que nuevas inspecciones habían revelado que estas habían existido siempre y no eran consecuencia del funcionamiento de la central. En palabras de la empresa, eran «láminas de hidrógeno generadas durante el proceso de forjado».[219] Su número creciente se explicaba, según rezaba el comunicado, por la mayor sensibilidad de los instrumentos de pruebas, que se habían perfeccionado con los años. La FANC insistió en que la integridad estructural de los recipientes en cuestión era solo «ligeramente más reducida» y seguía superando en un 50 por ciento los límites que establecía la ley. No tomó en consideración que Tihange ya tenía más de cuarenta años y había sido construida para un periodo de vida de solo treinta.

El Gobierno belga, que depende de las centrales nucleares para cubrir la mitad de las necesidades de electricidad del país, ha prometido desnuclearizarse para 2025. Los residentes locales de Mönchengladbach temen que no transcurrirá tanto tiempo antes de que se produzca un accidente. No confían en la administración belga. La región ha llegado a ser la sede de uno de los movimientos antinucleares más fuertes. El lema «Stop Tihange», en letras negras sobre fondo amarillo, puede verse por todas partes: en adhesivos sobre los coches, en pancartas colgadas en las ventanas de los edificios de apartamentos. Aquisgrán, la hermosa ciudad catedralicia, se encuentra a solo sesenta y cuatro kilómetros del reactor. La opinión pública belga está dividida. Igual que ocurre en Francia, muchos votantes consideran importante la energía nuclear, que ven como una tecnología más limpia, e insisten en que los alemanes y los neerlandeses sacan partido político al poner en entredicho su seguridad. Pero la hostilidad contra la instalación ha ido en aumento. Un informe del Comité de Seguridad neerlandés daba a entender que todos los países que podrían verse potencialmente afectados no estaban coordinando sus respuestas ante un posible accidente. Y señalaba que esto provocaría «confusión e intranquilidad».[220] Los

alemanes se han esforzado por alcanzar una posición común. Merkel parece tener suficientes problemas en relación con la cohesión en el seno de la Unión Europea para enemistarse además con los belgas. El Gobierno regional alemán reclamó el cierre de Tihange antes de caer en la cuenta de que su fondo de pensiones tenía 23.000 millones de euros invertidos en bonos y certificados sobre índices de la compañía propietaria de la central. Enseguida se apresuró a vender todos esos activos.

Cuando los alemanes piensan en la energía nuclear, se acuerdan de Chernóbil y Fukushima. Ambos desastres parecen haberlos afectado psicológicamente de manera más profunda que en otros países; no hay que olvidar que la Alemania dividida estuvo en el epicentro de la guerra fría entre dos potencias nucleares. Y quizás también interviene una combinación de aversión general al riesgo, desconfianza de las grandes sociedades anónimas y también las lecciones de la historia. Las armas nucleares y la energía nuclear se ven como otra manifestación del peligro que supone conceder a los humanos un poder ilimitado para causar terribles daños.

El primer accidente nuclear que tuvo un impacto sobre la población alemana ocurrió en el otro lado del mundo. Cuando en 1979 el núcleo de un reactor sufrió una fusión parcial en Three Mile Island, cerca de Harrisburg, en el estado de Pensilvania, unas 120.000 personas se manifestaron en Bonn frente a los edificios del Gobierno. No obstante, a pesar del número de personas implicadas y a la victoria inicial conseguida en Wyhl, las protestas no siempre han logrado su objetivo. Las empresas energéticas han intensificado su presión sobre los Gobiernos en el curso de los años y Alemania ha construido hasta la fecha diecisiete centrales nucleares. Los enfrentamientos más violentos registrados en las protestas contra su construcción tuvieron lugar en el extremo de la costa noroccidental del país. En febrero de 1981, unas cien mil personas participaron en un choque contra la policía en Brokdorf, al noroeste de Hamburgo. Para hacerles frente se movilizaron más de diez mil policías, en la mayor operación policial organizada hasta el momento en toda la historia de la Alemania occidental. Hubo muchas docenas de heridos por ambas partes, pero la construcción de la planta siguió finalmente adelante a pesar de todo al cabo de cinco años.

El desastre de Chernóbil de 1986 lo cambió todo. Toda Europa entró en pánico y especialmente Alemania, que se encontraba directamente en la trayectoria de la nube radiactiva que avanzaba desde el este. En aquel momento, yo estaba destinado en Moscú. Durante días, los ciudadanos soviéticos no tuvieron idea de lo ocurrido. Recuerdo que aproximadamente un mes después del

accidente aterricé en Milán y tuve un sobresalto al ver que nos hacían abandonar el avión de uno en uno en un rincón alejado del aeropuerto, donde hombres vestidos con trajes protectores nos examinaron con contadores Geiger. Mientras la nube radiactiva iba avanzando sobre el continente, los alemanes hicieron grandes esfuerzos para luchar contra la contaminación. Las regiones, ciudades y pueblos elaboraron planes de emergencia. Se incineraron las cosechas; bomberos equipados con trajes protectores descontaminaban los vehículos procedentes de otros países al cruzar la frontera; se cambió la arena del rincón de juegos en los patios de las escuelas. En el aspecto político, a partir de aquel momento la construcción de nuevas instalaciones nucleares se convirtió en una empresa prácticamente imposible.

Chernóbil dio un fuerte impulso al movimiento verde alemán. El partido de Los Verdes se había creado en 1980 en una asamblea que reunió a unos doscientos cincuenta grupos de acción ciudadana en la ciudad de Karlsruhe. Esa variopinta agrupación de ecologistas, feministas, estudiantes y redes contraculturales aprobó un programa que propugnaba la disolución del Pacto de Varsovia y también de la OTAN, la desmilitarización de Europa y el fraccionamiento de las grandes empresas económicas en unidades de menor tamaño. Querían ser un partido «antipartidos», que rechazaba las estructuras tradicionales. Con el fin de promover la igualdad y una estructura horizontal de poder, los representantes elegidos para ocupar un escaño en las asambleas regionales o federales estaban obligados a dimitir a mitad de mandato para ceder el puesto a quien ocupaba el siguiente lugar en la lista. Esta política se abandonaría más adelante. La igualdad de género se impuso rigurosamente, con un 50 por ciento de mujeres en los puestos directivos, y esta norma se mantiene. El número de afiliados fue creciendo de manera continuada. El partido se configuró como una formación híbrida que agrupaba a dos sectores diferenciados: urbanitas radicales y estudiantes, y residentes rurales más conservadores. Los unía su distanciamiento del capitalismo industrial y su aspiración a un estilo de vida menos acelerado y más tradicional. En aquel momento todavía se consideraba un movimiento marginal. Su irrupción en la política tendría lugar poco después, pero ya entonces estaba claro que en Alemania se estaba cociendo algo que era difícil de apreciar en la mayoría de otros países.

El tiempo que pasé allí a mediados de los años ochenta fue la primera ocasión en que me veía expuesto a algún tipo de debate serio sobre el medio ambiente. Me resultó inspirador, pero también molesto. Alemania incorporó pronto el reciclaje de residuos, pero a menudo la vigilancia de su cumplimiento

parecía una excusa para la intromisión y la imposición de normas irrelevantes. Una vez, llamaron al timbre y al abrir la puerta me encontré con un barrendero equipado con un par de guantes gruesos que me impartió un severo rapapolvo por no haber separado correctamente el vidrio, el plástico y el papel. En el Reino Unido no se reciclaba nada en aquella época y no entendí por qué el hombre estaba tan alterado. Me pareció una versión a gran escala del Estado-niñera, además de una hipocresía. ¿Cómo compaginaban sus credenciales ambientalistas con una de las culturas más fervorosamente devotas del automóvil en el mundo entero?

Y esta pregunta me lleva de Mönchengladbach a Múnich. La mayoría de la gente de mi edad recuerda los anuncios de Audi en la televisión de los años ochenta que acababan con la frase: *Vorsprung durch Technik,* «Adelantados gracias a la técnica». Pero el lema que mejor describe el amor de los alemanes por sus coches no es el de Audi sino sobre todo el de *Freude am Fahren*, «El placer de conducir». Para entenderlo, hay que visitar uno de los templos del automóvil, BMW World, en la zona exterior del Parque Olímpico de Múnich. Es el destino turístico más visitado de Baviera y uno de los más populares del país. Inaugurado en 2007 (con un año de retraso, lo cual le impidió coincidir con la Copa del Mundo de fútbol), es en parte un museo, en parte un parque temático y en parte también un espacio de exposición, repleto de eslóganes escalofriantes como: «Esto es el mañana. Ya aquí». Lo visité un caluroso día de verano, rodeado de emocionadas familias alemanas y grupos de visitantes chinos y emiratíes. Admiraban boquiabiertos los diferentes modelos, deslizando los dedos sobre el esmaltado; se montaban en las motos que se exhibían en el exterior. Compraban recuerdos en la tienda, pero la verdadera actividad comercial se desarrollaba en las salas de reuniones de la segunda planta donde los compradores potenciales (el equipo de ventas sabe distinguir a los visitantes con intenciones serias de los oportunistas) pasan revista a su vehículo soñado y los detalles que incluye. La operación puede cerrarse en el acto allí mismo.

A una cierta distancia de allí, en el distrito de Zuffenhausen, al norte de Stuttgart, la sede central de Porsche es casi igualmente popular. Aquí, junto a su museo particular con su pared táctil y pantallas de realidad virtual, también es posible comprar un coche. Pero es preciso esperar para recibirlo ya que los Porsche solo se fabrican a demanda. Pese al rápido crecimiento de la empresa, la demanda ha superado a la oferta. Cuando se anunció el nuevo Taycan eléctrico en 2015, ya había una larga lista de espera para un coche que cuesta más de cien mil euros. Los empleados de la empresa pueden obtener los vehículos con un

contrato de arrendamiento con cuotas muy rebajadas que se descuentan directamente de su salario. En la industria automovilística alemana no se escatiman esfuerzos para retener a los mejores ingenieros.

Andreas Kraemer, fundador del Instituto Ecológico de Berlín, me explicó la obsesión de Alemania con los automóviles. Empezó por rememorar su historia. En 1876, un ingeniero llamado Nikolaus Otto inventó una nueva generación de motores de combustión interna, los precursores de la versión moderna alimentada con gasolina. Colaboró con el diseñador Gottlieb Daimler, pero luego se separaron y se convirtieron en fervientes competidores; a partir de ahí se desarrolla la historia de la industria automovilística alemana. Diecisiete años después, el ingeniero alemán Rudolf Diesel presentó el prototipo de un tipo distinto de motor con un consumo de combustible más eficiente, que luego se conocería por su nombre durante más de un siglo y actualmente es objeto de tan gran oprobio. Según Kraemer, el mejor lugar para entender la psicología del automóvil como símbolo de estatus es el aparcamiento de las empresas. «En muchas profesiones, la gente piensa: "Si no acudo al trabajo en un BMW del último modelo no me tomarán en serio". El coche establece un orden jerárquico. También denota solidez, respetabilidad. Con él un médico les está diciendo a sus pacientes o un ingeniero a sus socios: "Pueden confiar en mí, conduzco un Mercedes" —me dijo Kraemer—. El coche ha representado durante décadas un ritual de paso. Significa libertad. Es un motivo de orgullo».

Más de la mitad de las familias alemanas son socias de ADAC, el club del automóvil. Su revista, reservada a los suscriptores, tiene una tirada de once millones de ejemplares, lo que la convierte en la publicación de mayor circulación del país con mucha diferencia. Un coche solía ser el regalo habitual que recibían los jóvenes al alcanzar la mayoría de edad a los dieciocho años o tras aprobar los exámenes finales del bachillerato, la *Abitur*. Pasaban el examen de conducir a los diecisiete, anticipando ese momento. Ahora esta costumbre está cambiando. Kraemer dice que sus hijas y sus amigas preferirían recibir un ordenador o un viaje al extranjero. Pero el cambio se reduce a las grandes zonas metropolitanas. En Berlín es tan estresante, lento y costoso desplazarse en coche como en Nueva York, París o Londres. Sin embargo, en las ciudades pequeñas y los pueblos nada ha cambiado.

En la *Autobahn*, la autovía, es donde se olvidan las normas, a menudo agobiantes, que suelen regir en Alemania. Los doce mil kilómetros de vías rápidas asfaltadas ofrecen a muchas personas, sobre todo de las generaciones mayores, una libertad de la cual sienten que no pueden disfrutar en otros contextos. Los sucesivos intentos de imponer un límite de velocidad han sido rechazados hasta

la fecha. En las zonas urbanas existen restricciones específicas, para mitigar el ruido y por razones de seguridad, pero estas abarcan menos del 30 por ciento de la red. Donde las hay, se ha reducido un 25 por ciento la tasa de accidentes mortales. «Entre todas las medidas concretas, esta es la que tendría un mayor impacto medioambiental. Y su coste es nulo —dice Dorothee Saar, de Deutsche Umwelthilfe, una organización de defensa del medio ambiente sin ánimo de lucro —. Pero cuando se trata del coche, el debate tiende a la irracionalidad».[221] Michael Cramer, un eurodiputado de Los Verdes con una larga trayectoria, estableció una comparación que también he escuchado en boca de otros, sobre todo entre los jóvenes: «En el caso de los estadounidenses es el rifle, el *lobby* de las armas de fuego. En el caso de los alemanes es el pedal del acelerador, el *lobby* del automóvil».[222]

Los jefes de empresa, políticos y economistas alemanes coinciden todos en que si la industria del automóvil se viene abajo, la economía alemana seguirá el mismo camino. El sector del automóvil se considera el barómetro de la salud económica del país, mucho más de lo que lo son los servicios financieros en el caso de Estados Unidos y el Reino Unido. Solo desde esta perspectiva es posible empezar a comprender la controversia en torno a la actuación de Volkswagen. «Las compañías automovilísticas creían que el Gobierno dependía de ellas y no a la inversa. Las rodeaba una aureola de invencibilidad», declaró Stefan Mair, de la BDI, la federación empresarial. Una gran parte del mundo empresarial y político alemán y también muchos consumidores siguen rechazando las acusaciones contra Volkswagen. Sin la intervención estadounidense, es posible que el escándalo de las emisiones ni siquiera hubiera salido a la luz. En septiembre de 2015, la Agencia de Protección del Medio Ambiente estadounidense descubrió que algunos coches con motores diésel habían sido manipulados para que sus controles de emisiones funcionasen solo durante las pruebas de laboratorio. Una vez que llegaban al mercado, el programa de control dejaba de funcionar, de manera que los niveles de emisiones de óxido de nitrógeno contaminantes podían superar los límites establecidos en la normativa estadounidense. A lo largo de seis años, se habían vendido en el mercado global unos once millones de coches equipados con este *software* destinado a alterar los resultados de los controles técnicos.[223]

El director ejecutivo de Volkswagen, Martin Winterkorn, dimitió. Fue acusado de fraude y conspiración para defraudar en Estados Unidos, pero es poco probable que llegue a ser juzgado allí. Los fiscales alemanes acabaron imputándolo junto con Rupert Stadler, presidente de la compañía hermana Audi. Winterkorn, su sucesor en el cargo y el presidente de la compañía fueron

acusados luego de manipulación del mercado bursátil por no haber comunicado el escándalo. La fiscalía alega que Winterkorn estaba al corriente del engaño al menos un año antes de que quedara al descubierto. Su defensa insiste en que, si bien es posible que recibiera algún mensaje electrónico significativo, cabe la posibilidad de que no los leyera. Hasta el momento, Volkswagen ha pagado 30.000 millones de euros en multas y costes procesales en diversos lugares del mundo.[224] En septiembre de 2019, tuvo que responder a un enorme desafío judicial. Por primera vez, el sistema judicial alemán siguió el camino estadounidense de las acciones colectivas. En una denuncia encabezada por la Federación de Organizaciones de Consumidores Alemanas (VZBV), decenas de miles de consumidores demandaron a la empresa por venta abusiva. Volkswagen se ha negado a pagar la corrección de la tecnología fraudulenta en los vehículos trucados y el Gobierno está asumiendo ahora este coste. Un escándalo de estas dimensiones habría acabado con muchas empresas. Volkswagen y sus filiales han sufrido, pero no demasiado.

Lo que más perjudicó a las futuras expectativas de la industria automovilística alemana fue su complacencia. Dio por sentado que siempre seguiría liderando el sector a escala mundial y se olvidó de prestar atención a la competencia. La investigación y desarrollo de vehículos híbridos y eléctricos fue avanzando a buen ritmo en Estados Unidos y en Asia mientras Volkswagen, Mercedes, BMW y Audi dormían. Al cabo de una década, las marcas alemanas comienzan a situarse en el mercado de las nuevas tecnologías, pero es una carrera cuesta arriba. Tesla, la compañía estadounidense rebelde que apunta a un mercado selecto, no está reparando en gastos para construir una «gigafábrica» al este de Berlín. El proyecto ha dividido a la opinión pública. Sus defensores destacan la creación de doce mil puestos de trabajo y la producción de cincuenta mil automóviles equipados con la tecnología verde más avanzada. Sus detractores protestan por la tala de una enorme superficie forestal y otros daños medioambientales. La idea de que desde Estados Unidos se produzca una nueva generación de automóviles en el corazón de Alemania resulta dolorosa para algunos. Pero sus coches están teniendo buena acogida entre los consumidores alemanes.

La calidad del aire en docenas de zonas urbanas es tan mala que los tribunales han empezado a imponer restricciones temporales a los vehículos con motores diésel. La ciudad más afectada es Stuttgart, la meca del automóvil. En 2004, los ciudadanos emprendieron acciones legales para reclamar indemnizaciones por los daños sufridos. El Gobierno regional prohibió la circulación de camiones por el centro de la ciudad, pero sin grandes resultados.

Hubo nuevas denuncias sin que se hiciera gran cosa. La opinión pública estaba dividida. El número de personas indignadas por la posibilidad de que se prohibieran los vehículos con motores diésel era equivalente al de aquellas preocupadas por la calidad del aire. En 2013, Stuttgart eligió a un alcalde de Los Verdes que empezó a tomar medidas y estableció una «alerta asociada al nivel de partículas finas». Los días en que la contaminación supera los límites fijados por la Unión Europea, se insta a los residentes a no encender las chimeneas y estufas de leña y usar el transporte público. Como incentivo, el precio de los billetes se reduce a la mitad. Una vez más, las medidas parecen haberse quedado cortas. En 2018, Stuttgart superó los niveles diarios de PM_{10} autorizados por la Unión Europea en un total de sesenta y tres días, casi el doble de los treinta y cinco permitidos.[225] Se trata de un caso excepcional: una ciudad situada en una hondonada rodeada de montañas por tres lados y sin una carretera de circunvalación que alivie el tráfico; pero otras ciudades de Alemania también han vivido problemas parecidos y no le van demasiado a la zaga. Ahora, en las grandes ciudades, no es raro que los propietarios de utilitarios deportivos y otros grandes consumidores de gasolina encuentren notas sobre el parabrisas con mensajes como «Tu coche es demasiado grande» o «¿Tu ego necesita un coche tan aparatoso?».

El medio ambiente siempre ha sido un asunto político importante en Alemania. Ahora ocupa la primera línea en su guerra cultural.

El movimiento Fridays For Future comenzó a animar a los jóvenes a actuar pocos días después de que Greta Thunberg iniciara su huelga escolar en Suecia en agosto de 2018. Su rama alemana es una de las más activas y organiza manifestaciones periódicas en todas las principales ciudades. En noviembre de 2019, en medio del frenesí consumista del Black Friday, centenares de miles de manifestantes participaron en las protestas en más de quinientas ciudades alemanas, grandes y pequeñas. Thunberg visita el país con frecuencia y no se limita a hablar en las concentraciones sino que también participa en acciones directas, como la que tuvo lugar en Hambach, al oeste de Colonia, para evitar la destrucción de una antigua zona forestal. Dondequiera que va es acogida con adoración por las masas, pero Alemania también cuenta con su propia estrella del activismo, una joven de veintitrés años con muchas tablas llamada Luisa Neubauer. Su influencia ha llegado a ser tan grande que, en enero de 2020, Joe Kaeser, el presidente de Siemens, la invitó públicamente a participar en un nuevo consejo de sostenibilidad que la multinacional se disponía a crear. Ella rechazó la invitación, también de manera pública, recordando que Siemens acababa de decidir su participación en uno de los mayores proyectos de extracción de

carbón, en Australia, donde los incendios forestales causados por el cambio climático estaban devastando gran parte del país. Y en cualquier caso, no quería condicionar su mensaje. La Alemania empresarial se ha apresurado a subirse al carro, deseosa de exhibir sus recién descubiertas credenciales verdes. Cuando Thunberg hizo llegar a sus cinco millones de seguidores, a través de un tuit, una fotografía donde aparecía sentada en el pasillo de un tren alemán atestado durante su trayecto de treinta horas de regreso desde Madrid, donde había asistido a una conferencia de las Naciones Unidas sobre el cambio climático, hasta su casa en Suecia, Deutsche Bahn entró en acción de inmediato para subrayar que le había ofrecido un asiento de primera clase. El servicio de ferrocarriles alemán destaca el incremento continuado del número de pasajeros, que atribuye en gran parte a las protestas contra el cambio climático. En 2019 se realizaron un total de 150 millones de viajes; un incremento del 25 por ciento en un lapso de cuatro años que aumenta la presión sobre un sistema que ya chirría. Mientras tanto, los viajes interiores en avión se han reducido un 12 por ciento. [226]

En Alemania, las concentraciones de Fridays for Future son apasionadas pero ordenadas. Las autoridades locales que simpatizan con la protesta colaboran aportando tarimas y sistemas de sonido. Los progenitores firman autorizaciones para que sus hijos puedan asistir a las convocatorias, a las cuales se suman enseñantes, artistas y científicos. La primera de esas protestas tuvo lugar en el Invalidenpark berlinés, un espacio cargado de historia. El parque servía a menudo como acuartelamiento de la policía de la Alemania oriental, la VoPo, que custodiaba el Muro de Berlín. Allí tienen su sede los ministerios del Clima y de Transportes, junto con varios centros de estudios económicos y de investigaciones científicas. «Aquí reside el centro de pensamiento de Berlín», me dijo Johannes Vogel, director del Museo de Historia Natural. Y añadió sonriendo que muy cerca de allí también se encuentra el centro de formación y vigilancia del BND, el servicio de inteligencia exterior. Vogel está orgulloso de la participación de su institución en el movimiento a favor del clima. Después de cada concentración organiza un debate con la participación de Fridays For Future junto a Scientists for Future (Científicos a favor del Futuro). «Los jóvenes se han reunido con científicos y en cada ocasión han mantenido intensos debates durante cuatro horas». También se aseguró de que los activistas pudieran celebrar una conferencia de prensa en el museo con asistencia de los medios internacionales, que luego ocupó el primer lugar en los noticiarios televisivos de la noche. «Este es ahora un espacio de celebración de una revolución», señaló.

Paralelamente a Fridays For Future, acaba de surgir Fridays for Hubraum

(Viernes a favor de la Cilindrada), un grupo de Facebook iniciado por un mecánico llamado Christopher Grau. Este «adicto a la gasolina», como él mismo se describe, publicó un vídeo donde daba rienda suelta a su frustración ante las protestas contra el cambio climático. La imagen estaba movida y el sonido era espantoso, pero aun así más de 150.000 personas visionaron su diatriba de una hora. Según la descripción del grupo, su propósito es «contrarrestar la manía climática rampante con un poco de humor». El grupo, cerrado, superó el medio millón de participantes en pocos días. Grau capitalizó su repentina celebridad ofreciendo una serie de entrevistas en los medios de comunicación. El grupo alega que la electrificación no es el buen camino y propugna, en cambio, el uso de combustibles alternativos, como el hidrógeno o el biodiésel. Insisten en que estos son más favorables para el clima y se pueden usar en motores de combustión. El contexto en el que se sustenta su popularidad es una mezcla de libertarismo («quitémonos de encima el Estado») y antimetropolitanismo. El taller de reparación de automóviles de Grau, «Beast Factory», está situado en las afueras de la pequeña población de Nordkirchen, a unos seis kilómetros de la estación de ferrocarril más próxima y con solo un servicio de autobús poco fiable operado por voluntarios. Se encuentra a una cierta distancia de Dortmund en dirección sur y de Münster hacia el norte, o sea, cerca de ningún lugar destacable. «Aquí necesitas un coche o no puedes moverte». Grau dice que las restricciones impuestas a los automóviles atentan contra el modo de vida de su comunidad. Niega ser un negacionista del cambio climático o que la AfD se haya infiltrado en su grupo. Si bien, aunque él no lo haya buscado, desde luego lo han adoptado.

Su iniciativa tal vez sea relativamente inofensiva, pero otras no lo son. Thunberg, Neubauer y otros activistas medioambientales son objeto de incesantes ataques e insultos en las redes sociales. La AfD da por sentado que el clima es, después de la inmigración y el euro, el tercer tema que más preocupa a sus bases. Un documento interno del partido señalaba que cada vez que los ambientalistas metropolitanos se manifiesten en favor de algo, «la AfD tiene que oponerse automáticamente y viceversa».[227]

Ahora los negacionistas han encontrado su propia portavoz juvenil. Se llama Naomi Seibt, y es una joven de diecinueve años de Münster que se convirtió en la favorita de las instituciones de derechas estadounidenses, alemanas y de todas partes después de presentar un vídeo en YouTube donde expresaba su oposición al socialismo, el feminismo y la «histeria en torno al cambio climático». En febrero de 2020, un laboratorio de ideas estadounidense de derechas llamado Heartland Institute la invitó a intervenir como oradora en el Congreso de Acción

Política Conservadora celebrado en Maryland, que contó con la asistencia de nada menos que Donald Trump y el vicepresidente Mike Pence. En Estados Unidos, igual que en Alemania, el *lobby* a favor de los combustibles fósiles y la derecha alternativa han encontrado una causa común.

La ciudad de Cottbus, en el extremo oriental de Alemania, cuenta con un pintoresco barrio antiguo y una impresionante galería de arte con un dinámico director. Fuera de esto, no parece tener gran cosa a su favor. La edificación por la que probablemente es más famosa está situada en las afueras de la ciudad, cerca de la frontera polaca. Sus efectos se pueden ver desde todas partes: una densa nube blanca suspendida en el cielo. Es Jänschwalde, una central termoeléctrica alimentada con lignito. Según algunas estimaciones, esta planta ocupa el cuarto lugar entre los mayores emisores de dióxido de carbono de Europa.[228] Además, según otro informe, cuatro de las cinco centrales más contaminantes de Europa se encuentran en Alemania. Los argumentos medioambientales a favor del cierre de la central de Jänschwalde son indiscutibles, pero luego intervienen los intereses políticos. A poca distancia de allí se encuentra la planta de energía solar Lieberose, una de las mayores de Alemania. Inaugurada hace diez años, ocupa una superficie equivalente a más de veinte campos de fútbol. Produce suficiente electricidad limpia para cubrir las necesidades de una pequeña ciudad con quince mil hogares. Dispone de una licencia para seguir funcionando durante otros diez años, tras lo cual se prevé su desmantelamiento para dejar que los prados ocupen el terreno. Su construcción se financió con una astuta combinación de inversiones públicas y privadas. Hasta aquí, todo muy verde y virtuoso. El problema es que toda la central puede funcionar con apenas una docena de trabajadores o poco más. En cambio, más de ocho mil puestos de trabajo dependen de Jänschwalde.

Alemania (o más bien la Alemania occidental) comenzó a reducir la dependencia del carbón en la década de 1970, pero no la habrá eliminado por completo hasta 2038. Hay tres grandes zonas de minas de lignito: Lausitz, donde se encuentra Cottbus; la región de Harz, en el centro del país; y la zona altamente industrializada del Ruhr, en el oeste. Son regiones pobres y políticamente inflamables. Sin las ayudas estatales, todas las minas quebrarían entre los próximos cinco y diez años, pero su supervivencia se ha prolongado para salvar puestos de trabajo en unas zonas donde resulta difícil encontrar un empleo atractivo. Es una historia habitual en todo el mundo. Trabajos de verdad para hombres de verdad. Cuando cerró una conocida cadena de farmacias alemanas y dejó sin empleo a decenas de miles de personas, sobre todo mujeres, apenas se escuchó algún murmullo entre la clase política o los medios de comunicación.

A pesar de las muy proclamadas reformas alemanas en el sector de la

energía, ahora ya es seguro que el país no alcanzará su objetivo central: una reducción del 40 por ciento en las emisiones globales de CO_2 con respecto a los niveles de 1990 antes de 2030. Berlín ha descartado prácticamente esa meta inicial. Ahora el Gobierno se conformaría con una reducción del 30 por ciento. Las emisiones de carbono no se han reducido en los últimos diez años; las emisiones del transporte no han disminuido desde 1990. Alemania sigue siendo el sexto mayor emisor de CO_2, responsable de aproximadamente un 2 por ciento del total mundial. «Tenemos que hacer un balance muy realista. Y lo cierto es que hemos perdido toda una década»,[229] dice Ottmar Edenhofer, director del Instituto de Investigación sobre el Impacto Climático de Potsdam. Incluso Estados Unidos, donde supuestamente tragan gasolina a espuertas, ha reducido sus emisiones en un porcentaje superior a Alemania en los últimos años.[230]

La política populista y la ciencia avanzan a la par. Alemania cuenta con algunos de los centros de estudios medioambientales más antiguos y más respetados del mundo. Actualmente, más de un millar de investigadores —más que en ningún otro país— trabajan en el estudio del medio ambiente y el clima en centros no gubernamentales, y en las universidades se encuentra un número equivalente. La primera organización especializada, el Instituto de Ecología Aplicada o Öko-Institut, nació en la ciudad suroccidental de Friburgo a partir del movimiento antinuclear, ya en 1977. Al cabo de tres años publicó un texto muy avanzado a su tiempo, *Energie-Wende, Wachstum und Wohlstand ohne Erdöl und Uran* (El cambio energético. Crecimiento y prosperidad sin petróleo ni uranio). La palabra *Wende* (cambio) también se utilizaría luego para designar el periodo de la reunificación, un momento de cambios significativos en el que fue preciso asumir riesgos.

¿Qué ha ocurrido entonces? ¿Merkel no recibió acaso el apodo de «canciller del clima»? ¿Alemania no fue uno de los países que situaron al partido de Los Verdes en el Gobierno? ¿Y no fue también uno de los primeros en adoptar políticas verdes y promover las energías renovables, el reciclaje, el uso de la bicicleta y todos los productos ecológicos?

Parte de lo ocurrido se explica por la ausencia de una amenaza inminente y tangible. Durante años, los efectos del cambio climático no fueron el problema principal en Alemania. El peligro más inmediato era la subida del nivel del mar, pero incluso esta afectaba más a los países vecinos del norte y el oeste, como Dinamarca y los Países Bajos. El problema era sobre todo político. Merkel ha topado con la resistencia de varias fuerzas contrarias: el *lobby* nuclear, el *lobby* del automóvil y el *lobby* del carbón. La reunificación estableció un nuevo orden de prioridades que retrasó el proyecto. Las políticas y la economía de la zona

oriental reorientaron la atención pública hacia el mantenimiento de los puestos de trabajo y la estabilidad social, prácticamente a cualquier coste. Mientras tanto, el socio de coalición de la canciller, el SPD, estaba dividido entre la necesidad de conservar su base de electores de clase trabajadora y la de no alienar a sus votantes más urbanos y más jóvenes.

Alemania es un país pobre en energía y densamente poblado. A diferencia del Reino Unido o Francia, o España, Portugal o los Países Bajos, no pudo contar en el pasado con el suministro ilimitado de recursos procedentes de las colonias. Antes de la guerra, el carbón era la única reserva estratégica a su disposición. Un tesoro natural, fuente de la grandeza del país. A partir de 1945, los estadounidenses se aseguraron de promover la dependencia alemana de suministros de petróleo y gas llegados a través de corredores marítimos fuera de su control. Quedó supeditada a la alianza occidental. La seguridad energética es esencial para todos los países. Un pueblo que en el plazo de un siglo había vivido dos episodios de destrucción y castigo se especializó en el cultivo de aquello que poseía.

En 2000, Alemania fue la primera gran economía que apostó a fondo por la energía eólica y solar con la aprobación de una ley, muy imitada luego, que ofrecía una tarifa elevada garantizada para las energías renovables. Más que dar respuesta al cambio climático, la legislación tenía sobre todo como finalidad desprenderse del maleficio de la energía nuclear. Pasados dos años, tras unas largas negociaciones con las operadoras de las centrales, entró en vigor la «Ley sobre el Abandono Gradual Estructurado del Uso de la Energía Nuclear para la Generación Comercial de Electricidad». Esta preveía el cierre de todas las instalaciones nucleares para 2021 aproximadamente; varias cerraron antes, coincidiendo más o menos con su esperanza de vida operativa y atendiendo a su historial en materia de seguridad.[231] En 2005, las energías renovables representaban apenas un 10 por ciento de la producción de electricidad.[232] Los inversores se apresuraron a construir parques eólicos terrestres y marítimos. Se pusieron en marcha más de un millón y medio de instalaciones solares. Fue un periodo de considerable optimismo, que en parte se ha demostrado justificado. La parte de las renovables en la producción total de electricidad ha ido aumentando de manera sostenida y ahora representa más del 40 por ciento, una de las proporciones más elevadas del mundo. El objetivo es elevarla hasta el 65 por ciento antes de 2030 y llegar al 80 por ciento para 2050. El programa cuesta dinero. Cada año se destinan unos 25.000 millones de euros a subvencionar las energías renovables, si bien la mayor parte procede de tasas adicionales que pagan los consumidores.[233]

El sector eólico emplea por sí solo a unas 160.000 personas. Ocho veces más que el sector del carbón, aunque a partir de las declaraciones de los políticos nadie lo diría, dada la percepción de que el carbón es un elemento intrínseco de la identidad alemana. El *boom* de las renovables coincidió con otras presiones. A mediados de la década de 2000, cuando Putin empezaba a volverse contra Occidente, el Gobierno alemán comenzó a preguntarse si podía seguir confiando con tranquilidad en el gas y la electricidad rusos. La energía solar y la eólica no podían colmar la brecha y se empezó a cuestionar si era prudente abandonar la energía nuclear. En 2008, *Der Spiegel* proclamó en portada: «Energía nuclear. Un retorno que aterra».[234] A finales de 2010, Merkel y sus socios de coalición, el centrista FDP, pusieron de improviso sobre la mesa una propuesta legislativa destinada a ampliar las condiciones de funcionamiento de las centrales nucleares todavía operativas. Este golpe de mano ha pasado a formar parte del acervo popular del ecologismo como la gran traición, la gran emboscada. Aumentaron las protestas y las demandas judiciales. Se presentó un recurso de inconstitucionalidad contra la ley, que los ministros habían presentado al Bundestag por el procedimiento de urgencia, sin consultarla previamente a los estados federados. Los Verdes vieron crecer su popularidad y se situaron en cabeza de los sondeos de opinión, con un 30 por ciento del voto popular, un récord mundial sin precedentes. Tres cuartas partes de los votantes encuestados se declararon contrarios a la energía nuclear. Hasta los expertos del Gobierno condenaron su actuación.

Luego se produjo el accidente de Fukushima. El desastre nuclear ocurrido en Japón brindó a Merkel una oportunidad para salvar la cara. Tres meses después se aprobó una nueva ley que ponía fecha al abandono de la energía nuclear: el año 2021. La hostilidad que suscitaba estaba tan profundamente enraizada y la reacción política había sido tan intensa que Merkel no tenía alternativa. Cabe argumentar que, desde el punto de vista del cambio climático, empezar por ahí no era lo más acertado. Alemania debería haber eliminado primero el uso del carbón y otras fuentes de energía intensivas en emisiones de CO_2. Los países que actualmente van por delante de Alemania en la reducción de emisiones —el Reino Unido, Francia y Suecia— incluyen un componente nuclear entre sus fuentes de energía. La canciller presentó ese giro de ciento ochenta grados como un gesto radical, pero lo hizo obligada.

Según los activistas verdes, queda una importante tarea pendiente: Tihange y las otras centrales próximas. Mientras Alemania avanza hacia un futuro no nuclear, en el conjunto de la Unión Europea alrededor del 30 por ciento de la energía es de origen nuclear, con un total de ciento treinta centrales instaladas en

catorce países. Los Estados miembros fundadores de la Comunidad Económica Europea suscribieron en 1957 el Tratado Euratom, por el que Europa se compromete a desarrollar la energía nuclear con fines pacíficos. Su objetivo es «promover la cooperación» y garantizar unos niveles de seguridad compatibles. Euratom y otros acuerdos internacionales también limitan la responsabilidad transfronteriza en el caso de un accidente nuclear. ¿Por qué no renunciar a esos tratados cuando la última central alemana quede cerrada en 2021?, se preguntan los activistas. ¿Qué motivo hay para que cualquier Gobierno alemán niegue a sus ciudadanos el derecho a reclamar compensación por los daños sufridos después de un accidente en Francia o Bélgica con el viento en su dirección? Y, sin embargo, abandonar un tratado europeo sería un acto muy poco alemán.

El verano de 2018 hizo patente por primera vez la magnitud de la crisis. Alemania sufrió temperaturas sofocantes, peligrosamente elevadas. Se perdieron cosechas. Se secaron los ríos. Durante la segunda mitad del año, el bajo nivel del agua obligó a suspender el transporte fluvial de mercancías por el Rin, algo que ni los más ancianos recuerdan. La paralización del tráfico fluvial afectó al corazón industrial del país. La planta siderúrgica gigante de ThyssenKrupp, que domina la zona del Ruhr, se vio obligada a reducir su producción. Las multinacionales del sector químico BASF y Bayer tuvieron que introducir sistemas de refrigeración de apoyo en sus industrias porque la reducción del cauce del río había provocado un calentamiento del agua. Ese mismo año, hubo incendios forestales de una intensidad jamás vista. Para muchos alemanes que hasta entonces se habían mostrado indiferentes al cambio climático, ver arder los bosques fue un detonante decisivo. Sería difícil exagerar la importancia de los bosques para la psique alemana. Desde las crónicas de Tácito sobre Germania y la victoria sobre los romanos en la batalla del bosque de Teutoburgo, hasta los hermanos Grimm, pasando por la poesía romántica de Von Eichendorff, que los describe como «una piadosa morada del alma», los bosques están considerados casi como una esfera primigenia.

Con la mirada puesta en su legado, Merkel comprendió que había llegado el momento de actuar. «No más paños calientes», dijo, dirigiéndose a su grupo parlamentario en junio de 2019. No podían seguir perdiendo el tiempo. Era una expresión curiosa para describir la inacción frente a la emergencia climática, la fusión del casquete polar ártico, los bosques en llamas, las inundaciones y las olas de calor o la contaminación letal del aire en su región natal. Parecía una crítica dirigida contra ella misma.

La Ley de Protección del Clima estaba pensada para dar lustre a las

credenciales verdes de la canciller. Como de costumbre, con el fin de llegar a un consenso, el Gobierno empezó por crear una comisión de investigación. Esta propuso el cierre de todas las centrales térmicas de carbón antes de 2038. Las mayores empresas energéticas estarían obligadas a cerrar el equivalente a veinte grandes centrales eléctricas antes de 2022. En 2030, la producción de carbón quedaría reducida a menos de la mitad. En septiembre de 2019, tras quince horas de negociaciones entre los socios de coalición, que se prolongaron hasta bien entrada la noche, Merkel anunció un paquete de medidas con un coste de 54.000 millones de euros. Las empresas productoras y comercializadoras de gasolina, carbón, gasóleo y otros combustibles análogos tendrían que adquirir certificados de emisiones como compensación por las emisiones de dióxido de carbono generadas por sus productos. Este sistema ya existe a escala de la Unión Europea, aunque solo para la industria pesada, la aviación y el sector energético. El carbón alemán pagaría, no obstante, una tasa significativamente más baja, de diez euros por tonelada en 2021, que se incrementaría progresivamente luego hasta alcanzar los treinta y cinco euros por tonelada en 2025. La CSU se opuso con éxito a una tasa inicial de veinte euros por tonelada. Otras medidas estaban encaminadas a fomentar la reducción de emisiones por parte de las empresas y los hogares privados: se abaratarían los billetes de tren mediante una reducción del IVA, a la vez que se gravarían con un tipo impositivo más alto los billetes de avión; a partir de 2026 quedaría prohibida la instalación de sistemas de calefacción de gasóleo en los edificios de nueva construcción; se incrementaría el impuesto de circulación para los vehículos más contaminantes mientras que los vehículos eléctricos tendrían un trato fiscal más favorable. Se preveía instalar un millón de puntos de recarga para los vehículos eléctricos hasta 2030. La repoblación forestal también constituía una parte importante del paquete. Cada sector de la economía estaría obligado por ley a velar por el cumplimiento de las disposiciones y los diferentes ministerios se encargarían de supervisar todo el proceso.

Este paquete de medidas es complejo, y la traducción de todas sus partes en forma de ley es incierta. Pero el Gobierno tenía un gran interés en maximizar su impacto. El acuerdo se anunció con una cierta solemnidad. La ministra de Medio Ambiente, Svenja Schulze, describió esas medidas como el «inicio de una nueva etapa en la política climática alemana».[235] Muchos lo consideraron una oportunidad perdida, sobre todo la tasa de diez euros para el carbón, tan baja que a su entender no modificaría el comportamiento de los consumidores. Los expertos han señalado otras deficiencias. Destacan que la subvención continuada del carbón ha generado un exceso de producción y la exportación de energía

barata a los países vecinos. Uno de los problemas de los que menos se ha hablado es el freno a la producción de energía eólica en las instalaciones costeras. En varias regiones, la población local ha impuesto un cambio de la normativa con el fin de garantizar que no se erijan turbinas a menos de un kilómetro de distancia de cualquier «asentamiento», un término deliberadamente ambiguo. Muchas turbinas de primera generación están alcanzando el fin de su vida útil y es posible que no se reemplacen. Ahora se pone el acento en las energías marinas renovables, cuyas instalaciones solo están al alcance de las empresas multinacionales.

En su mensaje de Año Nuevo de 2020, con la mirada puesta en su legado, Merkel se comprometió a otorgar la máxima prioridad a la emergencia climática durante su último mandato. «A mis sesenta y cinco años, por mi edad ya no experimentaré por mucho tiempo todas las consecuencias que tendrá el cambio climático si los políticos no actúan —declaró ante el país—. Serán nuestros hijos y nuestros nietos quienes tendrán que vivir con las consecuencias de lo que hagamos, o dejemos de hacer, ahora. Por esto estoy usando toda mi influencia para asegurarme de que Alemania contribuya como le corresponde —en el aspecto ecológico, económico y social— a atajar el cambio climático».[236] Con esas observaciones, Merkel parecía dar a entender que era consciente de haber causado decepción en los últimos años después de haber sido una pionera de la agenda verde durante sus primeros tiempos en el cargo.

Más allá de la presión de los *lobbies* del carbón y del automóvil y de la derecha política en el Este del país, su sucesor sabe que Alemania tiene la oportunidad de abrir un nuevo camino. Posee la pericia tecnológica para ello, y también las estructuras políticas. Pese a todo el impulso perdido, los alemanes han enraizado el ecologismo en el corazón de sus comunidades como pocos países lo han hecho.

Y, sobre todo, Alemania ahora podría —solo podría— llegar a tener el primer canciller verde para una nueva época, una vez que Merkel haya dejado el cargo. Desde que asumieron conjuntamente la dirección del partido hace dos años, Robert Habeck y Annalena Baerbock han visto crecer su popularidad. Los Verdes ahora superan regularmente al SPD en las elecciones regionales y lo adelantan de manera sostenida en las encuestas a escala nacional. Si eso llegara a ocurrir, se enfrentarían al dilema de tener que decidir cuál de sus dos dirigentes debería ser canciller. La revista estadounidense *Foreign Policy* describió hace poco a Habeck como «la respuesta de Alemania a Macron»,[237] un calificativo quizás un poco forzado pero que da fe de cuánto ha cambiado la percepción con respecto a Los Verdes. Como muchos políticos alemanes —y a diferencia de muchos otros en

Estados Unidos o en el Reino Unido— Habeck no se avergüenza de su pasado académico. Se doctoró con una tesis sobre estética literaria y ha publicado un libro sobre el poeta ilustrado Casimir Ulrich Boehlendorff. Continuó escribiendo novelas hasta 2009, poco antes de acceder al Parlamento de la región rural de Schleswig-Holstein, en el norte del país, donde fue viceprimer ministro y ministro de Energía. Ha propugnado una redefinición de la dinámica entre sistemas políticos abiertos y cerrados: «Ahora intentamos ser nuevos actores capaces de abrir el juego […] Los partidos verdes también pueden abordar problemas centrales que no encajan dentro del arco político tradicional izquierda-derecha. ¿Cómo debemos proceder para alcanzar un consenso en una sociedad diversa?».[238] Luego añadió que la emergencia climática no se resolvería con actitudes moralistas o una interferencia excesiva en la vida de la gente. «No puede haber políticas que no incluyan prohibiciones. Tenemos un código de circulación, un código civil; el mundo está lleno de prohibiciones destinadas a salvaguardar nuestra libertad. Establecer unos criterios de conducta en un plano político más general es bueno. Decirle a la gente que debe llevar un control personal de su consumo total de calorías procedentes de proteínas animales no es una buena idea».[239] Baerbock, más inclinada a actuar entre bastidores, es una experta en derecho internacional. Diputada federal por Potsdam desde 2013, obtuvo el mejor resultado jamás registrado, un 97,1 por ciento, en unas elecciones a la presidencia de Los Verdes.

Las probabilidades de que uno de los dos llegue a ser el jefe de gobierno todavía son escasas, pero la mera posibilidad ya es un hecho destacable. Tanto si resultan ser el partido más votado como si no, casi con toda seguridad constituirán una parte importante del siguiente Gobierno y formarán parte del ejecutivo por primera vez desde los tiempos de Gerhard Schröder y la guerra de Kosovo, a finales de la década de 1990 y principios de este siglo. La alternativa será o bien una coalición con la CDU del sucesor o sucesora de Merkel —la primera coalición verdinegra, como se las conoce, de la historia alemana (si bien ya las ha habido, con buenos resultados, en los estados federados de Hesse y Baden-Wurtemberg)—. Alternativamente, podrían formar una coalición de centro-izquierda de tres partidos, junto con el SPD y Die Linke, como las que ya gobiernan en los estados federados de Berlín, Bremen y Turingia.[240]

Muchos ecologistas más jóvenes y más radicales acusan a Los Verdes de haberse vuelto moderados y acomodaticios. Desde luego han hecho suyos los rasgos distintivos de la política alemana: la búsqueda del compromiso y el arte de lo posible. Mientras tanto, las empresas alemanas se están viendo obligadas a repensar sus modelos, a menudo a regañadientes. Un sector del automóvil caído

en la ignominia comienza a ponerse al día en el ámbito de la electrificación, pero todavía le falta recuperar mucho terreno. Un país que fue de los primeros en abordar la crisis medioambiental y situarla en el centro de la acción política y social aún puede tener la oportunidad de recuperar sus credenciales. Con Los Verdes como nuevos mediadores de poder, muy pocos países cuentan con unos antecedentes tan positivos como los suyos en estos tiempos oscuros. Y muy pocos se toman la política tan en serio como lo hace Alemania.

---

[218] «Information für die Bevölkerung in der Umgebung des Kernkraftwerkes Tihange», Fachbereich Feuerwehr der Stadt Mönchengladbach, octubre de 2018. Véase también H. Hintzen, «Neue Broschüre in Mönchengladbach: Stadt erklärt Verhalten bei Atomunfall», *RP Online*, 8 de febrero de 2019, rp-online.de/nrw/staedte/moenchengladbach/moenchengladbach-verhaltenstipps-bei-unfall-im-atomkraftwerk-tihange_aid-36550915 (consultado el 1 de marzo de 2020).

[219] Véase C. Parth, «Tihange Nuclear Power Plant: Fear of a Meltdown», *Zeit*, 1 de junio de 2018, zeit.de/wirtschaft/2018-06/tihange-nuclear-power-plant-residents-opposition-english (consultado el 1 de marzo de 2020).

[220] «Cooperation on nuclear safety», Dutch Safety Board, 31 de enero de 2018, onderzoeksraad.nl/en/page/4341/cooperation-on-nuclear-safety (consultado el 1 de marzo de 2020). Véase también D. Keating, «Belgium's Neighbors Fear a Nuclear Incident», *Forbes*, 4 de febrero de 2018, forbes.com/sites/davekeating/2018/02/04/belgiums-neighbors-fear-a-nuclear-incident/#55c658216ca2 (consultado el 1 de marzo de 2020).

[221] Véase K. Bennhold, «Impose a Speed Limit on the Autobahn? Not So Fast, Many Germans Say», *New York Times*, 3 de febrero de 2019, nytimes.com/2019/02/03/world/europe/germany-autobahn-speed-limit.html (consultado el 1 de marzo de 2020).

[222] *Ibid.*

[223] Véase «Abgasaffäre: VW-Chef Müller spricht von historischer Krise», *Spiegel*, 28 de septiembre de 2015, spiegel.de/wirtschaft/unternehmen/volkswagen-chef-mueller-sieht-konzern-in-historischer-krise-a-1055148.html (consultado el 2 de marzo de 2020).

[224] J. Miller, «VW offers direct payouts to sidestep emissions lawsuit», *Financial Times*, 14 de febrero de 2020, ft.com/content/f41adade-4f24-11ea-95a0-43d18ec715f5 (consultado el 14 de febrero de 2020).

[225] P. Nair, «Stuttgart residents sue mayor for "bodily harm" caused by air pollution», *Guardian*, 2 de marzo de 2017, theguardian.com/cities/2017/mar/02/stuttgart-residents-sue-mayor-bodily-harm-air-pollution (consultado el 2 de marzo de 2020).

[226] Véase «DB 2019: Long distance patronage over 150 million for the first time», DB Schenker, 26 de marzo de 2020, dbschenker.com/global/about/press/

db2019-631574 (consultado el 29 de marzo de 2020); «German domestic airtravel slump points to increase in "flight shame" and carbon awareness», AirportWatch, 19 de diciembre de 2019, airportwatch.org.uk/2019/12/german-domestic-air-travel-slump-points-to-increase-in-flight-shame-and-carbon-awareness (consultado el 29 de marzo de 2020).

[227] Véase «Fridays for Horsepower: The German Motorists Who Oppose Greta Thunberg», *Spiegel*, 15 de octubre de 2019, spiegel.de/international/germany/fridays-for-horsepower-german-motorists-oppose-fridays-for-future-a-1290466.html (consultado el 5 de marzo de 2020).

[228] K. Gutmann, J. Huscher, D. Urbaniak, A. White, C. Schaible y M. Bricke, «Europe's Dirty 30: How the EU's coal-fired power plants are undermining its climate efforts», Bruselas, CAN Europe, WWF European Policy Office, HEAL, EEB y Climate Alliance Germany, julio de 2014, awsassets.panda.org/downloads/dirty_30_report_finale.pdf (consultado el 5 de marzo de 2020).

[229] S. Kersing y K. Stratmann, «Germany's great environmental failure», *Handelsblatt*, 19 de octubre de 2018, handelsblatt.com/today/politics/climate-emergency-germanys-great-environmental-failure/23583678.html?ticket=ST-1141019-0RgHHhpypfii593mjbq0-ap1 (consultado el 5 de marzo de 2020).

[230] *Ibid*.

[231] Véase «Germany 2020: Energy Policy Review», International Energy Agency, febrero de 2020, pp. 27-28, bmwi.de/Redaktion/DE/Downloads/G/germany-2020-energy-policy-review.pdf?__blob=publicationFile&v=4 (consultado el 5 de marzo de 2020).

[232] Véase el gráfico «Entwicklung des Anteils erneuerbarer Energien am Bruttostromverbrauch in Deutschland», Bundesministerium für Wirtschaft und Energie, marzo de 2020, erneuerbare-energien.de/EE/Navigation/DE/Service/Erneuerbare_Energien_in_Zahlen/Entwicklung/entwicklung-der-erneuerbaren-energien-in-deutschland.html (consultado el 31 de marzo de 2020).

[233] *Ibid*.

[234] *Spiegel*, 7 de julio de 2008.

[235] T. Buck, «Germany unveils sweeping measures to fight climate change», *Financial Times*, 20 de septiembre de 2019, ft.com/content/26e8d1e0-dbb3-11e9-8f9b-77216ebe1f17 (consultado el 25 de septiembre de 2019).

[236] A. Merkel, «Neujahrsansprache 2020», 31 de diciembre de 2019, www.bundesregierung.de/breg-de/service/bulletin/neujahrsansprache-2020-1709738 (consultado el 10 de febrero de 2020).

[237] P. Hockenos, «How to Say Emmanuel Macron in German», *Foreign Policy*, 8 de diciembre de 2019, foreignpolicy.com/2019/12/08/robert-habeck-greens-merkel-emmanuel-macron-in-german (consultado el 11 de marzo de 2020).

[238] P. Oltermann, «Robert Habeck: could he be Germany's first Green chancellor?»,

Guardian, 27 de diciembre de 2019, theguardian.com/world/2019/dec/27/robert-habeck-could-be-germany-first-green-chancellor (consultado el 11 de marzo de 2020).

[239] *Ibid*.

[240] Finalmente, el vencedor en las elecciones federales, celebradas en septiembre de 2021, fue el Partido Socialdemócrata, SPD, y su candidato, Olaf Scholz, es desde diciembre de ese año el nuevo canciller, al frente de la llamada «coalición semáforo», con Los Verdes y el Partido Liberal Demócrata, FPD. (*N. de la T.*).

Conclusión

¿Por qué los alemanes lo hacen mejor?

El mundo parece más amenazador ahora que en ningún otro momento desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Cuando los alemanes miran a su alrededor, ven el populismo, la pandemia y la emergencia climática muy cerca. Es probable que las consecuencias del COVID-19 se prolonguen durante años y la crisis medioambiental muchos decenios más. Después de la guerra, Alemania vivió su división, la construcción del Muro de Berlín y la Guerra Fría, pero siempre pudo confiar en otros para salvaguardar su seguridad. Ahora esa sensación de estabilidad apuntalada desde fuera ha desaparecido. De hecho, en todo el mundo, muchos tienen puesta la mirada en ellos.

Buena parte de la solidez alemana aparece condensada en la personalidad de una mujer: Angela Merkel. Poco después de adelantar que no se presentaría como candidata a la cancillería en las siguientes elecciones, previstas para finales de 2021,[241] Merkel declaró que Alemania «necesita escribir un nuevo capítulo».[242] Que no abandonara su puesto de inmediato dio pie a que algunos detractores la acusaran de alargar innecesariamente su mandato. Sin embargo, durante todo ese supuesto hiato, sus índices personales de popularidad han seguido figurando entre los más altos obtenidos por un mandatario en cualquier lugar del mundo y han sido muy superiores a los de su propio partido democratacristiano. Cuando alguien le pregunta por su legado, se limita a responder: «No pienso en el lugar que ocuparé en la historia. Hago mi trabajo».[243] Cuanto más difíciles se han puesto las cosas, más ha destacado ella entre el resto de los dirigentes mundiales por su serenidad. Es posible que a algunos les haya parecido adusta, y entregada

a su trabajo a la mayoría, pero ese era su estilo. Y no estaba dispuesta a cambiar.

Las responsabilidades que recaerán sobre la nueva generación de dirigentes serán enormes. ¿Qué Alemania les tocará presidir? Si algo nos han enseñado las turbulencias de los últimos años ha sido a no formular predicciones tajantes. Pero los retos inmediatos son importantes; 2021 es un «año superelectoral» en Alemania, con una serie de elecciones regionales que culminarán con las elecciones generales del mes de septiembre, las primeras sin Merkel desde hace una generación. Su partido comenzó el año sin saber quién tomará el relevo.

Tras varios aplazamientos a causa del COVID, la CDU celebró finalmente las elecciones a la presidencia del partido en enero de 2021. Armin Laschet, ministro presidente de Renania del Norte-Westfalia, el estado federado más poblado, se impuso por un estrecho margen. La diferencia con respecto a Friedrich Merz —más controvertido y conservador— fue muy reducida, síntoma de un partido que duda sobre qué camino seguir y que no quedó demasiado satisfecho con ese resultado. ¿Sus correligionarios estarían dispuestos a presentarlo como candidato para el puesto de canciller? Laschet, que se ajusta al prototipo convencional del político alemán como muñidor de acuerdos, se situó en la línea de salida al anunciar en un astuto movimiento una candidatura conjunta con otro contendiente, Jens Spahn. Entre ambos representan las dos alas de la CDU: Spahn más escorado a la derecha y Laschet inscrito en el ala centrista. Spahn se había enfrentado a Merkel en el momento de mayor afluencia de inmigrantes, cuando criticó su política de puertas abiertas, pero no tardaron en hacer las paces y Merkel lo incluyó en el núcleo decisor del partido. A sus cuarenta años, Spahn puede esperar, si bien su posición al frente del Ministerio de Salud durante la pandemia le permitió adquirir una experiencia envidiable en materia de gestión de crisis.

Como Merkel, Laschet es diestro en la articulación de coaliciones, tanto en el sentido concreto de la formación de Gobierno como en un sentido más amplio, entre diferentes corrientes de la vida política. En los años noventa, siendo diputado, formó parte de la «Pizza-Connection», un grupo de políticos democratacristianos y de Los Verdes que se reunían en la bodega de un restaurante italiano de Bonn —donde entonces tenía su sede el Bundestag— con el fin de identificar espacios de coincidencia entre sus respectivos partidos. En aquel momento, la iniciativa se consideró excéntrica o incluso subversiva. Ahora, cuando ambos partidos se preparan activamente para convivir dentro del Gobierno, parece un acierto. Laschet sigue manteniendo su red de contactos de aquel tiempo, muchos de los cuales entre tanto han pasado a ocupar puestos de responsabilidad política. Tras sendos periodos como diputado en el Bundestag y

en el Parlamento Europeo, en 2017 accedió a la presidencia de Renania del Norte-Westfalia, donde gobierna en coalición con el FPD, el pequeño partido liberal. Su estilo fiable le ha cosechado elogios. Ese estado federado, con un PIB superior al de muchos países europeos, habrá sido un útil banco de pruebas para un posterior acceso al Gobierno del país.

Una CDU bajo la dirección de Merz habría tenido un perfil más definido. Habría podido recuperar a algunos votantes de derechas insatisfechos que ahora apoyan a la Alternativa para Alemania (AfD), pero a la vez habría ahuyentado a muchos centristas. Otra personalidad importante con vistas al futuro es Markus Söder, ministro presidente de Baviera y presidente de la Unión Social Cristiana, CSU, el partido hermano de la CDU. Por tradición, ambos partidos forman un bloque unido en la política nacional, con un candidato conjunto a la cancillería. La decisión se tenía que adoptar en abril de 2021 y se había animado a Söder a lanzarse al ruedo si los sondeos eran desfavorables para Laschet.[244]

Durante sus últimos meses al frente de la cancillería continuó siempre latente la sospecha de que Merkel —que estaba obteniendo sus mejores resultados en varios años en los sondeos de opinión gracias a su gestión de la pandemia del COVID-19— podría acabar optando por no retirarse. Era solo una ilusión. Alemania tiene ante sí un periodo de enormes cambios, pero no podrá contar con ella al timón. A muchos les inquieta cómo será la vida después de Mutti. Con razón.

En el Reino Unido, los ministros del Gobierno y gran parte de los medios de comunicación evitaron dar muestras de preocupación en público y apelaron al espíritu del *blitz* para «derrotar» al COVID-19. Volvió a resonar la retórica de la Segunda Guerra Mundial, la obsesión británica; en esta ocasión de manera bastante ostensible. La reina, en un gesto más emotivo, evocó *We'll Meet Again* (Nos veremos de nuevo), la canción de Vera Lynn de los tiempos de la guerra. Pero cuando la pandemia se fue alargando mientras se intensificaba la nostalgia, empezó a quedar cada vez más patente que el periodo de 1939-1945 había sido el último en que el Reino Unido había vivido una experiencia de solidaridad social a escala nacional. ¿Volvería a manifestarse de nuevo ese espíritu? Una generación de dirigentes políticos había exacerbado las divisiones económicas, defraudando las expectativas de una población cuyo anhelo de vínculos comunitarios no se diferencia mucho del que puedan sentir los habitantes de otros países.

Llegado el verano de 2020, algunos periódicos británicos a los que jamás se les habría ocurrido decir nada positivo de Alemania —salvo para comentar su coraje a la hora de atajar penaltis en el fútbol— empezaban a preguntarse

acongojados: ¿por qué los alemanes lo están haciendo mucho mejor? La pandemia intensificó en todo el mundo la impresión de que el Reino Unido estaba haciendo agua. La gente veía que algunos de los países más afectados —Estados Unidos y Brasil— estaban gobernados por populistas carismáticos de un talante muy parecido. Todos ellos —Johnson, Trump, Bolsonaro— habían llegado al poder como abanderados de una causa, impulsando guerras culturales internas y allende sus fronteras. Sabían identificar las líneas divisorias; en cambio, eran menos diestros en el arte de unir a la gente. Muchos alemanes habían adquirido el hábito de criticar su propia cultura, más deliberativa, tachándola de aburrida. La pandemia les llevó a valorar de nuevo sus ventajas.

El sentido de identidad nacional que desarrollaron los alemanes después de la guerra está basado en la vergüenza por el legado nazi y la aversión al mismo, junto con las lecciones que hubo que aprender. Esto ha ayudado a sortear las diversas crisis que ha tenido que afrontar el país en los últimos decenios. En Alemania no ha sido necesario recuperar valores que el mundo anglosajón había desdeñado perentoriamente como anticuados, como la familia, la responsabilidad personal y el papel del Estado. Simplemente no se habían perdido.

En el plano económico, una economía ya debilitada sufrirá nuevos embates, pero Alemania dispone de un seguro del que otros carecen. Tras años de *schwarze Null*, la política de austeridad que obligaba al Gobierno federal y a los estados federados a mantener el equilibrio presupuestario, la hacienda pública se encontró con un enorme excedente en sus manos. Durante años, se había criticado a Merkel por no incrementar el gasto, ni siquiera cuando la economía alemana iba viento en popa. Ella se resistía. La austeridad era su consigna. Igual que todas las personas deberían economizar en la medida de sus posibilidades, lo mismo debían hacer los estados, para poder disponer así de una reserva cuando llegara una crisis. Como ocurrió durante la pandemia del COVID-19, cuando el Gobierno pudo aportar ya muy pronto una primera inyección de 750.000 millones de euros a la economía; un esfuerzo asombroso, pero que pudo asumir con mayor facilidad que otros países anteriormente más despilfarradores. Aunque la política de austeridad se fue al garete, Merkel obtuvo su desquite con creces. Mientras la pandemia se extendía por toda Europa, las miradas del mundo entero estaban posadas en Alemania y todos se preguntaban por qué estaba capeando la situación mejor que otros. Alemania estaba fletando aviones para facilitar el regreso de los visitantes extranjeros a sus países. Estaba atendiendo a enfermos italianos, españoles y franceses. La proporción de pruebas de detección del virus realizadas dejaba en muy mal lugar a otros países. Para los políticos británicos

era doloroso tener que enfrentarse a la pregunta de por qué los alemanes estaban haciendo mejor las cosas.

Como sus vecinos, Alemania también se comprometió a salvar el mayor número posible de empresas que la pandemia estaba empujando al borde de la quiebra. La diferencia ha sido que dispone de mucho mayor margen de maniobra y, por consiguiente, probablemente superará las turbulencias globales con menores perjuicios económicos y sociales. La llamada a la solidaridad podría asestar un golpe a las políticas extremistas y causar mella en el ascenso aparentemente inexorable de la Alternativa para Alemania (AfD). Las únicas elecciones regionales celebradas en 2020, en el mes de febrero, en la ciudad de Hamburgo, se saldaron con un retroceso del partido de extrema derecha y la reelección de una coalición entre el Partido Socialdemócrata y Los Verdes. Pocas semanas después se hizo pública una importante medida que las fases iniciales de la crisis del COVID-19 habían dejado en espera. La Oficina Federal de la Constitución decidió incluir en la lista oficial de organizaciones sospechosas de terrorismo a una parte de la AfD llamada *Der Flügel* (El Ala), que al poco tiempo se disolvió. Por primera vez, el Estado liberal demócrata presentaba batalla. Es sumamente prematuro anunciar el fin de la AfD —y una recesión prolongada podría favorecerla de nuevo—, pero también cabe la posibilidad de que su momento cumbre ya haya quedado atrás.

Los retos a largo plazo siguen estando tan claros como antes. El modelo económico alemán con su estilo metódico de proceder está teniendo dificultades para incorporar la tecnología de última generación. ¿Alemania está en condiciones de poder dar alcance a Estados Unidos y China en el desarrollo de vehículos eléctricos, de la inteligencia artificial y del aprendizaje virtual?

¿Y cuál será su lugar en el mundo? Cuando Merkel ya se acercaba al final de su último mandato, la revista *Foreign Policy* valoró negativamente su gobierno, haciéndose eco de un lugar común habitual entre los conservadores del cinturón de Washington. El artículo lo describía como una «gran coalición sin afecto» al frente de una política exterior «enigmática».[245] La crítica está en parte justificada, por lo menos en lo que respecta a su cuarto y último gobierno. Ante el caos provocado por Donald Trump y con el Reino Unido concentrado en la separación de Europa y convertido en una potencia más marginal, el camino estaba expedito para que Alemania pudiera imponerse con mayor firmeza, no solo desde el punto de vista del interés nacional sino también como referente ético. Merkel así lo hizo hasta cierto punto, pero se podría haber hecho mucho más y será necesario hacerlo en el futuro. Alemania tiene que ser menos ambigua en su relación con Rusia y con China, que en ambos casos plantean amenazas

significativas, aunque distintas. Merkel fue dura con Rusia y más blanda con China. Laschet, y esto es preocupante, parece mostrarse más condescendiente con Moscú, pero podría ser un adversario más duro para Pekín.

Por lo que respecta al *brexit*, la advertencia de Katarina Barley, la anterior ministra de Economía, se materializó más pronto de lo que nadie había imaginado. Pocas semanas después de consumarse su salida de la Unión Europea, alemanes y franceses comenzaron a limitar sus contactos con el Reino Unido en materia de seguridad pese a la buena relación de cooperación mantenida anteriormente entre ese club de tres. El Reino Unido pasó del tercer al séptimo lugar entre los principales mercados de exportación para los productos alemanes. Gran Bretaña, antaño un modelo para la Alemania de postguerra, quedó relegada como un incordio distante. La política beligerante del Reino Unido solo contribuyó a endurecer la posición de Alemania y los otros veintiséis Estados miembros, que se mantuvieron asombrosamente unidos. El distanciamiento de Europa, un continente que Trump calificó como «rival»,[246] no resucitó la llamada relación especial de la que tan desesperadamente depende el Reino Unido para apuntalar la autopercepción de su peso internacional.

Mientras tanto, la realidad de la gestión de la crisis dejaba en un segundo plano los ataques infantiles lanzados en sus inicios por el Gobierno Johnson contra los expertos y las «elites», como por ejemplo la BBC, el cuerpo de funcionarios y las universidades. ¿Cuándo volverá a aflorar la Gran Bretaña más ilustrada, la sociedad abierta, tolerante, innovadora, compasiva que tanto admiraron varias generaciones de alemanes? Es posible que todavía tarde algún tiempo. En un artículo publicado en *Die Zeit* el día que el Reino Unido se separó de la Unión Europea, la autora alemana Bettina Schulz describía una experiencia compartida por muchos: «Cuando llegué a Gran Bretaña hace treinta años, Londres significaba la libertad para mí, una utopía viviente, un modelo de cómo podían convivir, trabajar juntas y amarse personas procedentes de todas partes del mundo. No había extranjeros. Todo el mundo estaba integrado».[247] El lamento alemán sobre el caos en que se había convertido el Reino Unido del *brexit* se refería a sus políticas, pero en modo alguno a su gente.

La política en esta nueva era será, en cualquier caso, más ardua en todos los países, incluida Alemania. Se seguirán cometiendo errores. *Langsam aber sicher*… Lento pero seguro. Este es el estilo alemán. La entrometida obsesión por las normas puede provocar un rechazo inmediato. La reticencia a innovar, a correr riesgos, a lanzarse a la aventura, puede tener un efecto paralizante. Sin embargo, esta manera puntillosa, reflexiva de proceder ha actuado como un escudo protector frente a los bandazos imprevistos y les ha permitido superar con éxito

los cuatro momentos clave de la historia de la postguerra. Facilitó la recuperación del país tras los horrores nazis y lo ayudó a instaurar una nueva democracia con la adopción de la Ley Fundamental de 1949. Ha actuado como un amortiguador desde el movimiento contestatario de 1968 hasta la caída del Muro en 1989, la crisis de los refugiados de 2015 y todos los retos a los que ya ha tenido que responder Alemania en esta década que apenas acaba de comenzar.

En una alocución televisada pocas semanas después de empezar la crisis del COVID-19, Merkel hizo algo que raras veces han hecho los dirigentes alemanes. Invocó la guerra, pero en esa ocasión no para hacer hincapié en la culpa. «Nuestro país no se había enfrentado a un desafío tan grande desde la reunificación, no, desde la Segunda Guerra Mundial —dijo—; un reto que requiere con tanta urgencia la cooperación solidaria de todos nosotros».[248] Y a continuación se refirió en tono sombrío a las restricciones en la calle, a la intervención del Ejército, al control de los movimientos de la gente por parte del Estado. «Les aseguro que para una persona como yo, para quien la libertad de movimiento fue un derecho duramente conquistado, esas restricciones solo pueden estar justificadas si son absolutamente necesarias. Jamás se deberían contemplar a la ligera y en una democracia se deberían imponer solo de manera transitoria, pero ahora son vitales para salvar vidas». Las medidas de excepción no fueron un plato del gusto de esa mujer que había vivido los tiempos del comunismo y el Muro.

La inquietud y la deliberación como respuestas por defecto son, sin embargo, una garantía para el futuro muy superior a la arrogante improvisación de quienes en otros países creen ser más sabios, aunque en realidad no lo son. En palabras del arquitecto británico David Chipperfield: «Los alemanes expresan unas preocupaciones que todos deberíamos tener». O como dijo Martin Rennert, antiguo presidente de la Universidad de las Artes de Berlín, un judío de Brooklyn que lleva treinta años en Alemania: «Con todas sus imperfecciones, admiro cómo se hacen las cosas aquí. La manera inteligente de tomar las decisiones. Eso no garantiza que sean acertadas, pero el procedimiento tranquiliza». O en palabras de Paul Lever, exembajador del Reino Unido en Alemania: «Vivir en la Alemania actual, como yo tuve la suerte de poder hacer durante cinco años, significa experimentar plenamente las virtudes de la civilización europea y occidental».

Los alemanes todavía no pueden consentir que alguien sugiera que, en muchos aspectos, efectivamente hacen mejor las cosas. Les alarma la mera sugerencia de que podrían dar lecciones a otros. Reconozco que cuando empecé a concebir esta idea, la veía más como una hipótesis que verificar que como la constatación de una realidad. Pero a medida que iba examinando cómo han

abordado su historia reciente, su manera de hacer política, su manera de hacer negocios, su manera de gestionar las crisis, su trato mutuo y su actitud en relación con el resto del mundo, fue aumentando mi convencimiento de que en efecto lo hacen mejor. Ignorar la madurez y la solidez emocionales de Alemania sería un error para los demás países, sobre todo en estos tiempos difíciles.

En conjunto, la historia de Alemania a lo largo de los últimos setenta y cinco años ha sido un éxito extraordinario. Ha instaurado un nuevo paradigma de estabilidad que, por diferentes motivos, otros países equivalentes, como Estados Unidos, Francia y el mío propio, el Reino Unido, todavía se esfuerzan por alcanzar. En los momentos difíciles, los países suelen buscar consuelo en la nostalgia de glorias pasadas, reales o imaginarias. Alemania, por su historia, no puede hacerlo.

En esta época de nacionalismo, contrailustración y miedo, Alemania es la mejor esperanza de Europa. Gran Bretaña se había considerado siempre como un modelo, Estados Unidos también, pero ambos países se han desentendido de su responsabilidad y la han derivado al resto del mundo. ¿Quién representará los valores europeos en un mundo en rápida transformación? ¿Quién se opondrá a los regímenes autoritarios? ¿Quién argumentará a favor de la democracia liberal? Alemania puede hacerlo, porque sabe qué es lo que ocurre cuando los países no aprenden las lecciones de la historia.

---

[241] La edición más reciente del libro es anterior a dichas elecciones. (*N. de la T.*).

[242] «Angela Merkels Erklärung im Wortlaut», *Welt*, 29 de octubre de 2018, welt.de/politik/deutschland/article182938128/Wurde-nicht-als-Kanzlerin-geboren-Angela-Merkels-Erklaerung-im-Wortlaut.html (consultado el 15 de marzo de 2020).

[243] Véase L. Barber y G. Chazan, «Angela Merkel warns EU: "Brexit is a wake-up call"», *Financial Times*, 15 de enero de 2020, ft.com/content/a6785028-35f1-11ea-a6d3-9a26f8c3cba4 (consultado el 16 de enero de 2020).

[244] Cuando se aproximaba la fecha límite sin que el apoyo de la militancia se hubiera inclinado claramente por ninguno de los dos (Söder contaba con el respaldo de la CSU y de algunas asociaciones locales y estatales de la CDU, mientras que el resto apoyaba a Laschet), la junta federal de la CDU dirimió el empate en una votación que dio como resultado la elección de Laschet como candidato por una amplia mayoría.

El vencedor en las elecciones federales, celebradas en septiembre de 2021, fue, no obstante, el Partido Socialdemócrata, SPD, y su candidato, Olaf Scholz, fue elegido y juró el cargo como nuevo canciller el 8 de diciembre de ese año, al frente de la llamada «coalición semáforo», con Los Verdes y el Partido Liberal Demócrata, FPD. (*N. de la T.*).

[245] N. Barkin, «You May Miss Merkel More Than You Think», *Foreign Policy*, 9 de

marzo de 2020, foreignpolicy.com/2020/03/09/armin-laschet-merkels-pro-russia-china-friendly-successor (consultado el 9 de marzo de 2020).

[246] *Face the Nation*, CBS, 15 de julio de 2018. Véase también «Donald Trump calls the EU a foe during interview in Scotland – video», *Guardian*, 15 de julio de 2018, theguardian.com/us-news/video/2018/jul/15/donald-trump-calls-the-eu-a-foe-video (consultado el 15 de marzo de 2020).

[247] B. Schulz, «British Hypocrisy», *Zeit*, 31 de enero de 2020, zeit.de/politik/ausland/2020-01/great-britain-brexit-alienation-eu-withdrawal-english (consultado el 1 de febrero de 2020).

[248] «Fernsehansprache von Bundeskanzlerin Angela Merkel», Tagesschau, Das Erste, 18 de marzo de 2020.

AGRADECI-
MIENTOS

Agradecimientos

La Alemania de los años ochenta y noventa del siglo pasado, cuando yo estuve viviendo allí, se ha transformado. Ha sido una experiencia no solo estimulante, sino también sumamente agradable y excitante volver a pasar de nuevo tanto tiempo allí durante el último par de años.

Como comento en la «Introducción», mis antiguas amistades y los conocidos recientes reaccionaban con estupefacción cuando les explicaba cuál era la tesis de mi libro. Los alemanes, en particular, tenían el convencimiento de que cuanto más tiempo pasase en el país, mayor sería mi desengaño. Me dejé guiar por los hechos probados. Acepté los abundantes ofrecimientos de presentarme a gente nueva y las invitaciones a diversos acontecimientos. Visité lugares donde no había estado antes y revisité los que solía frecuentar antaño.

Muchas personas de todos los ámbitos de la vida me orientaron compartiendo su experiencia, percepciones y opiniones, me ofrecieron su tiempo y sus redes de contactos. Sin ellas, no podría haber escrito el libro tal como lo he hecho.

Me excuso de antemano por cualquier omisión involuntaria.

En el Reino Unido, debo manifestar mi agradecimiento a: Cathy Ashton, Jonathan Charles, David Chipperfield, Christoph Denk, Alan Duncan, Anthony Dworkin, Nigel Edwards, Jan Eichhorn, Alex Ellis, Dorothy Feaver, Peter Foster, Susanne Frane, Ulrike Franke, Simon Fraser, Charles Grant, Stephen Green, John Gummer, David Halpern, Nick Hillman, Sian Jarvis, Hans Kundnani, Paul Lever, Neil MacGregor, Michael Maclay, Jürgen Maier, John Major, David Manning, Andrew Peters, Vicky Pryce, Katharina von Ruckteschell-Katte, Nigel Sheinwald, Phil Thomas, Marc Vlessing y Peter Wittig.

En Berlín, a: Thomas Bagger, Ronan Barnett, Annette von Bröcker, Alastair Buchan, Frank Alva Bücheler, Tobias Buck, Robbie Bulloch, Barbara Burckhardt y

Hardy Schmitz, Katy Campbell, Martin Eyerer, Andreas Fanizadeh, Uwe Fechner, Jens Fischer y Heinz Schulte, Marcel Fratzscher, Benjamin Görlach, August Hanning, Anke Hassel, Wolfgang Ischinger, Max Jarrett, Joe Kaeser, Rachel King, Andreas Krämer, Rüdiger Lenz, Stefan Mair, Claudia Major, Susan Naiman, Johannes Noske, Tom Nuttall, Philip Oltermann, Hermann Parzinger, Alan Posener, Jana Puglierin, Martin Rennert, Wiebke Reed, Konstantin Richter, Norbert Röttgen, Sophia Schlette, Carina Schmid y Janusz Hamerski, Bettina Schmitz, Ulrich Schmitz, Julie Smith, Rebecca Stromeyer, Jan Techau, Bettine Vestring y Judy Dempsey, Johannes Vogel y Sarah Darwin, Beate Wedekind, Jan Weidenfeld, Thomas Wiegold, Sebastian Wood, Katharina Wrohlich y Astrid Ziebarth.

En otros lugares, a: Ulrich Wilhelm, Matthias Mühling, Alex Schill y Klaus Goetz (en Múnich); Antje Hermenau, Helmut Haas, Thomas Weidinger, Alf Thum y Paula Güth (en Leipzig); Dirk Burghardt y Marcel Thum (en Dresde); Ulrike Kremeier (en Cottbus); Hermann Mildenberger (en Weimar); Frederik Fischer (en Wittenberge); Bettina Leetz (en Potsdam); Nick Jefcoat, Rolf Kraemer, Johannes Lindner, Andrej Kupetz, Amanda Diel y Eric Menges (en Fráncfort); Andreas Rödder (en Mainz); Tina Grothoff y Wolfgang Wähner-Schmitz (en Bonn); Tom Bolzen, Roger Brandts y Tim Hörnemann (en Mönchengladbach); Eric Schöffler (en Düsseldorf); Johannes Pflug y Martin Ahlers (en Duisburgo); Manfred von Holtum y Günter Schulte (en Aquisgrán); Cihan Sügür (en Stuttgart); Markus Schill (en Mannheim); Olaf Bartels (en Hamburgo); Catherine Myerscough (en Hannover); Heather Grabbe (en Bruselas); y Andreas Schleicher (en París).

Con un agradecimiento especial para las siguientes personas, que me asesoraron atentamente a lo largo de todo el proceso y leyeron varias versiones del texto: Robert y Monika Birnbaum, Stefanie Bolzen, Guy Chazan, Rupert Glasgow, Cornelius Huppertz, Reiner Kneifel-Haverkamp, Benedetta Lacey, Christian Odendahl, Daniel Tetlow y Stewart Wood.

Este es el sexto libro que he publicado en un periodo de veinticinco años. Durante casi todo este tiempo he contado con el acompañamiento de Andrew Gordon, como mi editor mientras escribía mi libro sobre las guerras de Blair y como mi agente para los tres siguientes. Le estoy muy agradecido por todo su trabajo a lo largo de estos años. Y estoy encantado de contar con Karolina Sutton, de Curtis Brown, como mi representante para la siguiente etapa. Ha sido un inmenso placer trabajar con la editorial Atlantic y con Mike Harpley como editor. Doy las gracias a Will Atkinson y todo el equipo —Kate Straker, Jamie Forrest, Alice Latham, Mike Jones, David Inglesfield y James Pulford— por garantizar que la edición se completara sin altibajos en medio de la crisis del COVID-19. Espero

tener ocasión de seguir trabajando con ellos en el futuro.

En Alemania, le estoy sinceramente agradecido a mi nueva agente Michaela Röll. Rowohlt publicó a principios de este año una versión alemana independiente del libro y me entusiasma tener oportunidad de trabajar con Johanna Langmaack, Nora Gottschalk y Lisa Marie Paesike.

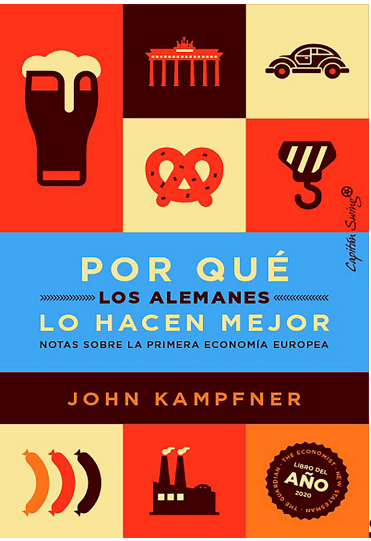
Estoy sumamente agradecido a mi ayudante de investigación Sam Fitz-Gibbon, que ha localizado documentos, concertado entrevistas y me ha asesorado durante todas las fases de la redacción del manuscrito. Es una persona de extraordinario talento.

Finalmente, doy las gracias a mi familia —Lucy, Alex y Constance— por estar a mi lado en este y todos mis viajes.

Índice

Portada
Por que los alemanes lo hacen mejor
Prefacio a la edición de bolsillo
Introducción. Ellos y nosotros
01. Reconstrucción y memoria
02. En los cálidos brazos de mamá
03. Multikulti
04. Un país adulto
05. Objeto de admiración
06. Perro no come perro
07. No más paños calientes
Conclusión. ¿Por qué los alemanes lo hacen mejor?
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre John Kampfner
Créditos

Por que los alemanes lo hacen mejor



Surgido de un conjunto de ciudades-estado hace 150 años, ningún otro país ha tenido una historia tan turbulenta como Alemania ni ha disfrutado de tanta prosperidad en tan poco tiempo. Hoy en día, cuando gran parte del mundo sucumbe al autoritarismo y la democracia es socavada desde su corazón, Alemania se erige como baluarte de la decencia y la estabilidad.

Mezclando viajes personales y anécdotas con convincentes pruebas empíricas, se trata de una exploración crítica y entretenida del país que muchos en Occidente todavía aman odiar. Planteando importantes cuestiones para nuestro panorama post-Brexit, Kampfner se pregunta por qué, a pesar de sus defectos, Alemania se ha convertido en un modelo a imitar por los demás, mientras que Gran Bretaña no consigue afrontar los retos contemporáneos.

En parte memoria, en parte historia, en parte diario de viaje, «Por qué los alemanes lo hacen mejor» es un retrato rico e ingenioso de un país eternamente fascinante.

John Kampfner. Autor y locutor británico. Actualmente es director ejecutivo de Chatham House, donde dirige su iniciativa «El Reino Unido en el mundo». Estudió en el Queen's College de Oxford, donde se licenció en Historia Moderna y Ruso. Comenzó su carrera como corresponsal en el extranjero para Reuters en Moscú y Bonn. Se trasladó a *The Daily Telegraph*, primero en Berlín Oriental, donde informó sobre la caída del Muro de Berlín y la unificación de Alemania, y luego como Jefe de la Oficina en Moscú en el momento de la disolución de la Unión Soviética. Posteriormente fue corresponsal político jefe del *Financial Times* (1995-1998) y comentarista político del programa de radio *Today* de la BBC y corresponsal político de *Newsnight* (1998-2000). Ganó los premios de la Asociación de la Prensa Extranjera a la película del año y al periodista del año por *The Ugly War*, una película de la BBC en dos partes sobre el conflicto palestino-israelí. Kampfner fue editor del *New Statesman* entre 2005 y 2008. Fue el editor de asuntos de actualidad del año de la Sociedad Británica de Editores de Revistas en 2006. Actualmente es colaborador habitual de *The Times* y *The New European*. Ha escrito seis libros.

Título original: *Why the Germans Do it Better: Notes from a Grown-Up Country* (2020)

© Del libro: John Kampfner
© De la traducción: Mireia Bofill Abelló
Edición en ebook: febrero de 2023

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-126130-7-0

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.